DE LITERATURA Y ARTE

DISCURSOS

CARTAS Y OTROS ESCRITOS

DE

D. ENRIQUE RAMÍREZ DE SAAVEDRA
DUQUE DE RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID
EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
C. de San Francisco, 4
1903

DISCURSOS

CARTAS Y OTROS ESCRITOS

DE LITERATURA Y ARTE

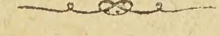
DISCURSOS

CARTAS Y OTROS ESCRITOS

DE

D. ENRIQUE RAMÍREZ DE SAAVEDRA
DUQUE DE RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MADRID
EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
C. de San Francisco, 4
1903

AL QUE LEYERE

Si entre nosotros fuese mayor la afición á la lectura, empezaría estas líneas advirtiendo al público de lo poco nuevo que ha de hallar en el presente libro, siendo gran parte de su contenido prosa del siglo pasado. Pero será tan corto el número de los que conozcan los varios escritos de que se compone, que he creído inútil y superflua la advertencia; pues para los lectores de hoy—que algunos ha de tener entre amigos y allegados,—tan nuevos serán los tales escritos, como si sólo el día antes los hubiese yo concebido y redactado, siendo, por otra parte, las cuestiones que en ellos se tocan ó dilucidan de todos los tiempos.

Y si por acaso el libro cayese en manos de aquéllos para quienes, fuera de las últimas novelas de París, toda lectu-

ra es ejercicio cansado y tedioso, el mismo albur correría nuevo que viejo; pues abrirlo, ver el contenido, exclamar: ¡qué *lata!* y volverlo á cerrar para siempre, será obra de un minuto.

Ignoro si la causa de nuestro infortunio presente es el sistema educativo que antes regía, y del cual reniegan los que hoy blasonan de modernistas; si el latín y los estudios á la antigua, ocupando el tiempo que debía emplearse en los ejercicios físicos y las ciencias de aplicación, nos han traído á la actual decadencia; pero es lo cierto que choca y llama la atención la escasa cultura que se advierte en las nuevas generaciones, desde que tales ideas se propalan en discursos y periódicos. No negaré que haya hoy, como siempre ha habido entre la gente moza, brillantes individualidades, excepciones de la regla común; pero, en general, ¿qué saben los jóvenes, que hoy bullen y figuran, de letras clásicas, ni qué les importa de Homero ni de Platón? Visten á la moda; son ó se creen elegantes, y se consagran al *sport:* ¿qué más hay que pedir? No todos, y á fe que es lástima, pueden mantener un par de *ponies* (jacas en es-

pañol) para la viril y gallarda lucha del *polo*, ni darse el lujo de hender los aires en automóvil; pero el caballo de acero y el *foot-ball* están al alcance de todas las fortunas y de todos los pies.

Puede que sean esos los primeros pasos para la regeneración apetecida, y que lo que falta de ilustración se remedie fácilmente después. Entre tanto, ¡cuán pocos de esos ágiles *sportsmen*, delante de un grupo mitológico ó de un antiguo bajorrelieve, podrán explicaros su significación; cuán pocos, ante una obra arquitectónica, podrán deciros, siquiera, el orden á que pertenece!

Todavía en el último siglo *(cualquiera tiempo pasado—fué mejor)* los jóvenes que salían de los colegios y, en general, las personas bien educadas, tenían, cuando menos, cierto barniz, y con ellas, aunque no ahondasen mucho, podíais conversar de poesía y de artes. Es verdad que el tiempo aquel, aunque cercano, era muy otro del presente. ¡Ojalá volviésemos á aquel atraso! Había fe, había ideales, y España era mucho mayor ante los ojos del mundo. ¿Cómo no recordar, los viejos, aquella época excepcio-

nal, en que el Liceo y el Ateneo mantenían chispeante y vivo el fuego sagrado; las gentes sabían de memoria los versos de Quintana y de Gallego, de Espronceda y de Zorrilla; entusiasmaban el *Don Alvaro* del Duque de Rivas, y el *Trovador* de García Gutiérrez; y Donoso Cortés, Pastor Díaz, y luego Castelar, Moreno Nieto y algunos otros, apasionaban á la juventud con su admirable elocuencia?

Las circunstancias han cambiado: los versos gustan poco, y las arengas, por sí solas, más adormecen que apasionan. No quedan, pues, otros tópicos de conversación en el trato social, que el deporte y la crónica escandalosa; y si queréis un poco de literatura, ahí está Prevost, que con su novela modernista *Las semivírgenes*—que de fijo conocéis—os dará tela cortada para un rato.

Que España es el país de Europa en que menos se lee, harto lo prueba lo mal retribuídos que están entre nosotros los trabajos de la inteligencia. Algunos autores afortunados ganan con el teatro, á veces con la novela; pero los que, por vocación didáctica ó exceso de sabiduría,

dedican su pluma á elevadas cuestiones de crítica y de arte, ya saben que se condenan á eterno soliloquio.

Por mi parte, no siendo obra de actualidad, poco espero del presente libro. Es para mí como una selección de viejos papeles; y me induce á publicarlos el natural deseo de que no desaparezcan para siempre en el naufragio de revistas, folletos y periódicos, donde vieron la luz por vez primera. Hijos de diversos tiempos y circunstancias, encierran curiosas noticias é interesantes recuerdos de ilustres personajes, y son, en su vario conjunto, la sincera expresión de mi modo de sentir y comprender las letras humanas.

DISCURSO

LEÍDO POR EL

MARQUÉS DE AUÑÓN (1)

ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA JUNTA PÚBLICA

CELEBRADA EL 14 DE MAYO DE 1863

para darle posesión de su plaza de número.

TEMA

Carácter de la verdadera poesía.

(1) Era el título que llevaba el autor en vida de su padre.

Señores:

Al contemplarme, sin merecerlo, en esta Real Academia, legítimo y natural asiento de las letras españolas, realzadas por la virtud y el patriotismo; al dirigiros mi humilde palabra en este recinto, donde habitualmente resuena la elocuente voz de egregios oradores, sabios eruditos y poetas insignes, el respeto que me inspiráis y la propia desconfianza embárganme de tal modo, que en vano pretendería explicar los diversos impulsos y sentimientos que hoy me agitan el corazón y conturban mi espíritu.

Por una parte, la inmerecida honra que me habéis dispensado, á mí que tan poco os traigo en

cambio de tan señalada merced; por otra, la profunda gratitud que os debo, al pensar que olvidando por esta vez las altas cualidades que siempre enaltecen á los que llamáis á vuestro seno, habéis querido, sin duda, premiar en el hijo los merecimientos del padre. Y ¿qué diré, señores, si considero al hombre ilustre, cuyo puesto voy á ocupar, sin poder nunca reemplazarle, y á cuyo ardiente patriotismo y sabias investigaciones tanto deben las letras castellanas? El nombre de Don Agustín Durán será perpetuamente uno de vuestros mayores timbres de gloria: él ha vuelto á la luz y á la vida los ricos y olvidados tesoros de nuestra fecunda vena popular; él, saliendo del estrecho círculo en que los preceptistas, al comienzo de este siglo, tenían aún aprisionado el estro nacional, é inspirándose en los principios de la crítica moderna, más racional y filosófica, ha redimido de injusto desdén la singular belleza de nuestros antiguos romances; poesía imperfecta á veces, casi siempre genuína y espontánea, en que tan bien se halla retratada nuestra sociedad de pasados siglos, y en cuyo numeroso y vario conjunto parece como que se siente palpitar toda la vida de nuestro pueblo.

I

El romancero de Durán, que así le llama la presente generación, y así le llamarán las venideras, lleva naturalmente nuestros ojos á las eternas

fuentes de la verdadera poesía, que cuando no se alimenta de la savia de un pueblo, ó no recibe, al menos, el sello de una poderosa individualidad, por más elegantes que sean sus atavíos, perece de atonía y de extenuación, si no es que rasgando sus vestiduras en el despecho de su impotencia, sucumbe sin dignidad entre ridículas contorsiones.

Partiendo de estas ideas, séame lícito, señores, ya que me incumbe deciros algo en este acto solemne, exponer algunas reflexiones sobre el carácter de la verdadera poesía, indicando, como de pasada, sus esenciales diferencias, según los cambios y vicisitudes sociales. Que no creo inoportuno, al suceder á quien tanto debe nuestro Parnaso, y cuando tan esclarecidos poetas me escuchan, tratar de la que es y será siempre la más elevada expresión del pensamiento humano, aunque no falten modernos escritores que le nieguen su importancia ó la juzguen impropia de estos tiempos.

El reinado de la poesía no ha concluído, ni puede concluir en tanto que el hombre exista, como no puede acabar mientras la humanidad peregrine en la tierra la viva aspiración del alma al supremo ideal de la belleza; como no puede agotarse el manantial del sentimiento, ni extinguirse la llama del entusiasmo, ni perderse el halago del ritmo, de la cadencia y la armonía. Su esfera de acción podrá dilatarse ó restringirse; pero como todo lo que tiene por base al hombre mismo, la poesía, revistiendo, según las circunstancias, la rica variedad de sus múltiples formas, con él camina en el curso de las edades, le acompaña en

sus vicisitudes y refleja sus desenvolvimientos.

Los himnos sagrados y las teogonías y cosmogonías poéticas de la infancia de los pueblos; la epopeya de las heróicas edades, en que ya las pasiones y caracteres se desarrollan con claridad histórica, y los cantos sugestivos y personales en que el poeta filosofa ó satiriza, ríe, llora ó blasfema, señalan diversas fases de la humanidad, con la cual se enlaza constantemente la poesía. Dios, la historia y el corazón humano son sus eternos manantiales; todas las galas de la naturaleza, sus ricos atavíos; su material expresión, las más nobles y cadenciosas combinaciones del lenguaje: ¿cómo no ha de tener importancia, y puesto y voz en todos los estados de la sociedad? ¿Quién puede negar el influjo civilizador de los sublimes cantos de la Biblia? ¿Quién la influencia del Dante en la historia moral, religiosa y política de Italia? Y en época más reciente, ¡cuánto no debe la preponderancia francesa en Europa á los insignes poetas del tiempo de Luis XIV! Corneille, Racine, Molière y La Fontaine han contribuído, juntamente con los oradores sagrados y grandes prosistas de aquella era, á difundir las verdaderas máximas de la filosofía cristiana, dando temple á los corazones y levantando en sus admirables versos el ideal de lo bueno, de lo bello y de lo justo. Ha dicho el Conde de Rivarol que si la revolución francesa hubiese estallado un siglo antes, Cotin hubiera hecho, sin duda, guillotinar á Racine. Y ciertamente no habría sido difícil ver inmolado por el ateísmo revolucionario al que en algunas de sus tragedias es tan gran poeta como filósofo cristiano.

Pero al hablar del influjo de la poesía, claro es que me refiero únicamente á la espontánea y verdadera, en contraposición á la falsa y convencional. Sin que por esto se entienda que rechazo ninguno de los géneros en que han solido clasificarse las composiciones poéticas; pues pienso, en este punto, con el famoso autor de la *Henriada* (1), que

Tous les genres son bons, hors le genre ennuyeux.

La poesía, que en su carácter social retrata la vida de las naciones, y que, individualmente examinada, refleja las continuas modificaciones del entendimiento y las más diversas impresiones del corazón, puede revestir todas las formas y abarcar todos los géneros. Mas para que sea digna de su nombre, ha de fundarse en la verdad de la naturaleza, de las ideas y de los sentimientos. El himno y el idilio, la oda y la epopeya, la elegía, la anacreóntica, la sátira: estos varios tonos, y otros sin cuento que no sería fácil determinar, entran sin duda en sus vastos dominios. Pero cada cosa en tiempo y sazón, emanando siempre de una inspiración sincera y legítima. Si Homero y Dante, los más grandes poetas sociales, á excepción de los cantores bíblicos, nos conmueven y arrebatan, es por el fondo natural, humano y verdadero de sus grandes poemas. Bien entendido que sólo hablo aquí de la verdad poética, que no siendo precisamente la religiosa, ni la filosófica, ni la histórica, suele comprenderlas todas. Esto

(1) Voltaire.

mismo afirmaba nuestro sabio Alonso López Pinciano en su admirable *Filosofía antigua poética*, con estas felices palabras: «El objeto de la poesía no es la mentira, que sería coincidir con la sofística, ni la historia, que sería tomar la materia al histórico. Y no siendo historia, porque toca fábulas, ni mentira, porque toca historia, tiene por objeto al verisímil que todo lo abraza.»

En cuantas obras produce el genio del arte hay dos elementos: uno fundamental, permanente, eterno, como las leyes del espíritu y del corazón; otro relativo, modificable y progresivo á tenor de las nuevas ideas y descubrimientos que va haciendo el hombre en su incesante carrera. De aquí el sello particular que distingue á la poesía según la civilización, el pueblo y la era á que pertenece, ó el impulso que recibe de los acontecimientos humanos.

La musa de Grecia y Roma, ya se la considere en sus magníficas epopeyas, ya en otras de sus manifestaciones, siempre corresponde á la índole peculiar de las gentes cuyas glorias canta ó cuyas pasiones halaga.

La artística deificación de las fuerzas de la materia; la exaltación heróica y el amor á la patria, los dos sentimientos más elevados de aquellas edades; el idealismo de la forma y el goce de los placeres sensuales, son la fuente de inspiración y los rasgos característicos de la poesía pagana.

Homero, que tan bien condensa y describe la naciente civilización griega, nos da perfecta idea de la vida moral de los héroes que retrata; y al poner en los labios de Aquiles que prefiere ser escla-

vo del más indigente labrador en la tierra á la primera de las sombras en los Elíseos (1), deja comprender fácilmente, que un pueblo que tan pobres nociones tenía de la inmortalidad del alma y de los fines del espíritu más allá del sepulcro, debía ser esencialmente sensual y materialista.

Los dioses de la *Iliada* tienen una encantadora divinidad externa; pero están más llenos de culpas, vicios y errores que los míseros mortales. Y nosotros, que tan alta idea tenemos del Sér Supremo, no podemos menos de sonreirnos, aparte las bellezas de estilo que nadie podrá desconocer, al contemplar al padre de los dioses inclinando la balanza de la victoria, según su capricho y los favores que acaba de obtener de una diosa prostituída. Pero fuera de esto, que tiene su explicación en el estado moral y social que pinta el poeta, y que me atrevo á llamar el elemento variable de la poesía, las ricas y animadas descripciones de la naturaleza, las tormentosas pasiones y grandes caracteres que describe, fundados en la eterna verdad del corazón humano, la hermosura de Elena, el poder de la amistad en el rencoroso pecho de Aquiles, y la patética escena en que restituye al desventurado Príamo el cadáver de Héctor, éstos y otros pasajes, que sería prolijo citar, causarán siempre y en todas partes la más profunda admiración.

Si de Homero, eco de una civilización que empieza, pasamos á Virgilio, su fiel imitador, y representante de la latina en el apogeo de su mayor

(1) *Odisea*, canto XI.

cultura, volvemos á encontrar los mismos elementos que dan vida y sér á la poesía pagana, bien que en la *Eneida* se perciban ya los grandes pasos que había dado la humanidad en el transcurso de los siglos.

En tiempo de Virgilio los dioses del Olimpo decaían visiblemente; Sócrates había sentido ya dentro de su sér aquel genio ó espíritu que lo guiaba; Pitágoras, Platón y Aristóteles habían tratado los arduos problemas del mundo físico y moral á la luz de su poderosa inteligencia; la escuela estóica se ilustraba ya con gloriosos representantes, y Lucrecio, con amarga elocuencia, había llevado hasta el ateísmo las doctrinas escépticas de Epicuro. Virgilio, como lo prueban sus elevadas ideas sobre la inmortalidad del alma y el principio generador del universo (1), conocía las teorías de aquellos filósofos, y también sin duda las sublimes inspiraciones de la musa hebrea, como deja entender en algún pasaje de sus obras. Así vemos que, á pesar del arte exquisito con que pinta las deidades mitológicas, como el sentido moral del poeta es infinitamente mayor que el de las divinidades que retrata, fácilmente se comprende que son poco más que la máquina de su poema, y no, como en Homero, los tipos sagrados de su creencia. ¿Qué extraño, pues, que él mismo se admire del ciego furor de los dioses? *Tantene animis cœlestibus iræ?* Esta contradicción basta para dar á conocer la época en que escribía.

No obstante las diferencias que le separan de su

(1) *Eneida*, libro XI.

insigne modelo, Virgilio, por el espíritu de su obra, por los ritos y costumbres que describe, y por los héroes que caracteriza, es un poeta esencialmente pagano, y de los que más alta elevaron la idealización de la materia.

Dejando aparte, como al hablar de la *Iliada*, el elemento religioso, entonces modificable y progresivo, la piedad filial, tan profundamente descrita, lo mismo en el incendio de Troya que en las fiestas funerales de Anquises; la última noche de Ilión y las postrimerías de su infeliz monarca; la desgraciada pasión y trágica muerte de Dido, figura de todos los tiempos, y cuyos desventurados amores hicieron derramar lágrimas á San Agustín, según él mismo confiesa; los cuadros de la naturaleza, y la hermosa, culta y elegante forma, hija de las prendas felices del autor y del siglo en que vivía, hacen de Virgilio un verdadero poeta; no de aquéllos que arrancan las sociedades de la barbarie, ó las empujan á más encumbrado destino, sino de los que en civilizaciones adelantadas reflejan la grandeza de un pueblo, ensalzan su gloria y sus virtudes, y, asimilándose los progresos del pensamiento, contribuyen á difundirlos en elegantes y armoniosos versos.

Hasta ahora sólo me he fijado en la poesía épica, que, por su carácter universal, puede abarcar todos los géneros. Pero si de la epopeya pasamos á otras manifestaciones del estro pagano, dada la diferencia de tiempos y lugares, siempre hallaremos el mismo carácter externo y material, ó los impulsos de la patria y de la gloria enardeciendo el alma del poeta.

La destreza en el manejo de los caballos, el vigor muscular, la robustez y agilidad del cuerpo, las proezas olímpicas y la fama de los vencedores, tal es el fondo de inspiración de los arrebatados vuelos de Píndaro. El heroísmo, pasión la más noble y grande de los antiguos, enciende el pecho de Tirteo, y le hace prorrumpir, dirigiéndose á un pueblo abatido por la derrota, pero deseoso de venganza, en estos altísimos pensamientos: «Avance, pues, cada cual, levantando su lanza y recogiendo bajo el escudo todo el poder de su corazón al comenzarse la pelea. ¿Es dado al hombre, por ventura, evitar la muerte fatal, aunque descienda de progenitores inmortales? ¡cuántas veces, huyendo de los enemigos y apartándose del silbo de los dardos, le sobrecogió la muerte en el umbral de su morada ....
Todos lloran al varón esforzado que ha muerto en la refriega, y si se salva en la lid, es acatado como los semidioses! (1) »

Estas palabras de una de las mesenias, tomada al azar entre las pocas que desgraciadamente conocemos, y de la cual tan imperfecta idea puede darse trasladada en humilde prosa á lengua extranjera, al par que descubren la heróica exaltación de aquellos pueblos, prueban que la verdadera poesía brota del corazón, y crece y se levanta á medida que son más grandes las pasiones que lo conmueven.

Las musas, sin embargo, no se proponen siempre por objeto tan altos fines sociales; á menudo

(1) Traducción de Castillo y Ayensa.

se reducen á más modestas esferas, inspirándose sólo de los afectos del ánimo ó de las impresiones íntimas del corazón. De aquí el sello individual que generalmente caracteriza la poesía, y que tanto interés le presta cuando es genuína expresión de lo que pasa en el alma del que canta ó escribe. Pero en esta clase de inspiración, puramente personal y subjetiva, en donde cada poeta es ejemplo vivo de la moralidad y de la índole de su época, pues los grandes caracteres y pasiones de otros géneros poéticos más levantados pertenecen á todos tiempos, es donde mejor se patentiza el genio de una sociedad en que el amor es más bien goce de los sentidos que virtud del alma, en que la mujer vive generalmente postergada, y en que la belleza del cuerpo vale mucho más que la del espíritu. ¿Necesitaré comprobar con citas las ideas que sumarialmente acabo de exponer? Ahí están las desordenadas agitaciones de Safo, y sus ruegos á la diosa de Chipre. Ahí el desterrado de Teos, rodeado de ninfas; con un vaso en la diestra y la cabeza ceñida de pámpanos. Ahí, en fin, Teócrito, y Tibulo, y Ovidio, y Virgilio, y Horacio, ya cantando las delicias y veleidades de un amor enteramente profano, ya extasiados con la pompa exterior de los campos, ya fantaseando en la composición de fabulosas alegorías y en el empleo de símbolos materiales para la expresión de sus ideas y sentimientos. A veces, es verdad, se nota en estos poetas cierta delicada ternura y hasta cierta melancolía en los afectos; pero el sensualismo de su religión y de sus costumbres alienta en su inspiración y se refleja en sus versos. La poesía que

acabo de mencionar encierra ciertamente bellezas inmortales; mas era forzosa la aparición del cristianismo para acrisolar la fuente del sentimiento y levantar la imaginación al idealismo del espíritu.

II

Al seguir á la poesía en otra de sus más importantes fases, permitidme, señores, una breve digresión sobre los preceptistas, cuyas reglas parecen contradecir el mérito de peregrinas creaciones hijas de una nueva civilización.

La poesía, expresión del hombre y de la sociedad, no puede permanecer estacionaria. Como río majestuoso que á medida que se dilata va enriqueciendo el caudal de sus aguas con el tributo que le rinden nuevos manantiales, ella también se vivifica y engrandece con nuevos elementos; y las transformaciones morales y sociales, prestándole gérmenes hasta entonces desconocidos, le abren al par ignorados senderos y más vastos horizontes. De aquí dimana el error de los que en diferentes épocas se han esforzado inútilmente en clasificar los géneros, imponiendo, con ínfulas de legisladores, las prescripciones á que cada cual ha de ajustarse. Como si fuera posible fijar las formas del espíritu humano, ó poner límites al pensamiento.

Cuando apareció en Inglaterra el *Paraíso perdido* de Milton, suscitáronse acaloradas controversias entre los doctos sobre si era ó no esta obra poema épico. A los que este carácter le negaban, respon-

dieron los adversarios: «No será épico, si os empeñáis, pero será un poema divino.»

Y es que los preceptistas deducen sus reglas de lo conocido, y rara vez adivinan las nuevas manifestaciones que puede ofrecer el ideal de la belleza en ulteriores revoluciones sociales.

Si Aristóteles y Horacio hubieran escrito en esta época, ¡cuánto no habría modificado con su clara razón y alto sentido crítico, el primero su *Poética*, y el segundo su famosa *Epístola!* De seguro no habrían afirmado, como Boileau en pleno siglo XVII, que el poeta debe preferir asuntos de la fábula y los nombres de Ulises, Agamenón, Orestes, Paris, Elena, etc., á los de la patria historia, ni se hubieran burlado de un autor por haber escogido para argumento de un poema la expulsión de los sarracenos de Francia (1), ni habrían tronado, cuando ya habían escrito Dante, Tasso y Milton, contra los que buscan la inspiración en el fondo de sus creencias cristianas, y en las fantásticas visiones de la tradición y la leyenda religiosa (2). No puede negarse, sin embargo, que, salvo algunas prescripciones poco razonables,

(1) *La fable offre à l'esprit mille agréments divers;*
Là, tous les noms heureux semblent nés pour les vers:
Ulysse, Agamemnon, Oreste, Idoménée,
Hélène, Ménélas, Pâris, Hector, Enée.
O le plaisant projet d'un poète ignorant,
Qui de tant de héros va choisir Childebrand!
(BOILEAU, *L'art poetique.*)

(2) *C'est donc bien vainement que nos auteurs déçus*
Banissant de leurs vers ces ornements reçus,
Pensent faire agir Dieu, ses saints, et ses prophètes, etc.
(BOILEAU, *L'art poetique.*)

aunque propias y adecuadas á la época en que se escribió, la *Epistola ad Pisones*, al lado de máximas de sentido común y que ocurren sin esfuerzo á cualquiera persona sensata, encierra preceptos más filosóficos y de más general aplicación que la estrecha *Poética* del preceptista francés, por más que éste conquistara en ella el lauro de excelente versificador.

Como suele acontecer cuando la crítica busca ejemplos más que principios, y de teórica se convierte en casuística, las reglas de Horacio no siempre pueden servir de pauta para medir y apreciar bellezas de mérito universalmente reconocido. ¿Quién duda que las composiciones poéticas, como las demás obras del ingenio humano, deben ajustarse á un plan sencillo y único, y que las partes han de guardar relación con el todo? Y sin embargo, á pesar del

Humano capiti cervicem pictor equinam
Jungere si velit, et varias inducere plumas,
Undique collatis membris, ut turpiter atrum
Desinat in piscem mulier formosa superne;
Spectatum admissi, risum teneatis amici?,

lejos de reirnos, prorrumpimos en exclamaciones de sincera admiración al contemplar los primorosos arabescos del arte gótico-bizantino en las peregrinas catedrales de la Edad Media, y los caprichosos y emblemáticos diseños de antiguas Biblias y venerandos códices que se guardan como tesoros del arte en las primeras bibliotecas de Europa. Así como, ya entrado el Renacimiento, nos encantan las fantásticas creaciones de Rafael en sus

incomparables *loggias* del Vaticano, y las inimitables entalladuras de Benvenuto; todo lo cual, realizando el ejemplo que presenta Horacio, parece contradecir sus preceptos. Y es que el genio de una nueva era ha sabido encontrar y sorprender en la rica variedad de la naturaleza recónditas armonías; y fundiendo en el crisol de la inspiración los objetos al parecer más opuestos, las cosas más incoherentes, ha logrado producir las maravillosas obras en que aun hoy, época de examen y discernimiento, va á estudiar el artista y á inspirarse el poeta. Y volviendo de las bellas artes, que Horacio invoca, á los ejemplos literarios, ¿quién puede negar que Dante, Ariosto, Shakespeare, Byron, saliéndose de las tradiciones clásicas, no amoldándose á las reglas de los preceptistas, son grandes y sublimes poetas? Y sin embargo, en el fondo de todo lo que es verdaderamente bello están la unidad y la armonía; pero, como dice Pascal: *L'imagination et le sentiment ont des raisons que la raison n'a pas.*

Los preceptistas podrán depurar el gusto del escritor, podrán formar versificadores de gabinete, enseñar á Delille á buscar armonías imitativas; pero nunca formarán un poeta como Calderón, como Quintana ó como Espronceda.

Horacio no podía prever la gran transformación que debía trastornar el mundo, ni que la aparición del cristianismo, cambiando enteramente las bases de la sociedad antigua, iba á trazar nuevo rumbo á las fuentes de la imaginación y del sentimiento. La exaltación de la compañera del hombre á la jerarquía que Dios y la naturaleza le ha-

bían señalado; el amor elevado á las más puras regiones del idealismo, como consecuencia de esta transfiguración; el esclavo trocando su cadena por el yugo más suave del siervo; el individualismo, en fin, reivindicando sus fueros y apareciendo en todas partes más potente que la sociedad; estos nuevos gérmenes de civilización y de vida, latentes en el tenebroso caos de la Edad Media, debían, como era natural, introducir grandes diferencias entre la musa halagadora y sensual de los poetas gentiles, y la más casta, mística y espiritual de las naciones cristianas.

La poesía, en el período á que me refiero, adquiere el gran predominio que ejerce siempre en la infancia de los pueblos, cuando el alma busca luz para desenvolverse, y sólo la encuentra en los cantos del poeta.

Mientras el latín sigue siendo la lengua de las leyes y de la religión, á lo cual se debe en gran parte que los autores clásicos no fueran desconocidos de los escasos cultivadores de las letras en aquella edad, el pueblo se comunica sus impresiones, y los trovadores entonan sus cantares y leyendas en un lenguaje semibárbaro, compuesto de varios y heterogéneos elementos; pero que crece y se desarrolla á medida que el latín enferma y agoniza, y que encierra el germen de magníficos idiomas y brillantes literaturas.

Ha dicho un moderno escritor (1) que cuando los pueblos tuvieron su lengua, también tuvieron pen-

(1) LAMENNAIS, *Introducción á la Divina Comedia.*

samiento propio, vivo y espontáneo; y yo añado que también tuvieron poesía. La de la Edad Media, genuína expresión de aquel laborioso período de misticismo apasionado, exaltación caballeresca y rudeza de costumbres, convirtiendo el amor á la mujer en una especie de culto, fomentando la pasión de las armas y el espíritu de aventuras, y empapándose en cierto maravilloso orientalismo con la guerra de las Cruzadas y la invasión de los árabes en Europa, contribuyó en gran manera al desarrollo del feudalismo, fase providencial por la que debían pasar los pueblos antes de constituir grandes nacionalidades.

Pero la primera obra poética en lengua vulgar, que verdaderamente abarca la nueva civilización y caracteriza por consiguiente la nueva poesía; poema social y profundamente subjetivo al mismo tiempo, tan grande como la *Iliada*, sin asemejarse más que en esto al del poeta de Smirna; poema en que se entraña la luz de una nueva religión y de una nueva filosofía; en el cual resalta el áspero individualismo de aquellos tiempos y la mujer aparece regenerada, y el amor en gran manera distinto de la pasión material que habían sentido y pintado los poetas del paganismo, es el que apareció, cuando espiraba la Edad Media, como aurora del Renacimiento. Ya habréis comprendido que me refiero á la *Divina Comedia*. Si la epopeya es la poesía de la humanidad, la obra de Dante es el poema más grande y de mayor alcance que ha producido el ingenio humano, y no menos diferente en el fondo que en la forma de las creaciones de la antigüedad griega y latina.

La *Divina Comedia*, como toda producción artística en la infancia de las civilizaciones, se aparta de la tradición y de las reglas establecidas, pero se acerca más á la naturaleza. El sentimiento es en ella más espontáneo, más verdaderas las pasiones, el estilo más pintoresco y conciso. El carácter esencialmente original y subjetivo del poema le presta, además, una vida, un interés, y á veces un encanto que no suele hallarse en obras de tiempos más adelantados, cuando el esmero y atildamiento de la forma vienen á menudo á reemplazar el nervio del pensamiento.

En la *Divina Comedia* no se cantan, como en los conocidos poemas de la antigüedad, las hazañas de un héroe determinado, la ruína de una ciudad ó la creación de un imperio. En esta obra *cósmica*, si me es lícita la palabra, hay una acción inmensa, la acción de toda la humanidad al través de los siglos; acción en que toman parte los cielos y la tierra, todas las potencias del espíritu y todas las resistencias de la materia; en que tienen representación todas las virtudes y todos los vicios; en que el hombre aparece desenvuelto en todas sus fases, desde el fango de la corrupción, donde se arrastra á par de los brutos, hasta las etéreas regiones donde la Esencia divina está oculta por las nueve jerarquías angélicas que la rodean (1). Teología, filosofía, historia, astronomía, política, artes, todo, todo lo abarca y condensa la portentosa trilogía de Dante. Pero donde más se perciben las diferencias que lo distinguen de los poetas genti-

(1) *Paraíso*, canto XXVIII.

les, es en la pintura de pasiones y sentimientos. ¿Qué poeta del paganismo pudo soñar siquiera la maravillosa figura de Beatriz, admirable conjunto de luz y de amor, de pureza, de hermosura y de idealismo? ¿Qué tiene que ver el fuego sin escorias y sin ceniza que inflama el corazón de Dante con el liviano erotismo de los poetas griegos y latinos? Y lo que digo de Dante, podría decirse de Petrarca y aun de Tasso, que ya escribía cuando el Renacimiento empezaba á dar cierto tinte pagano á la literatura. El amor, fuera de su acepción material, era entre los gentiles considerado como flaqueza. No hay más que comparar las relaciones de Ulises y Calipso, ó del piadoso Eneas y la triste Dido, con los amores de Reinaldo y Armida, para convencerse de la gran revolución que habían experimentado las ideas y sentimientos, y del carácter particular que dió el Cristianismo á la pintura de las pasiones, al imponerles, como dice un escritor, «un freno secreto, y agitar en torno de ellas los mares de la conciencia.»

Pero volviendo á la *Divina Comedia*, otra de las cosas que más la caracterizan y distinguen de los antiguos poemas es su fin profundamente moral y filosófico, resumido en aquellos versos del *Purgatorio*, cuando Virgilio dice á su compañero á la entrada del Paraíso:

Libero, dritto, sano è tuo arbitrio,
E fallo fora no fare a suo senno;
Perch' io te sopra te corono e mitrio (1).

(1) *Purgatorio*, canto XXVII.

El espíritu humano, después de mil penosas evoluciones, llega al último de sus desenvolvimientos, cuando libre de los vicios y errores que lo esclavizan en la tierra, dueño de sí mismo, sacia su sed en las fuentes del amor celestial, y abre sus alas á los resplandores de la verdad divina, como fénix que de la sombra del pecado renace al clarísimo oriente de la gracia.

En todos los poemas hasta entonces conocidos el autor desaparece detrás del asunto que desarrolla, fuera de las invocaciones en que pide auxilio á las musas, ó de alguna que otra alusión á su propia persona. En la *Divina Comedia* el poeta lo es todo: su personalidad, que sirve de lazo á todas las partes de la obra, no desaparece un momento. Dante es el vértice en torno del cual pasan los hombres y las generaciones, se mueven los astros y giran las estrellas.

Si de esta generalización fuera lícito pasar á los episodios, á los dramas que á cada paso se representan en el curso del poema, podría citar bellezas sin cuento, ya en el retrato de pasiones y caracteres, ya en la sobria y feliz expresión de profundos pensamientos. Pero en esta obra, como en las anteriormente examinadas, volvemos á hallar, al lado de lo absolutamente bello y verdadero, lo transitorio y contigente, lo que se relaciona con las pasiones políticas y errores científicos, esto es, con el estado social de la epoca. Los odios de partido y el simbolismo, tan en boga en aquellos tiempos, hacen además obscuros y hasta ininteligibles muchos pasajes. Pero lo comprensible, que es donde se encierra la verdadera poesía, es lo

que nos encanta, y basta por sí solo para colocar á Dante entre los primeros genios de la humanidad. Ocioso fuera hablar aquí de la extraordinaria influencia de la *Divina Comedia* en la literatura y en la sociedad. Lo que atañe á mi propósito es manifestar, como se deduce de lo expuesto, que la genuína inspiración poética es aquella que se funda en la verdad eterna del corazón humano, y en la verdad social de la época en que el poeta escribe.

III

La poesía espontánea y original, que, ligada con las vicisitudes de los pueblos, empezaba á producir vigorosos y sazonados frutos, según la índole particular de cada tierra y el desarrollo de los modernos idiomas, recoge el vuelo á medida que avanza el Renacimiento; y el numen pagano de la antigua Grecia y de la clásica Roma, postergado y obscurecido por el estro de las nuevas naciones, se vuelve á levantar en el campo de la literatura.

Las causas que determinan esta nueva fase, en la que tanto influyeron los grandes centros literarios establecidos en Europa, os son á todos conocidas.

En Italia, guardadora de la antigua tradición y más cercana á los clásicos manantiales, empezó el movimiento retrógrado; y de aquella cuna del humano saber se extendió en breve por las demás naciones. El más profundo y general conocimiento del griego y del latín, purificó y engrandeció

las modernas lenguas; pero el vehemente entusiasmo que despertaban los modelos de Grecia y Roma contribuyó á desnaturalizar la verdadera poesía, apartándola del propio caudal, para volver á reflejar tipos, ideas y creencias de civilizaciones que pasaron para siempre. En España Boscan y Garcilaso, Dubellay y Ronsard en Francia, y más tarde en Inglaterra los poetas de la república, y muy particularmente los de la restauración, fueron los introductores del nuevo sistema, que tan gran predominio llegó á ejercer en las letras europeas.

Por una de aquellas contradicciones, más aparentes que reales en la vida de los pueblos, al mismo tiempo que con la reforma religiosa, triunfante al cabo en Inglaterra y otros países, la orgullosa razón humana quería romper toda traba, y parecía como que el pensamiento iba á cernerse sin freno alguno por las regiones del arte y de la ciencia, la clásica imitación se introduce como elemento preponderante en las literaturas, los doctos empiezan á desdeñar los cantos populares de las naciones, y Homero, Virgilio, Anacreonte, Horacio, Ovidio, á ser considerados como perfectos modelos que el arte no podía abandonar sin extraviarse y parar en el mal gusto. La musa nacional, sin embargo, no fué enteramente vencida, como después manifestaré al hablar de España; pero siendo particularmente mi objeto caracterizar la verdadera poesía, debo fijar preferentemente la atención en la bastarda tendencia que la desnaturalizaba, y en los insípidos frutos que la sistemática imitación debía necesariamente producir.

Al inaugurarse el período literario cuyo bosque-

jo trato de presentaros, dos grandes poetas aparecen en Italia: Ariosto y Tasso. El primero, engolfándose en las tradiciones y leyendas caballerescas de la edad recién fenecida, y entregándose á los caprichosos desvaneos de su prodigiosa y fecunda imaginación dió á Italia y al mundo el *Orlando furioso*. Este peregrino poema, en que el autor recorre con indecible maestría todos los tonos, y en que mezcla y enlaza con rara habilidad los más singulares episodios (obra extraña y de vigorosa originalidad), venía como anticipada protesta contra la clásica reacción llamada á subyugar la lira del Renacimiento. Pero el impulso estaba dado, y no era fácil que el *Orlando* lo contrastase, siendo por su índole especial más á propósito para excitar admiración que para formar escuela. En cuanto al poeta de Sorrento, buscó, es verdad, en las Cruzadas y en la redención del Santo Sepulcro el argumento de su magnífico poema; pero, feliz imitador de Virgilio, su *Jerusalén libertada*, así como su *Aminta*, sancionan ya la nueva tendencia clásica y pagana de la literatura.

La poesía de imitación quedó, pues, entronizada; y entre todos los géneros entonces en boga, ninguno que la alcanzase tan cumplida como el anacreóntico y pastoril. Mientras los gobiernos se empeñaban en lejanas y heróicas empresas y las naciones gastaban sus fuerzas en sangrientos combates, ó sufrían violentas y trastornadoras convulsiones, ¿quién lo diría? los idilios, las églogas, los poemas pastorales y anacreónticos invadían el campo de la literatura. No hay para qué encarecer lo falso y convencional de esta poesía. Las imáge-

nes, los pensamientos y hasta los nombres propios podrían estar tomados de Teócrito ó de Virgilio; pero, generalmente hablando, los bosques y praderas, en que tanto se complacían estos nuevos poetas pastores, no *olían á cantueso ni á tomillo;* y sus Cloes y Batilos, por más que tuviesen en la mano el cayado ó la colodra, no tenían verdadero sér humano en el corazón ni en la lengua. ¿Y qué diré de los amanerados imitadores del lírico de Teyo, cuyos tipos están ya tan distante de nuestro entendimiento, y cuya filosofía frívola y sensual tanto se aparta de nuestras cristianas creencias? Es de ver á hombres graves, á escritores rectos y morigerados jactarse de artificial intemperancia y de falso sensualismo, únicamente por el gusto de escribir poesías anacreónticas, cuando no entretenerse en repetir hasta la saciedad alegorías gastadas y triviales. Pero estos géneros tan preferidos exigían cierta clase de argumentos, y á ellos era preciso apelar; habiendo llegado el fanatismo de algunos hasta afirmar que no había más que diez escenas bucólicas, por no ser mas que diez las églogas de Virgilio. Ridícula manía de que tan donosamente se burlaba nuestro Juan de la Cueva en los siguientes tercetos de su *Ejemplar poético:*

Quieren también que sea ley forzosa
Que no pase de diez el que hiciere
Églogas, y no sé el que dió en tal cosa,
Y si un auto de Apolo no exhibiere,
Al eglógrafo absuelvo, porque ignoro
En qué delito incurra el que excediere.

En una palabra, los poetas se habían convertido en rimadores de escuela; y aunque por todas partes aparecían nuevas composiciones, y el cúmulo de los versos aumentaba, la musa de los pueblos expiraba de inanición.

¿Pero la poesía imitativa, se me preguntará, está fuera de las condiciones propias de la verdadera poesía? Nada más lejos de mi pensamiento, si se entiende por imitación la que busca en obras inmortales auxilio, estímulo y guía; no aquélla que paraliza y envilece la inspiración, ahogando los naturales impulsos del alma. Como el pedernal herido por el eslabón produce la luz, y una antorcha se enciende en otra, el talento se inflama y desarrolla al contacto del talento. La imitación en las artes y en las letras es la cadena que nos acerca, de progreso en progreso, á la perfección que tanto anhelamos. Sin la asimilación bien entendida de lo antiguo con lo moderno; sin la mancomunidad de ideas y sentimientos entre todas las épocas y todas las ramas del humano linaje, prueba excelsa é irrefragable de la unidad de su origen y de su fin, ¿qué sería de los adelantamientos de los pueblos? ¿qué de la actual civilización, que es sólo herencia, cuando no suma y condensación de todas las anteriores? Los pensamientos que brotaron al calor intelectual de pasadas centurias, fructifican, se desenvuelven y perfeccionan por medio de imitadores, y el gran merecimiento de los hombres de ingenio no estriba tanto en despertar la admiración de sus contemporáneos, que no siempre les hacen justicia, como en dejar huellas de luz á los siglos venideros.

La imitación, según el docto Pinciano, ya citado anteriormente (1), es ingénita en el hombre. «Imita el niño apenas deja vacío el seno de la madre; imita el artesano las formas de la naturaleza humana; el artífice sus bellezas; el sabio, el filósofo y el médico aspiran á imitar la perfección de lo creado; ¿y qué hace el repúblico cuando con hartura, paz y justicia gobierna la tierra, sino imitar la infinita bondad de Dios?»

Ni es sólo en los escritores españoles de los siglos XVI y XVII donde suelen encontrarse sobre este punto ideas tan sanas y verdaderas. En los sabios pensadores de la antigüedad hállanse también observaciones que, ciertamente, no desdeñaría la moderna crítica. «Muchos hay (dice el insigne autor del *Tratado de lo sublime*) á quienes el talento ajeno arrebata, como el santo furor á los sacerdotes de Apolo sobre la sagrada trípode...

»... Las grandes bellezas que notamos en las obras de los antiguos, son como otros tantos manantiales sagrados, de que se desprenden felices exhalaciones que se difunden en el alma de sus imitadores...

»... Platón ha bebido en Homero, como en vivo manantial del que ha derivado infinitos arroyos (2).» En efecto: la imitación es legítima y hasta necesaria en la poesía; pero aquélla que vivifica y da nuevo sér á ajenos pensamientos, encarnándolos en la civilización á que uno pertenece, imprimiéndoles el sello del propio ingenio, y natura-

(1) *Filosofía antigua poética.*
(2) Longino, *Tratado de lo sublime*, cap. XI.

lizándolos en la lengua en que se escribe. El poeta que se entretenga en evocar personalidades mitológicas, en volver sobre trilladas alegorías, ó en describir pastores y zagalas, sin haber salido tal vez de las puertas de alguna ciudad populosa, podrá escribir versos pulidos y correctos; pero, á lo sumo, logrará presentar á nuestros ojos una espléndida mascarada. Sus tipos y personajes serán como los árabes y romanos que en días de Carnaval cruzan por calles y plazas: podrá gustarnos, tal vez, la pompa de los trajes ó el vivo esplendor de los atavíos; pero las personas que los revisten, de seguro no nos interesan.

No me cansaré de repetirlo: la poesía que no cree, siente ó piensa, no es poesía; y sólo aquélla que tiene por fundamento al hombre y por cuadro la naturaleza, podrá ser objeto de imitación bien entendida para los modernos. Gracián ha dicho en su *Agudeza y Arte de Ingenio*, que «suele faltarle de eminencia á la imitación lo que alcanza de facilidad, y que no ha de pasar los límites del seguir, que sería latrocinio.» En efecto, la imitación no es la copia. Virgilio es imitador felicísimo de los vates que le precedieron; y sin embargo, Virgilio es lo que debía ser: el poeta del siglo de Augusto. Camoens imita la *Eneida* en sus *Lusiadas*, y á pesar de ello, son dos obras de diverso linaje, y entre la muerte de Dido y la de Doña Inés de Castro, pintadas una y otra con gran viveza de colorido, claramente se nota la disparidad nacida de las distintas creencias fundamentales de ambos poetas. Milton y el Tasso, particularmente el segundo, imitaron también al cantor mantuano; y,

no obstante, sus bellos é inspirados poemas serán siempre objeto de admiración y de aplauso. Mas cuando la imitación se convierte en copia; cuando la literatura abandona el cauce de la nacionalidad, en lugar de ensancharlo y enriquecerlo con nuevos caudales; cuando las ideas, las costumbres y los sucesos siguen un derrotero, y el arte se afana por seguir otro distinto, la rica savia de la inspiración se estanca ó se extravía, como á veces el puro manantial se torna en insalubre pantano, ó va á perderse en infecundas arenas.

La poesía de imitación, propagada y extendida por el Renacimiento, no podía menos de recorrer, aunque con azarosa y varia fortuna, los diferentes pueblos de Europa; pues sus mutuas relaciones y la mancomunidad de ideas y de intereses hacían que ninguno de ellos pudiera mantenerse aislado ni al abrigo de las innovaciones científicas ó literarias.

Allende los Pirineos, si en manos de los sucesores de Ronsard la musa clásica iba gradualmente degenerando y apartándose de los primitivos modelos (como en los cuadros las copias de las copias cada vez se alejan más del original), vuélvese á levantar con la preponderancia francesa; y agregándose á la influencia latina la italiana, y más adelante la española, y fundiéndose todas al calor de la gran monarquía de Luis XIV con el elemento nacional, se formó aquella poesía, no sin razón denominada clasicismo francés, que tan bien refleja la pompa y esplendor de aquel reinado. Este clasicismo, distinto del griego y del latino, y al que no faltaron ni grandes trágicos, ni notables líricos,

ni legislador que dictase al Parnaso las estrictas y arbitrarias leyes de que ya hice mérito, se extendió por las naciones vecinas, ya ejerciendo en Inglaterra poderoso influjo en los fríos y acompasados poetas del tiempo de la Reina Ana, ya viniendo á restaurar las letras españolas, al par que se restauraba nuestra quebrantada y decadente monarquía.

Pero mucho antes que el clasicismo francés llamase á nuestras puertas, el elemento italiano se había introducido en España; y fuerza es confesar que la lengua, en manos de los llamados petrarquistas y de los poetas académicos que les siguieron, ganó notablemente en fluidez, riqueza y elegancia.

Si con la imitación de la poesía italiana del Renacimiento, y con el gusto clásico preponderante, la lírica española empezaba, como la de otros países, á resentirse de cierta monotonía y falta de espontaneidad, algunos poetas eminentes vinieron, sin embargo, á dar lustre y gloria á nuestro Parnaso. Entre otros, León y Rioja, sin renunciar á la pulcra belleza de la forma ni á la cuerda imitación de los antiguos modelos, pero inspirándose sólo en sus creencias y afectos, en sus ilusiones y desengaños, en los hechos de la patria historia, cantaron con tal vehemencia, con tal sencillez de expresión, con pensamientos tan tiernos, y á veces tan profundos y filosóficos, que pocas ha llegado después la lírica española á tan grande altura. Pero al paso que los cultivadores de los nuevos géneros propagaban la poesía de imitación, y que los poetas eruditos rendían exagerado

culto á dogmas y ejemplos literarios de civilizaciones paganas, del espíritu genuíno de la nación brotaba otra literatura libre, espontánea y vigorosa, donde se reflejaban la lealtad caballeresca, la fantasía mística, el heroísmo ideal, el amor respetuoso á la mujer rehabilitada; todos los móviles, en fin, religiosos y políticos nacidos en la sociedad española de la confusa amalgama de los elementos góticos, árabes y cristianos con los luminosos vestigios del mundo antiguo.

Ya comprendéis que me refiero al teatro y á los romanceros españoles, claro espejo de la nacionalidad castellana, riquísimo tesoro de las generosas tradiciones, de los contrastes morales y elementos épicos de nuestra historia.

La poesía popular, acaso desdeñada al principio por los cultivadores de los nuevos géneros, á fines del siglo XVI y principios del XVII encontró preclaros ingenios que la enriquecieron notablemente, dando mayor enlace y trabazón á sus argumentos, y realzándola con la elegancia y corrección á que había llegado el idioma. El universal y fecundo Lope, el fácil y exuberante Góngora, antes de perderse en el laberinto de sus extravíos, y el profundo é ingenioso Quevedo, dieron tal color, tal vida y corrección á los romances, que levantaron la lira del pueblo hasta los límites de la más culta y elevada poesía. Mas donde la inspiración popular se desarrolló con admirable lozanía, fué en nuestro teatro, no menos notable por los tesoros líricos que encierra, que por la pintura de nuestros tipos, caracteres y costumbres en los siglos XVI y XVII.

Pero España, en las débiles manos de los últimos Príncipes de la casa de Austria, y con las falsas ideas que en política y en administración predominaban, se hundía bajo el peso de su antigua grandeza. Con la humillación fuera, con la falta de cordura en el trono y de ilustración en las clases elevadas, y con el embrutecimiento en el pueblo, amenguaba más y más el círculo de la ciencia, y, falta de atmósfera, se apagaba la antorcha de la poesía, ó agitada por los gongoristas producía sólo siniestros y confusos resplandores, más á propósito para ofuscar la vista que para iluminar el ideal de la belleza.

IV

La revolución francesa de la pasada centuria, como todos los grandes acontecimientos humanos, debía dar nuevo sér á la poesía. La tendencia clásica, materialista y pagana volvió un momento á dominar en las esferas del arte. Los cultivadores de las musas se dedicaban á escribir poemas como la *Henriada* y *Los Reinos de la Naturaleza* (imitaciones más ó menos atildadas de los poetas del siglo de Augusto), ó tragedias sobre las de Sófocles y Eurípides, en que se desnaturalizaba completamente la sencillez y libre espíritu del teatro griego; y los grandes demoledores, para los cuales no había freno ni barrera, bajaban humildemente la cabeza ante Boileau, que vivía aún en su férula de pedagogo. Mas no importa: la filo-

sofía y la ciencia, en medio de tan deshecha tempestad, seguían su marcha adelante; y aquel retroceso de la poesía era como para tomar vuelo y seguir al entendimiento humano en su vario y azaroso camino. Tras la revolución social debía venir la revolución poética, y así se verificó en efecto.

Los poetas italianos que florecieron á fines del pasado siglo y principios del presente (1), en quienes ya se deja ver una libertad, un vigor de pensamiento y un tinte á veces tan hondamente melancólico; el mismo Andrés Chénier, en la vecina Francia, que en medio de su aspiración clásica marca con sello tan personal sus elegías, y se enardece con tan viva pasión en sus yambos; Wordsworth, Coleridge y otros en Inglaterra, precursores del gran bardo que debía eclipsarlos á todos, daban ya á conocer en sus obras, que se efectuaba á la sazón un gran movimiento literario. Pero de donde principalmente partió el nuevo impulso que debía caracterizar la moderna poesía, fué de la docta Alemania. Región de grandes pensadores, pueblo de índole reflexiva, y lanzado recientemente en la comunidad poética europea, con sus sabios filósofos y eruditos, y sobre todo con sus grandes poetas Schiller y Gœthe, que eran al par eminentes críticos, había probado con la teoría y el ejemplo: primero, que la musa de los griegos y latinos no siempre fué bien interpretada ó comprendida; y segundo, que el ideal de la belleza puede buscarse por múltiples y diversos caminos. Estos escritores y el famoso By-

(1) Monti, Hugo Foscolo y otros.

ron, que por sus alardes de ilimitada libertad de espíritu, de opinión, de creencias y de conducta, por su escepticismo descarado, por su amarga ironía, por su desprecio del bien y del mal conmovía profundamente la sociedad inglesa, y al que tan bien podrían aplicarse aquellos versos de uno de sus más célebres imitadores:

Alma rebelde, que el temor no espanta,
Hollada sí, pero jamás vencida;

estos escritores, repito, fueron los que verdaderamente fomentaron la gran revolución literaria cuyas consecuencias tocamos en nuestros días.

En Francia, la Baronesa de Staël y Chateaubriand, con su sentimiento poético y elevada prosa, prepararon el campo á las nuevas ideas; y la impresión que causaron las obras del vate britano, y la influencia de los poetas alemanes, juntamente con la reacción monárquica y cristiana y con la caída del Imperio, fundaron la nueva escuela en que tan gloriosamente han figurado los nombres de Víctor Hugo, Lamartine, Delavigne y Beranger, el libre y popular cancionero.

En este nuevo período de la poesía, los clásicos modelos de Grecia y Roma empezaron á ser desatendidos; volviéronse los ojos á la Edad Media, y en sus trovas, leyendas y tradiciones, en sus monasterios y castillos feudales se buscaron los veneros de inspiración. Como, dado el impulso de las innovaciones, es ley de la humanidad que ha de llegarse al último extremo, alrededor de grandes poetas que enaltecieron la nueva era con

libres, pero bellos é inspirados cantos, se formó una poesía bastarda que, si bien emanada de principios verdaderos, vino á confundir la inspiración con la calentura, la originalidad con el absurdo, la libertad con el delirio. Esta exagerada escuela, tanto más avasalladora cuanto más efímero debía ser su reinado, llegó hasta el fondo de la sociedad, influyendo poderosamente en las ideas y costumbres, y hasta en las modas de los pueblos de Europa.

No fué ciertamente en España donde menos se dejó sentir ésta que bien pudiera llamarse epidemia literaria.

La libertad de inspiración, sin embargo, contaba ya entre nosotros insignes representantes. Habíase ya ejercitado la ardiente imaginación de Cienfuegos sobre un fondo de ideas más filosófico que la musa de sus predecesores; y el tono y carácter de sus acentos guarda, á veces, no poca semejanza con la poesía inglesa y alemana (1). Posteriormente á este elevado poeta, el inolvidable Gallego y el ilustre Duque de Frías, inflamando sus pechos en la llama del más acendrado patriotismo, y particularmente el gran Quintana, llevando su lira de oro á los nuevos espacios abiertos por los progresos de la civilización, no temían ya emanciparse de la rutina de escuela y señalar nuevos rumbos al arte. Pero era menester que la libertad degenerase en licencia, y que á la poesía convencional del último siglo sustituyera la falsa

(1) Quintana, *Introducción á la poesía del siglo* XVIII.

y amanerada del presente. El *romanticismo*, á la sazón predominante en Francia, invadió, pues, nuestra Península, y avasalló la nueva generación. Los poetas ya no invocaban las musas ni se cuidaban para nada de las deidades del Olimpo. Aquellos zagales y pastores que convertían el campo literario en una fingida Arcadia, y que tanto abusaron de la paciencia de nuestros padres, tuvieron que romper sus zampoñas; porque las Cloris y Lesbias, habiendo cambiado completamente de aficiones, se dormían con las quejas de sus sencillos amantes, no dándoseles ya un ardite de las ovejas que pacían, ni abriéndoles el apetito la descripción de los lacticinios y frutas campestres. Empeñábanse aún algunos poetas rezagados en cultivar los antiguos géneros: la fama y el aplauso seguían la marcha de los innovadores. Para pasar por genio necesitábanse atropellar todas las reglas, y hasta los fueros del sentido común, como si las leyes del buen gusto y la razón no fueran inmutables lo mismo que el origen de donde dimanan. El extravío llegó á los últimos límites: los cementerios, las sombras, los espectros, verdugos y sepultureros, vinieron á ser una especie de emporio poético para nuestros versificadores, de igual suerte que lo habían sido y seguían siéndolo para los de Francia. Todos eran genios que la sociedad no comprendía; todos eran ángeles caídos. Esta nueva escuela, que en sus exageraciones engendró una poesía tan falsa como la que trataba de sustituir, aunque menos halagüeña, produjo, no obstante, entre nosotros grandes líricos, que con mejores estudios ó más talento que sus imitadores

dieron gloria y celebridad á la bandera regeneradora, contribuyendo á afianzar lo que de verdad tenía el nuevo sistema. No quiero citar nombres de personas que aún viven para lustre de la patria. Todos conocen quiénes han sostenido entre nosotros el estandarte de la revolución literaria. Haré solo mención del malogrado poeta por quien lloran todavía las musas españolas, feliz introductor de la poesía byroniana en nuestro Parnaso. Espronceda, al imitar y propagar la extraña poesía del bardo inglés, con quien tantas analogías de carácter lo ligaban, lo hizo, á fuer de verdadero talento, españolizando la extranjera inspiración, acreciendo la propia con la ajena savia, y revistiendo comunmente sus concepciones de una dicción esmerada, armoniosa y castiza. En medio de tantos otros que en los mismos días conculcaban la lengua en abortos literarios sobre los cuales pesa ya el olvido, el joven poeta supo demostrar en sus versos que la más temeraria libertad de la idea no está reñida con la correcta hermosura del lenguaje; sin la cual, aun los pensamientos de mayor profundidad y belleza vagan sin dueño, hasta que alguno más dichoso consigue aprisionarlos para siempre en elegante y vividora forma. *El Pirata* es imitación del *Corsario* de Byron; mas ¿qué importa, si será una canción española mientras viva el idioma castellano? Alguna vez he cotejado la carta de Doña Inés á D. Juan y la de Elvira á Don Félix, y no he podido menos de dar preferencia á la segunda.

Pero la manía romántica fué como nube de verano, que si momentáneamente obscurece el claro

azul del firmamento, deja al pasar más limpia y serena la atmósfera y fecundados los gérmenes de la tierra. Sí: acabó el delirio de una poesía exótica y bastarda, pasó el mal gusto; pero también huyó para no volver el seudo-clasicismo, mediante el cual los poetas parecían constantemente ocupados en darnos un cuerpo sin alma. En cambio, la escuela innovadora ha hecho volver los ojos á tesoros literarios que yacían arrinconados ó desconocidos por el orgullo de secta y la común ignorancia. Las tradiciones poéticas de la Edad Media, los primitivos cantos germanos y escandinavos, las antiguas leyendas y cancioneros, la rica vena de nuestros populares romances, han sido profundamente estudiados por célebres eruditos, entre los cuales será siempre enaltecido el sabio Don Agustín Durán; y la moderna filosofía, la mayor ilustración de esta época, y los adelantos de la estética y de la crítica han derramado luz sobre todas las literaturas. En el gran juicio abierto á las obras de la inspiración y del arte, así hay lauros para los poetas de la antigüedad pagana, como para los de otros tiempos y otras civilizaciones. ¡Dichoso romanticismo, que ha logrado rehabilitar la memoria de nuestros grandes dramáticos y romanceros, y que ha hecho comprender á los modernos que Dante es tan grande como Homero, y que Shakespeare y Calderón no valen menos que Sófocles y Eurípides!

Creo haber manifestado, aunque imperfectamente, que la deificación de la materia y el culto de la forma caracterizan la musa de los griegos y de los latinos; que el espiritualismo é ideal pureza

de los sentimientos alientan en la inspiración nacida al impulso de las creencias cristianas; que la desmedida imitación de los antiguos modelos embarga y descamina la lira del Renacimiento, y que los extremos de libertad y los alardes de independencia, si contribuyeron á extraviar el numen de los contemporáneos, han sido, en cambio, manantial de grandes bellezas, sacando á la crítica del rutinario círculo que la aprisionaba, y ensanchando los horizontes del arte. En suma, que la poesía refleja todas las vicisitudes sociales, y que para ser castiza y verdadera ha de tener por base una genuína inspiración.

Pero ¿qué rumbo debe seguir en estos tiempos? ¿Qué carácter ha de distinguirla? ¿Qué objeto debe proponerse? No es el mío dilucidar tan arduas cuestiones; mas para completar este débil bosquejo permitidme todavía añadir algunas brevísimas palabras.

La epopeya no me parece posible en estos tiempos. ¿Qué imaginación de fuego podría abarcar en un poema, trazándoles el camino de lo futuro, la perpetua lucha de afirmaciones y negaciones, la confusión de ideas y de principios, de pasiones y de intereses que tanto embrollan y complican las relaciones del mundo en que vivimos? Y si restringiendo los límites de la epopeya, sólo la consideráis bajo el punto de vista heróico, ¿dónde hallar en esta época esas grandes figuras que sobre las otras descuéllen, como los héroes de la *Iliada* ó de la *Eneida?*

Cuando el prestigio del heroísmo individual, ayudado de la fuerza y de la destreza, cede el

campo al imperio de las ideas, y éstas son patrimonio de todo el mundo, la sublimidad humana se hace cada vez más rara en la esfera del arte y de la fantasía, viniendo á ser punto menos que imposible.

Además, lo maravilloso, auxiliar importante de la musa épica, y que tanto exaltaba la imaginación de los antiguos, se aviene mal con el espíritu de análisis y con el monótono realismo que actualmente alcanzamos.

Mas si la poesía social, en su manifestación épica, no es de los tiempos que corren; si en el tráfago de pasiones é intereses, de encontradas doctrinas y opuestos sistemas en que todo aparece mezclado y confundido, se pierde el entendimiento y no acierta á encontrar el vínculo moral de tan incoherente y contradictorio conjunto, todavía el poeta, encerrándose en las profundidades de su corazón, puede encender la fantasía en el rescoldo de sus quebrantadas creencias, ó abandonarse á las vacilaciones de su espíritu, ó volar audaz en alas de la filosofía; y ya lamentándose sobre las ruínas de lo pasado, ya entusiasmándose con los grandes descubrimientos de la edad presente, ó bien expresando sólo sus íntimos afectos y emociones, todavía puede levantar nuestra mente á las regiones sublimes de la belleza.

El carácter de la poesía contemporánea ha de ser esencialmente subjetivo; y no pudiendo subordinarse á un pensamiento único y grande, á donde converjan la sociedad, la filosofía y el arte, forzoso es que en sus manifestaciones diversas refleje nuestra vida de lucha y de contradicción en su

infinita variedad de ideas, formas y aspiraciones. La poesía, como dice un escritor, describe una espiral en su carrera; su punto de partida es lo infinito, y su término el corazón del hombre.

He llegado, señores, al fin de mi tarea. Si en las breves reflexiones que acerca de la poesía he tenido la honra de presentar no he logrado colocarme á vuestra altura; si ha habido error en mis juicios, ó si, lo que creo más probable, siendo verdaderas las ideas que acabo de exponer y que abrigo con arraigada convicción, no he podido acertar con la castiza, pura y esmerada forma que avalora los pensamientos, y que tan bien cuadra al saber y buen gusto de esta ilustre Corporación, no acallèis los generosos impulsos que os movieron á darme asiento entre vosotros, y acoged mi pobre discurso, con la misma benevolencia.

DISCURSO

DE CONTESTACIÓN

AL SEÑOR

D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

EN SU RECEPCIÓN

EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DÍA 8 DE DICIEMBRE DE 1889

TEMA

La amenidad y galanura en los escritos como elemento de Belleza y de Arte.

Señores:

¡Qué diversidad de talentos y caracteres! ¡Qué variedad de aptitudes y vocaciones entre los hombres ilustres que vienen sucesivamente á ocupar estas sillas, y á perpetuar con la savia de su inteligencia y el honor de sus nombres el brillo de nuestra Corporación! Al filósofo, al erudito, al sabio maestro y orador elocuente, á nuestro inolvidable compañero D. Francisco de Paula Canalejas, hoy le reemplaza otro escritor que tiene por norma la amenidad y la galanura, y que, como él mismo os ha dicho, prefiere, entre las letras humanas, aquéllas que se dirigen á la multitud para recrearla honestamente: personalidad literaria, sin

embargo, no menos conspicua y brillante, y de cuyas geniales dotes acabáis de ver la peregrina muestra, en el primoroso discurso que tan calurosamente habéis aplaudido.

No procede el nuevo Académico de famosas cátedras universitarias, ni ganó su reputación en la gimnasia intelectual de los ateneos. Mucho menos pertenece á aquellos sabios obscuros, que en el retiro de su gabinete consagran su vida á las áridas investigaciones de la Lingüística y la Filología, y á los cuales puede decirse que abrís las puertas de la celebridad, cuando, por aprovecharos de su saber ó recompensar su mérito, les abrís las de esta Academia. El Sr. Castro y Serrano es de los escritores que entran siempre en estos cuerpos precedidos por la fama; de aquéllos que por la agudeza del ingenio y la magia del estilo conquistan desde luego popularidad y renombre, y sin ser precisamente filósofos, ni sabios en determinada ciencia, poseyendo, sin embargo, vasto caudal de ilustración, compuesto de los más varios elementos, hechizan á la par que enseñan, contribuyendo con sus escritos á ensanchar los horizontes de la moral y de la cultura.

Sus títulos literarios consignados están en diez ó doce tomos de nutrida y cincelada prosa, en que se trata de multitud de asuntos en tono entre grave y festivo; pues tal es el temperamento del autor, que lo es todo á la vez, serio y jovial, ameno é instructivo, profundo y ligero.

No voy á reseñar minuciosamente sus varios escritos; bastaráme con llamar vuestra atención sobre aquellos en que más brillan sus cualidades.

Mi objeto no es tanto hacer el juicio de sus obras, como presentaros al escritor con los especiales rasgos que le caracterizan.

Las *Cartas transcendentales*, que publicó hace más de un cuarto de siglo y que tanta boga alcanzaron, fueron ya la genuína expresión de su talento agudo y original y de su peculiar estilo, lleno de facetas y vislumbres, que no puede confundirse con el de otro alguno. Moralista á la manera inglesa, con fino espíritu de observación y templada ironía, dilucida en ellas arduos problemas de la vida social, dentro del cuadro que Madrid le ofrece; proponiéndose demostrar que la moda, el lujo, la vanidad, y la educación que suele darse á la mujer, tan poco adecuada al papel de esposa y de madre que ha de representar, son causa de la mayor parte de los disgustos que nos hacen amarga y trabajosa la vida.

A las briosas *Cartas* siguieron otras obras de igual ó mayor valía, en que se acentuó más y más la índole de su ingenio. El Sr. Castro y Serrano es, antes que todo, eximio narrador de costumbres, y así lo ha demostrado muy particularmente en las que llama *Historias vulgares*, aunque, á mi ver, tengan poco de vulgar, si bien mucho de humano. En el discreto prólogo con que las ilustra, nos explica por qué ha preferido tal denominación á la de novela. Las razones de que se vale son ingeniosas, como suyas; pero la verdad es que, cuento, narración, novela ó historia, en el sentido que él usa la palabra, vienen á ser lo mismo; pues que la fábula sea sencilla ó complicada, y tenga el relato mayor ó menor amplitud, siempre el fon-

do de semejantes obras habrá de consistir en la pintura de pasiones y caracteres, desarrollándose en una acción más ó menos dramática, y artísticamente ordenada para interesar al lector. Sea de ello lo que quiera, *Juan de Sidonia* (que así se titula el primer cuento de la colección), aunque no sean extraordinarias sus dimensiones, es una verdadera novela, con tipos populares gallardamente trazados, pasiones hondamente sentidas, vivo sabor andaluz, y contada con tanto hechizo y naturalidad, que no es posible dejarla de las manos, una vez empezada su lectura.

Si las *Historias vulgares*, consideradas en sí mismas, son de subido valor, aún las realza á mis ojos la circunstancia de que el autor se aparte en ellas de la moda que hoy prevalece en los dominios de la novela.

El Sr. Castro y Serrano no se impone, cuando escribe, la obligación de ser á toda costa idealista ó naturalista; y aunque por nada emplearía su noble pluma en llevar el pesimismo á nuestras almas ó en trazar degradantes cuadros de vicios y corrupción, tampoco le guía el fin preconcebido de instruir ó moralizar sistemáticamente. Inteligencia sagaz y observadora, imaginación risueña y alma sana, sólo se propone recrear honestamente; pero como al fin los caracteres se desarrollan en el contraste de las pasiones, y según éstas son arrebatadas y ciegas, ó acrisoladas por la virtud y enfrenadas por el deber, así producen desdichas ó venturas, de aquí que sus narraciones, sin ir forzadas en ninguna dirección, abunden en provechosa enseñanza, tanto más eficaz cuanto no asoma en ellas la férula

del moralista. Porque si la novela no tiene por objeto ayudar nuestra razón y estimular nuestra voluntad á discernir y aborrecer nuestras flaquezas y extravíos, si no tiende siquiera á conmovernos con sentimientos nobles y delicados, ni sirve para hacernos más cultos y mejores, y el novelista, por falta de conciencia, deseo de notoriedad ó vil afán de lucro, ha de emplear su talento en excitar y desenvolver los torpes instintos y ciegas pasiones que duermen en el fondo de nuestro sér, comprimidos por la educación y las ideas cristianas, ó en degradar la humanidad á nuestros ojos, inspirándonos odio ó desprecio á nuestros semejantes, serían pocas todas las medidas que se tomaran contra las novelas: habría que prohibirlas hasta por razón de higiene.

Recuerdo que Paul de Saint-Victor y Prevost Paradol no hallan expresiones bastante acerbas para denigrar á Swift, porque en la Isla de los Caballos parlantes de los *Viajes de Gulliver* rebaja al hombre hasta hacerlo inferior á las bestias. Es de advertir que la crítica de sus vicios es el objeto de aquella alegoría, y que la comparación le daña poco, desde el momento que á los tales cuadrúpedos se les dota de clarísima inteligencia y extraordinarias virtudes. ¿Qué dirían aquellos ilustres escritores, si hubiesen vivido bastante para leer novelas como *La Terre*, de su famoso compatriota, en que desaparece la conciencia humana, y el hombre, por la misma razón que tiene entendimiento, resulta el peor de los animales? ¿Qué dirían ante aquel tejido de crímenes y torpezas, que el autor, sin la protesta más leve ni la menor censura, como

la cosa más natural y corriente, nos presenta en su horrible desnudez y en un lenguaje tan obsceno y procaz, que, muy al contrario de los *Viajes de Gulliver*, que pueden sin peligro andar en manos de todo el mundo, su famosa novela, según la pintoresca frase del Sr. Castro y Serrano, «hay que leerla á puerta cerrada, como ciertos procesos penales?»

Ya sé yo que no todos los escritores naturalistas son como Zola. Siempre es aventurado generalizar, y más en problema tan complejo, en el cual hay que establecer muchas diferencias según los autores, el fin que se proponen y los dogmas en que se inspiran. El naturalismo en las letras inglesas y en las rusas no es ciertamente lo mismo que en las francesas. Gran realismo hay en las interesantes novelas de Tolstoï, y nada más naturalista que su admirable poema dramático *El poder de las tinieblas*. El mal se ostenta allí sin gasas ni atenuaciones, y el cuadro que se nos ofrece es de terrible crudeza; pero el hombre, espíritu y materia, es como Dios lo hizo; el alma con sus angustias y afanes no desaparece; al criminal lo acosan las furias, y la Providencia no sonríe pasiva é indiferente á las transgresiones de su justicia. Ese naturalismo extremado, pero genuíno y sincero, nada tiene que ver con el falso y antifilosófico de Zola, en cuyas novelas, no obstante el lujo de pormenores y la verdad descriptiva, el hombre no resulta nunca visto más que por un lado, y siempre por el más degradante y aborrecible. Como si el mal no supusiese el bien, y cualquier vicio una virtud contraria. Taine lo ha dicho hablando del obstinado,

pesimismo de Thacqueray: «Censurar una falta es aplaudir la calidad opuesta, y no cabe inmolar una víctima sin erigir un altar.» Pero Zola no censura los vicios; se contenta con fotografiarlos.

Si el Sr. Castro y Serrano con su buen gusto ingénito, y por la alta idea que tiene del sentido moral en las letras, huye de tan cenagosos caminos, no por eso deja de ser de la buena casta de los escritores realistas. Así lo demuestran todas sus narraciones, y muy particularmente la que lleva por rótulo *El Brigadier Fernández*, la cual, por el relieve y vigor de los caracteres, la verdad de los sentimientos, la intención y gracia de los diálogos, bastaría por sí sola para acreditarle de excelente novelador de costumbres.

No puedo resistir á la tentación de hacer un ligero análisis de este precioso cuento. Figuraos, los pocos que no lo hayáis leído, un veterano brigadier, heróico militar de la guerra de la Independencia, lleno de gloriosas cicatrices, noble, franco, bueno; pero que, agriado por contrariedades y disgustos en su carrera, se había vuelto áspero, gruñón, intratable en la vida íntima y familiar. Solo en el mundo, y ya en el declive de la existencia, se retira á un pueblo y se establece en el domicilio de dos viejas hermanas, antiguas conocidas suyas, tanto para que le asistan, como para favorecerlas en su infortunio.

La bondad del brigadier y su brutal rudeza con aquellas pobres mujeres dan lugar á los más chistosos contrastes. Las infelices no se atreven á chistar en su presencia, y, sin embargo, le adoran sabiendo sus hermosas cualidades. Pasa el tiempo:

el brigadier está próximo á cumplir la edad reglamentaria en que, de no haber antes contraído matrimonio, ya no podrá dejar derecho de pensión á su viuda, y pensando que si se muere quedan en el mayor desamparo las desgraciadas viejas, las llama á su cuarto, y de buenas á primeras, con su aspereza habitual les dice... ¿qué digo les dice? les ordena, les manda que vean cuál de las dos ha de aceptarle por esposo, pues ha dispuesto casarse con cualquiera de ellas, para que á su fallecimiento no les falte un pedazo de pan que llevarse á la boca. Después de este rasgo tan cómico, y al par tan tierno y delicado, las hermanas, sin atreverse á contradecir, se retiran sorprendidas y confusas, y deliberan á solas, con razones tan discretas como sentidas, sobre si era para tomada en serio la proposición del brigadier y, en caso de que lo fuera, cuál de las dos admitiría el partido. El interés de la fábula crece desde este punto, y lo que hacen y dicen las dos hermanas, según los diversos impulsos que las mueven, prueba que el Sr. Castro y Serrano conoce á fondo el corazón de la mujer. Celébrase al fin el casamiento. El Brigadier, que ha hecho poca cuenta de la epístola de San Pablo, sigue su vida ordinaria, sin atender más que antes á la desposada. Pero ella, buena católica, no pudiendo comprender que sea una farsa el matrimonio, ni que se emplee un sacramento divino como el medio de defraudar al Estado, toma su papel de casada en serio, de lo cual nacen, ya cómicas, ya dramáticas, las más interesantes escenas. Entre los disgustos que proporciona al Brigadier su nuevo estado, llega para él la

hora de la muerte, y como con el roce con los franceses y cierto viaje á París en sus mocedades, sus creencias religiosas se habían debilitado bastante, el cura del pueblo, su amigo, figura que parece arrancada de un cuadro de Jordaens, le vuelve la fe con sus razonamientos y le consuela y conforta en el último trance. Esto no es más que una idea somerísima de la fábula, sin el calor y la savia vital que la animan. En mi concepto, nada ha escrito el Sr. Castro y Serrano con más gracia, más humor y más encanto, que *El Brigadier Fernández*.

Temperamento meridional, no es de los que buscan asunto á sus ficciones en febriles ensueños ó extravagantes desvaríos. En su lindo cuento, *Lorenzo Gómez*, hay algo, sin duda, del género de Edgardo Poe; pero nuestro autor, ni en los más temerarios vuelos de la fantasía pierde jamás el sentimiento de la realidad, ni deja de ser pintor de costumbres. Mucho menos busca sus héroes en el fango de la sociedad, entre seres depravados ó criminales empedernidos; elígelos por lo común en la clase media y en el pueblo, y como no escribe con el deliberado propósito de enaltecer ó denigrar, sus hombres y sus mujeres son lo que deben ser, mezcla de vicios y de virtudes; en una palabra: pinta la naturaleza como ella es, aunque prefiriendo, por lo común, los paisajes con sol á los nebulosos y sombríos. Sin darla de moralista, sus cuentos son intrínsecamente morales, y sin proponerse en ellos ninguna especie de propaganda ni tratar de religión, están saturados del más puro sentimiento cristiano. Las *Historias vulgares*, cuya sabrosa lectura, al par que regocija, ennoblece y

eleva, pueden servirnos de grata diversión en penalidades y trabajos, de amigos en la soledad, de compañeros en nuestros viajes, y leerse en familia al amor de la lámpara en las veladas de invierno.

Pero el Sr. Castro y Serrano tiene para mí otra cualidad inapreciable: la sobriedad, que le lleva á encerrar sus fábulas novelescas en breves límites. También se aparta en esto de la moda que hoy rige entre los modernos noveladores, los cuales se gozan en diluir sus asuntos en descripciones interminables, que tornan pesadísimas y soñolientas sus narraciones. No advierten que así desnaturalizan el género. La novela, obra puramente de imaginación, desde el momento que no divierte y que hay que leerla á tirones y con fatiga, falta á su principal objeto y no tiene razón de ser; pues si no repugnamos poner esfuerzo de atención y de voluntad en lecturas que nos instruyen, no nos sucede lo mismo con aquéllas en que sólo buscamos solaz y recreo. Además, las facultades descriptivas de que tanto se alardea hoy, aunque muy estimables, no son seguramente las de más subido valor en literatura, y la prueba de ello, los muchos que las poseen. El verdadero mérito del escritor estriba, sobre todo, en saber engastar ideas en frases gallardas y expresivas, en pintar con viveza los sentimientos del alma, en trazar caracteres con realidad humana, no en reproducir hasta la saciedad la superficie material de las cosas. Al fin la novela es una especie de drama narrado, en que las disquisiciones del autor deben ser breves y oportunas, y las descripciones no ahogar la acción, ni tener más alcance que la pintura escenográfica en los

poemas dramáticos. Indudablemente hay que presentar á la vista localidades y objetos con la ilusión posible; mas esto sobriamente y en cuanto baste para dar color y realce á la fábula, que es lo principal. El Sr. Castro y Serrano, á dejarse arrastrar por el furor descriptivo que hoy predomina, con los argumentos de *Juan de Sidonia*, *El Brigadier Fernández*, la *Capitana Cook*, *Lorenzo Gómez*, y otras varias de sus historias, fácilmente hubiera llenado gruesos volúmenes.

No es posible tratar de las obras del nuevo Académico sin que venga á la memoria una que lleva particularmente la marca de su sello genial: *La novela del Egipto*, curioso libro formado con las peregrinas cartas que aparecieron el año de 1879 en las columnas de *La Epoca*, enviadas, al parecer, por un corresponsal anónimo desde la tierra de los Faraones, á donde había ido para asistir á la solemne apertura del Canal de Suez. Tanto por el natural interés que el glorioso acontecimiento despertaba en los ánimos, como por la fiel relación de los sucesos, la riqueza de datos y noticias, el tino de las observaciones, la oportunidad de los recuerdos, las pintorescas semblanzas de los personajes y la animada descripción de costumbres, lugares y monumentos, las correspondencias del ignorado autor llamaron grandemente la atención del público. Y lo gracioso es que aquellas cartas, que parecían traer en sus renglones vislumbres y aromas de las fiestas del Jedive, calor de Oriente y emanaciones del Nilo, no habían hecho más largo viaje que del gabinete de estudio del Sr. Castro Serrano á la imprenta de *La Epoca*. Todos se de-

vanaban los sesos por adivinar cuál de los distinguidos compatriotas que, oficial ó extraoficialmente, habían ido á la inaguración del Canal, podía ser autor de aquellas interesantes epístolas, que al par que demostraban un concienzudo estudio de la grandiosa obra de Lesseps, cautivaban al lector con la gracia y primor del estilo. La ilusión fué completa.

No es nuevo, ciertamente, entre los artificios de la prensa, así en España como en otras partes, forjar en las mismas redacciones correspondencias políticas de cualquier punto del globo, cuando hacen falta. Pero describir con el colorido de la verdad lejanas tierras donde jamás se estuvo, relatar hechos de actualidad como si se hubieran presenciado, referir conversaciones, retratar personajes, no olvidarse de nada que pueda interesar al lector, satisfacer, en fin, su ansia de saber lo que está pasando en un país remoto, donde se verifica un acontecimiento extraordinario, y contárselo todo, y contárselo bien, sin haberlo visto más que con los ojos de la imaginación, es un alarde de lucidez y de ingenio que nos trae á la memoria talismanes y hechizos de los cuentos árabes.

El Conde Javier de Maistre, abandonándose á los vuelos de su caprichosa fantasía, hizo un largo viaje alrededor de su cuarto; nuestro ingenioso compañero, sin salir de su gabinete, se trasladó á Egipto, asistió á la inauguración del Canal, fué presentado á Ismail-Bajá, comió con Lesseps, visitó el Cairo, se mezcló á la abigarrada multitud de las plazas y de los bazares, ascendió á la Gran Pirámide, y no hubo en la zona que recorrió piedra ni

vestigio que escapase á los ojos del curioso viajero.

Lo más notable que á mi ver encierra el libro, son las oportunas consideraciones que sugiere á su autor el contraste de lo pasado con lo presente en la tierra de los Faraones, y el cuadro que nos presenta de la Europa yendo á remover las cenizas de aquel gran sepulcro. El Sr. Castro y Serrano llama novela á su libro: novela es, en efecto, que él fuera allá á escribir sus cartas, y novela, por consiguiente, que se hallase en los sitios ó entre las gentes que describe; pero si se atiende á la verdad de cosas y hechos y á la fidelidad del relato, puede asegurarse que bajo una ficción novelesca ha escrito un ameno capítulo de historia.

Otras varias obras ha publicado, entre las cuales hay una que no puedo menos de citar, aunque en ella alterne lo propio con lo ajeno, y sin que me arredre la materia de que trata, pues nosotros, más que al asunto, á lo que debemos mirar principalmente es á lo castizo de la expresión y al garbo y elegancia de la forma. Titúlase la obra á que aludo: *La Mesa moderna, cartas sobre el comedor y la cocina, cambiadas entre el Doctor Thebussem y un cocinero de S. M.* Siendo parto de tan agudos ingenios, ocioso es decir que las tales cartas son modelo de discreción y gallardía. Por lo que toca al Sr. Castro y Serrano, hace gala en las suyas de tan rica y variada erudición en el especial argumento q dilucida, que no parece, á la verdad, vana presunción el haberlas dado á la estampa con el seudónimo referido; que sólo á un jefe de cocina Real fuérale dado producirse con tanta copia de

noticias, tanto saber y tan refinado gusto, en todo lo que constituye el placer y encanto de una mesa elegante y bien servida.

No es ciertamente la primera vez que un buen escritor ó artista de nota haya empleado sus talentos en asuntos de esa especie. Brillat Savarin, que era un grave magistrado, autor distinguido de obras profesionales, nadie sabría hoy que existió, si no fuera por su clásico libro, la *Fisiología del gusto.* El célebre dramaturgo y novelista Alejandro Dumas se preciaba de habilísimo cocinero, y no era caso extraño para sus amigos hallarle de blanca toca y pulcro mandil, gravemente ocupado en los menesteres del oficio. Producto de su experiencia en el arte de Vatel, fué el *Diccionario de cocina* que lleva su nombre. Las familias burguesas en Francia lo guardan como un tesoro y lo consultan como un oráculo. Pero ¿qué más? el gran Rossini, glorioso autor de *Semíramis* y de *Guillermo Tell*, ¿no ponía su amor propio en aderezar como nadie la sabrosa pasta, predilecto manjar de los napolitanos? Más de una vez los cronistas parisienses hablaron en sus periódicos de esa genialidad del insigne compositor; y recuerdo haber oído á sus íntimos y comensales, aunque en tono jovial naturalmente, que más enorgullecía al maestro el elogio de sus macarrones que el de sus partituras.

No es de temer que llegue á tanto nuestro compañero. Seguramente conoce mejor los comedores que las cocinas de los palacios; pero no hay asunto á que no preste novedad é interés su bizarra pluma.

Como contraste con el libro que trata de los pla-

ceres de la mesa, debo nombrar siquiera al que tiene por objeto los ideales goces del espíritu, y por rótulo *Los Cuartetos del Conservatorio:* preciosa obrita en que el Sr. Castro y Serrano, tan competente en la materia, en breves páginas, escritas con notable primor, nos inicia en los misterios de la música clasica, preparando á los profanos á comprender y gustar las obras de los grandes maestros.

Otros estudios y multitud de artículos y opúsculos sobre cuestiones de diversa índole ha publicado, dispuesto siempre á llamar la atención de sus compatriotas hacia todo progreso, y á mover la opinión en favor de toda idea útil ó benéfica; pero no debo ser prolijo, y creo suficiente lo ya expuesto acerca de sus principales obras, para que podáis apreciar su variada ilustración y flexible ingenio.

Su doctrina estética él mismo os la ha explicado: sin amenidad y galanura no puede haber belleza literaria, y la posesión ó carencia de esas cualidades casi distinguen los buenos de los malos escritores. El chiste, entendiendo por él cierto donairoso gracejo en la expresión de las ideas, da vida al discurso, y sin él no hay lectura risueña y deleitosa. El humorismo á la manera inglesa, sobre todo cuando consiste en el abuso de frases cómicas ó salidas de tono en un texto grave, que desconciertan al lector y vienen á ser como un alarde de impertinente personalismo, no halla perdón á sus ojos, y sólo ve en la historia del Hidalgo Manchego el prototipo y norma del donaire en el estilo.

No necesito decir que, en el fondo, mis juicios

concuerdan con los que tan galanamente ha expresado el nuevo Académico. Pero como estas cuestiones que atañen á las formas del pensamiento son tan complejas y tienen varios puntos de vista, ya que nuestro compañero ha aludido al humorismo inglés en contraposición al donaire español, que ha simbolizado en la obra inmortal de Cervantes, permitidme que dé yo también algunas puntadas en la misma tela sobre la que él ha bordado tan primorosos arabescos.

Es verdad que los vocablos *humorismo* y *humorístico* no han sido aún sancionados por esta Academia; pero como entre nosotros se ha llamado siempre *hombre de humor* al chistoso y agudo, y tenemos la palabra *humorada*, que define nuestro Diccionario, *dicho ó hecho festivo, caprichoso y extravagante*, se puede asegurar que aquellas voces no son enteramente exóticas, y que el género á que solemos hoy aplicarlas no es nuevo ni exclusivo de ninguna literatura. Lo que hay, que así como el drama de Calderón no es el de Shakespeare, ni el de éste la tragedia de Corneille ó de Racine, no obstante de ser tales creaciones todas igualmente obras escénicas, el género humorístico, ó sea la sátira mezclada con el chiste, lleva naturalmente la marca del pueblo y de la época en que se produce. Porque la verdad es que hay una risa universal, común á todos los hombres, aunque después cada nación acostumbre á reirse á su modo. Veámoslo, si no, prácticamente. Rabelais, Swift y Quevedo, bien que no pertenezcan al mismo siglo, no se puede negar que representan y aun extreman la nota del humor en sus respectivas literaturas:

los tres mezclan lo serio con lo jocoso; los tres esgrimen el arma de lo ridículo y de la ironía; los tres envuelven sus dardos en burlas, chistes y agudezas; pero ¡qué diferencia entre estos satíricos! Rabelais, filósofo descreído y sensual, irreverente, ligero, de inagotable vena y procaz desenvoltura, todo lo hace blanco de su incisiva mofa: realeza, justicia, ciencia y religión. Su cínica risa es, con todo, franca y jovial, sin asomo de amargura. Dijérase que al divertir con sus bufonadas á los demás, se divierte y regocija á sí propio. Swift, por el contrario, alma de ambiciosos anhelos y nutrida de hiel, imperfecto para el amor, y en guerra con todos y consigo mismo, adorna de vistosas plumas sus flechas envenenadas, y bajo el traje del arlequín esconde la más desesperada misantropía. Quevedo no va en zaga ni al humorista britano, ni al satírico francés en intención y agudeza ó en facundia cómica: poeta y filósofo, su genio comprensivo todo lo abarca, y fustiga sin contemplación los vicios de su época; pero tan lejos está de la negra bilis de Swift, como del espíritu irreverente y demoledor de Rabelais. El preso de la Torre de Juan Abad y de San Marcos de León, víctima de injustas persecuciones, sacará á la vergüenza y llenará de sarcasmos á los favoritos y consejeros de los príncipes, que mueven la política más atentos á su medro personal que á los fueros de la justicia y al bien público; pero buen español, creyente y monárquico, ni denigrará á su patria como Swift, ni zapará como Rabelais, con la risa en los labios, los cimientos de la sociedad y de la religión.

Nuestra naturaleza latina, sin embargo, siente y comprende mejor el espíritu fino y ligero de la burla francesa que sugirió tan felices rasgos á Molière en sus comedias y al impío Voltaire en sus cuentos, que no la alegría amarga y nerviosa de Swift; así como nos cansa y fatiga la sátira pedagógica y obstinada de las novelas de Thackeray, en que el interés y el arte están siempre sacrificados á la intención social ó á la lección del moralista. Libros como la *Historia de los Pendennis*, *La Feria de las Vanidades* ó *Los Snobs*, por la monótona insistencia de la ironía, la falta de halago y ligereza en la forma y su carácter esencialmente inglés, no pueden regocijar mucho á lectores españoles.

Aparte de las diferencias de pueblo y raza, el fondo de los satíricos es siempre el mismo, cuando censuran vicios comunes. Todos atacan la hipocresía, el egoísmo, la vanidad, la codicia, y, en general, la perversión y estultez humanas; y si se distinguen unos de otros, es tan sólo en accidentes de lugar y de tiempo; pues naturalmente cada cual considera los extravíos sociales bajo la forma que más le impresionan ó le hieren. Así es frecuente hallar en las obras de los humoristas tales coincidencias y analogías, que no parece sino que se han inspirado unos en otros. Al leer, por ejemplo, la descripción de aquellos músicos astrólogos de la isla volante de los *Viajes de Gulliver*, ó la de los sabios de aquella ridícula academia del país de los *balnibarbes*, en que tan jocosa y cruelmente se burla Swift de los soñadores científicos ó inventores de nuevos sistemas para mejorar el mundo, ¿cómo no recordar la graciosa pintura que hace Quevedo

en *Las Zahurdas de Plutón*, de astrólogos, geómetras y alquimistas? Tackeray, que tanta hiel acumuló en el citado libro de *Los Snobs*, movido por el odio á toda jerarquía social, escarnece con sangrienta ironía la aristocracia de su país, en la que, á mi ver injustamente, no halla más que vanidad, ignorancia y corrupción. Quevedo, sin el radicalismo, por supuesto, del demócrata inglés, que otros eran los tiempos y otro el personaje, en el admirable discurso sobre la nobleza, la honra y el valor, que pone en boca de uno de los diablos de las *Zahurdas*, se desata en punzantes epigramas contra los que hablando siempre de sus pergaminos y blasonando de rancia hidalguía, no la sustentan con sus propios méritos. Stern, en su *Viaje sentimental*, pinta un pobre vergonzante, que se daba tal maña para pedir limosna á las mujeres lisonjeándolas, que no había caso de que ninguna le dejase marchar sin poner en su mano alguna moneda: tipo que no parece otra cosa que una reproducción, ó arreglo á la inglesa, de aquel mendigo redomado del *Buscón*, que granjeaba más que todos los del oficio, llamando hermosa señora, aunque no fuera ni lo uno ni lo otro, á toda mujer que pasase por su banda; al soldado, capitán; á cualquier viandante, caballero, y si iba en coche simón, señoría, y si era clérigo, en mula, arcediano. No sería excesivo suponer que el personaje de Stern fuese una reminiscencia del de Quevedo. Y como estas coincidencias y analogías ¡cuántas no se pudieran señalar!

En lo que también suelen parecerse los escritores referidos es en el desenfado y licencia del len-

guaje, en lo cual, fuerza es confesarlo, no se quedó atrás el autor español.

Si la agudeza en el pensar y en el decir realza todo linaje de escritura, pocos que igualen á Quevedo, y ninguno que le sobrepuje, por lo que toca á la sátira y la novela picaresca, en lo intencionado del concepto y en lo chispeante del estilo. Nosotros, que vivimos en época de gusto más depurado, por lo que abusa del retruécano y por su poca fluidez y naturalidad, lo leemos ya con cierta fatiga, de la cual nos compensa, sin embargo, la carcajada que nos arranca el inesperado chiste con que á cada paso nos sorprende. Porque ¿cómo contener el flujo de la risa, cuando á propósito de una lacrimosa viuda que acaba de perder á su marido y parece abrumada por el dolor, nos sale con que «por fuera tenía un cuerpo de responsos y por dentro un ánima de aleluyas: las tocas negras, los pensamientos verdes;» ó cuando nos dice, hablando de un valentón: «Pretendía por lo bravo, y si no era poner huevo, no le faltaba otra cosa para ser gallina»? De esas originales ocurrencias, de esos graciosos epigramas está empedrado su estilo, y espigando en sus obras, en prosa y en verso, fácil sería formar un tesoro de chistes.

Me he detenido algo en Quevedo, porque ninguno, entre los antiguos escritores castellanos, extrema tanto como él la nota humorística; mas no ciertamente porque él sea el solo que haya cultivado el género. Á su lado pudiera ponerse á todos los autores de novelas picarescas, y muy particularmente á Hurtado de Mendoza, si él es padre, lo que hoy parece dudoso, de *El Lazarillo de Tormes*,

la mejor de todas ellas. Igualmente, al hablaros de Inglaterra y de Francia, hubiera podido recordaros á Italia, doctora en todo linaje de letras, y excelsa madre del Berni y el Ariosto, que tanto brío y originalidad comunicaron á la sátira alada y festiva; y asimismo llamar vuestra atención sobre la patria de Gœthe y de Enrique Heine, el cual ha ejercido tan notable influjo en nuestros poetas contemporáneos.

La brevedad, sin embargo, se impone en estos discursos, y bastan los ejemplos aducidos para que se comprenda el fundamento con que antes aseguré que cada pueblo se ríe á su manera. Pero os dije también que había una risa humana, de carácter general, que pertenece á todos; y ahora debo añadir que el más genuíno intérprete de esa risa universal es el *Quijote;* maravilloso libro para el cual no ha habido fronteras, traducido á todos los idiomas, naturalizado en todas las naciones, y que ha ido á enriquecer todas las literaturas.

Calderón y Shakespeare son indudablemente dos genios del arte dramático; mas el uno es eminentemente español; el otro esencialmente inglés: para sentirlos bien y penetrar desahogadamente en su espíritu, es preciso haber nacido en la Península ibera ó en la brumosa Albión; para sentir y comprender á Cervantes, basta ser hombre de cualquier país civilizado. Porque si bien hay en su poema, como en pocos, el sabor de la tierra, y los tipos que retrata sólo pueden ser españoles, los elementos morales de que se compone la obra son esencialmente humanos. No es el Hidalgo manchego uno de esos seres extraordinarios de la tra-

gedia ó del drama, que nos imponen respeto y admiración, pero que, al fin y al cabo, nada tienen de común con nosotros. Don Quijote está formado de nuestra propia substancia; es, sobre poco más ó menos, un hombre como todos los demás, y, aparte de su vena lunática, acaso también por ella misma, es como el espejo de nuestra propia conciencia. La elevación de su carácter, su abnegación, su intrepidez, nos subyugan el ánimo; los lances á que lo arrastra su delirio caballeresco, nos causan risa; honda conmiseración los golpes que recibe; nuestra malicia se complace en la zumba de las ventas ó en las bromas más cultas del palacio de los Duques; y cuando habla y no le turba la manía caballeresca, nos admiran la rectitud de sus juicios, la sabiduría de sus máximas, la alteza de sus pensamientos. Todo nos ata con invisibles lazos á la trama del precioso libro: el entusiasmo, la compasión, la sed de justicia; lo que hay de grande y de ridículo en Don Quijote, y hasta lo que hay en Sancho de sensatez y bellaquería: que no existe pecho humano, como no esté encallecido por la maldad, que no se compadezca de los oprimidos y de los débiles; ni hay corazón á quien no inspire profunda simpatía el que por amor al bien, aunque se equivoque en los medios, se arroja á cada momento á sacrificar su vida. Y luego, ¿quién no ha sido alguna vez Don Quijote? ¿Quién no ha peleado con molinos de viento? ¿Quién no se ha desvivido por Dulcineas, que eran en el fondo Maritornes morales? ¿Quién no ha recibido los golpes de la adversidad y probado la amargura del desengaño?

No creo que la fábula de Cervantes, como algunos han pretendido, encierre un sentido oculto: no es decir esto que no haya en ella alusiones, ya poco perceptibles, á sucesos ó personajes de la época. ¡Lástima que el famoso *Buscapié*, que nadie ha visto y de que todos hablan, no haya llegado hasta nosotros! Esto habría satisfecho nuestra curiosidad, aunque sin aumentar en lo más mínimo el valor del libro, en el cual lo bueno es sencillamente lo que todos comprenden. El sabio crítico francés Montegut, de cuyas acertadas ideas sobre la índole moral del *Quijote* algo he condensado en este ligero juicio, incurre en el grave error de atribuir á la novela de Cervantes el carácter estrecho de una alegoría histórica, en que el Hidalgo manchego simboliza la España del siglo XVI, aventurera y hazañosa, pero agresiva, fanática y opresora, cayendo al fin vencida y maltrecha á los duros golpes de los zafios marinos ingleses, ó los groseros burgueses de Holanda. ¡Extraña manía la de los extranjeros, queriendo hacer del autor del *Quijote* un filósofo liberal á la moderna! Era Cervantes demasiado español para que tales ideas le pasasen por la cabeza. Las hazañas de sus compatriotas le causaban entusiasmo y admiración: él mismo en una de aquellas famosas empresas había perdido la mano izquierda de un mosquetazo, de lo cual se vanagloriaba. Su fe arraigada no podía dejarle creer que la España de Carlos V y Felipe II hubiese obrado mal combatiendo el protestantismo. El sentimiento heróico predominaba en su espíritu, y, aunque parezca paradógico, no estaban para él desnudos de hechizo y de interés los libros de ca-

ballería, que con tanto humor había de ridiculizar. ¡Qué alabanzas tan expresivas las que pone en boca del cura para algunos de ellos! ¡Con qué miramientos salva de la hoguera á *Amadís de Gaula*, *Palmerín de Inglaterra* y *Tirante el Blanco!* Justamente en esa nota heróica en peregrina fusión con la picaresca, que era consecuencia natural de su condición humilde y de su roce con los pequeños, estriban la originalidad y el encanto de su obra inmortal.

Se ha dicho de Cervantes, como de Homero, que «no tuvo antes á quien copiar, ni ha tenido después quien le copie;» y esto es verdad, porque es casi imposible que se reúnan en un escritor las calidades y circunstancias que en él concurrían. Por un lado, los elevados impulsos de su ánimo caballeresco; por otro, la tendencia festiva y maleante de su ingenio, aguzada en los vaivenes de la existencia y en el contacto con las clases inferiores. Y sobre todo esto, un alma risueña y nobilísima que ni los golpes del infortunio lograron abatir, ni las angustias de la pobreza envilecer. ¿Cuál otro, desvalido y preso, hubiera podido crear en un obscuro calabozo un libro como el *Quijote*, que es todo luz, serenidad y alegría? ¿Quién más que él, pobre, humillado, juguete constante de la adversidad, y con todo eso tan superior á cuantos le rodeaban, hubiera cruzado el tumulto de la vida sin sentir jamás el odio ni la envidia en su hermoso corazón? ¿Cómo no admirar, dígase lo que se quiera en contrario, la índole moral del hombre que, durante los horrores de su cautiverio en Argel, se ofrecía valerosamente, dis-

puesto al sacrificio, por salvar á sus compañeros de infortunio; del hombre que poseía hasta la rara virtud que tanto echamos de menos en la tierra, la gratitud, tan noble y delicadamente expresada en aquella sentida carta á su protector el Conde de Lemos, en la cual no cabía ni ficción ni engaño, como escrita ya entre las congojas de la muerte?

Todas aquellas prendas y circunstancias laten en su obra, comunicando luz y diafanidad á su incomparable estilo: nada en él de contraído y nervioso; en su prosa rítmica, natural y fluida, el chiste y el donaire brotan sin esfuerzo y sin asomo de afectación.

¿Y ha habido quien ose comparar la *Historia de Gargantúa y Pantagruel* con el *Quijote?* ¿Y aun se ha dicho que Rabelais fué precursor de Cervantes? Como si aquellos jayanes que Rabelais nos pinta tan sensuales y bebedores, tan satisfechos con la vida, y en cuyo corazón fermenta el odio al catolicismo, tuviesen la menor analogía con el Hidalgo de la Mancha, ni las burlescas aventuras de éste, buscando princesas que libertar ó gigantes que combatir, en algo se pareciesen á la simbólica odisea de Pantagruel recorriendo fantásticas islas en busca del oráculo de la Diva-Botella; y como si Panurgo, en quien algunos críticos ven una especie de Sancho Panza cerca de Pantagruel, guardase alguna semejanza con el malicioso manchego. El uno, horrible payaso, obsceno, vengativo, insaciable de goces, desatándose á cada paso en inmundas frases, sin rastro de honradez ni sentido moral; y el otro, en medio de sus bellaquerías, bueno y sencillo, sufriendo resignadamente las

hambres y los golpes á que le exponen las locuras de su señor, del cual, como refiere á la Duquesa, ha comido el pan y no puede apartarle «otro suceso que el de la pala y el azadón.»

Rabelais pudo ser precursor de Voltaire; pero ¿qué tiene que ver con Cervantes aquel mal clérigo, aunque fuera grande su ingenio? Seguramente por sus ideas sobre educación y otros puntos se adelantó á su siglo; pero esas ideas quedaron ineficaces y como obscurecidas entre las obscenidades y extravagancias de sus narraciones. El efecto que, al divulgarse, produjeron las famosas historias, no fué otro que un aumento de libertinaje; y el pantagruelismo, palabra que entró en el lenguaje usual para significar una vida sin cuidados ni aprensión, entregada á todos los goces, hizo en Francia gran número de prosélitos.

La misma distancia que separa, como hombres, á Rabelais y á Cervantes, los aparta como escritores. El *Quijote*, como nos ha dicho el Sr. Castro y Serrano, es la norma del chiste, y no hay libro que se le pueda comparar.

Pero si la amenidad es condición de toda buena escritura, no debe entenderse por eso que todo escrito haya necesariamente de ser gracioso. La sátira, que al cabo es burla, no se comprende sin el chiste. En otros géneros puede igualmente campear el donaire, sin que sirva de adorno á la saeta. *La Cena*, de Baltasar del Alcázar, por ejemplo, que todos saben de memoria, está llena de sal y de garbo, y no se ve en ella intención satírica; las *Cartas*, de Santa Teresa de Jesús, y aun las mismas *Fundaciones*, están esmaltadas de felices ras-

gos y de frases donosísimas, sin asomo de amargura cáustica en los pensamientos. También puede haber, y los hay en efecto, libros de gratísima lectura, sin que aparezca en ellos la nota jovial; lo cual no debilita la aserción de nuestro compañero, de que todas las obras, sea cualquiera la materia de que traten, deben estar amenamente escritas, es decir, dando el mayor interés posible al argumento, y en un lenguaje claro, limpio y agradable.

Nos hallamos en una época de difusión intelectual; la tendencia que predomina en el mundo exige que todos sepan, que todos sean ilustrados; y para hacer atractivos los conocimientos y poner la ciencia á la altura del mayor número, hay que forjar los libros con arte y escribirlos con amenidad. Si los franceses pasan, y con razón, por los más hábiles divulgadores en todas las disciplinas, es porque nadie acierta como ellos á dar interés á los textos y halago á la lectura.

¿A qué abusar más tiempo de vuestra paciencia? Mi objeto, que era presentaros al nuevo Académico, está cumplido. Sus obras, y entre ellas el bello discurso con que esta tarde os ha cautivado, son el mejor testimonio de la justicia y del acierto de su elección.

EL MARQUÉS DE MOLÍNS Y SUS OBRAS LITERARIAS

DISCURSO NECROLÓGICO

LEÍDO ANTE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

en la noche del 10 de Julio de 1902.

Señores Académicos:

Siempre fué grato deber para nosotros honrar, en discursos necrológicos, á los que fueron un día miembros ilustres de esta Corporación. Pero si en todo tiempo parecieron justas y oportunas tales conmemoraciones, nunca tanto como hoy que, por los rigores de la suerte, ha venido tan á menos el entusiasmo patrio.

Contrista el ánimo la facilidad con que en nuestro país se obscurece la memoria de hombres y cosas. Poetas y escritores insignes que ayer con su fama lo llenaban todo, apenas si ya hoy los conoce la presente generación. Cuando veo la ignorancia, el olvido, el menosprecio de la literatura cas-

tiza y nacional, y noto, al propio tiempo, el afán con que se buscan los partos de la extranjera para copiarlos ó imitarlos, presentando á nuestros ojos como sublimes simbolismos y hondos problemas psicológicos, caprichosas tesis ó excepcionales aberraciones, que no tienen por lo común otro mérito que el valimiento de la moda y venir, sobre todo, de allende el Pirineo, pregúntome, con tristeza, si ese desdén del propio caudal y ese anhelo de la novedad exótica no serán indicio de irremediable decadencia; si habrá cambiado nuestra índole y agotádose la savia que produjo tan grandes escritores místicos y profanos, tan gallardos poetas y tan admirables artistas; si habrá nuestra raza perdido la virtud creadora, y como no venga el cañamazo de París, ya con los diseños y matices estampados, no acertamos á bordar flores.

¡Qué diferencia con aquellos tiempos en que el idioma castellano no era novedad extraña en los palacios franceses, y en la magnífica literatura de aquel país, lo mismo en la novela que en la tragedia y la comedia, se notaba el influjo, y á veces la adaptación y aun el plagio, de las creaciones de nuestros ingenios!

Grandes han sido nuestras desventuras, y ya se sabe que á la ruína política y militar de un pueblo suele seguir su decaimiento literario. Mas todo es menos que dejarse abatir por la desgracia ó abandonarse á un estéril pesimismo. Hoy, más que nunca, debemos realzar las manifestaciones del genio nacional y tener confianza en el propio valer. Es preciso que la juventud se entere de que hay, ó hubo por lo menos, ciencia española, letras espa-

ñolas y arte español. Ciertamente debemos ensanchar la órbita de nuestra cultura, asimilarnos los adelantos científicos de otros pueblos, deponer vicios y errores, desarrollar, sobre todo, nuestra riqueza, ya que sin ella (á nuestra costa lo hemos aprendido) nada vale la justicia de las naciones; pero sin maldecir de nuestros antepasados, renegar de nuestros ideales, ni romper el hilo providencial de nuestra historia. Hay que recordar á las nuevas generaciones que ha sido nuestra raza una de las que más han contribuído á extender la civilización cristiana por el planeta, y que fué en todo tiempo madre fecunda de esclarecidos varones.

En ese orden de ideas, y para cooperar, aunque sea de lejos, á tan alto fin, nada tan oportuno y ejemplar como estos discursos necrológicos, retratos á la pluma, en que sacamos á nueva luz las virtudes, preclaros hechos y notables escritos de hombres eminentes que fueron esplendor de esta Academia.

Y entre los más ilustres, bien puede contarse al Marqués de Molíns, cuyo elogio me habéis encomendado. La elocuencia de que tantas veces hizo gala en nuestra antigua casa de la calle de Valverde, necesitaría yo para evocar á vuestros ojos, como ella fué, aquella brillante personalidad.

Polígrafo, dramaturgo, poeta, orador, hombre dotado de flexible carácter y aptitudes diversas, ocupó con lucimiento los puestos más elevados. Otros motivos tiene, además, la Academia para rendir á su memoria este afectuoso tributo de consideración. Era notorio el amor que Molíns la profesaba. Pocos le han igualado en interés y celo por

su prestigio y engrandecimiento. No sería temerario afirmar que buena parte de su vida la consagró á tareas de este Instituto. Hablen por mí los eruditos informes á que solía dar extensión de libros; su asidua asistencia á nuestras juntas, y la parte que tomaba en los trabajos concernientes á la Gramática y el Diccionario. Para él no era la Academia un mero recreo, sino un deber, un culto. Admira el número de discursos que, por diversos motivos, pronunció en las solemnidades de la Corporación.

Su filial desvelo no se desmintió nunca. Cuando falta de hogar propio arrastraba una vida pobre y obscura, afanábase el Marqués en reclutarle miembros entre los más famosos literatos, lamentándose, como de propia molestia, del menosprecio con que el gran Quintana la miraba. Cuando, más tarde, las vicisitudes de la política y el mérito propio lo llevaron al Ministerio en 1847, pensando siempre en su Academia predilecta, aprovechó con entusiasmo la ocasión que se le ofrecía para remozarla y engrandecerla. Oigamos lo que él mismo dice (1): «Por decreto de 10 de Marzo, de cuya redacción y refrendo me glorío, se dió nueva forma á la Academia Española, trocando la obscuridad y pobreza en que existía, por el estado brillante y desahogado en que ahora vive.»

No fué ésta la única prueba que dió, como Consejero de la Corona, de su interés por las letras españolas. Los autores recordarán siempre, con gratitud, que él fué quien, por la misma época, les

(1) *Bretón de los Herreros. Recuerdos de su vida y de sus obras.*

aseguró el legítimo goce del fruto de sus trabajos, con el proyecto de ley que presentó al Senado y rigió poco tiempo después, sancionado por la Reina, sobre propiedad literaria. No es obra perfecta; pero ningún otro Ministro hizo más que el Marqués en favor de los que viven noblemente de la pluma, cultivando la ciencia ó el ingenio.

En otros Institutos, además de nuestra Academia, brilló también, y con él se honraron. Ellos cuidarán de apreciarle con relación á sus respectivos fines. Por lo que á mí toca, he de fijarme particularmente en el literato, ya que por las letras, y no por su competencia en artes ó sus lucubraciones de estadista, fué miembro dignísimo de esta Corporación.

De vasta cultura y gran patriotismo, desempeñó con tacto y discreción los más altos empleos; pero tengo para mí que, cuando llegue la hora de la liquidación política y literaria del siglo XIX, el Marqués será más estimado por su hermoso drama *Doña María de Molina*, sus gallardos romances y su novela *La Manchega*, que por haber sido Ministro, en tal ó cual combinación política, con el Conde de San Luis ó el General Narváez.

Fué D. Mariano Roca de Togores hijo tercero del Conde de Pinohermoso y de la Condesa de Villaleal, Grandes de España, y nació en Albacete el 17 de Agosto de 1812. En Madrid, y en un colegio que alumnos y maestros hicieron célebre, establecido en la calle de San Mateo, recibió educación con Vega, Espronceda, Pezuela (nuestro venerado Director) y otros que luego brillaron en

diferentes carreras, y tuvo por profesores á los famosos Lista y Hermosilla, que instruían á sus discípulos con la doctrina y el ejemplo.

Desde los primeros años de su juventud, el afán de gloria fué el acicate de su espíritu, y las letras, la política, las letras sobre todo, el fin primordial de su existencia.

A los diez y siete años, según él mismo nos refiere (1), ya en trato con las musas, se deleitaba declamando con sus amigos las tragedias en boga; á los diez y nueve escribía un drama; á los veinte, aunque la progresión parezca algo extraña, sin dejar de cultivar la poesía, regentaba una cátedra de matemáticas en Alicante.

Estalló por entonces, á la muerte de Fernando VII, la guerra civil, y Roca abrazó con entusiasmo la causa liberal, llegando en alguna ocasión á defenderla con las armas en la mano.

Desde aquella remota fecha hasta la de su fallecimiento, el 4 de Septiembre de 1889, el Marqués lo fué todo: periodista, Diputado, Ministro, Embajador, miembro de varias Academias, Director de la Española, etc., etc. Al par que todo eso, y en lo cual consiste á mis ojos su mayor gloria, ingenioso y castizo escritor y muy notable poeta lírico y dramático, cualidades éstas que, así como á otros, no debieron de contribuir poco á allanarle el camino, y aun á cubrírselo de flores; pues no obstante su ilustre cuna y hallarse emparentado el Marqués con la primera nobleza, puede decirse

(1) *Piquer y sus amigos*, tomo II: Obras del Marqués de Molíns.

que fué, en cierto modo, hijo de sus obras. Venido al mundo después de otros hermanos y cuando regían los mayorazgos, sin su generosa ambición y propio esfuerzo, hubiese, como tantos otros de su clase, pasado inadvertido, ó por lo menos no se hubiera elevado á tanta altura. Y por cierto que esas circunstancias personales y de familia no son indiferentes, tratándose de caracterizar su numen, habiendo ejercido gran influencia en sus escritos, donde si por un lado se ve al aristócrata apegado á los suyos y ufano con sus blasones y pergaminos, descúbrese por otro al fogoso liberal, que muy joven se lanza á la arena, y en la lucha política y la de las letras, por su propio valer, se abre plaza entre los más encumbrados. El poema con que empieza el tomo de sus poesías (1) está dedicado á cantar las hazañas de un Togores; la segunda composición es una leyenda sacada de un códice de familia; el romance *La toma del hábito de Calatrava* comienza con este alarde:

«Verdad es que mis mayores
vistieron la cruz de Alfama,
cuando con sangre compraron
los verjeles de la Daya.
Verdad es que desde entonces
adornan las rojas aspas,
si no la casa en que vivo,
el sepulcro que me aguarda.
Verdad es que son mis deudos
los Borjas y los Zangladas,

(1) Obras del Marqués de Molíns, edición de 1881.

nobilísimos Maestres
de aquella milicia sacra;
y que cuando el Rey Don Pedro
con la hueste castellana
quiso asaltar de Montesa
las mal guaridas murallas,
un soldado de mi sangre
le forzó á volver la cara...»

En otras muchas de sus poesías se advierten parecidos rasgos. Y es de notar que pocos saben como el Marqués las genealogías, empresas y blasones de los antiguos linajes de España, conocimiento de que hace oportuna ostentación en sus leyendas históricas.

La nota liberal no es menos viva ni menos intensa. En nuestras antiguas Cortes y populares Concejos busca materia para sus romances y para sus dramas; gózase en dar severas lecciones á la nobleza por medio de un aldeano del Tormes, y de un tejedor de Segovia hace la gran figura de su mejor producción escénica. Pero si, conforme á la diversidad de asuntos que trata, unas veces prepondera en sus obras el elemento aristocrático y otras el popular, en todas se ve siempre al patriota, al caballero, sin que se desmienta jamás el ardoroso católico. «Allá en mi juventud—dice él mismo en uno de sus discursos académicos,—católico, y poeta y ciudadano, con mayor fuerza, si no con mayor fe, amé y seguí el culto de mis padres; pero no le sacrifiqué mi entusiasmo por las libertades públicas, que celebré con mis cantos y defendí con las armas. Hoy, ya encanecido por la edad y los des-

engaños, mi amor á las instituciones representativas no se ha entibiado. ¿Quién pretenderá que yo le sacrifique al borde del sepulcro la confesión paladina y resuelta de la fe que recibí en la cuna y que arde viva en mi corazón?» ¿Qué podría yo añadir á esta confesión tan espontánea y sincera?

Si el político figuró siempre en la escuela liberal, el poeta pertenece á aquella luminosa pléyade de escritores que, después de la muerte de Fernando VII, divididos en clásicos y románticos, pugnaban entre sí por el cetro del arte y de la poesía, como cristinos y carlistas en los campos de batalla, y progresistas y moderados en la prensa y la tribuna, cuando no en otras esferas menos legales, por el triunfo de sus ideas.

Basta una rápida ojeada por sus obras líricas y dramáticas, donde los preceptos de Boileau y de Luzán están bastante desatendidos, para convencerse de que Roca se afilió desde luego á la nueva escuela que las brisas del Norte nos habían traído; si bien su educación clásica, las enseñanzas del sabio maestro D. Alberto Lista, y sus relaciones y amistad con Quintana, Gallego y el Duque de Frías, poetas de su culto y admiración, lo preservaron de dar en los bajíos y escollos en que otros ingenios menos felices zozobraron y se perdieron.

Era aquélla la época en que, merced á teorías estéticas más racionales y elevadas, y á los eruditos estudios de sabios críticos extranjeros y españoles, nuestros olvidados romances y nuestro teatro antiguo, es decir, nuestra poesía verdaderamente genuína y nacional, tan desdeñada en

el siglo anterior, volvía á aparecer á nuestros ojos, un tanto sorprendidos. en toda su magnitud y esplendor. Entre los partidarios de la nueva doctrina que acabó por triunfar, unos se inclinaron á la imitación extranjera; de éstos, no todos con el arte, el tacto y la fortuna que el malogrado Espronceda. Byron, Gœthe y Víctor Hugo tenían trastornadas las cabezas de la juventud de entonces. Otros, y de éstos fué nuestro autor, prefirieron ser románticos á la española, pidiendo inspiración á nuestras glorias pasadas, asuntos á nuestras crónicas y tradiciones, y ejemplos que seguir á nuestros romanceros y á la inagotable vena dramática del siglo de Lope y Calderón. No quiere esto decir que el Marqués de Molíns, que cultivó todos los géneros, no se inspirase también en sus propias impresiones, y aun se dejase alguna vez llevar, como en el *Insomnio*, por el desordenado y tétrico numen que solía preponderar en las publicaciones literarias del tiempo. Mas, por regla general, aun en sus poesías más subjetivas y personales, es siempre un poeta castizo y levantado en la forma, profundamente católico y español en la esencia. Entre esta clase de composiciones las hay muy notables, como la titulada *El Corpus en el hospicio de la Salpetrière*, en que su cristiana fantasía traza los cuadros más patéticos y conmovedores, y en lugar de caer en una profunda misantropía ante aquellas horribles amarguras, ó gritar como Lamartine en un momento de desgarradora duda:

Quel crime avons nous fait por mériter de naître?

Molíns exclama con el Evangelio: *Beati qui lugent...* ve el *célico remedio* en la oración; y en el *Pan de la vida*, que levanta el sacerdote en el altar ante aquella mísera turba prosternada, columbra inefables goces, que inmensamente superan y aun pueden hacer gratos los mayores infortunios, y añade en términos que no hubiera ido más allá un monje de la Trapa:

«Vivir es labrar la tumba
y padecer es sembrar.
¡Dichoso quien coge el fruto
allende la eternidad!»

Igualmente merecen citarse *El racimo de dátiles*, donairoso romance que recuerda los más bellos de Góngora; *El alcázar y el acueducto*, composición escrita en el metro de las célebres coplas de Jorge Manrique, y las doloras, á imitación de Campoamor, tan epigramáticas como sentidas.

No puedo resistirme á la tentación de transcribir la que lleva por rótulo *El* 31 *de Diciembre de* 1851, y está dedicada al distinguido y desgraciado poeta venezolano D. Heriberto García de Quevedo, uno de los más asiduos tertulianos del Marqués.

Había Madrid amanecido aquel día cubierto por una espesa capa de nieve, y á la tarde, cambiando el viento y subiendo algo la temperatura, el manto de armiño que cubría calles y plazas empezó á derretirse. Tenía por la noche el Marqués en su domicilio gran reunión literaria, con objeto de dedicar un responso al año que fenecía y beber

una copa de Champagne en honor del nuevo que llegaba. Todos los asistentes mostrábanse más ó menos impresionados por el fenómeno del día, siendo el tema general de la conversación. Hacía años que no se veía en Madrid nevada semejante. En aquel estado de los ánimos, el Marqués, con la buena entonación y claro-obscuro que sabía hacerlo, leyó las siguientes estrofas, improvisadas algunas horas antes:

«Se deshace nuestra vida
como esa blanca nevada,
á la mañana formada
y á la tarde derretida.
Hoy la que en el monte cuaja
sirve á dos años rivales:
al que viene, de pañales;
al que se va, de mortaja.
Los dos con la misma priesa
van tras la propia fortuna:
el viejo hacia nuestra cuna
y el niño hacia nuestra huesa.
¡Ay alma, y os dan á vos
como presente importuno
memoria el cincuenta y uno,
anhelo el cincuenta y dos!
Decidme, ¿qué os satisface,
si no hay presente, y se infiere
que es nada el año que muere,
y nada el año que nace?»

La emoción fué viva; entusiasta el aplauso.

Sin duda ese bello madrigal y otras composiciones que, á mi juicio, le superan, honran el numen de su autor; pero donde el estro del Marqués cam-

pea á sus anchas, y más claro se patentiza la índole de su genio, es en sus romances históricos, en los cuales se muestra émulo digno de su inolvidable amigo, aquel otro poeta que en su romance de Bailén supo elevarse á la altura de la oda, y en los de Colón y Cortés llegar á las lindes de la epopeya. Roca y Saavedra, ambos reciben con el mismo ardor la inspiración leyendaria; ambos sienten con igual entusiasmo; ambos describen, ó mejor dicho, pintan con singular relieve y viveza de colorido. Con todo, notables diferencias los separan. En Roca, el poeta, aunque de veras lo sea, no se olvida nunca del Académico; culto y entonado en la forma, se esmera en lo noble de la dicción. Saavedra es más espontáneo, más vario en matices y más natural y desenfadado en la expresión poética. Seguramente en el gallardo romance de su amigo, *El nacimiento de Enrique IV*, no habría dado un rodeo de cinco ó seis versos, por no mentar el humilde vegetal con que el Rey de Navarra frotó los labios de su nieto recién venido al mundo. Pero donde mejor se perciben las analogías y diferencias que los unen ó los separan, es en el aplaudido romance 2.° de *El Romancero de la guerra de Africa*, cuya curiosa y verídica historia refiere el Marqués en la advertencia con que lo acompaña al incluirlo en sus obras. Sin hipérbole puede decirse que en aquellos inspirados versos se fundieron en una las liras de ambos poetas. El Marqués, por afecto y buen deseo, se comprometió á dar cima al romance de que se había encargado su amigo, el cual, después de empezado, no lo podía continuar por la terrible enferme-

dad que le aquejaba y que al fin lo llevó al sepulcro. Terminada la obra del modo más feliz por el Marqués, acudió á leérsela al Duque para que la autorizase con su firma. La oyó éste con emoción; pero en una segunda lectura, al llegar á estos versos:

«Mientras que mi nietezuelo
hace corcel mi cayado,
y *diz* que se va á la guerra
de moros y de cristianos,»

dijo sonriéndose (según refiere el Marqués): «Alto ahí, yo no escribo ese segundo verso.»—«¿Por qué?»—«Porque mi nieto no sabe qué especie de animal es el corcel, y yo tengo demasiados años para meterme á pastor y vestir pellico y usar cayado,» y diciendo y haciendo escribió:

«Mientras que mi nietezuelo
hace mi bastón caballo,
y dice que va á la guerra
de moros y de cristianos.»

En la parte que cada cual, el Marqués y el Duque, tomó en la formación de esta pintoresca estrofa, están caracterizados los dos poetas: ambos, de rica fantasía meridional, encarnan la idea en la imagen; el Marqués, como siempre, busca la expresión más noble y selecta; el Duque, la más viva y popular.

Nunca olvidaré el efecto causado por esta composición, cuando salió á luz el citado *Romancero*. Aunque en él escribieron famosos poetas, y

contiene romances de ingenio y gallardía, el que produjo más honda impresión, el más celebrado, el que todos admiraban poniendo al autor por las nubes, era el que llevaba la firma del Duque de Rivas. El éxito no pudo ser mayor, ni la ilusión más completa. Y con todo, á mí se me antoja que más que el mérito del romance, triunfó tal vez el prestigio del nombre.

Para apreciar en toda su amplitud el estro poético del Marqués, no hay que limitarse al conjunto de sus leyendas épicas, romances, odas y demás piezas líricas; preciso es también conocer sus dos dramas *La espada de un caballero* y *Doña María de Molina,* rica y galanamente versificados. Aunque ambos poemas no tuvieran en sí una acción interesante y no estuviesen amoldados á la representación escénica, siempre serían de sabrosa lectura para todo el que guste de generosos arranques y altos pensamientos en el sonoro y matizado lenguaje de Rojas y Calderón, salvo, naturalmente, la diversidad de los tiempos.

Pero tratándose de obras escritas para el teatro, no es posible contentarse con celebrar sus rasgos líricos, ingeniosos conceptos ó castiza dicción; y no cumpliría bien vuestro encargo, ni el deber que gustoso me he impuesto, si no me detuviese á examinar y apreciar, aunque en términos concisos, la trama y acción de los citados dramas.

Contaba apenas el autor diez y nueve años cuando en pocos días compuso el primero, al que dió por título *El Duque de Alba*, para ser representado en teatro casero por una compañía de aristocráticos aficionados. Secuaz ardoroso de la nueva doctri-

na literaria, y familiarizado con las obras escénicas de los Hugo, Dumas y Delavigne, se propuso escribir, y escribió, en efecto, un drama del género llamado romántico. Por imprevistos azares no se llegó á representar, y sólo tres lustros después, en Mayo de 1846, refundido y con el rótulo *La espada de un caballero*, fué llevado por su autor á las tablas. Si cuando se compuso la obra hubiera sido puesta inmediatamente en escena, el público de entonces, ávido de novedades, y sintiendo el hechizo de aquella sonora versificación en variedad de metros, á que no le tenían por cierto acostumbrado, seguramente habría rendido al poeta una entusiasta ovación. *La espada de un caballero* hubiera además precedido, en el orden de los tiempos, al *Don Alvaro, El Trovador*, *Los amantes de Teruel*, y aunque obra de menos alcance, por ella habría figurado el Marqués en nuestros fastos literarios como iniciador del romanticismo en el teatro español. Sea como quiera, cuando *La espada de un caballero* ocupó la escena, aunque el género no fuese ya sorpresa para nadie, ni la acción del poema despertase gran interés en el público, el éxito fué lisonjero para el autor. Al día siguiente del estreno decía un ilustre crítico en *El Español*, periódico de la época: «...de *La espada de un caballero* no pueden sacarse sino lecciones de honor y de virtud.»

De más alta valía, y acaso el fruto más vigoroso de su ingenio, es el famoso drama *Doña María de Molina*. En el notable artículo que, á manera de prólogo, lo acompaña en las «Obras del Marqués,» hízole plena justicia el eminente escritor

católico, Marqués de Valdegamas. Yo nunca tuve ocasión de verlo en el teatro; pero á la simple lectura no he podido menos de admirar el gran cuadro épico que, en forma dramática, presenta el Marqués de la castellana Monarquía á fines del siglo XIII; cuadro en que se siente palpitar la vida de aquella azarosa y turbulenta edad, y de cuyo revuelto y tenebroso fondo se destacan dos extraordinarias figuras: una, la heróica Doña María, con toda la grandeza que nos descubre la historia; otra, la de un tejedor segoviano, creación en que el poeta encarna el espíritu de emancipación de la plebe y la viveza del sentimiento popular.

No es posible presentar con más realce y verdad el varonil y elevado carácter de aquella sublime matrona, émula de las Sanchas y Berenguelas, que á fuerza de energía, de constancia, de abnegación, y al par de habilidad é instinto político, supo guardar la Corona de su hijo, y también su propia virtud, contra las asechanzas de la traición, la violencia de pasiones desapoderadas y los embates de sediciosos bandos.

Ya antes había tratado el mismo asunto Tirso de Molina en su famosa comedia *La prudencia en la mujer*, sobre la cual forjó, sin duda, el Marqués su poema dramático, sin que esto amengüe en nada el mérito de su obra. Es para mí evidente que el móvil de su inspiración, al elegir la gran figura de la madre de Fernando IV para hacer su drama, fué el estado político en que allá por los años de 1835 se hallaba la Nación, desgarrada por la guerra civil. Ocupaba el trono una niña huérfana, y la madre, bella como Doña María y también Re-

gente, defendía la Corona de su hija contra las pretensiones de un Infante que, en nombre de la legitimidad, pugnaba por los que creía sus derechos, seguido de valiosos elementos sociales, y alentado y sostenido por los gobiernos del Norte de Europa y aun por algunos del Mediodía.

Friamente examinadas las cosas, la situación de la España del siglo XIII y la de la primera mitad del XIX eran á la verdad bien distintas; pero el entusiasmo que causaba la Reina Cristina en el partido liberal, y muy particularmente en el elemento joven, ganoso de nombre y ávido de novedades, era tan vivo, que no había don, virtud, encanto ni prestigio con que no adornasen aquélla, si no grande, generosa y simpática figura; y aunque entre las dos Reinas, serenamente consideradas y comparadas, fuesen notorias las desemejanzas y escasas las analogías, la ardorosa imaginación del Marqués, que tanto se complacía en lucir el ingenio buscando parecidos y similitudes entre las cosas más discordantes, le movió á ensalzar por modo indirecto á la madre de Isabel II, glorificando en la escena á la madre de Fernando IV.

Naturalmente, á los que han nacido después, ó estábamos en la cuna al estallar la primera guerra civil, y hemos podido, viéndolos ya á cierta distancia, abarcar en conjunto los sucesos políticos de la primera mitad de la pasada centuria, no nos es dado participar, sin atenuación alguna, de la vehemente admiración de los que hicieron su ídolo de la Reina Gobernadora.

Los poetas la exaltaban en sus cantos; los artistas reproducían su bella figura en lienzos y már-

moles, y entre los hombres del bando liberal la parcialidad moderada le rindió siempre fervoroso culto.

Así exclamaba, en un rapto lírico, Donoso Cortés, cuando en 1840 María Cristina, depuesta la Regencia, en la que fué sustituída por Espartero, partió con rumbo á la Península itálica:

«Italia, Italia, á tu angustiado seno
vuelve ya la deidad de tí adorada.
La trajo el iris y la lanza el trueno,
cual hoja seca de aquilón llevada.»

Por supuesto, no había tal angustia ni tal adoración. En aquella época las Cortes italianas, empezando por la de Cerdeña, después tan liberal, eran partidarias del absolutismo, que representaba D. Carlos, y no podían sentir gran pesadumbre porque la Reina Cristina se hubiese visto obligada á abdicar la Regencia.

Pero demos de mano á esta digresión, y continuemos el examen de *Doña María de Molina.*

No se puede negar que *La prudencia en la mujer* es obra más desinteresada y más fiel espejo de la España del siglo XIII. Tirso no estaba influído por ninguna prevención política, y pudo, sin apartarse de las crónicas ni sujetarse á ningún convencionalismo escénico, trazar un cuadro verdadero del turbulento período de la minoridad de Don Fernando IV. La trama de su composición puede tacharse de inconexa; faltan enlace y unidad al conjunto; pero Doña María es la viril matrona que nos ofrece la historia, y los Infantes D. Enrique y

D. Juan, y el Señor de Vizcaya, D. Diego López de Haro, son retratos de cuerpo entero.

En la obra del Marqués hay más arte, más concentración y efectos dramáticos hábilmente preparados. Cualquiera que fuese su objeto al escribirlo, su poema es más teatral, de más vivo interés que la comedia de Tirso.

Donoso Cortés, en el artículo antes citado, censura como impropia de aquellos tiempos la tendencia democrática que en el drama se advierte, y sostiene que las palabras libertal y tiranía, usadas por el Marqués en el sentido que hoy las entendemos, no tenían la misma significación en aquella remota edad, en que los pueblos carecían de unidad social y de unidad política.

Esas impropiedades históricas prueban el influjo del medio ambiente en que se produjo la obra, y que el fin que se propusiera el Marqués al escribirla tenía algo de político sin dejar de ser literario. El público así lo comprendió, exagerando el aplauso en algunos pasajes que halagaban sus pasiones, lo que hizo recelar al mismo autor que tal vez hubiese ido, en cierta dirección, demasiado lejos. Tengo á la vista una curiosa nota, escrita de su puño y letra, en que así lo consigna. Es breve, y creo que os será agradable su lectura. Dice textualmente (1):

«*Doña María de Molina*, escrita ya, y leída y

(1) Habiéndole pedido datos sobre su drama *Doña María de Molina*, para el prólogo que le escribí con destino al tercer tomo de sus *Obras completas*, me envió el Marqués esa nota autógrafa que conservo.

admitida por Grimaldi, había de ser representada en 1836, cuando se abrieron las Cortes convocadas por Istúriz, llamadas *reformadoras* (del Estatuto), para las cuales yo fuí elegido en Albacete (antes de cumplir veinticuatro años).

Vino la revolución de la Granja, y no creí *decente* dar mi pieza con tales alusiones, que hubieran podido ser interpretadas como elogio á aquellos hechos. Retiré, pues, el drama, ya ensayado admirablemente!!! por la Concepción Rodríguez.

Lo presenté á la Academia, é informaron sobre él Musso y Gallego... y el resultado fué mi entrada en la casa de la calle de Valverde.

Vinieron las Cortes *Constituyentes* que hicieron el Código de 37. Las Cortes eran progresistas; la Constitución fué hecha por *sus hombres;* pero con *nuestros principios*, según dijo Martínez de la Rosa.

Hecha, pues, esta mudanza favorable, dí nuevamente en 1837 el drama retirado.

Pero el caso es que Grimaldi y su mujer habían dejado el teatro.

La Teresa Baus, que en los primeros ensayos con la Concha Rodríguez hacía el mezquino papel de Abadesa, hizo de Reina... y copió de tal modo lo que había visto, que obtuvo ella, y me procuró á mí, un inmenso triunfo.

Pero aún no se me ha olvidado la sorpresa que á mis amigos y á mí mismo nos causó el resultado, lisonjeramente *democrático*, que tuvo el drama; la verdad es que en las lecturas el papel de Reina y el del noble D. Diego de Haro hacían resaltar el espíritu monárquico y nobiliario... En las tablas, no estando la Concepción, y sí Carlos Latorre (el

tejedor), los demás parecían pálidos, y el poema resultó más liberal, mucho más que antes y de lo que la historia exige.»

Hasta aquí el curioso apunte del Marqués, reconociendo sinceramente la tendencia de su obra.

Dejando á un lado la parte que la política tuvo en el drama, y considerando el poema en su aspecto puramente literario, nótanse desde luego las diferencias que lo separan de *La prudencia en la mujer*. Uno es el argumento, y unos son los personajes; pero ¡cuán diversa la manera de caracterizarlos! En la comedia de Tirso, los Infantes D. Juan y D. Enrique piensan, hablan, obran y en un todo se proponen lo mismo, sin que nada particularmente los distinga. En el drama del Marqués, los Infantes D. Juan, D. Enrique y el de Aragón, Don Pedro, todos conspiran contra el trono de Don Fernando y el poder de Doña María; mas cada cual por móvil diferente. El primero quiere matar al Rey niño para usurpar la Corona; el segundo, más hábil y redomado, y, ya á sus años, buscando la realidad del poder, que no su vana apariencia, trata de envenenar á la Reina y sustituirla como Regente. A D. Pedro, su violenta pasión, exasperada por el desdén de la inquebrantable matrona, es el resorte que lo impulsa y mueve. El mismo D. Diego López de Haro, que en su rudo amor á la Reina no carece en la obra de Tirso de lealtad é hidalguía, aparece más noble y simpático en la del Marqués, que ha hecho de Haro, en oposición á los indignos Infantes y desleales señores conjurados contra Doña María, un tipo ideal de leyenda caballeresca.

En la comedia de Tirso, la gran figura de la Reina brilla seguramente en todo su majestuoso esplendor; pero, á fuerza de ser heróica, casi deja de ser humana. Ni un instante se desmiente la indomable entereza de aquel corazón varonil; ni una lágrima en aquellos ojos; ni un grito de dolor en aquellos severos labios, de donde sólo se desprenden solemnes discursos, nobles sentencias y altivas réplicas con que ataja y confunde á sus enemigos. Su alma tiene el mismo temple del acero con que á veces reviste su brioso cuerpo; la madre, y aun la mujer, apenas se ven bajo la heroína y la fuerte matrona. Esto quita claro-obscuro al personaje, que, si impone respeto y admiración, pierde en interés lo que gana en grandeza.

Si Tirso no puso el incentivo del amor en el pecho de Doña María como resorte dramático, no fué ciertamente porque creyese, como posteriormente el Marqués Scipión Maffei y Voltaire, al desarrollar el asunto de la Mérope en sus respectivas tragedias, que no es el amor, á excepción del maternal, sentimiento propio del teatro. Tirso no profesaba tal doctrina, y no es creíble que sistemáticamente la aplicase á su obra. Lo que hay es que, sin buscar efectos escénicos, se atuvo simplemente á lo que arrojaban de sí los datos históricos; su comedia, aparte la versificación rica y armoniosa, se parece, en cierto modo, á los poemas que llamamos *cantares de gesta*, y recuerda algunos dramas de Shakespeare, en cuya contextura el arte apenas tiene influjo, y son á manera de crónicas dialogadas.

El Marqués comprendió que la mujer no debía

quedar anulada en la heroína. Si el amor galante no cabía en su corazón, otros sentimientos más puros y elevados podían conmoverle, sin que por ello quedase amenguada la figura. No se contentó, pues, con presentar á la Reina firme é impasible, como una Minerva en su pedestal, sino que, dando á su carácter más variedad y fondo más humano, la ofrece á nuestros ojos como madre enloquecida por el dolor, al creer que ha perdido para siempre á su hijo. Su fortaleza y brío no se desmienten en todo el poema; pero esa explosión de sentimiento, sin quitar nobleza ni vigor al personaje, lo hace más bello y simpático.

Los sediciosos Infantes, aunque en los términos con que mutuamente se increpan hay acaso crudeza excesiva, están trazados con verdad histórica y el sombrío color del tiempo medioeval en que pasa la acción. Pero donde se diría que el autor ha puesto toda su alma, es en la gran figura del Procurador Alfonso Martínez, la mayor después de la Reina. Digno es de notarse que del mercader de Segovia de *La prudencia en la mujer*, cuyo bizarro carácter no hace Tirso más que apuntar en la breve escena en que la Reina le obliga á recibir sus tocas por el cuento y medio que le pide, no quedándole ya otra cosa que empeñar, haya el Marqués tomado pie para la creación de su Alfonso Martínez. La crónica y la comedia le daban ya de cuerpo entero el retrato de Doña María; pero el Procurador segoviano es de original invención del poeta, que ha sabido fundir elementos dispersos de nuestro antiguo teatro y de su propio fondo en el crisol de su privilegiada fantasía. Alfon-

so Martínez es la personificación del pueblo, dando fuerza al poder monárquico contra los Grandes, y al par recibiéndola de él en franquicias y libertades. El Marqués, enfrente de los Infantes y de los Prelados y ricos homes que los siguen, todos desleales, todos traidores, cargados de crímenes y maquinando contra la vida del Rey ó de su madre, presenta aquel airoso tipo de plebeyo, mucho más hidalgo que los nobles y más arrogante. En el Procurador á Cortes, tejedor de oficio, resume todas las virtudes y cualidades de que carecen aquellos desalmados: la honradez, la ingenua franqueza, la abnegación hasta el sacrificio, el valor caballeresco; todo esto con el amor al Trono legítimo, en el cual, adelantándose bastante á los tiempos, ve el buen tejedor el símbolo de las libertades públicas, y con un orgulloso desdén hacia los Grandes, no exento, en verdad, del espíritu democrático de época más moderna. Pero injusto sería no tener en cuenta la atmósfera en que nació esta obra, y los sentimientos que preponderaban cuando en 1837 se llevó al teatro. Sea de ello lo que quiera, el Procurador Alfonso Martínez, como figura dramática, está admirablemente caracterizado, y bien puede hombrearse el bizarro tejedor con el Pedro Crespo de *El Alcalde de Zalamea.*

La escena de la copa de oro en el banquete que da á la Regente D. Enrique con ánimo de envenenarla, es de lo mejor de la obra, y bastaría por sí sola para acreditar el vuelo dramático del poeta. También hay copa con veneno en la comedia de Tirso, y judío encargado de confeccionar el mortífero brebaje; pero en su obra trátase de aca-

bar con el Rey niño, y en la de Roca de que perezcan la Reina y los Infantes, que son obstáculo á las ambiciosas miras de D. Enrique el Senador. No obstante esas analogías, en nada se parecen ambas escenas. En la de Tirso, el hebreo Ismael, Médico del Rey, aprovechándose de la dolencia de su Señor, le prepara la muerte en una purga; mas al ir á entrar en la estancia en que yace el Rey para administrarle el tósigo, repara en el retrato de la Reina que está sobre la puerta, lo cual, aumentando la zozobra que ya siente por el crimen que va á cometer, le detiene un momento; vence al fin su temor, y se decide á entrar; pero en esto cae el retrato y le intercepta el paso; llega entonces Doña María, y el desalmado judío, sin que lo explique bastante su turbación, declara que lleva un veneno, y descubre la odiosa trama del Infante D. Juan. De todo lo cual, enterada la Reina, obliga con amenazas al Médico infiel á beber la preparada ponzoña. Ejecútalo él sin hacerse mucho de rogar, y muere diciendo chistes y retruécanos impropios de la situación, aunque acomodados sin duda al gusto del público para quien se escribió la obra.

En el drama de Roca de Togores, el Infante Don Enrique, en medio de un banquete, hace presente á la Reina de una copa de oro de gran precio, copa que contiene ya el licor envenenado con que Doña María debe brindar. Considerando ésta el precio de tan rica alhaja, y que con ella puede hallar recursos para sostener la causa de su hijo, la ofrece al mejor postor. Varios de los convidados la pujan. López de Haro es el que más sube, y la

Reina, preparándose á beber para luego entregársela, exclama mirando á una y otra parte:

¿No hay mejor postor?
Bebo, pues...

De entre el pueblo, que presencia el festín desde una alta galería, sale precipitado Alfonso Martínez, y continúa la escena en estos términos:

ALFONSO. Si un mercader
puede aquí poner su tanto,
yo por tan preciosa prenda
tres mil doblas adelanto,
y de arruinar no me espanto
en honra vuestra mi hacienda,
que aún hay dentro de esta casa
gente de tan buena ley...
PUEBLO. ¡Bravo!
ALFONSO. Que le pondrá tasa,
para servir á su Rey,
al moreno pan que amasa.
REINA. Ya lo veis: más beneficio
que Alfonso nadie me ofrece;
y por tan noble servicio
mayor gratitud merece
si le cuesta un sacrificio.
La copa luego tomad (A Alfonso.)
en acto de posesión,
que el premiar vuestra lealtad,
á más de mi obligación,
es también mi voluntad.
Y esta unión celebrar quiero
del pueblo con la corona,

y que por ella primero
brindéis vos que mi persona.
(Le da la copa.)

ALFONSO. ¿Yo que ni soy caballero?
REINA. Justo es en vos preceder
á aquéllos que aventajáis.
D. ENRIQ. (A Alfonso.) Tranquilo podéis beber.
D. PEDRO. (A la Reina.) Si vos se lo toleráis
(Con desprecio) nadie se puede correr.
ALFONSO. Para humildes cortesanos
guardad ese cumplimiento,
que no quieren los villanos
ni el vino del Sacramento
si viene de vuestras manos.
Compré por razón sencilla
la copa, no lo que encierra,
para que sepa Castilla
que á ningún noble se humilla
un tejedor de mi tierra;
porque sepa el Pretendiente
que producirá más oro
un hilo de la Regente,
que puede darle el tesoro
de su fanática gente;
y porque, en fin, si engañar
quiere al pueblo algún traidor,
sepa que la puede errar,
y se expone á derramar
su sangre como el licor. (Lo vierte.)
PUEBLO. Bien hecho.

Aunque un espíritu descontentadizo alguna impropiedad pudiera señalar en la anterior relación, justo es decir que causó gran efecto en el público.

Basta con lo que antecede, para que se com-

prenda la índole y alcance de tan interesante drama, aplaudido con entusiasmo y justamente celebrado por la crítica, cuando en 1837 se representó por vez primera.

Hasta aquí sólo he hablado del Marqués como lírico y como dramático; fáltame ahora recorrer otras fases no menos importantes del talento del escritor.

Al considerar el conjunto de sus obras en prosa, llaman la atención desde luego la variedad de argumentos y de géneros, y la erudición y flexibilidad de ingenio del que sobre tantas materias ejercitó su pluma. Artículos políticos, literarios y de costumbres, unos en grave estilo, otros en tono humorístico; crónicas de salón, cartas de viajes, necrologías de personas célebres, relaciones novelescas, reseñas biográficas, prólogos de libros, estudios críticos de historia, literatura y artes, discursos académicos: todo eso y más encierra el brillante cuadro de sus escritos en prosa. Y por cierto que, al volverlos á leer ahora, muchos de ellos hácenme el efecto de grabadas lunas venecianas, reflejando entre sus primorosas labores las vicisitudes de la sociedad española en cerca de medio siglo. Desde este punto de vista, los escritos del Marqués, aparte de su mérito literario, tienen para nosotros algo del sabor y encanto de las memorias. ¡Qué vivas descripciones de nuestras costumbres populares ó aristocráticas! ¡Cuántas anécdotas y curiosas noticias de historia contemporánea! ¡Qué cúmulo de recuerdos, y qué galería de nombres ilustres en las epístolas, discursos y artículos del Marqués! Entre éstos los hay impregnados de hon-

da melancolía y de tan vivo interés como el que titula *El último paseo de Fígaro*, en que nos cuenta el que dió con el autor de *Macías* el 13 de Febrero de 1837, es decir, el mismo día en cuya noche fatal su desgraciado amigo se arrebató la existencia. En otros, por el contrario, predomina el tono zumbón y festivo, como aquél en que nos refiere la representación de un misterio en la iglesia de Elche, á que él asistió en 1842. Nunca se mostró la pluma del Marqués más regocijada ni más realista, que al describir con todas sus peripecias lo grotesco del espectáculo y las irreverencias y desmanes de los inciviles espectadores, llenos, sin embargo, de exaltación religiosa. No en balde ocuparon durante siglos la risueña villa de las palmeras los árabes y africanos, dejándonos con sus aljibes y acequias buena parte de su sangre.

Pasando de las rudas costumbres de los campesinos de Elche á las cultas y aristocráticas de los salones de Madrid, ¡con qué melancolía y dulce encanto leemos sus mágicas descripciones de las fiestas y saraos á que asistimos en nuestra juventud! Al eco de los nombres que resuenan en nuestro oído, á la vista de los personajes que desfilan ante nuestros ojos deslumbrados, parécenos como que reviven sentimientos apagados en el corazón, y los recuerdos se agolpan en tropel á nuestra mente. ¡Cuántos de aquellos galanes y de aquellas reinas de la moda, cuyas gracias y atavíos se complace en describir el Marqués en sus ingeniosas crónicas, dejaron de existir para siempre! Alguna de ellas que cita á menudo en sus prosas y en sus versos, y á quien la voluble fortuna destinó á los

más altos honores y á las más acerbas desventuras, alienta todavía para el dolor en tierra extranjera; pero más que al mundo pertenece á la historia. Otras subsisten aún como ruínas de lo pasado entre nosotros, y aunque ya no embelesen nuestros sentidos, rendimos á su amistad el culto de los recuerdos. Pero lo mismo las unas que las otras seguirán viviendo jóvenes y bellas en las espléndidas descripciones del Marqués, como los sugestivos retratos de los pintores flamencos en las galerías de los palacios.

Pecara de prolijo, y me alargaría demasiado, si hubiese de mencionar todos los escritos del Marqués con noticias ó memorias de su tiempo. Mas ¿cómo no citar la interesante epístola á Vega con motivo de su drama *La muerte de César*, que el anciano autor leyó el 24 de Diciembre de 1862, en casa del Marqués, ante un brillante concurso, donde figuraban los nombres más ilustres de la literatura española? El Marqués, á cuyas amistosas y reiteradas exhortaciones, como él mismo cuenta, se debió la terminación de la obra, consigna el triunfo que con su lectura obtuvo el poeta, y nos describe la gratísima velada, sin olvidar á ninguno de los que á ella asistieron. Omite, sin embargo, una circunstancia: la de que siendo noche de Pascua de Navidad, terminó la fiesta con una alegre y opípara cena, última de su especie, en que bebió el *fruto de la vid* con sus amigos el esclarecido vate, como fué también aquel drama, último parto de su castizo numen, y aquella vez la postrera en que leyó versos en público.

El Marqués, que tenía convertida su casa en

templo de las letras, nos da, con el sencillo relato de aquella velada, una muestra de lo que eran sus inolvidables reuniones, donde lucían su ingenio nuestros poetas, y á las que prestaban singular encanto su digna esposa, tan afable, tan discreta, de tanta elegancia y distinción, y su gentil sobrina Enriqueta Roca, hoy Condesa de Pinohermoso.

Aunque en el prólogo que puso el Marqués á las «Obras de Fernán Caballero,» por más que elogie como se merece á la insigne escritora, no manifieste gran afición á la novela como género literario, sin duda por lo que abusaron de él ciertos escritores, no por eso dejó de cultivarlo á su modo; pues llame como quiera á las interesantes relaciones que trazó su pluma, hijas en todo ó en parte de su invención, ó quédense, como ahora están, sin clasificar, *La Peña de los enamorados, El Marqués de Lombay*, *Doña María de Salinas* y *La Manchega,* cualquiera que sea su extensión, é inspírense en la leyenda, en la historia ó en las costumbres, no vienen á ser otra cosa que pequeños dramas narrados, en los cuales hay caracteres, acción más ó menos sencilla ó complicada, y alterna la descripción con el diálogo; en una palabra, verdaderas novelas. El que concibe la escena del piadoso y enamorado Lombay en su oratorio, cuando en lucha con su corazón, y por sustraerse á las internas llamas que ofuscan su espíritu, abre á la ventura el breviario, y halla y lee, creciendo su ansiedad, los vehementes extremos y apasionadas ternezas de los esposos en el *Cantar de los Cantares;* el que

con tan exquisito arte prepara la estrecha amistad de Doña Catalina de Aragón y Doña María de Salinas, ligándolas desde su infancia en el campamento de Isabel I, enfrente de Granada, y sabe presentar aquel hermoso cuadro de tanto sentimiento y sencilla grandeza, en que tan interesante papel hacen las dos niñas al aparecer la Cruz de plata en la Torre de la Vela, harto demuestra no haberle faltado más que voluntad para ser excelente novelista.

Pero de todas estas narraciones, la de mayor empeño y la que confirma sus aptitudes en el género, es la que para cierta publicación escribió con el título de *La Manchega,* y hoy figura en la colección de sus obras. En ninguna de sus otras producciones ha volado su imaginación con más desembarazo, ni su pincel de colorista ha encontrado más riqueza y variedad de tonos. Y como en ella con mayor realce que en otra alguna se destaca su personalidad literaria, justo será que le dediquemos un momento de atención.

Realmente para el Marqués no hay argumento pequeño. Por concreto, reducido ó insignificante que á primera vista parezca, su rica imaginación hallará seguramente medio de ennoblecerlo y ensancharlo; y esto no diluyendo el asunto en lánguidas amplificaciones, sino relacionándolo con otros mil, no siempre conexos, pero traídos con discreta ingeniosidad, y hallando motivo de hacer ostentosa gala de sus variados conocimientos y vasta erudición. De todo, absolutamente de todo, hay en la animada narración objeto de este ligero análisis: de geografía, de historia, de filosofía,

de política, de indumentaria, de arte culinario, de costumbres antiguas y adelantos modernos. Y todo viene como por la mano, tan artísticamente presentado, que el lector, muy complacido, se deja ir por donde el autor lo quiere llevar. Trátase de describir el tipo de la Manchega... ¿Qué importa al que lee llegar tarde ó temprano al punto principal? Harto interés encierran, para tener suspenso el ánimo, los capítulos *La Mancha*, *La mujer echada en casa*, *Órdenes militares*, *Don Quijote redivivo*, *Cantares y seguidillas*, que sirven de extensa preparación para entrar en los tres hermosos cuadros, en que ya se nos ofrece á la Manchega en tres tipos diversos, pintados de mano maestra. ¡Qué tres condiscípulas, la Mostillera, la sobrina del Corregidor y la Condesica! ¡Qué bella y simpática figura la de la santa hidalga! (aunque sólo la conozcamos por los recuerdos del calatravo y la gráfica relación de Villora el mulero). ¡Y qué retrato á lo Van Dick, el del mismo calatravo! ¿Quién puede olvidar aquella noble figura, cuyo «espeso y rizado cabello más parecía encanecido por adorno que por vejez;» aquel ejemplar de caballero á la antigua, «más que á los estudios y especulaciones del entendimiento, aficionado á la caridad y á los ejercicios corporales;» apegado al solar, viviendo en sus tierras, rindiendo culto á sus timbres nobiliarios y á la honra heredada de sus abuelos, pero sin asomo de hinchazón; llano, accesible, pródigo de su riqueza con los pobres, querido y respetado del pueblo, y no creyendo deslustrar su venera, tomando, no obstante sus canas y pergaminos, parte en el baile de casa de su ahijada la

Mostillera, el día de su boda con el contrabandista? Bien se ve que el autor se ha gozado en la pintura del calatravo, presentándonos, lo que no debió serle difícil perteneciendo á ella, no un sér peregrino y excepcional, sino un tipo verdadero de la nobleza española, ó al menos tal cual era todavía en la época á que el Marqués se refiere: franca, religiosa, caritativa y popular.

Mucho hablamos hoy de igualdad y de democracia; pero ¿qué nobleza más democrática, si es lícito juntar esas dos palabras, que la española? ¿Ni cuándo ha habido aquí esas barreras entre las clases, que vemos aun en la libre Inglaterra ó en la aristocrática Alemania? Ya nos podríamos contentar con que los que hoy se llaman á sí propios demócratas, como se llamarían príncipes ó reyes, descendiesen un poco de su olímpica vanidad, y se pareciesen, en lo benéfica y sencilla, á nuestra rancia nobleza.

Volviendo á *La Manchega*, diré desde luego que de los tres ejemplares que nos presenta el Marqués, con ser todos bellos, naturales y acabados, el que á mis ojos encierra mayor hechizo es el de la Mostillera. En pocas páginas y en una serie de breves cuadros, en que rebosan el sentimiento y la vida, ha desarrollado el Marqués una verdadera novela, llena de interés dramático y de color local. La historia de la Mostillera mueve y cautiva, como las patéticas relaciones de Fernán Caballero, á las cuales en cierto modo se parece. No que el Marqués haya copiado en nada á la célebre novelista; mas por la índole de su fábula, por la calidad de los personajes, por las costumbres que des-

cribe, por los delicados sentimientos que pone en juego, y hasta por los cantares con que sazona su narración, no es posible leerla sin recordar á la autora de *Simón Verde*, *La Gaviota* y *La Familia de Alvareda*. Pero si en el fondo hay las analogías indicadas, no así en el estilo, en que profundamente difieren ambos escritores. De buen grado transcribiría aquí el retrato de la garbosa Manchega, cuando va á desposarse con el contrabandista; mas no habría razón para citar este pasaje y no otro cualquiera: las páginas de la Mostillera no tienen desperdicio.

Como ya indiqué antes, la pluma del Marqués no se ha ejercitado en obras de imaginación solamente, y graves trabajos de historia, de erudición y crítica literaria ocupan buena parte de la colección de sus obras. Ya desde 1836, en que dió á luz su opúsculo sobre *La coronación de nuestros Reyes*, se advierte su afición al estudio de los anales patrios y á las investigaciones históricas; afición que creció con la edad, y de que son brillante testimonio varios de sus escritos.

En el bello discurso que desde la silla presidencial del Ateneo dirigió el Marqués á aquella Sociedad, al abrirse sus cátedras en Noviembre de 1874, declaró sencillamente que no era filósofo, lo cual ciertamente no quería decir que no conociese á los grandes pensadores cristianos (hartas pruebas tiene dadas de lo contrario), ó no estuviese al corriente de las evoluciones del pensamiento humano en la época actual, sino que, como ya manifestó otras veces, no creía en la eficacia de la razón

pura sin el auxilio de la fe, para iluminar la conciencia ó satisfacer las aspiraciones del alma. El Marqués se anticipaba á lo que se ha llamado después la quiebra ó el fracaso de la ciencia, en lo que toca á los problemas del espíritu, no viendo, fuera de las doctrinas del Evangelio, remedio alguno á los males que afligen al hombre.

Sin duda por su escasa afición á vagas é inciertas teorías, el Marqués, en sus estudios históricos, se muestra más inclinado que á generalizaciones y aventuradas síntesis, á investigaciones eruditas sobre puntos determinados, ó al esclarecimiento de personajes y sucesos poco ó mal conocidos. Más que á buscar en lo pasado los derroteros de lo porvenir, se complace en realzar y divulgar nuestras glorias. Dijérase que el amor patrio lo impulsa y lo guía, y que, al revolver códices, anales y antiguas crónicas, su principal deseo es acrecentar el brillo del nombre español. ¿Habré de probarlo? Léanse sus preciosas cartas sobre Avila, en que, bajo su inspirada pluma, reviven los héroes y los santos de aquella augusta ciudad; léase el discurso sobre Elche, hermoso cuadro de la historia de España, visto desde los palmares de aquel afortunado suelo; léanse los artículos en que nos traza las vidas de Roger de Lauria, Colón, Isabel la Católica y otros excelsos personajes de la edad pasada.

Donde más cumplidamente se revelan las peculiares dotes del Marqués para esta clase de trabajos, es en el extenso y erudito informe que escribió por encargo de la Academia de la Historia sobre el códice presentado á la misma con el título de

Crónica del Rey Enrico de Inglaterra; códice que dió á luz aquella Corporación con las ilustraciones del Marqués, y que éste reimprimió luego entre sus obras.

Siguiendo las tradiciones y altos ejemplos de la docta Academia, donde tantos sabios historiógrafos tienen asiento, el Marqués, á quien no arredraban jamás las asperezas del camino, y las dificultades parecían aguzarle el ingenio, dió con su concienzudo informe nueva muestra de competencia y valer en este linaje de empresas.

Compulsando el códice, cuya importancia estaba llamado á apreciar con otros de la misma especie, y examinando preciosos documentos en nuestros archivos y bibliotecas, y trayendo oportunamente á colación antiguas crónicas, ignoradas correspondencias é historias españolas y extranjeras, si no logró fijar exactamente la fecha en que fué escrita la *Crónica del Rey Enrico,* probó, de un modo que no deja lugar á duda, que debió serlo á mediados del siglo XVI, y, por consiguiente, antes que la *Historia del cisma de Inglaterra*, del Padre Rivadeneira; si no llegó á rastrear quién fuese su verdadero autor, convence el ánimo, con sagaces inducciones y claros razonamientos, de que solamente pudo serlo alguno de los aventureros españoles que asistieron con el Duque de Alburquerque al sitio de Bolonia, y pasaron luego á la Gran Bretaña, quedándose allí á sueldo de Enrique VIII y de su sucesor Eduardo VI.

Pero si no le concede la fortuna dar con el verdadero autor, aunque cerca le anda, en cambio, con un inesperado descubrimiento, le otorga una

de aquellas satisfacciones, cuya viveza é intensidad sólo un erudito es capaz de sentir y comprender.

Entre los mercenarios á sueldo de Enrique VIII, halla el Marqués un tal Julián, bizarro tipo de nuestros aventureros del siglo XVI, hombre de temple y brío, pródigo de lo suyo y de lo ajeno, entrampado hasta los ojos, pendenciero al extremo de hacer una excursión al continente, sólo para batirse en duelo con uno de sus paisanos y camaradas; y con todo eso, flojo en la disciplina, y más suelto de lengua de lo que á su posición conviniera, costándole imprudentes palabras, en que motejaba de herejes á sus señores, ser acusado ante el Consejo de Regencia, de cuyo grave apuro, merced á su feliz estrella, logró salir sano y salvo. El tal aventurero, aunque capitán Julián á secas en el manuscrito, desde luego cautiva la atención del Marqués; y estudiando su carácter y circunstancias, y combinando fechas y sucesos, asáltanle vehementes sospechas de que este obscuro soldado, de la misma patria y madera que los Almagro, los Mina, los Morillo y tantos otros del propio jaez, no sea el mismo que el célebre capitán Julián Romero, que toma parte en la batalla de San Quintín el 10 de Agosto de 1557, y que diez años después aparece de Maestre de Campo sirviendo al Rey en Lombardía.

Muñoz Soliva, paisano y biógrafo del capitán Romero, nada sabe de su vida antes de 1554. El Marqués, no obstante sus atinadas inducciones y su convicción moral, no acaba de hallar de un modo irrefragable el lazo que une al mercenario de In-

glaterra y al célebre Capitán y Maestre de Campo. Así que sólo se aventuraba á hacer indicaciones y conjeturas... Pero dejemos hablar aquí al mismo Marqués: «Juzguen ahora los curiosos cuál sería mi alegría, cuando en el códice letra *I*, número 198, al margen del epígrafe del capítulo 59, leí en letra de la época esta anotación: *Desafío y combate de Julián Romero y el capitán Mora.* He aquí con un testigo de mayor excepción, por ser coetáneo, probada la exactitud de mi sospecha.»

Aparte del feliz hallazgo, el trabajo del Marqués es apreciabilísimo por los datos y noticias que reúne sobre los últimos días de la Reina Doña Catalina de Aragón, rectificando ó completando las narraciones de eminentes historiadores. Lo es también por llamar la atención de los doctos sobre un vacío de nuestra historia militar, no teniéndose aún, más que vagas é incompletas noticias sobre aquellas tropas de aventureros españoles que de Flandes pasaban á Inglaterra, como las mesnadas de los *condottieri* italianos, y puestos á sueldo de aquellos reyes tomaban participación en guerras y disensiones, dando siempre gallarda muestra, si no de rigurosa disciplina, de arrogancia, firmeza y valor.

La *Crónica del Rey Enrico* va acompañada de numerosos apéndices que, en junto, valen tanto ó más que el libro que ilustran. Entre ellos los hay tan interesantes como el marcado con la letra *P*, en que el Marqués, teniendo á la vista los nobiliarios y genealogistas españoles é ingleses, compendia la curiosa historia de Lady Willoughby, ó sea Doña María de Salinas, la noble dama que acom-

pañó á Inglaterra á la desgraciada Doña Catalina de Aragón, y fué hasta la muerte de esta Princesa su más fiel y devota amiga.

Del mismo género que el estudio anterior, aunque de fin diverso, y emprendido por encargo de nuestra Academia, de que era entonces el Marqués dignísimo Director, es el titulado *La sepultura de Cervantes*. La Academia, no obstante su convicción moral de que los restos del Príncipe de nuestros escritores yacían enterrados en el convento de las Trinitarias de Madrid, deseosa de tener pruebas que en lo posible confirmasen su creencia, encomendó el hallarlas y reunirlas á quien sabía de antemano que no perdonaría medio de esclarecer el asunto. Y así fué, en efecto. Como el mismo Marqués refiere, las oficinas públicas, el archivo del Ayuntamiento de Madrid, el de Simancas, otros de particulares, las Bibliotecas Nacional y de Palacio, las crónicas, la tradición, la literatura, todo lo puso á contribución, y en verdad que si no logró lo imposible, hallar los restos de Cervantes, dando vueltas al tema de la Academia, produjo un curioso é interesantísimo libro, que bien podríamos llamar de historia anecdótico-literaria de la primera mitad del siglo XVII; libro que, á pesar de hallarse empedrado de citas y de fechas, está todo dispuesto con tal arte y discreción y tan galanamente escrito, que resulta de amenísima y sabrosa lectura.

Si el autor se hubiera ceñido á rectificar el erróneo aserto de D. Martín Fernández de Navarrete, probando (lo que le era fácil, una vez en su poder el precioso *Códice de las vidas de las religiosas*)

que la traslación de la Comunidad á la calle del Humilladero no se verificó hasta el año 1639, no habiendo sido posible, por lo tanto, que Cervantes, fallecido en 1616, fuese enterrado en otro convento de Trinitarias que el que á su muerte existía en Madrid, la opinión de la Academia habría quedado plenamente acreditada; pero el Marqués, que al par de erudito era poeta y artista, dejándose llevar de su temperamento literario y engolfándose en las incidencias del asunto, engrandece el cuadro, y mezclando á los datos que le suministran sus pacientes exploraciones los vivos colores de su privilegiada fantasía, hace desfilar á nuestra vista los más conspicuos personajes de aquella edad: Felipe III, el Duque de Lerma, su tío el Arzobispo de Toledo, el *Gran Conde de Lemos*, protector de Cervantes; el Conde de Saldaña, que tenía en su aposento academia de poesía; el Marqués de la Laguna; la segunda mujer de éste, Doña María de Villena y Melo; el Duque de Sesa, el Marqués de Povar, la Marquesa de Tela, el Fénix de los ingenios, Calderón; el P. Hortensio Paravicino y cien personas más, todas relacionadas por algún modo con el humilde convento de la calle de Cantarranas y la sepultura de Cervantes.

El Marqués, con su pintoresco estilo, nos describe el obscuro y olvidado entierro del manco de Lepanto, cuyo féretro trajeron en hombros al sagrado recinto cuatro hermanos de la Orden Tercera, á que el finado pertenecía. «Estaba—dice—amortajado con el sayal de San Francisco; no llevaba cruzadas las manos; con la diestra empuñaba una cruz, á guisa de espada.» Luego pasa á

considerar la diferencia y contraste entre aquellos pobres funerales y los fastuosos é inusitados que el pueblo, el clero y las Ordenes monásticas tributaron al Fénix de los ingenios, ante cuyo túmulo,

«cifra hermosa del arte en rasgos de oro,»

ofrecieron el Santo Sacrificio tres Obispos, y cuyas alabanzas pregonaron desde el púlpito los más célebres predicadores. Tiene razón el Marqués: aquello fué un triunfo más que un entierro. Lo cual no quita para que la misma dolorosa miseria encerrasen ambos féretros.

Confieso que de todo el libro, lo más interesante para mí es la hija de Lope, Sor Marcela de San Félix, que, dechado de gentileza y discreción, amor y encanto de su padre, y halagada por los esplendores del mundo, á los diez y seis años, sin haber sufrido penalidad ni probado amargura, por mera vocación, corre á sepultarse en un convento; y luego en la soledad del claustro, digna hija del Fénix de los ingenios y émula de la Doctora de Avila, describe en fáciles é inspirados versos sus deliquios y arrobamientos, y compone romances, como el de *La soledad de las celdas*, en que hallamos esta sencillez y elevación de conceptos:

«En la celda se evaporan
las nubes grandes y opacas,
y el alma llena de luz
toda la verdad abraza.
En la soledad se vencen
las pasiones mal domadas,

los sentidos se componen,
los apetitos se matan.

....

Que la celda material
ha de servir como caja,
que guarde la interna celda
donde el esposo descansa.»

Imperdonable sería, tratando de los estudios de historia crítica y literaria del Marqués, pasar en silencio el prólogo, mejor dicho, el libro con que ilustró la notable versión al castellano de la *Divina Comedia*, hecha en igual clase y número de versos (verdadera obra de benedictino), por nuestro digno Director, el señor Conde de Cheste. El tema se prestaba, sin duda, y el filósofo, el católico, el poeta, el artista, el erudito, el apasionado admirador del vate florentino, hallaba vasto campo en que explayarse, al tratar del grandioso poema que encierra y resume en sí uno de los más interesantes períodos de la historia de la humanidad. Cierto que se ha escrito mucho sobre él, y que desde Boccaccio á Lamennais es ya larga la lista de intérpretes y comentadores que se han propuesto explicar su sentido literal ó el esotérico, así como el propósito del autor y las tendencias del libro; pero esto no amengua el valor de la obra del Marqués, que con excelente método y sana crítica ha recogido lo mejor de lo que otros han dicho, y aun puesto de su propia cosecha, si no en los datos y noticias, en la parte dialéctica y doctrinal de su trabajo.

Tomando el asunto en grande, y tratándolo de una manera general y comprensiva, el Marqués, en su animado estilo, nos refiere el estado político y

social de la Península itálica desde el nacimiento del Dante en 1265, hasta su muerte en 1321, proscripto y desgraciado, lejos de su ingrata patria.

Para los que no quieran meterse en honduras, ni tengan tiempo de consultar los comentadores del Dante (que será la mayor parte de los lectores), el estudio del Marqués es verdaderamente útil; pues en cuanto lo hayan leído, se hallarán con la debida preparación para aventurarse entre las sinuosidades del poema, sin verse obligados á recurrir á cada paso á las notas ó á algún diccionario enciclopédico. La dilucidación que hace el Marqués de la parte intrínseca de la obra, es á saber, de su espíritu, de su tendencia, de su doctrina teológica y política, no puede ser más acertada para guiar y precaver al lector desprevenido. La *Divina Comedia*, por su misma índole universal y simbólica, por algunos errores históricos en que incurrió el autor, y hasta por sus audacias y desahogos apasionados contra los Papas Nicolás III, Bonifacio VII y Clemente V, que ocuparon la Sede Romana en vida del poeta, ha sido un arsenal de donde han solido sacar armas, tanto los enemigos como los defensores del Pontificado; no habiendo faltado, entre aquéllos, quienes hayan querido convertir á Dante en heresiarca. Este punto importantísimo de historia religiosa, política y literaria, que se enlaza á tan arduos problemas, planteados y no resueltos aún desde el tiempo del vate florentino, está ampliamente tratado por el Marqués; el cual, católico tan fervoroso como amante de la libertad y apasionado del poeta, defiende con poderosos argumentos, y cubriéndose

con excelsas autoridades, que en la parte teológica del poema nada hay contrario al dogma cristiano; y asimismo prueba, con los propios versos del Dante, su respeto y veneración á la Santa Sede, á pesar de los resentimientos del gibelino:

«Avete 'l vecchio e 'l nuovo Testamento
E'l Pastor de la Chiesa che vi guida:
Questo vi basti á vostro salvamento.»

El Marqués combate, naturalmente, los juicios de Rosseti, Foscolo y Lamennais sobre el Dante; lo cual no significa que fuese enemigo de la libertad de Italia: la quería como la quisieron César Cantú, Manzoni, Gioberti, Azeglio y otros insignes católicos, no creyéndola incompatible con la Santa Sede. Desgraciadamente el problema está todavía por resolver. Los güelfos y gibelinos de la presente edad no parecen más dispuestos á concertarse y avenirse, que los del tiempo del Dante.

Otro escrito notable del Marqués, que citaré solamente, es el informe que redactó por encargo de la Academia, y ésta trasladó luego al Ministerio de Fomento que lo había pedido, sobre las Cartas de Sor María de Agreda, elegantemente impresas, y precedidas de un *Bosquejo histórico*, magnífico estudio de nuestro ilustre compañero D. Francisco Silvela acerca de tan interesante epistolario.

Fué, por último, obra postrera del Marqués de Molíns, la extensa biografía del insigne autor de la *Marcela* y de *El pelo de la dehesa*, D. Manuel Bretón de los Herreros. La Academia le encargó que escribiese el elogio del que por tantos años

había sido celosísimo Secretario de la Corporación, y el Marqués, siguiendo, como en otras ocasiones, la natural tendencia de su espíritu, en vez de un discurso escribió un libro de 560 páginas. No le censuro por ello, antes le aplaudo por haber reunido tan preciosos datos y tan curiosas noticias sobre la vida y escritos del fecundo autor, que dió tanto brillo á la escena española.

Pocos habrá, como el Marqués, que tanto hayan sobresalido en la elocuencia académica, donde obtuvo verdaderos triunfos. Poseía como nadie el arte de componer discretos y elegantes discursos, y sabía además leerlos en público con gran lucimiento y expresión.

Nada más bullicioso y animado que cualquiera de las Academias, el día en que el Marqués debía pronunciar una de esas elocuentes y amenísimas oraciones, que tan merecida fama le conquistaron. El salón de actos venía estrecho al brillante concurso que en él se apiñaba. Las damas de la aristocracia, los hombres públicos de más nota, Prelados de la Iglesia, diplomáticos extranjeros, los más conspicuos representantes de las letras y de las artes, poetas, actores, periodistas, todo lo que Madrid encierra de más noble, ilustrado y distinguido, acudía á admirar la agudeza de ingenio, el variado saber y las galas en el decir del ilustre Académico.

El estilo elevado y un tanto solemne con que suele empezar sus discursos, fija desde luego la atención; pero no haya miedo que el orador, obstinándose demasiado en la misma nota, acabe por

cansar y adormecer al auditorio: con arte sumo recorre todos los tonos, y tan conocedor del corazón humano, como de los recursos y primores de la lengua, sin violencia ni esfuerzo pasa de lo grave y levantado á lo sencillo y natural, de lo serio á lo humorístico, de lo sentencioso ó doctrinal á lo anecdótico y ligero. La imagen, el símil, la figura, brotan como espontáneas flores de su pluma meridional. Para el Marqués, ya lo he dicho, no hay tema pequeño, y al más leve estímulo su impresionable imaginación se enardece y vuela en todas direcciones. Nadie como él para descubrir analogías y coincidencias entre cosas opuestas y discordantes, y con frecuencia se complace en paralelismos y comparaciones, que, aun no siendo de rigurosa exactitud, deleitan por la novedad y el ingenio. He aquí un bello ejemplo de este peculiar estilo. El Marqués describe en una carta las catacumbas de Roma. «No sólo no hay cruces—dice,—pero ni aun siquiera flores: como estamos debajo de tierra, no hay más que semillas. La Providencia, que sacó de estos arenarios ladrillos para fundar la Roma pagana, puso aquí también la verdad para edificar la Roma cristiana.»

Su posición social, la autoridad de su nombre, su benevolencia característica y sus múltiples relaciones con escritores y artistas, fueron causa de que muchos de ellos, al tomar asiento en las Academias, por afecto los unos, por estimación los otros, todos por acrecentar lo solemne y lucido del acto, solicitaron la honra de ser recibidos por el egregio prócer. De aquí el considerable número de discursos sobre tan diversas materias por él

pronunciados; algunos de verdadera importancia, amenísimos y discretos todos, y modelos de dicción elegante y castiza.

Hasta aquí el vasto cuadro de sus obras y las prendas del escritor. En cuanto al hombre, la mayor parte de los que me escucháis tuvísteis el gusto de tratarle, y no habréis seguramente olvidado sus finos modales, su afable sonrisa, su porte señoril. Por su tipo meridional y expresivo semblante, bien se advertía que el sol ardiente de las comarcas del Júcar había reverberado en su dorada cuna.

El hábito de Calatrava sentaba mejor al aire de su persona que el bordado uniforme; y al notarle en los Divinos Oficios, entre otros caballeros, grave la faz y tendido el manto sobre los hombros, parecíame estar viendo, mezcla de monje y guerrero, á algún antiguo Prior de la ínclita Orden.

Era su complexión sana y robusta, y al hallarle, pocos meses antes de su inesperado fallecimiento, en el Senado, en las Academias, en los saraos, que no dejó nunca de frecuentar, nadie hubiera creído, á pesar de su ancianidad, que de tan cerca le rondara la muerte.

En sus últimos tiempos solía quejarse en sus escritos de amarguras y desengaños. ¿Quién no los tiene en la vida? Pero ¡cuán pocos que hayan sido tan halagados de la fortuna! Salud, altos dones del espíritu, felicidad doméstica, encumbrados honores, merecidos aplausos, todo lo que se llama dicha en la tierra lo alcanzó el Marqués. Es verdad que allá por los años de 1854, merced á las vicisitudes políticas, se vió obligado á emigrar, via-

jando entonces por Italia en la grata compañía de su digna consorte, y estableciéndose luego por algún tiempo en París. Pero ese azar de su vida pública fué, sin duda, bastante dulcificado por la simpática y obsequiosa acogida que halló en todas partes, y también debió de serlo por el derecho que adquirió á quejarse en sentidas y elegantes epístolas, en prosa y verso, que realzaron el brillo de su gloria literaria.

Tal fué el hombre esclarecido que durante cincuenta y ocho años ostentó como el más valioso de sus títulos el de Académico de la Española, cuyas tareas presidió, como dignísimo Director, más de dos lustros. Los eruditos informes y elocuentes discursos con que aumentó el tesoro literario de que la Academia se ufana, siempre serán relevante prueba de ingenio, patriotismo y acendrado amor á las letras españolas.

Madrid, 10 Julio 1902.

APÉNDICE

Datos para la biografía del primer Marqués de Molíns.

Años.

1812.—Agosto 17. Nació en Albacete, de D. Luis Manuel Roca de Togores, segundo Conde de Pinohermoso, y de Doña María Francisca Carrasco, Condesa de Villaleal.

1833.—Abril 10. Casó con su prima tercera Doña María Teresa Roca de Togores, señora de Asprillas.

1836.—Noviembre 17. Toma posesión de su plaza de Académico de la Real Española. Tema de su discurso: «Las edades del antiguo teatro español.»

1837.—Febrero 15. Nace su hijo Luis (primer Marqués de Asprillas desde 1879). Diputado suplente, electo por Albacete, para las legislaturas de 37 á 39.

1840.—Diputado á Cortes por Murcia. Secretario del Congreso.

1841.—Presidente del Liceo, desde cuyo puesto

cooperó á trasladar los restos de Calderón.

1842.—Enero 22. Viudo.

1843.—Diputado por Murcia, en la segunda legislatura. Secretario.

1844.—Diputado suplente por Murcia y admitido por Alicante. Sostiene la acusación contra Olózaga.

46 á 50.—Diputado por el distrito de Santa María (Murcia). Vicepresidente del Congreso.

1847.—Noviembre 17. Gentilhombre de Cámara.

1847.—Diciembre 4. Ministro de Marina, hasta 19 Octubre 49.

1848.—Septiembre 15. Marqués de Molíns. Ministro interino de la Gobernación.

1849.—Mayo 10. Se casa en segundas nupcias con Doña María del Carmen Aguirre Solarte.

1849.—Septiembre 2 á 30. Ministro de la Guerra interino.

1849.—Diciembre 10. Gran Cruz y Collar de Carlos III.

1850.—Diputado por Elche (Alicante) y Ferrol (Coruña).

1853.—Diputado por La Joyosa y Elche (Alicante) y el Ferrol, cuya representación aceptó.

1853.—Septiembre 30. Ministro de Marina, hasta 17 Julio 54.

1853.—Diciembre 3. Jura el cargo de Senador.

1857.—Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando.

1858.—Noviembre 29. Electo de la Real Academia de Ciencias morales y políticas.

1859.—Octubre 6. Electo Censor de la Real Academia Española.

1863.—Mayo 12. Grande de España.
1864.—Ministro plenipotenciario en Londres.
1865.—Junio 27. Elegido Director interino de la Real Academia Española.
1866.—Diciembre 6. Director, en propiedad, de la Academia Española. Reelegido el 69 y el 72.
1869.—Junio 27. Toma posesión de la plaza de Académico de la Historia (medalla número 31). Tema de su discurso: «Antigüedades de Elche.»
1874.—Diciembre 31. Ministro de Marina en el Ministerio Regencia, á 12 Septiembre de 1875.
1875.—Enero 12. Caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro. Embajador en París, hasta Febrero de 1881.
1876.—Diciembre 19. Jura el cargo de Senador electivo por Albacete.
1878.—Enero 17. Jura el cargo de Senador vitalicio.
1879.—Marzo 10. Ministro de Estado hasta 16 de Mayo. Embajador en París hasta Febrero de 1881.
1888.—Embajador cerca de la Santa Sede.
1889.—Septiembre 4. Fallece en Lequeitio (Vizcaya).

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

DEL EXCMO. SEÑOR

CONDE DE CASA-GALINDO

Excma. Sra. Condesa Viuda de Casa-Galindo, Marquesa de Cuba.

Señora mía, muy respetada y querida: Era grande el afecto que yo profesaba á nuestro inolvidable Andrés; y que él me correspondía con sincera cordialidad, bien lo probó cuando, el último día de su existencia, al despedirse con la serenidad del justo de las personas que rodeaban su lecho, profiriendo una palabra de cariño para cada uno de los que amaba, se acordó de su «querido Enrique, Duque de Rivas,» el cual, de haberse hallado presente, le habría bañado las manos con lágrimas de dolor y de gratitud.

Teniendo usted sin duda en cuenta los fraternales lazos que unían nuestras almas, me invita á

escribir su necrología, para que, á manera de prólogo, vaya al frente de la colección de sus discursos, que ha reunido usted con piadoso desvelo, y va á publicar como un tributo de fe y amor á su llorado esposo.

¿Cómo no aceptar por mi parte tan honroso encargo, y tan en armonía con mis propios sentimientos? Usted sabe, y los que nos conocieron á Andrés y á mí en nuestra adolescencia no ignoran, que éramos compañeros de Universidad y amigos inseparables; pero sólo yo sé el influjo que ejercieron en mi espíritu aquella índole moral tan luminosa, aquella fe cristiana tan honda é intensa, y la lectura que juntos hacíamos de los escritores católicos de más nota, españoles y extranjeros.

Después de aquellos años, los más gratos de mi vida, nos separamos, al fin, llevándonos el destino por diferentes rumbos. Pero ni él ni yo éramos de carácter superficial y ligero: aquellos vínculos de la primera edad no podían romperse, y cuando las vicisitudes de la existencia ó los vaivenes de la política volvían á juntarnos, como cuando fuimos diputados el año de 1857, desde luego nos poníamos en el mismo pie de cordial amistad en que habíamos estado en la primavera de la vida, como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Ambos estábamos afiliados al partido moderado. Aunque yo no rayase como él en ciencia y en virtudes, nuestras ideas eran las mismas. Nos sentábamos en el mismo banco en el Congreso, y casi en los mismos días nos estrenamos en los debates políticos: él, sosteniendo con la elocuencia de que

Dios le había dotado una enmienda al proyecto de ley de Instrucción pública; yo, defendiendo la reforma constitucional presentada por aquel Gobierno á las Cortes.

Pero al remitirme los datos que había pedido á usted para cumplir á conciencia mi cometido, me envía con ellos una preciosa biografía de su esposo, escrita por usted misma, con tal sencillez de expresión y sentimientos tan nobles y delicados, que yo ciertamente nada podría hacer que la superase.

El relato de usted, en mi sentir, no tiene desperdicio, y debe publicarlo íntegro, después de las breves páginas en que, sin entrar en pormenores, me propongo esbozar la semblanza de aquel noble y cariñoso amigo, espejo de caballeros cristianos.

Sirva de prólogo mi modesta prosa, y venga luego la necrología escrita por su inconsolable viuda, cuyas sentidas frases suenan á veces á suspiros y parecen escritas con lágrimas.

El D. de R.

En Sevilla, cuna en todos tiempos de insignes varones, nació, en Octubre de 1827, D. Andrés Lasso de la Vega y Quintanilla, siendo sus padres D. Miguel Lasso de la Vega y Madariaga y Doña Carmen de Quintanilla y Melgarejo, Marqueses de las Torres de la Pressa, Condes de Casa-Galindo, ambos de clara nobleza andaluza, y en cuyas familias se perpetuaban, de padres á hijos, el ardor religioso y el culto del honor y de la patria.

Dignísimos representantes de esos linajes que datan de la reconquista, adquirieron nuevos timbres en las guerras de Flandes y de Italia, y en la de Sucesión, sosteniendo los derechos de Felipe V.

En tiempos más próximos, un Conde de Casa-Galindo murió bizarramente en el Rosellón, al frente de su regimiento, en acción de guerra contra la República francesa; y casi en nuestros días, cuando las huestes de Napoleón invadieron la Península, el mismo D. Miguel, padre de nuestro D. Andrés, cediendo á la voz del patriotismo y arriesgando sus intereses, su porvenir y hasta la paz de su familia, marchó á la guerra en calidad de Capitán abanderado de un batallón de voluntarios reclutado en Sevilla; y se halló en la famosa batalla de Bailén como ayudante del General Castaños, retirándose luego á sus tierras, satisfecho de haber cumplido con lo que estimó su deber, y sin más honores que la medalla conmemorativa de aquel glorioso triunfo, única condecoración que en su larga vida colocó sobre su pecho.

De los varios hijos que tuvo, pasó á D. Andrés el título de Conde de Casa-Galindo, y al mayor, D. José, el marquesado de las Torres de la Pressa, que, por su fallecimiento, fué luego también á D. Andrés, el cual lo cedió en D. Miguel, el menor de los hermanos.

Desde los albores de la razón empezó D. Andrés á dar muestras de su claro entendimiento y de la tendencia mística de su espíritu. A la manera que otros chicos se ponen roses y cartucheras de cartón, y con sables y fusiles de juguete se di-

vierten en hacer el ejercicio como los soldados, el niño Andrés se complacía en que lo vistiesen de clérigo; y era su mayor gusto erigir y adornar altaritos con pequeñas imágenes y otros diminutos objetos del culto, gozándose en imitar las ceremonias religiosas. Afición que creció con la edad, hasta el punto de reunir en el oratorio de su casa á la numerosa servidumbre, y, revestido de las prendas de rúbrica, decir misas y dirigir al auditorio, que oía con admiración á aquel muchacho, pláticas y sermones.

Hubo un momento en que sus padres le creyeron movido por una verdadera vocación y predestinado al sacerdocio. Con ese fin empezó sus estudios, y, ordenado de menores, usaba hábitos y asistía á coro en su parroquia, como adscrito á la misma.

Pero el niño fué mozo; miró la vida por el mágico prisma de la juventud, y sintiendo latir, tal vez, con mayor viveza que antes su corazón, sin que por ello se amortiguase en lo más mínimo su fe religiosa, vino á cuentas consigo mismo, y no creyó, en su humildad, poseer en sí todas las condiciones que eran en su concepto necesarias para constituir el perfecto sacerdote.

Los estudios comenzados le sirvieron para la carrera de Leyes, que emprendió y siguió con gran aplicación y aprovechamiento, siendo modelo de estudiantes; querido de los compañeros y muy estimado de los catedráticos, que en exámenes y grados le calificaban siempre con las mejores notas.

Habíase fundado por aquella época la Academia

de Jurisprudencia sevillana, á la cual pertenecíamos la mayor parte de los escolares que cursábamos el Derecho. En ella se dió á conocer el joven Andrés Lasso como polemista elocuente, terciando en las discusiones que sobre temas jurídicos se promovían en aquella liza, donde los letrados en ciernes hacían sus primeras armas.

Obtenida la licenciatura en la Universidad de Sevilla, pasó á la de Madrid, donde tomó la borla de Doctor en Mayo de 1853.

El discurso que leyó con este motivo, digno de la solemnidad del acto, y sobre un tema muy á propósito para la razonada exposición de sus ideales de creyente y erudito, fué como la síntesis de sus meditaciones y estudios. «De las relaciones entre la Iglesia y el Estado» era su título, y llama la atención la amplitud de miras que en él se advierte. Al determinar su autor las esferas en que se mueven las dos potestades, reconoce la autoridad é independencia que al poder civil corresponde, si bien cree que, en la inteligencia y armonía de ambas, estriban la paz social y el bien de los pueblos. El fin del Estado es la práctica de la justicia; el de la Iglesia la santificación de las almas. El cristianismo vino á dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Grecia y Roma no llegaron á imaginar que una era la potestad de Dios y otra la del hombre en la tierra. Además del desarrollo de estas ideas, es notable la elevación filosófica con que explica los conceptos de derecho, ley y justicia.

Si en esta elegante disertación demostró su competencia jurídica, en la bella arenga con que

dió gracias al Claustro, recibida la investidura, probó que, entre otros eximios dones, Dios le había concedido el de la elocuencia. No me ciega el afecto que le tuve: aquella oración—que hallará el lector en este libro—es un modelo en su género. La parte que en ella dedica al recuerdo de los comienzos de su carrera en la Universidad de Sevilla, trazando el cuadro de su artística iglesia, con sus históricos sepulcros y admirables pinturas, y evocando á los sabios profesores que guiaron sus primeros pasos, «Maestre el latino, Mármol el filósofo y Lista el enciclopédico, cuya mente abarcaba en extenso conjunto los conocimientos humanos,» es verdaderamente hermosa, y, al par que erudición y cultura, revela exquisita sensibilidad y poética fantasía.

Si el joven Lasso de la Vega hubiera tenido que abrirse paso en el mundo, ó sentido en su pecho el acicate de la ambición, con aquella calorosa y persuasiva palabra, ¡cuán fácil le hubiera sido encumbrarse á los más altos puestos!

Del mismo género que el discurso de que hemos hablado, es el que pronunció al apadrinar á su amigo D. Mariano Pardo de Figueroa—célebre después en el campo de las letras con el seudónimo de El Doctor Thebussem—en el acto de recibir también la investidura del doctorado en Jurisprudencia. Toda la oración está llena de movimiento y de felices rasgos. Después de hablar al Claustro, dirígese con viveza á su apadrinado, y le dice: «Los recuerdos de lo pasado son ejemplos para lo presente y esperanza para el porvenir... Ellos te dirán que ha habido siglos en que la hu-

manidad, tranquila y serena, dominada por una gran idea, eminentemente civilizadora porque era divina, navegaba con rumbo cierto hacia puerto de bonanza. Ellos te dirán que la enseñanza de la verdad brotaba en copiosos raudales de los labios de Anselmo de Cantorbery, Alberto el Grande y Tomás de Aquino, bien que, no descubierta aún la imprenta, no pudiese el periodismo propinar á cada instante, en proporciones homeopáticas, la ciencia.»

Como lo demuestran esos discursos, y casi todos los que pronunció en su vida, pocas personalidades habrá habido tan consecuentes consigo propias. Verdadero creyente y monárquico convencido, era al mismo tiempo sincero amante de las franquicias del pueblo, naturalmente á la manera cristiana, como lo era Pío IX antes que los excesos de la revolución le obligasen, no á abjurar de sus ideas, sino á retroceder en el camino emprendido. Los grandes pensadores católicos, con cuyas obras estaba familiarizado, le habían persuadido de que la libertad, la ciencia y la religión no estaban reñidas. Era Lasso, tan satisfecho de sus timbres nobiliarios, verdadero demócrata cristiano. En la vida de Jesucristo y en su Evangelio hallaba los verdaderos principios de la igualdad y fraternidad humanas, sin tener que apelar á la revolución francesa para conocer los derechos del hombre, que diez y ocho siglos antes había proclamado el Salvador, muriendo, no matando, para redimir al género humano.

Imbuído de verdadero espíritu de caridad, sus ideas y acciones iban por el mismo sendero. Con-

sagrado al bien de sus semejantes, era el vivo ejemplo de su doctrina. Miraba á los humildes como á hermanos. Cuando alguno de sus fieles criados se le ponía enfermo, veíasele á menudo acercarse á su lecho, y cuidarlo con el mismo interés que á persona de su propia familia. Un amado condiscípulo que había abrazado los errores de la masonería, cayó postrado con mortal dolencia. Acude el Conde á la cabecera del amigo enfermo, lo auxilia, lo conforta; logra que, penitente y contrito, vuelva al gremio de la Iglesia, y luego que fallece, recibidos los Santos Sacramentos, acompaña al cadáver hasta la última morada. Para el incrédulo todo esto vale poco; para el creyente, Casa-Galindo había salvado un alma.

Durante los aciagos días de la República, y cuando más se afanaba con sus amigos políticos en los trabajos de la Restauración, un sacerdote carlista predicó en Sevilla un sermón en que injusta y duramente le agraviaba. No ciertamente por esas ofensas, sino por haber, desde el púlpito, atacado la forma de gobierno que entonces prevalecía, lo llevaron á la cárcel. Al saber la prisión del sacerdote, fué Lasso de la Vega á visitar al Gobernador, á quien no conocía, y pagando injurias con favores, alcanzó á fuerza de súplicas la libertad del presbítero, acompañándolo luego desde la prisión á su domicilio.

Pasaba largas temporadas en su hacienda de Talhara en continuo roce con los campesinos, realizando, en compañía de su digna esposa, todo el bien que estaba á su alcance. En su noble corazón hallaban simpatía y piedad todos los infortunios;

y bien probó su desinterés y espíritu cristiano cuando, después de roturar unas tierras y beneficiarlas con adecuados plantíos, las repartió gratis entre humildes braceros, labrando la felicidad de aquella pobre gente.

Pero lo que honra más sus sentimientos benéficos, y prueba que su virtud corría parejas con su previsión y su cultura, es el hecho, verdaderamente laudable, de haber llevado á Carmona á las Hermanas de la Cruz para que visitaran y socorrieran á los pobres y educaran á sus hijas, dándoles casa arreglada y señalándoles una renta. También, como albacea de la Sra. Doña Dolores Quintanilla, llevó á dicha ciudad á los religiosos Salesianos, y fundó la escuela dirigida por ellos para moralizar y educar á niños pobres, ó abandonados por sus familias.

Hacía el bien porque estaba en su naturaleza: ni le impulsaba la ambición, ni buscaba el aplauso. No llevaba otra mira que cumplir sus deberes de patriota y de cristiano.

El año 56, después de las tormentas políticas del bienio, ó sea de los dos años transcurridos desde la revolución, habiendo vuelto á preponderar las ideas conservadoras, y siendo Ministro de la Gobernación D. Antonio Ríos y Rosas, trató éste de dignificar la clase de Gobernadores civiles, entonces, como ahora, bastante desacreditada, y se propuso nombrar para tan importante cargo á personas de familias distinguidas y de posición independiente. Reuniendo estas circunstancias, y gozando además de excelente fama el joven Lasso de la Vega, fuéle conferido el gobierno civil de la

provincia de Gerona, que aceptó de buen grado, sin otro anhelo que emplearse en servicio de la patria.

En aquel puesto, como en otros que desempeñó después, dió relevantes pruebas de prudencia, desinterés y ardoroso celo en promover el bien público.

El año 57 vino por primera vez á las Cortes, representando el distrito de Écija. Precedíale su buen nombre, viendo todos en él un joven de gran porvenir. Había ensayado su oratoria en exposiciones y certámenes, y en salas de academia, ¡tan distintas de la tribuna parlamentaria! Los que como yo le conocían á fondo, no ignoraban que podía brillar igualmente en todos los teatros de la elocuencia.

En efecto: se estrenó presentando y defendiendo una enmienda al proyecto de ley de Instrucción pública, donde se reveló brioso polemista; y al mismo tiempo que hacía alarde de defender la libertad, mientras ésta no se torciera por derroteros impíos y antisociales, sostuvo, con honda convicción y gran conocimiento de la historia y la filosofía, los derechos de la Iglesia para intervenir en la enseñanza, y defendió al Clero de la tacha de ignorante. «Es menester—decía—combatir el escepticismo y la utopia; y lo único que sirve para combatirlos es aquello, á un mismo tiempo teórico y práctico, que, siendo verdad, lleva diez y nueve siglos de vida, y tiene de porvenir cuanto haya de siglos en el mundo.»

El discurso cautivó la atención de la Cámara, y diputados y público formaron alto concepto del

joven representante del distrito de Ecija. Este discurso es una prueba más de la índole de su autor. Cualquiera que sea la posición que ocupe, ó el momento en que deba producirse, siempre es la misma persona: el creyente, el patriota, el artista; el hombre que se anega en el puro, luminoso ambiente de la civilización cristiana, fuera de la cual no ve más que tinieblas y errores.

Al par que se distinguía como político, figurando en la parte menos avanzada del moderantismo, por su posición independiente, su prestigio personal y su fama de buen gusto y vasta cultura, fué nombrado Presidente de la Academia de Bellas Artes de la metrópoli andaluza. Largos años desempeñó tan honroso cargo. Su inteligente dirección fué verdaderamente fructífera para el noble instituto. Él ordenó y mejoró notablemente el salón llamado de Murillo; él aumentó las clases, creando la de dibujo para mujeres; él llevó el gas para los estudios de noche, y, siempre generoso y desprendido, cuando las pagas se atrasaban, lo que alguna vez ocuría, de su propio peculio las adelantaba á los empleados. Además compraba cuadros á los artistas pobres, para alentarlos en su honrosa profesión. Ocioso es decir que en tan elevado puesto, aunque no las buscase, en certámenes y adjudicaciones de premios, halló ocasiones de lucir sus conocimientos artísticos y elegante palabra.

En el año 62 contrajo matrimonio con la señorita Doña María Blanca Fernández de Córdoba, hija de los Duques de Arión, Marqueses de Malpica, uno de los linajes más altos de España. Esta

dama, tan noble y distinguida como discreta y virtuosa, fué su digna é inseparable compañera, y juntos caminaron por este valle de lágrimas, sembrando el bien y cosechando bendiciones.

La Reina Isabel II hizo merced á Doña Blanca del título de Marqués de Cuba, y Lasso ostentó desde el 64 el de Conde de Casa-Galindo, perteneciente á su noble estirpe. Más tarde, en el 75, D. Alfonso XII, para galardonar sus merecimientos, le concedió la Grandeza.

Al estallar la revolución de Septiembre de 1868, se retiró á Sevilla, donde, con celo y patriótico ardor, secundó los trabajos del insigne Cánovas para restaurar el trono en la persona del augusto hijo de Doña Isabel. Sus relaciones políticas y amistosas con aquel hombre público, y su adhesión á la dinastía caída, que no ocultaba, le hicieron sospechoso á las autoridades revolucionarias, y vigilado por ellas y molestado constantemente, acabaron por prenderle y encerrarlo en la cárcel del *Pópulo*.

No fué larga su reclusión; y en ella le sorprendió la noticia del movimiento de Sagunto, en que fué proclamado Rey D. Alfonso XII.

El Conde de Casa-Galindo salió de la mansión de los criminales para encargarse poco después del Gobierno de la provincia. Y siempre el mismo, con aquella lógica en el sentir y aquella constante armonía entre el pensamiento y la acción, una de sus primeras medidas, al tomar posesión del mando, fué devolver al Cabildo Catedral la Biblioteca Colombina, de que arbitrariamente había sido despojado, y á las religiosas dominicas de

Santa María la Real y á las carmelitas de Santa Ana sus conventos é iglesias, no obstante haberse instalado en ellas las oficinas del Estado.

Su administración se distinguió por la justicia y rectitud con que siempre procedía.

Á fuerza de tacto, prudencia y habilidad, y sin salirse de los medios legales, logró reorganizar el partido conservador, desunido y disperso, prestando así un gran servicio á la causa del orden y de la monarquía. Y al cesar en el Gobierno, á ruegos del mismo Cánovas, que tenía depositada en él toda su confianza, quedóse de Jefe del partido en la provincia.

Antes de la revolución había ya sido Senador, y volvió á serlo electivo en las primeras Cortes de la Restauración, que votaron el Código político del 76. Sólo en un punto discrepó el Conde de su amigo, y acaso fué la única diferencia que lo separó en política del ilustre estadista á quien tanto consideraba. Cánovas no pudo convencerlo; y con aquella valentía moral con que profesaba sus opiniones, se puso al lado de los Obispos, y con ellos votó en contra del famoso artículo 11, en que se consigna la tolerancia religiosa. Y aún fué más allá. Era Secretario del Senado, y no quiso ir con la Mesa del alto Cuerpo á llevar el nuevo código á la sanción del Monarca, sosteniendo hasta el fin su actitud de protesta. En su alma de creyente la religión era la suprema verdad y el supremo bien; ¿cómo había él de pactar con su conciencia? Promulgada la Constitución, la más perfecta armonía volvió á reinar entre Cánovas y Casa-Galindo.

En las Cortes que luego vinieron, reuniendo el

Conde en su persona las condiciones que el nuevo Código exigía, figuró como Senador por derecho propio.

Ya en adelante habló en público pocas veces. Como antes he dicho, carecía de ambición. Su único anhelo era cumplir sus deberes de patriota y de cristiano. De haberlo deseado, ¡qué fácil le hubiera sido llegar á Consejero de la Corona!

De los varios discursos pronunciados en la alta Cámara en 1880 y 81, todos elocuentes, sin duda el de más empeño fué el que tuvo por objeto defender una proposición, presentada por varios Senadores, pidiendo á la Cámara que declarase la conveniencia de la continuación del Ministerio conservador, para el afianzamiento de las instituciones y la prosperidad del país. Naturalmente, para comprender la importancia política de esta oración, hay que recordar las circunstancias en que se produjo, y tener en cuenta la debilidad que empezaba á sentir el Gobierno ante los redoblados esfuerzos y los trabajos de zapa del partido liberal para derrocarlo, lo que no tardó mucho en conseguir.

Aunque de vez en cuando pasase alguna temporada en la Corte, habitualmente residía el Conde en Sevilla, ó en Carmona, ó en su magnífica posesión de Talhara, dedicado á la agricultura, cuyos trabajos compartía con los quehaceres de su jefatura del partido conservador (ó liberal-conservador, como entonces se le llamaba) dentro de la provincia.

A causa de esta elevada posición política, y ser además por su nombre y su riqueza tan importan-

te personaje en la metrópoli andaluza, donde habitaba una casa con honores de palacio, veíase obligado á honrar y festejar á los prohombres del partido, cuando las eventualidades de la política, ó sus particulares intereses, los llevaban á la hermosa ciudad del Betis.

En tales ocasiones los conservadores de más fuste, con Casa-Galindo á la cabeza, solían ofrecer al ilustre huésped un gran banquete, lo que daba lugar, al hervir el champagne en las copas, á las arengas de rúbrica.

De estas aparatosas fiestas políticas, que se celebraban por lo común públicamente en el teatro de San Fernando ó en el magnífico edificio de la Lonja, son particularmente memorables, por los discursos que en ellas se pronunciaron, la de 24 de Noviembre de 1880 en honor de D. Francisco Romero Robledo, Ministro entonces de la Gobernación; la de 8 de Abril de 1888, ofrecida á Don Francisco Silvela, y, sobre todas, la de 1.° de Marzo de 1887, celebrada en rendimiento y obsequio al jefe supremo del bando conservador, el insigne Cánovas del Castillo.

En todas ellas el Conde hizo gala de ingenio, discreción y de conocimiento de los intereses del país, y en particular de la provincia de Sevilla; pero en ninguna rayó tan alto como en la última mencionada. Cánovas dijo textualmente al contestarle: «La elocuencia no puede llegar más allá que en el discurso del Conde de Casa-Galindo.»

Además de esas preciadas flores de la oratoria, que, á pesar de los rigores del tiempo, aún conservan vago aroma para los deudos y los amigos,

hallará el lector en este interesante libro, que bien pudiera llevar por rótulo *Elocuencia y fe cristiana*, la patriótica oración que pronunció al posesionarse del cargo de Teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla; la expresiva felicitación que, á nombre de dicho Real Cuerpo, dirigió á la Majestad de D. Alfonso XII por la terminación de la guerra; el discurso de gracias al mismo Soberano al cubrirse de Grande en su augusta presencia, y, por último, la ardorosa protesta de su fe católica y de su admiración y amor filial, escrita en el álbum enviado á S. S. el Papa León XIII.

El Conde reunió en su persona altos honores é importantes cargos, debidos en parte á su encumbrada jerarquía, en parte á su crédito personal, su talento y gran ilustración.

En cuantas ocasiones se veía obligado á exhibirse alcanzaba alabanzas y aplausos; pero la mundana gloria no podía desvanecerle ni satisfacer las ansias de su espíritu. En medio del tráfago de los negocios, su mente estaba fija en Dios, y parecía preocuparle sobre todas las cosas el insondable problema de la vida futura.

La sonrisa del incrédulo le era indiferente, y llenaba sus prácticas religiosas con sencillez y naturalidad.

Fué socio laborioso y activo de las Conferencias de San Vicente de Paul; Hermano Mayor de la Cofradía de la Quinta Angustia; y elegido para igual empleo en la Santa Caridad de Sevilla, la famosa fundación de D. Miguel de Mañara, no quiso aceptar el cargo por humildad.

En la Iglesia del antiguo convento del Carmen, hoy cuartel de infantería, estaba establecida la Hermandad del Descendimiento de Nuestro Señor Jesucristo, de cuyo misterio era muy devoto; y al ocurrir el hundimiento de dicho templo, con inminente peligro de su vida, salvó las sagradas imágenes.

Su caridad era inagotable, y su bolsa, como su alma, estaba siempre abierta al infortunio y la indigencia.

Aunque sano y bien equilibrado, no parecía de complexión robusta, y con los años vinieron los achaques á minar su naturaleza. En 1890 su delicada salud le obligó á renunciar la jefatura del partido conservador en la provincia de Sevilla; y yendo de mal en peor, trasladóse á Madrid el año 99, donde, por consejo facultativo, sometióse á una larga y cruel operación quirúrgica, que, si bien fué hábilmente ejecutada y al parecer con buen éxito, tuvo tristes consecuencias. La intensidad del sufrimiento y la pérdida de sangre debilitaron en extremo su gastado organismo, y desde entonces empezó á padecer del corazón y de las vías respiratorias.

Á los quebrantos físicos se unieron las penas del ánimo con la muerte de su hermano querido, el Marqués de las Torres de la Pressa. La suya propia no estaba lejos. Así lo comprendía, y, viéndola venir con la serenidad de una conciencia pura, pedía oraciones á sus allegados para su alma, y á todos edificaba la conformidad y resignación con que sufría sus dolencias.

Hallándose en Carmona, cayó al fin postrado

en el lecho para no volverse á levantar. Y como los males no vienen solos, en aquellos tristes días desgarró su corazón y aumentó su congoja el saber que Miguel, su hermano menor, á quien amaba con paternal afecto, se hallaba moribundo, presa de una congestión cerebral, que al cabo lo llevó al sepulcro. Dos días no más debía sobrevivirle el Conde, al cual, en sus postrimerías, auxilió y confortó su confesor y amigo, D. José Camacho, dignísimo párroco de San Andrés, en Sevilla. El Conde murió como un santo. Sus últimos momentos fueron admirables. Él mismo pidió los Sacramentos, que recibió con gran fervor. Hizo con voz entera una sentida protestación de fe, y despidiéndose de sus deudos y servidores, que apenados y llorosos rodeaban su lecho, con la calma del justo dió su espíritu á Dios el 24 de Marzo de 1900, á las once de la mañana.

Su funeral y entierro fueron una gran manifestación de duelo, en que se mezclaron y confundieron todas las clases.

De Sevilla salió el 26 para Carmona un tren especial con los amigos políticos y particulares del finado, y á ellos juntóse gente venida de diferentes puntos á la ciudad andaluza, deseando todos honrar sus cenizas y rendirle un tributo de respeto y de hondo pesar.

En la magnífica Iglesia prioral de Carmona celebráronse solemnes exequias ante un inmenso concurso. Terminadas que fueron, se dió sepultura al cadáver en la cripta de la capilla de Nuestra Señora de Gracia, fundación y propiedad de los Marqueses de las Torres de la Pressa.

El virtuoso sacerdote D. José Camacho, confesor del Conde, en una carta inserta el 17 de Marzo en *El Correo de Andalucía*, hizo pública su ejemplar y cristiana muerte, para honra de Dios y edificación de los fieles; y el distinguido poeta D. José Lamarque de Novoa dedicó al antiguo amigo un bello y sentido soneto.

La Academia de Bellas Artes, que tanto le debía, al ocurrir su fallecimiento, honró su memoria nombrando una Comisión que asistió á su funeral y entierro, y en Junta general acordó pedir al Ayuntamiento rotulase con su título la Plaza del Museo, encargar á un pintor de fama su retrato para colocarlo en la Sala de sesiones, poner á la entrada de ésta una lápida conmemorativa, y costear solemnes honras en sufragio de su alma: todo lo cual fué oportunamente llevado á efecto.

Señora Condesa y amiga muy estimada: He concluído mi tarea. Como habrá usted visto, es sencillamente un bosquejo biográfico, en que está fielmente reflejada la figura moral del inolvidable Andrés.

Si de la esfera de luz en que habitan las almas buenas, se fija alguna vez la atención en los que andamos aún penando por la mísera tierra, reciba, el que más que amigo fué para mí cariñoso hermano, este homenaje de admiración y afecto que rindo á su memoria; y al rogar á Dios por los que aquí le amaron, que no se olvide de su «querido Enrique,

DUQUE DE RIVAS.»

Enero de 1902.

CARTA AL SR. D. JOSÉ NAVARRETE

CON MOTIVO DE SU NUEVO LIBRO

SONRISAS Y LÁGRIMAS

(*Colección de artículos escogidos*)

Sr. D. José de Navarrete.

Mi querido amigo: La precipitación de su editor en hacer la tirada de *Sonrisas y lágrimas*, ha sido causa de que el prólogo que le tenía ofrecido, y aun empezado, no haya podido ir al frente de su nuevo libro. Muéstrase usted por ello disgustado y pesaroso en la afectuosa carta que con ese motivo me escribe; y yo, por el contrario, casi me alegro de la afanosa premura del editor. Seguramente, me hubiera honrado con que mi nombre figurase al frente de su libro; pero, aparte de esta satisfacción de pura vanidad, no es para mí dudoso que poquísimos lectores se habrían fijado en el proemio. El que acude, lleno de curiosidad, á ver una colección de objetos de arte, no se aviene á que lo detengan en el portal con charla ociosa, y se entra desde luego por la casa, ávido de con-

templar por sí las preciadas pinturas, las ricas telas, las antiguas porcelanas y demás cosas de valor que la misma encierra.

¿Qué más recomendación necesita su libro de usted que su propio mérito y la acreditada firma que lo autoriza? Los prólogos de amigos tienen un inconveniente, y es que en ellos parece que el mismo autor se alaba por boca del prologuista; pues claro está que si éste le censurase con algún rigor, no había aquél de aceptar un prefacio que desvirtuase ó desluciera su obra. Medrado estaría el que, al abrir una tienda, pusiese ó dejara por bondad poner en la muestra: «Cuidado, señores, que los géneros son malos.»

Celebro, pues, el caso que le privó de prólogo. Así, al manifestar á usted ahora las varias impresiones que ha causado en mi ánimo la lectura de *Sonrisas y lágrimas*, lo haré con entera libertad de espíritu; y la franca expresión de mis juicios, en oposición á veces con las ideas de usted, abonará la justicia y sinceridad de mis elogios.

Dice usted al joven poeta Sr. Fernández Shaw, en la carta que le dedica á propósito de sus notables versos, que «sólo se escuchan hoy con deleite las obras cuyos primores los ha arrancado el buen gusto del poeta á las fases artísticas de la realidad.» Y en verdad que predica usted con el ejemplo; pues teniendo en cuenta que aquel principio de estética no es sólo aplicable á la poesía, sino á las demás obras de la inteligencia, ni un momento lo pone en olvido en la serie de sus bellos artículos. Lo cual aparta á usted bastante de la moderna escuela naturalista francesa, que se complace

en todo lo contrario: en copiar sin atenuación, y aun exagerándolas, todas las fealdades é impurezas de la realidad, buscando siempre los lados más sórdidos y repugnantes; como si la deformidad no supusiese la hermosura, el vicio la virtud, y el bien y el mal no anduviesen mezclados en el mundo.

Grande es hoy el influjo de ese bastardo realismo en las esferas de la literatura y del arte. Pero á usted, no obstante el espíritu innovador de que alardea, las dotes de poeta idealista y el temple fino y aristocrático del alma le han salvado de semejantes extravíos.

No es Zola modelo á propósito para escritor de las prendas que á usted adornan.

Ya se lo dije cuando tuvo la bondad de regalarme un ejemplar de *En los montes de la Mancha.* Jamás he visto radical menos plebeyo, ni demócrata de más refinada pulcritud y más delicado sensualismo. En lo moral como en lo material, á usted le asusta todo lo vulgar, todo lo bajo, todo lo grosero. Siempre que halla ocasión, nos habla de las excelencias del agua y los cepillos y demás objetos de aseo; se complace en perfumados ambientes; se entusiasma con los alientos puros y los dientes blancos. En general, rehuye las partidas de caza, como no tengan por centro cómodas mansiones señoriales, porque, aparte de la escasa afición al ejercicio venatorio, le molesta no poder tomar el baño diario, y se espeluzna á la idea de hallarse en el monte, teniendo que meter la cuchara en la misma vasija que los demás, ó beber en la misma bota. Cuando alude á sus amores, nos

pinta lujosos aposentos y distinguidas damas; y hasta cuando hace usted, como alma en pena, sus aéreas excursiones nocturnas, no obstante su vivo interés por las clases menesterosas, no se le ocurre introducirse en el tugurio del pobre, sino que, guiado por el otro fantasma, su compañero, se va á fisgonear en la elegante alcoba de una bella marquesa, que, á la amortiguada luz de una lámpara pendiente del techo, sentada en su cama y orando mentalmente, nos pinta usted como la tentación misma. Artista y poeta antes que todo, el radicalismo de usted es más platónico y manso que activo y batallador. A usted, apasionado cantor de marquesas y condesas, nunca le hubiera ocurrido, ni en los más hondos estremecimientos democráticos, prorrumpir con Barbier (el autor de los famosos yambos): *C'est que la liberté n'est pas un Comtesse...* y seguramente no hubiera personificado tan santa aspiración del alma, en aquella mujer ardiente y feroz que quiere que la estrechen con los brazos llenos de sangre.

De los artículos que componen su nuevo libro, los de costumbres son los que más me agradan; y algunos de ellos, por el fondo y la ejecución, me parecen de primer orden. Respecto de los demás, si bien en todos el cincel es el mismo y la forma siempre pulida y tersa, por lo que toca á la doctrina, hago, como ahora se dice, mis reservas, y pongo á salvo mis convicciones. Usted y yo, ambos deseamos el bien con el mismo ardor; pero lo buscamos por opuesto camino.

Muertos, ó, según las creencias de usted, resucitados Estébanez Calderón y Mesonero Roma-

nos, nadie conozco en España que iguale á usted, si no es el ilustre montañés D. José María de Pereda (aunque su índole de escritor sea muy distinta), en la pintura de tipos y de costumbres. En las escenas que usted describe rebosa la vida, los personajes son retratos del natural, las figuras se salen del cuadro, y en punto á color local, no es posible ir más lejos. ¡Qué descripciones de la tierra andaluza! sobre todo, de aquella bahía, en cuyo extremo meridional se asienta la villa de Rota: Rota, la de las calabazas y los melones, y que, á pesar de los dos antipáticos personajes del bracero socialista y el cura cerril y anticristiano que usted nos pinta en *María de los Angeles*, tengo vehementes deseos de visitar, desde que usted, el más cariñoso de sus hijos, la inundó de poesía en hermosas narraciones é inspirados versos que no se pueden olvidar una vez leídos.

Para usted, Rota es la Meca de los musulmanes, el sagrario de sus recuerdos, la cifra y compendio de la felicidad humana. Las fibras del sentimiento no pueden vibrar en su corazón de usted, sin que la imaginación tome el vuelo hacia aquel amado rincón de la costa andaluza. Se enamora usted de Julia, dama habanera á quien dedica aquel soñador romance que todos conocen; y no bien la describe, sentada en el Jardín del Retiro, y ensalza sus hechizos y perfecciones, como si aquel lugar fuera marco estrecho á las emociones que siente, la playa de Rota, con sus mágicos horizontes, se aparece de súbito á los ojos del poeta, que así mezcla á su nuevo amor los recuerdos del nativo suelo:

«Siendo niño la miraba,
en las noches más serenas,
ir de lucero en lucero
tendida la cabellera,
fulgurantes las pupilas
y en blanco cendal envuelta;
....
....
la ví luego al caer la tarde,
desde las costas roteñas,
cuando el ocaso las aguas
de rosadas tintas llena,
....

Yo no sé si ese extremado amor á Julia es hijo del corazón ó de la fantasía; pero el amor á Rota es sentimiento hondo y verdadero.

En otra ocasión escribe usted una entusiasta poesía á la Marquesa de Folville, y después de echarle mil piropos (por cierto muy merecidos), no quedándole más que decir, prorrumpe en esta sentida estrofa:

«¡Ay, quién viera contigo al caer la tarde,
en las playas de Rota,
venir la cinta de nevada espuma
con que muere la ola.»

Mas volviendo á los artículos, decía que los de costumbres son los que más me deleitan. No todos tienen la misma intención moral ni el mismo alcance: en algunos sólo se trata de presentar un tipo, una escena popular ó una chistosa aventura; pero en todos se advierte la perspicacia del obser-

vador, y en todos deslumbra la paleta del colorista.

El café de Julio César, *Palitos contra el mareo*, *El cometa*, *La platería* y *Gazpacho andaluz* son cuadros animadísimos en que chispea el ingenio, y capaces de ahuyentar el mal humor del más tétrico y ceñudo de los lectores. ¡Cómo se nota que es usted andaluz y del risueño litoral del Mediodía! ¿Quién ha vivido en Cádiz y no ha conocido boteros, como el que usted tan al vivo nos bosqueja con dos pinceladas? La escena verdaderamente realista del mareo de los pobres soldados, con la oportuna venta de los *palitos* por los bellacos *pimpis*, no desmerecería, puesta al lado de las más festivas y agudas del *Solitario*, y aun del mismo Quevedo.

Si se le puede á usted comparar á aquellos ingenios en punto á humorismo realista, hay en usted otra cuerda que da, en ocasiones, particular embeleso á sus escritos: aludo á la dulce sencillez de afectos y á esa exquisita sensibilidad que le han inspirado el idilio de *El nido* y la elegía de *El pajarito*, los dos artículos que más cautivan de la colección. Pálido sería cuanto dijese del último: no se puede desmenuzar; hay que leerlo todo, y admirarlo todo, y acompañarlo á usted en sus lágrimas por el trágico fin del pobre pajarillo.

El nido, por varias razones, me obliga á ser más extenso. Su carácter de usted y su estilo se confunden siempre; pero en ninguna de sus obras ha impreso tan hondamente como en *El nido* la marca del propio sello. En este artículo aparece usted tal como es, sin velo ni rebozo: alma generosa en que los más puros y elevados sentimientos se mezclan

con las más extrañas ideas de escepticismo é incredulidad. Lo cual no deja de implicar alguna contradicción; porque no se comprende que hombre en cuyo sano corazón vibra tan intensamente la cuerda del amor filial; que entona un himno tan lleno de poética ternura á la noble señora que le llevó en su seno, con toques y rasgos tan dulces y expresivos y de tal encanto y delicadeza, que la mujer más sensible no hubiera sabido sobrepujarlos; no se comprende, digo, que quien demuestra tan viva fe en los tesoros del cariño maternal, ponga de repente un dique al sentimiento que desborda, y crudamente afirme que todas las demás afecciones «se tienen por algo: á la rosa por su perfume; al árbol por sus frutos; al ruiseñor por sus gorjeos; al sabio por sus descubrimientos; á la mujer por sus hechizos; al amigo y al hermano por lo que esperamos de ellos, que si no, no hay tal hermano ni tal amigo.» ¡Qué amargo escepticismo! ¿Y la criada María, esa buena mujer á quien usted venera, y que de los cuarenta años que tiene de edad, está hace veinte ahorrando su salario para dejárselo á la hija de la señorita, qué interés ó qué mira egoísta se lleva? Ya ve usted qué pronto debilita su afirmación. Y es que la teoría peca de absoluta.

Ciertamente en el tráfago de la vida suele apagarse el idealismo de las almas y embotarse la sensibilidad del corazón. Sucede, sobre todo, que nuevos afectos, más entrañables, dejan en segundo lugar á otros que lo son menos. El cariño á los hijos, v. gr., pasa antes que el de los hermanos; pero esto no significa que uno los deje de amar

cuando nada espera de ellos. Lástima que el fanatismo de escuela infunda en su noble espíritu injustificadas prevenciones; si no, vería los prodigios de amor que obra la caridad cristiana, y cuántos seres hay que, sin cálculo egoísta ni interés mundano, sin esperar fama, honores, dinero ni recompensa alguna, se consagran con absoluta abnegación, y aun á riesgo de la propia vida, al bien ajeno.

Pero al fin y al cabo, aunque librepensador, es usted de la tierra de María Santísima; y cuando el pecho de un andaluz se conmueve, ¿qué valen contra la vehemencia del sentimiento las ideas del racionalista?

En vano intenta la mente
dar leyes al corazón.

Esto lo digo por aquel bello pasaje en que nos cuenta usted que al entrar en el gabinete de su madre y verla sentada ó arrodillada con varios libros de devoción al lado, «rezando á la imagen de un cuadro puesto sobre la cómoda, teniendo delante una mariposa encendida,» siente usted, de acuerdo con su razón, que aquella devoción es verdad. Cierto, que luego atenúa su sentir con algunas frases un tanto vagas y obscuras sobre... no sé qué religión del porvenir, en que cada uno oficiará á solas, en el retiro de su hogar, como sacerdote y como pontífice. Todo lo cual deja ver que si no es usted muy ortodoxo, no carece de sentimiento religioso. Usted no es creyente, y, sin embargo, se extasía viendo rezar á su madre. ¡Qué cerca está

usted de creer! ¿Si, á pesar de su aversión á la sotana, parará usted en devoto? ¡Quién sabe los medios de que se vale la Providencia para influir en las almas!

Usted, que es tan artista, conoce de seguro la preciosa leyenda de Bolsena, cuyo asunto inspiró á Rafael una de sus más altas creaciones. Aquel sacerdote también tenía sus puntas de librepensador, y celebrando un día el Santo Sacrificio, lleno de dudas y recelos sobre el misterio eucarístico, al levantar la Hostia consagrada, empezaron á caer de la divina forma gotas de sangre en el cáliz.

Ya sé yo que usted no cree en milagros; yo sólo le cito el caso como sublime alegoría y leyenda conmovedora.

Más adecuado es el recuerdo que me viene á las mientes del famoso Littré, apóstol de la escuela positivista y continuador de Augusto Comte. También se complacía en el religioso fervor de su querida esposa, como usted en el rezo de su adorada madre; y aunque una de aquellas dos almas miraba á la tierra y otra al cielo, entre el sabio y la piadosa mujer reinaba la más dulce armonía.

Después de largos años consagrados á la ciencia y á las letras, el célebre escritor cayó enfermo de la enfermedad que debía llevarle al sepulcro; y su afligida consorte, que no se apartaba de él un momento, comprendiendo su gravedad y sin cuidarse de las ideas del filósofo, le puso disimuladamente un pequeño crucifijo en el lecho. Tocó, por acaso, la mano del paciente aquel cuerpo extraño, y enterándose de lo que era, lejos de enfadarse, clavó los ojos en su esposa con melancólica dulzu-

ra, y cogiéndole la mano se la llevó á los labios. Lo que pasó después todos lo saben: el filósofo positivista llamó á un hombre de sotana, se confesó con él y expiró en el gremio de la Iglesia.

Sea cualquiera la divergencia de nuestras opiniones, ocultaría la verdad, si no dijese que he leído tan bello y sentido artículo con emoción. ¡Qué vuelta á la casa paterna! ¡Qué sensaciones tan puras! ¡Qué retrato el de su digna madre! ¡Qué rasgos tan característicos, y cuánto color local! Nadie negará que es usted excelente hijo y no menos buen pintor.

Una de las prendas que más resalta en los artículos de usted es la espontaneidad con que están escritos. Naturaleza impresionable y vivísima imaginación, cualquier suceso de los que todos los días leemos con indiferencia en las gacetillas de los periódicos, como el suicidio de un desconocido en un simón, ó la muerte de un perro envenenado por la morcilla municipal, le agita los nervios y le hace fantasear animadas escenas en que se mezclan lo patético y lo popular.

Pero ¡qué extraño es que lances de esa especie, por vulgares que sean, que al fin y á la postre tienen su lado filosófico, le den lugar á tan gráficas descripciones, salpicadas de melancólicos pensamientos y oportunas agudezas, si le basta una caña de manzanilla en que fije la atención, y hasta una simple gota de agua, para llenar páginas enteras de ingeniosos conceptos y brillantes imágenes, que brotan de su galana pluma como las ondas de un manantial!

A medida que el fin es más alto, nótase mayor

inventiva y más estudio en la obra; y los artículos satíricos, en que con tanto gracejo y fina ironía ataca usted vicios de la sociedad, son verdaderas novelas, si bien condensadas en breves hojas. A esta categoría pertenecen: *Un chico excelente*, *Dios aprieta...*, *Función de desagravios y Sacaentrañas*, en los cuales hay acción, caracteres é interés dramático. *El barco*, aunque menos novelesco, no les va en zaga en lo chistoso y oportuno.

En estos artículos, no sólo hay que elogiar el feliz desempeño y la amenidad de la forma, sino el espíritu que en ellos domina, el fin á que se dirigen y la intención social que los ha dictado. Es de sentir que el que lleva por rótulo *Dios aprieta...*, y que es uno de los mejores, acabe con aquella frase innecesaria: «Dios aprieta, pero no ahoga, para seguir apretando.» Por lo demás, con tales artículos, y especialmente con aquéllos en que saca á la vergüenza á los usureros, plaga asoladora que agrava la miseria del pobre y envuelve en falaces nudos al hijo del rico, llevando luego á su hogar la deshonra ó la ruína, presta usted un servicio á la sociedad; y poniendo en práctica su teoría (demasiado absoluta) de que es absurdo el arte por el arte, realiza al mismo tiempo una buena obra.

Dejando á un lado, en obsequio á la brevedad, *El alcázar de Segovia*, ameno relato en que, evocando las memorias de la vida de colegio, nos cuenta con suma gracia las diabluras cadetiles, y nos hace una interesante descripción del admirable edificio, ayer monumento de gloria y hoy padrón de ignominia de la nación pobre é inculta, que no

ha podido, no ha querido ó no ha sabido restaurarlo (1), paso á ocuparme en los artículos que podríamos llamar fantásticos, y son de lo más curioso que encierra el libro.

Alma sin funda, *De tejas arriba* y *Lo que me enseña mi abuelo*, por el género á que pertenecen, algo recuerdan de los cuentos de Edgard Poe, y aun de la novela *Abatar*, de Teófilo Gautier, aunque estos autores no sacan de sus ficciones, como usted de sus ensueños, todo un sistema filosófico. Cuando leí el primero, que me regocijó sobremanera, creí, sin fijarme mucho en ciertas afirmaciones dogmáticas, que se trataba solamente de una sátira ingeniosa, y que el viaje aéreo del alma desfundada era únicamente el medio de poder filtrarse por las paredes y sorprender en su alcoba á las altas horas de la noche, no habiendo de hacerlo con llaves falsas ó violencia de cerraduras, á la hermosa viuda del burlado Marqués. Pero al ver que en *De tejas arriba* vuelve usted á desdoblarse, marchándose, en forma gaseosa, por esos espacios, guiado por su respetable abuelo (el abogado de la Chancillería de Granada en mil setecientos y tantos), convertido en fantasma fluídico, hasta descubrir cerca de una nube, sobre Aranjuez, al gran Calderón, con quien se pone á departir discretamente sobre las fiestas del Centenario; y que luego en *Lo que me enseña mi abuelo*, insistiendo sobre el mismo fenómeno, lo expone ya con cierto aparato científico, me convenzo, al fin, de

(1) Por dicha, el admirable Alcázar fué, al fin, convenientemente restaurado.

que el poeta y el librepensador se han forjado un sistema, bastante caprichoso, si no de absoluta novedad, y más fácil de suponer que de explicar con el razonamiento.

Esa trilogía que, según usted, se revela en el sér, y en la cual «la inteligencia, sin dejar de serlo, es espíritu y es materia, de igual manera que el espíritu es materia y es inteligencia, y la materia es inteligencia y es espíritu, siendo la causa de todo la substancia única,» me suena á puro materialismo. Allan Kardec, que bien se ve cuánto ha influído en la impresionable imaginación de usted, no va tan lejos, y aun alardea de espiritualista. De más cerca le sigue usted en la diferencia que establece del cuerpo gaseoso y de la materia sólida, siendo ésta «una especie de campana de buzo para trabajar en la corteza del planeta,» y en la explicación que da usted de la muerte, la cual no es más que «la separación del sér gaseoso de la ropa de la carne, que envejece y se queda inservible,» todo lo cual no pasa de ser una ingeniosa fantasmagoría.

Por lo que toca al destino de esos seres gaseosos, la teoría de sus nuevos engastes humanos, hasta depurarse y perfeccionarse, no es otra cosa que el viejo dogma de la metempsícosis; si no precisamente como la de los egipcios ni como la de Pitágoras, pues en su sistema de usted el alma no desciende á los brutos, semejante en cierto modo á la profesada por el fundador de la escuela falansteriana. También Fourier (*Théorie de l'unité universelle*) sienta que pasamos por muchas vidas, unas encerradas en este mundo, otras en esfera superior, con un cuerpo más sutil y sentidos más

delicados. El alma entonces tiene por envoltura un simple fluido, se cierne en el espacio como el águila, puede atravesar las rocas y el espesor de la tierra.—Del propio modo que los seres gaseosos de que usted nos habla.—Y por último, hay en la vida presente, según el mismo autor, ciertos estados, tales como el éxtasis y el sonambulismo magnético, que nos dan una débil noción de nuestra existencia futura. ¿Qué valen semejantes delirios en parangón á los sublimes dogmas del espiritualismo cristiano?

En los otros escritos, ya no se trata de costumbres ni de sueños fantásticos, sino de crítica literaria y de filosofía social.

Las dos cartas sobre el concepto de la belleza, tanto la escrita por usted, como la de *la novia del Sr. Carracido*, son discretísimas y elegantes. La de usted, además, llena de refinada galantería. Sucede en ellas lo que generalmente en toda contienda literaria: que ninguna de las dos partes está desprovista de razón. Creo, como usted, que la belleza, en lo que tiene de fundamental, no está sujeta al capricho, ni á la moda, ni á los ojos que la contemplan. Indudablemente el planeta Venus, que usted cita, sería siempre bello, aunque nadie se recrease en sus luminosas irradiaciones; pero convendrá usted conmigo en que de nada serviría su hermosura, dado que el mundo se compusiese de ciegos. Si la belleza es la cualidad que tiene el objeto de producir encanto y elevación en el alma humana, faltando ésta, aquella cualidad no puede realizarse. En estética, al lado de lo absoluto, está la relación del objeto con el que lo contempla. La

belleza, en su expresión artística, sufre mil transformaciones; y no se la puede apreciar bien, sin tener en cuenta circunstancias varias de lugar, de tiempo y de raza. Lo que parece bello en una época, se desdeña en otra ó no lo parece tanto. Voltaire llamaba bárbaro á Shakespeare, y Calderón yacía menospreciado en su misma patria. Hoy pocos leen las tragedias y los poemas de Voltaire, y todos se entusiasman con el *Otello* y el *Hamlet*, *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea*. Las manifestaciones estéticas, además, no producen en todos las mismas sensaciones, ó por lo menos con igual viveza: los gustos y las preferencias varían, y el mérito de las obras bellas, en relación con los sentidos y el alma, aumenta ó disminuye, según el temperamento y las ideas del que las contempla. Pero aquí me detengo, pues no es cuestión para tratada á la ligera, ni es mi propósito inclinar la balanza en favor de ninguno de los contendientes.

En la sustanciosa y elegante epístola al señor Fernández Shaw, da usted al joven poeta excelentes consejos, y con la doctrina que tan atinadamente expone estoy enteramente conforme. El realismo, tal como usted lo entiende y explica, es, sin duda alguna, la base de las artes bellas; y no excluye, como usted lo demuestra en sus obras, selección estética ni vuelos idealistas. Tiene usted razón que le sobra: la poesía, para que interese y conmueva, ha de recibir su inspiración directamente de la naturaleza, pues de limitarse á zurcir viejas galas, ya sin brillo de puro manoseo, y á tejer guirnaldas de flores contrahechas, ó vaciar yesos

en moldes gastados, menester sería proscribirla de nuestros hogares por tediosa é inútil.

Sea como quiera, triste es confesarlo: la poesía está hoy de capa caída en toda Europa. En Francia, fuera de Coppée (Víctor Hugo no es más que sombra de sí mismo), no conozco á ninguno que merezca el nombre de poeta; es verdad que tampoco es muy codiciado en aquella sociedad materialista y descreída. En Italia, no sé quién haya sustituído á los Leopardi y á los Manzoni. En Inglaterra, donde si la poesía no ha perdido completamente el favor del público, la invasión de la novela le ha robado gran parte de su prestigio é importancia, ha debido, para sostenerse, entrar en el campo de la política y de las cuestiones sociales, y producir obras como *El canto de la camisa*, de Thomas Hood, himno desgarrador al hambre y la pobreza, ó como *El grito de los niños*, de M. Browning, donde se aboga por aquellos desgraciados seres, que, en la infancia aún, se ven obligados á trabajar en las manufacturas y en el fondo de las minas.

Entre nosotros, merced á nuestra particular idiosincrasia, no han perdido las musas todavía su virtud y su encanto. En verdad, no puede asegurarse que la gente lea muchos versos; pero gusta de oirlos, con tal que el que los recita sepa declamarlos con arte y expresión.

En todo caso, me congratulo con usted de que las poesías cursis del arroyo murmurador, la argentada luna, los labios de coral, los dedos de marfil, el cuello de cisne hayan concluído, por dicha, para no volver más, como las golondrinas de

Becker. Opino, como usted, que para que una obra poética se escuche con deleite, fuerza es que arranque de la naturaleza misma, y que el poeta haya buscado su inspiración en las fases artísticas de la realidad.

Mucho me ha complacido la crítica de *El mágico prodigioso*, y me parece bien comprendido y juzgado, aunque asaz aventuradas las consecuencias racionalistas que saca de los bellos trozos que transcribe.

A propósito, he dejado para lo último *El lazo indisoluble*, comprendiendo que, por sus tendencias y alcance, me obligaría á dilatarme algo más que en los otros artículos. Empiezo por decir que la forma artística de su estudio es limpia, clara y hermosa; pero debo añadir, al mismo tiempo, que las ideas que sostiene en él, pugnan enteramente con las mías.

Blasonando de sus teorías radicales y mostrando su feliz ingenio y rica fantasía, presenta usted una especie de alegato poético en favor del divorcio, que el mismo Naquet, apóstol de la idea en Francia, y cuyo proyecto, como es sabido, fracasó en el Senado de aquella república, no hubiera vacilado en hacerlo suyo.

El artículo de usted, por su caluroso estilo y viva elocuencia, y aun por las ilusorias miras de innovación social, me trae á la memoria *El Emilio*, de Juan Jacobo Rousseau, libro que, traducido por el abate Marchena, leía yo con candoroso entusiasmo en mis primeros años de estudiante. Algo de lo que me pasaba con *El Emilio*, se experimenta con la obra de usted: mientras se lee, parece

que la razón se suspende al arrullo de la rítmica prosa, y excitada la sensibilidad y exaltada la imaginación, se deja uno llevar por la pintoresca y apasionada frase del autor, sin parar mientes en el linaje de ideas que sustenta.

No recuerdo qué personaje francés, creo que el famoso Taillerand, burlándose de *El Emilio*, decía que niños educados por aquel sistema, tarde ó temprano irían á parar á presidio ó á la horca (*aux bagnes où à la potence*). Ciertamente, exageraba el escéptico estadista. Y tal vez exagere yo también, al creer que con las radicales teorías de usted sobre el matrimonio, se va á parar al amor libre y á la moral independiente; es decir, que lejos de ser, como usted afirma, la disolubilidad del vínculo garantía de duración del mismo y freno de la licencia, sería un estímulo á la depravación moral y á la corrupción de costumbres. En Francia, que usted cita, la revolución, que no dejó piedra sin remover y que en esta materia opinaba como usted, estableció el divorcio; pero los autores del Código civil, espantados de la frecuencia con que se hacían y deshacían matrimonios, y del desconcierto y confusión que esto introducía en las familias, si no se atrevieron á negar el principio de la ley, la rodearon de tantas precauciones y dificultades, que resultaron ilusorios sus efectos.

Reconozco de buen grado que en algunas naciones existe legalmente el divorcio, sin causar gran estrago en el orden social; pero en esos pueblos de raza sajona ó escandinava, las costumbres valen más que las leyes, la reflexión puede más que las pasiones, y los divorcios no dejan de ser un escán-

dalo y una rarísima excepción de la regla general.

No negaré que el matrimonio es una institución que adolece de las imperfecciones humanas; pero los inconvenientes de la indisolubilidad son, á mi juicio, mucho menores que los del sistema contrario.

El desencanto y el hastío no vienen de que la indisolubilidad, como usted afirma, convierta en cadena el amor, que es un sentimiento libre del corazón. Con lazo indisoluble hay seguramente matrimonios malos; pero ¡cuántos hay en que los esposos viven en paz y feliz armonía! En cambio, ¡qué pocos son los hombres que, fuera del matrimonio, mantienen relaciones constantes con la mujer que eligieron por amor! Lo que es frágil de suyo se quiebra fácilmente, y de vidrio son las conexiones amorosas que no bendice la Iglesia ni legitima la ley.

La laxitud de las costumbres y la manera con que suelen hacerse hoy los casamientos, atendiendo más á móviles de vanidad ó sórdido interés, que á la verdadera felicidad de los cónyuges, producen en muchos casos las tristes consecuencias que usted deplora y nos pinta con tan vivos colores; pero, bien mirado, esto no es debido á la indisolubilidad del vínculo, sino á la tibieza del sentimiento religioso y á la confusión moral que reina, desgraciadamente, en nuestra moderna sociedad. Cuando los ojos no ven nada claro fuera de los goces de la esfera terrestre, y no hay abnegación en la mujer, fortaleza en el marido, caridad en ambos, y no ponen la mira en fines más altos, que los placeres del mundo y las ruínes satisfacciones

del egoísmo, el matrimonio cristiano, perdiendo su genuíno carácter, tiene que aparecer como una institución en decadencia. Así como cuando las almas son fuertes, puras las costumbres, vivo el sentimiento de la dignidad personal, y el sentido moral hondo y claro, el matrimonio es lo que debe ser: una institución santa en que se unen los cónyuges para cruzar juntos las escabrosidades de la vida; y se unen perpetuamente, porque sin esta condición no se pueden anudar los lazos de la familia, ni consagrarse los esposos á la educación de sus hijos, formando seres robustos y morales, que sean luego buenos y útiles ciudadanos. De la constitución de la familia depende el porvenir de la sociedad, y todo lo que sea debilitar la primera es trabajar por la decadencia de la segunda.

La mujer, dice usted, unida al hombre por lazos disolubles, tiene para él mayor encanto: hay que mimarla, etc. Esto, á mi juicio, es confundir la mujer propia con la querida. En el matrimonio el fin es más alto y social, y el amartelamiento nada más que episódico y pasajero. Todo aquello de que «si el hombre enamorado de una mujer se consagrase á ser el Pigmalión de su inteligencia y de su alma, quedaría indisolublemente unido á ella y sería eternamente idólatra de su obra, y aquella inteligencia y aquel espíritu por él modelados quedarían también unidos á los suyos por los lazos de la luz y del sentimiento, etc.,» todo eso y lo que sigue está expresado en el bello estilo que le es á usted peculiar; pero usted mismo se contesta: para modelar una estatua se necesita ser escultor.

En cuanto á «que la educación de los pueblos concluirá con todas las ignorancias, con todos los egoísmos, con todos los desórdenes, y, por tanto, mejorará la familia por la ciencia y el arte,» esas son ilusiones de la escuela á que usted pertenece. El pensar que la ciencia es la panacea que ha de curar todos los males, no pasa de una poética quimera. El hombre será siempre el hombre, y la pugna de las pasiones el elemento principal de la vida. Por mucho que la ilustración se difunda, el mal y el bien andarán mezclados en la mísera tierra. La instrucción, por sí sola, no es garantía de moralidad, y la mayoría de los que delinquen no lo hacen ciertamente por ignorancia.

Ya dije á usted anteriormente que nuestros temperamentos filosóficos eran distintos. Usted confía en el progreso indefinido, y cree en la eficacia de nuestra flaca razón, sin trabas ni barreras. A mí me espanta el mar sin orillas, y mi alma necesita faros de luz y puertos salvadores. Cualesquiera que sean las diferencias que nos separan, hago justicia al talento con que sostiene usted sus ideas, y comprendo, además, que en materia de doctrinas no es posible contentar á todo el mundo.

En suma: *Sonrisas y lágrimas* bastaría, por sí solo, para dar á usted, si ya no la tuviera conquistada, fama de agudo y castizo escritor. La vena de su ingenio corre siempre limpia y abundante, y en su animado estilo hay luz y color, á la manera que en los lienzos de Villegas y de Domingo. Las escenas que usted describe son la realidad misma, y, sin embargo, todo lo idealiza con el sentimiento y la imaginación. ¡Qué mujeres esas de las

blancas dentaduras y el olor á gloria, con las que ha tenido la dicha de topar por esos mundos! pues en un escritor realista no es de suponer que se haya permitido inventar esos ángeles.

Lástima que, con tan privilegiadas dotes, no renuncie usted á ciertas ideas, y, sobre todo, no relegue al olvido á Allan Kardec y á Fourier, con lo cual no perdería el fondo de sus escritos, y sería aún mayor su crédito literario.

No terminaré sin dirigirle una súplica, á la cual, estoy seguro, han de unirse distinguidas damas, amigas de ambos, y es: que no por el cultivo de la prosa, tenga en tan largo abandono á las musas, con usted generosas hasta lo sumo, al inspirarle los peregrinos romances *A Concha* y *A Julia*.

Adiós, amigo mío; usted sabe cuánto le quiere y aprecia su afectísimo, etc.

Madrid, Febrero 1884.

MANUAL

DEL PERFECTO PERIODISTA

Sr. D. Carlos Ossorio y Gallardo.

Mi muy estimado amigo: Quehaceres varios, y particularmente mi mala salud, no me han dejado hasta ahora escribirle, como le tenía ofrecido, algunos renglones acerca del *Manual del perfecto periodista*, que usted y su señor hermano acaban de dar á la estampa.

Mi opinión vale poco; pero ya que usted desea que yo se la participe, voy á complacerle en pocas palabras.

El libro de ustedes es una exposición humorística, bastante animada, de lo que suele ser, por dentro y por fuera, la prensa política entre nosotros. Se ve desde luego que los autores dominan

el asunto y están iniciados en los misterios y fórmulas de lo que, empleando un término de botica, se llama hoy la confección del periódico.

Sólo ustedes, del oficio, y que empiezan por protestar en el prólogo del amor que le profesan, hubieran podido trazar, sin acarrearse disgustos y agrias reconvenciones, los burlescos cuadros en que presentan al diario político bajo todas sus fases, poniendo á la vista de los profanos sus más recónditas desnudeces.

Lo que dicen ustedes de la vacía petulancia del artículo de fondo, que pocos leen, por punto general, es cierto. No siempre. Yo, que no soy periodista, me quedo á veces asombrado del ingenio, del saber y hasta de la elegancia con que algunos de esos artículos están escritos. Por lo que toca á los anacronismos y á los errores gramaticales, geográficos é históricos, estoy enteramente conforme con ustedes. Recuerdo que, no há mucho, en un artículo de un diario importante se confundía, con inverosímil ignorancia en un escritor, á San Fernando con Fernando el Católico, como si estos dos grandes Reyes, aunque el segundo no tuvo nada de santo, fuesen una misma y sola persona.

En otra ocasión, un revistero de teatros se lamentaba de la decadencia del arte y de la falta de buenos comediantes en una nación como la nuestra, que contaba entre sus glorias escénicas á actores como Talma (!). ¡Cuántas veces no hemos visto á *Genève* (Ginebra) traducido por Génova! Aun ha habido (y era literato de importancia), quien ha llamado á J. J. Rousseau, *risum teneatis*,

el filósofo de Génova. ¿Pues y el expugnar una plaza arrojándole obuses, porque los franceses llaman *obus* á la bomba? ¿Y el anunciar la entrada en tal ó cual puerto de uno ó más navíos, resultando después ser embarcaciones menores, por ignorancia de que el *navire* francés es voz genérica, que comprende á toda clase de barcos? ¿Y la manía de llamar lord á todo inglés de viso? A Mister Glaston, por ejemplo, que, aunque famosísimo y apellidado por sus conciudadanos *the great old man*, no es, sin embargo, lord.

Pero, en honor de la verdad, esas faltas se van advirtiendo menos en los periódicos importantes, donde la redacción es numerosa y competente, y suele haber plumas muy notables. El mal parece de más difícil remedio en el folletín, entregado al brazo secular de traductores baratos. En este punto los gazapos no tienen cuento. Vaya algunos que en este momento acuden á mi memoria. Leyendo yo, hace algún tiempo, en un periódico de Madrid una novela de Alejandro Dumas, padre, me encontré con que un apuesto caballero, que salía de un castillo, iba acariciando con la corbata el cuello del caballo. Por supuesto, no comprendí cómo aquello podría ser, hasta que luego cayó en mis manos el texto francés y ví, no sin soltar una carcajada, que lo que se había traducido por corbata era la *cravache*, el látigo de montar. En otra ocasión, una elegante llevaba en el sombrero plumas *austriacas:* así había vertido el traductor la expresión *d'autruche*, de avestruz. Otra vez, un galán paseaba la calle á la dama de sus pensamientos en su trotón: *sur le trottoir*, de-

cía el texto original, es decir, por la acera. Y ¿dónde me dejan ustedes el estar un salón adornado con helados *(glaces)* por espejos? ¿Y la comezón de citar palabras inglesas ó francesas sin entenderlas bien y por de contado estropeando la ortografía? Los vocablos franceses *pose*, *reprise*, *rose*, y en general todos los que se escriben con una sola *s*, han de tener dos á la fuerza. Sin hacerse cargo los que tal hacen, con tan superficial conocimiento del idioma en que citan, de que así desnaturalizan las palabras, y en algún caso les cambian el sentido, como ocurre con *rose*, rosa, que con dos eses significa rocín, penco. El *embrasser* francés casi siempre está mal traducido. No saben los inexpertos traductores, que ese verbo, no sólo significa abrazar, sino besar. Cuando una mamá *embrasse son enfant*, no es precisamente un abrazo lo que da á su hijo, sino un beso. Si eso pasa con el francés, lengua tan manoseada, ¿qué será con el idioma inglés, menos estudiado y conocido? De ahí la mala aplicación de la palabra *lunch*, con que los ingleses solamente designan el tente-en-pié que suelen tomar entre el almuerzo y la comida, y no, como nuestros revisteros, el refresco ó la cena que se suelen servir en los bailes. De ahí el frecuente barbarismo de hacer de *sportsman*, para el plural, *sportsmans;* de *policeman*, *policemans*, en vez de *sportsmen*, *policemen*, que exige la lengua inglesa. Otros muchos disparates pudiera citar, si no temiese pecar de prolijo.

Tales errores pasan generalmente inadvertidos, y cuando alguna vez llaman la atención, ya se sabe, se les carga en cuenta á los pobres cajistas.

Pero la mayor parte de los desatinos y deficiencias que ustedes señalan, consisten, más que en nada, en la falta de base de las empresas. Cuando éstas cuentan con suficientes recursos para retribuir debidamente á sus redactores y subvenir con amplitud á todos los gastos, esos defectos se atenúan y aun desaparecen, y la hoja periódica adquiere seriedad y crédito, y á veces importancia suma. *The Times*, de Londres; *L'Independence belge*, de Bruselas, y otros diarios de Europa y América, atestiguan esta verdad. Ya en esas condiciones, los periódicos son poderosas palancas de la opinión. Su independencia y, en cierto modo, su impersonalidad, les dan prestigio y fuerza. No hay que buscar entre sus colaboradores esos lazos amistosos y familiares, esa confraternidad que reina, por lo común, en las redacciones de nuestros periódicos. Los escritores que contribuyen con su saber y su inteligencia al brillo de aquellos diarios, suelen trabajar en sus casas, donde se hacen llevar las pruebas, y entre ellos ocurre, á veces, que ni se conocen siquiera.

Como los periódicos, en tales circunstancias, toman un carácter anónimo é impersonal, sus diferencias con los particulares son muy raras, y no hacen cuestión de amor propio rectificar especies equivocadas, cuando á ello cortesmente se les invita. Esto último tuve ocasión de apreciarlo, por mí mismo, el año de la guerra franco-prusiana.

Hallábame á la sazón en Londres, y un caballero francés, amigo mío, y algo pariente, además, que había ocupado un puesto importante en

la casa imperial de Napoleón III, me envió una carta para *The Times,* rectificando, en términos severos, malévolas afirmaciones, relativas á su personal actitud en aquellas difíciles circunstancias, de un corresponsal anónimo del diario londinense. Me dirigí á las oficinas del periódico y pregunté por el gerente, á quien hice pasar mi tarjeta; un momento después me introdujeron en su despacho. Era persona como de unos cuarenta á cuarenta y cinco años, con patillas rubias que empezaban á encanecer, de aspecto grave y finos modales. Al verme, se puso de pie sin apartarse de su bufete; y señalándome un sillón que había cerca de la mesa para que lo ocupara, volvió á sentarse en el suyo, preguntándome con fría urbanidad el objeto de mi visita. Se lo expuse en pocas palabras y le dí la referida carta. Se caló los lentes, la leyó con atención, y me dijo con tono reposado: «Mañana mismo saldrá en el periódico.» Le dí las gracias y le pregunté cuánto debía pagar por la inserción.—«¡Pagar!—replicó con cierta sorpresa.—Nosotros somos los que deberíamos indemnizar á ese caballero por haberle maltratado injustamente.»

En España, no obstante la transformación verificada en la prensa de algún tiempo á esta parte y el auge de ciertos diarios, no se ha llegado todavía á esa serenidad y comedimiento en lo que concierne á las personas, á las cuales, generalmente, lo mismo en lo literario que en lo político, y aun en lo privado á veces, se las pone en las nubes, ó se las zahiere y molesta, faltando casi siempre á la razón y á la equidad.

Con todos sus defectos, la importancia de la prensa periódica es inmensa. No hay poder que la supere, por histórico y eminente que sea. ¿Cómo se ha de comparar el influjo de las Cámaras, ó del mismo trono, con el que la prensa ejerce diariamente en la muchedumbre? El público, en general, tiene pereza de entendimiento, ó fáltale tiempo para meditar en los negocios del Estado; quiere que las opiniones y los juicios se los den hechos, y fía á los periódicos la alta misión de adoctrinarle y dirigirle. Ni el predicador en la iglesia, ni el tribuno en la plaza pública, por grande que sea la elocuencia de ellos, pueden llegar con su palabra á donde llega el artículo de cualquier diario de regular circulación. Desgraciadamente, con todo ese influjo y su innegable fuerza sugestiva, la prensa es un poder anónimo é irresponsable. Cuando la guía el bien, no hay institución más hermosa y benéfica, ni árbol que dé más dulces y sazonados frutos: ella, en momentos difíciles, auna las voluntades y enciende en los corazones la llama del patriotismo; ella encuentra, sólo con la palabra impresa y divulgada, copiosos recursos para la indigencia y la desventura: es como un aura primaveral que llena de flores los campos desolados, y más bien que de hombres, parece obra de ángeles. Cuando la impulsan, por el contrario, pasiones de secta, ó el sórdido interés la mueve, y el radicalismo materialista campea en sus columnas, y la licencia toma aposento en el folletín, entonces es una verdadera calamidad, pues sólo sirve para suscitar odios, sembrar la discordia y envilecer las costumbres.

En España, la prensa, tal vez por nobles instintos de raza, no ha llegado á los abismos de degradación que en otros países, donde el horrible *chantage* ha tomado carta de naturaleza, y la razón social del periódico y la pluma del escritor están á merced del que mejor las paga. Grandes son, pues, los bienes y los males de la prensa. Si fuera posible, dejándole su iniciativa y su albedrío, quitarle la facultad de dañar, no habría institución más alta en el mundo. El interés de empresa y el afán de lucro influyen no poco en los rumbos que suele seguir, con notable quebranto de su índole moral y civilizadora.

Lo que no me parece que tiene mucho fundamento, son las quejas que ustedes exhalan, en el prólogo, sobre la triste condición del periodista. Indudablemente en esta profesión, como en todas, entra por mucho la fortuna, y si no siempre los más meritorios son los que más se levantan, por punto general los que se dedican al periodismo son más dignos de envidia que de lástima. La pluma del periodista es la llave de oro que abre todas las puertas. Los chicos de la prensa, como se ha dado en llamarles, tienen acceso franco en todos los centros del Estado. En el Palacio Real, como en la casa del magnate, se introducen sin que nadie les oponga resistencia. Aún no se ha celebrado el banquete oficial, y ya traen los periódicos el ornato de la mesa, la distribución de los puestos, la lista de los manjares, y hasta el tocado y compostura de las damas.

Llega cualquier personaje extranjero á Madrid, sea príncipe de casa reinante, hombre de Estado,

literato ó artista célebre, y, cuando los demás mortales no nos atrevemos á abordarle, sin haber sido antes debidamente presentados, el *reporter*, á quien no faltan por lo común desenvoltura é ingenio, halla medio de penetrar en la casa, traba conversación con la servidumbre, pregunta al ayuda de cámara, insta al ayudante ó al secretario, y no ceja hasta que al fin es recibido por el personaje en cuestión; y no basta esto, sino que de buenas á primeras, como se blandee, lo somete á un interrogatorio.

No hay función pública ni privada, desde el festín ó el baile del opulento aristócrata, hasta la inauguración de la tienda de ultramarinos con refresco y murga, á que no asistan por derecho propio los cronistas de la prensa. Viajan de balde en tranvías y ferrocarriles. Tienen butaca de buena fila en todos los teatros. Y cuando van á algún pueblo á la inauguración de la estatua ó del nuevo ramal, ó al estreno de la plaza de toros, ó con cualquier otro motivo regocijado ó triste, siempre hallan algún entusiasta que, por amor á la prensa, ó á los bombos, les ofrezca cómodo y aun espléndido hospedaje.

A los periodistas se les regala actas de diputados; se les galardona con empleos oficiales, con cruces grandes ó chicas, y aun con títulos del Reino. No lo digo en son de censura. Si no todos, los hay, á la verdad, meritísimos, y algunos llegan con justicia á los cargos más importantes y á los más altos honores. Pero lo que no encuentro razonable es que se quejen de su desgraciada suerte. Cierto, que su ardua labor no suele estar bien re-

tribuída; pero ¿qué trabajo de escritor político ó literario, qué obra de sabio ó de artista halla en nuestro país la debida recompensa? Hablo en general y sin fijarme en extraordinarias excepciones, que más que otra cosa prueban la falta de equidad con que reparte sus dones la fortuna.

Yo, por mi parte, si volviese á nacer, y necesitase buscar en una profesión el pan nuestro de cada día, y abrirme camino en el tumulto humano, no escogería otra sino la de periodista.

Volviendo al libro de que me he alejado algún tanto, añadiré, para concluir, que es de amena y regocijada lectura; que entre los modelos ó patrones al uso de los publicistas noveles, los hay muy chistosos, y que la sátira que domina en toda la obra, más que incisiva y amarga, es jovial y oportuna.

El lenguaje, salvo ligeros descuidos, es siempre vivo, fácil y pintoresco.

Ya está usted complacido. Mande otra cosa á su afectísimo amigo, etc.

Madrid, 1-8...

PRÓLOGO AL LIBRO

SONETOS

POR D. MATÍAS DE VELASCO Y ROJAS

MARQUÉS DE DOS HERMANAS

LOS SONETOS

DEL MARQUÉS DE DOS HERMANAS

En tiempos en que tan poca importancia suele darse á la pulcritud y elegancia de la forma literaria, y en que notables escritores, contagiados por la moda naturalista, en su aversión á todo artificio retórico y á todo atildamiento académico, no sólo huyen de la prosa poética (que en eso yo les aplaudo), sino que se dan á cultivar, de caso pensado, la poesía prosáica, dejándose muy atrás las llanezas de *El Observatorio rústico* del famoso Salas, alegra el ánimo ver que hay todavía quien, rindiendo culto á los modelos clásicos, elija la artística y severa forma del soneto para realzar con ella altas ideas y nobles sentimientos. No quiere esto decir que en cualquiera otra no puedan expresarse igualmente afectos hondos y hasta pensa-

mientos sublimes. La poesía no consiste ciertamente en la resonancia de las rimas, ni en el primor y halago de las combinaciones métricas; mas para que el lector no eche de menos esas galas de la versificación, menester es que estén compensadas con la gallardía de los conceptos, la viveza de las imágenes, la propiedad y armonía del lenguaje. Romances hay que valen muchos sonetos y aun cantos en octavas reales. Lo que importa es el estilo poético, y el que tiene la dicha de poseerlo ennoblece y hermosea todas las formas; pero ese don justamente es lo que no suele encontrarse en los devotos de la musa naturalista.

Si lo que pretenden los novadores es huir de toda afectación y amaneramiento, ó si es más alta su ambición y aspiran, como parece, á ensanchar el lenguaje poético, sacándolo de formas gastadas y dándole mayor vida y expresivo vigor, sea en buen hora; pero tal empeño requiere arte sumo y un gran sentimiento de la verdad estética, porque si todo se reduce al uso de frases pedestres y locuciones vulgares, la poesía habrá perdido la cultura de la forma, quedándose tan anémica como estaba antes y, además, peor vestida.

Contra esa tendencia á convertir la poesía en prosa rimada, no faltan, por fortuna, autores que, sin alardear de académicos, protesten con sus elegantes y correctas obras. A ellos viene á juntarse hoy el señor Marqués de Dos Hermanas, amante de las tradiciones clásicas y feliz cultivador del soneto. Su marcada preferencia á este género de composición, de que tan acabados modelos conserva nuestra literatura, y en que tanto brillaron

Lope de Vega, Arguijo, Góngora y Quevedo, bien la patentiza la notable colección que hoy da á la estampa y es objeto de este ligero prólogo.

Un sonnet sans defaut vaut bien un long poëme, dice Boileau en su *Arte poética*. En esto paréceme que hay algo de exageración. Es palmario que cualquiera poesía buena, aun siendo corta, vale más que otra mala, por larga que sea; y en cuanto á la dificultad de producir un buen soneto, que pondera el preceptista francés, los muchísimos que existen en diversos idiomas, prueban que no es empresa más ardua que hacer una buena canción, una oda ú otra composición cualquiera. Es verdad que el soneto está sujeto á reglas que no se pueden infringir impunememte, y que por su misma brevedad no consiente el menor descuido; pero en esto sucede lo que en todas las cosas, y la costumbre de componerlos hace que, para algunos, sea como el molde natural de sus pensamientos. Que al Marqués no deben costarle mucha fatiga, lo demuestra el considerable número que tiene escritos, y, sobre todo, la soltura con que desenvuelve los asuntos en los estrechos límites de los catorce versos, llevando la idea en lógica progresión por cuartetos y tercetos hasta la sentencia final, que pocas veces deja de ser briosa y adecuada.

Nótase que el Marqués está muy familiarizado con nuestros poetas de los siglos XVI y XVII, que tantos y tan hermosos sonetos escribieron. No solamente los imita en la gala de la versificación, sino que muéstrase, como ellos, aficionado á la hipérbole y al conceptismo, y no perdona ocasión de jugar con el vocablo.

No me propongo, ni fuera oportuno ahora, extenderme sobre este punto; pero debo decir que si pecado es el amor á lo ingenioso y deslumbrante, con preferencia á lo natural y sencillo, en la expresión de los afectos y las ideas, pecado fué en que incurrieron los poetas del Renacimiento, y del cual tampoco se libraron los que vinieron después, ya italianos ó españoles, ya ingleses ó franceses. Y aunque nos separen más de dos centurias del famoso Hotel de Rambouillet, y los críticos de la nación vecina no encuentren palabras bastante acerbas, para censurar lo que llaman oropeles y depravación del gusto, todavía, en Víctor Hugo y en los de su escuela, notamos irresistible propensión á los malhadados *concetti*, que otra cosa no son, que yo sepa, las antítesis rebuscadas, las expresiones de doble sentido y las metáforas excesivas, en que abunda el estilo del gran poeta.

Pero la nación que más ha conservado esa tendencia en su literatura, es la española, donde nuestra propia índole y el natural ascendiente de nuestros antiguos poetas, de tal manera han arraigado el amor al retruécano, al discreteo, á las similitudes inesperadas y á la que pudiera llamarse gimnasia de los vocablos, que nuestro público, más aficionado á que se le sorprenda que no á que se le conmueva, se encanta con esos relampagueos de la imaginación. El *concepto* lo invade todo en España: el teatro, el café, la prensa, el estilo epistolar y hasta la conversación privada. Desterrarlo de nuestra literatura sería para la mayor parte de los españoles despojarla de sus más primorosos arreos. ¿El influjo que la escuela na-

turalista está ejerciendo entre nosotros, modificará nuestra idiosincrasia hasta el extremo de cambiarnos el gusto? No parece probable.

Si por el ornato de la versificación y lo conceptuoso de los pensamientos, despierta el recuerdo de nuestros poetas del siglo XVII, por el móvil inspirador de su alma y el fondo de sus composiciones, el Marqués nos trae á la memoria al inmortal Petrarca. La posteridad apenas se acuerda ya de su participación política en los sucesos de su época, de sus negociaciones como diplomático, de su ardor gibelino, de sus aspiraciones á la unidad de Italia, ni de sus lazos de amistad con papas, emperadores, reyes y potentados. Sus obras en latín, incluso el poema *África*, que le valió principalmente la coronación en el Capitolio, sólo son conocidas de pocos eruditos; pero no hay nadie que ignore que fué el platónico amante de Laura, á la que inmortalizó en sus sonetos y canciones. Ese amor y esos versos son los que conservan aún fresca su fama.

Con raras excepciones, la pasión de Laura fué el numen constante de sus versos italianos. Sin contar sus canciones y las poesías alegóricas que llamó *Triunfos*, en que también habló de ella, más de trescientos sonetos dedica á aquel amor verdaderamente etéreo é incomprensible, y que duró su vida entera. El rostro de Laura, sus ojos, sus manos, su porte noble y gracioso, una mirada clemente ó severa, una leve esperanza, el velo que cubría su faz, el espejo que la retrataba, la tierra que hollaban sus pies, el color de sus guantes, todo era para él, como dice uno de sus antiguos

biógrafos, «ocasión de continuados suspiros.» Esa unidad de sentimiento y de numen es lo que me ha hecho recordar al famoso poeta del renacimiento, tratando de los sonetos del Marqués de Dos Hermanas. Si no tantos como Petrarca, que no á todos es dado tan caudalosa vena, cerca de ciento publica el Marqués en esta colección (sin perjuicio de los que seguirá escribiendo); y todos los amatorios, que son la mayor parte, están inspirados por otra Laura, única soberana de su corazón.

Sería curioso dilucidar si el cúmulo de versos que Petrarca consagró á su amada, responde á un sentimiento verdadero y profundo. Sus antiguos biógrafos lo creen así; y en realidad, una pasión única y tenaz que produce las ansias y vehementes rasgos que se notan en sus sonetos y canciones, sería aventurado afirmar que sólo fuese una ficción del espíritu. Sin embargo, se hace difícil concebir, no tratándose del amor místico á la manera de Santa Teresa ó San Juan de la Cruz, ó no siendo el objeto amado un símbolo, como la Beatriz de Dante, que pueda el corazón humano alimentar muchos años una pasión, sin la menor esperanza de que sea jamás correspondida, no tratando apenas al objeto amado y perteneciendo éste á otro dueño; pues Laura, como es sabido, fué esposa feliz de Hugo de Sades, y madre nada menos que de once hijos. Acaso podría tomarse por explicación de tal fenómeno, aunque para mí poco persuasiva, lo que dice en uno de sus sonetos:

«Talor m' assalse in mezzo a' tristi pianti
Un dubbio, come posson queste membra

Dallo spirito lor viver lontane.
Ma rispondemi Amor: Non ti rimembra
Che questo è privilegio degli amanti,
Sciolti da tutte qualitati umane?»

Si se repara, además, en el artificio y falta de espontaneidad de muchas de sus composiciones, y en la libertad de espíritu que dejan suponer las ingeniosas sutilezas y el frecuente jugar con los vocablos, y hasta con el nombre de su amada, cuyas sílabas se entretiene en distribuir en los versos de un soneto, no parece tan sincera la pasión del platónico amante. Bien hubiera podido suceder que Laura, no obstante su tangible realidad, no fuese otra cosa en el alma del poeta, que una concepción de la fantasía, aunque originada por una impresión honda y viva; como es de creer que la debió sentir la primera vez que vió á la dama. Se comprende que un gran amor pueda subsistir tenaz y vehemente sin esperanza alguna; mas no sin que le acompañen los celos, la amargura y hasta la desesperación, no sin avasallar y consumir al desdichado que lo padece. Pero una pasión de esa especie no se concilia con aquel genio activo y emprendedor, ya interviniendo en los sucesos políticos de su época, ya entregado á investigaciones eruditas, ó componiendo tratados de moral ó églogas latinas, y para el cual sus versos toscanos, es decir, sus versos á madona Laura, no eran otra cosa, como él los llamaba, que *volgari bagatelle.*

Petrarca se había, al fin, educado en la tierra que conservaba vivo el recuerdo de los trovadores pro-

venzales, con sus cortes de amor y sus fantásticos galanteos. En aquellas tradiciones se había formado como poeta. ¿Qué extraño, pues, que, al modo de los cultivadores de la gaya ciencia, hubiese hecho de Laura la reina espiritual de su corazón, gozándose en referir á un tipo ideal las ternezas que le sugerían fácilmente su propia sensibilidad y las galanas flores que brotaban de su poética imaginación?

Como á los trovadores provenzales su fervoroso y desinteresado culto á púdicas doncellas ó nobles matronas no les impedía otros placeres de más bajo vuelo, tampoco su misticismo platónico libertó á Petrarca de otras conexiones menos etéreas é impalpables, las cuales le hicieron padre de varios hijos, según la naturaleza. Si bien esto, á lo que se infiere de uno de sus sonetos, en que confiesa sus extravíos juveniles y demanda piedad avergonzado y contrito, pudo acontecer antes que le hubiesen hechizado los bellos ojos de Laura. Pero, aunque sus perdonables errores los hubiera cometido después, esa contradicción entre el poeta y el hombre tampoco probaría que su pasión ideal por la bella esposa de Hugo de Sades no fuese verdadera; que no es tan raro ver divorciados en esta miserable vida la materia y el espíritu, agitándose en esferas distintas, y sin poder conciliar jamás impulsos y aspiraciones. Sea de ello lo que quiera, el amor perfecto, humanamente hablando, siempre será aquél en que el hombre, en la integridad de su sér, alma y cuerpo, potencias y sentidos, se consagre al objeto amado. Lleva en este punto el Marqués indisputable ventaja á los

trovadores y al gran poeta toscano. En sus sonetos amatorios palpita la realidad de la vida: el amor es santo, es puro y al mismo tiempo rebosa en sensual ternura. El Marqués no es un poeta llorón, y le aplaudo de que no dé, como otros, en la manía de pintar dolores que no siente su alma. En sus versos se respira la felicidad: el espíritu adora y el corazón se engríe con su propia dicha; y aunque el calor de los afectos sea á veces algo extremado, su expresión es siempre delicada y culta.

Todos los sonetos amatorios de la colección son bellos; pero sobresalen, á mi juicio, los que llevan por títulos: *Los tres tipos shakespirianos,* en que el poeta se complace en reunir en la que adora la ideal belleza de Ofelia, la pasión de Julieta y el candor infantil de Porcia de *El mercader de Venecia; La venganza*, lleno de arrebatada pasión; *Feliz despertar*, tan tierno é inflamado como el anterior, y *El baño*, en que el poeta se extasía ante las olorosas linfas que acaban de envolver el venusto cuerpo de su amada.

No negaré que algunos de los sonetos tienen cierto sabor pagano; pero esto es natural consecuencia del género y del móvil que los inspira.

Aunque la musa del Marqués se ejercite con predilección en los asuntos eróticos, no rehuye de pulsar otras cuerdas, en las cuales halla también armoniosos acentos; y entre los sonetos que llama el autor *descriptivos,* ó entre los que denomina *morales* y *filosóficos*, los hay, á la verdad, muy notables, tanto por la donosura de la forma, cuanto por la elevación de la idea. Gratísima impresión dejarán sin duda en el ánimo del lector, como lo

han dejado en el mío, los rotulados: *Aurora*, *Triste decepción*, *Supremo instante*, *Poder del hado*, *Flor de otro día* y *Ansia loca;* de los cuales no cito fragmentos, aunque lo hiciera de buen grado, por no quitar el gusto de la novedad y el encanto de la sorpresa á los que, teniendo el libro á mano, pueden por sí mismos apreciar las bellezas que los avaloran.

El Marqués versifica generalmente con robustez y lozanía. Si alguna vez, por jugar del vocablo, resulta algo obscuro, como ocurre, v. gr., con el soneto *Cegar para ver*, casi siempre lo conceptuoso de los giros redunda en gala y amenidad de sus composiciones.

No sé si el bello libro del Marqués obtendrá del público el favor que merece. Desgraciadamente van siendo cada vez menos los aficionados al lenguaje de las musas; pero sean pocos ó muchos, seguro estoy de que cuantos lean tan gallardos sonetos, tributarán justas alabanzas á su inspirado autor.

Madrid 19 de Febrero de 1889.

CARTA-PRÓLOGO

AL LIBRO DEL

Sr. D. CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

INTITULADO

VIDA MODERNA

Sr. D. Carlos Ossorio y Gallardo.

Mi muy estimado amigo: Aunque mi salud, como á usted le consta, no es nada buena, á lo cual se han agregado estos días zozobras y angustias, que tampoco usted ignora, he leído, sin embargo, deseoso de complacerle y para no demorar esta carta que ha de servir de prólogo á *Vida Moderna*, los varios artículos que forman el tomo, y puedo asegurarle que en tan amena lectura halló gratísima distracción mi apenado espíritu.

Bien mirado, el libro de usted es de aquéllos que para nada necesitan proemio. Galería de lindos cuadros de la vida real con poéticas lontananzas de lo pasado, y espejo á la par de nuestros gustos, costumbres y sentimientos, lo que sus páginas encierran está al alcance de todos; y nada

que tanto nos moleste como las oficiosidades del *cicerone,* no dejándonos ver con nuestros propios ojos lo que tenemos delante.

Es verdad que no siempre es objeto del prologuista ayudar al lector á discernir y apreciar las bellezas que la obra contiene, sino, á veces, darle á conocer al ignorado ó novel autor, procurando realzar su mérito; pero el que, como á usted acontece, lleva un nombre de tan honrosa filiación literaria, y posee, además, firma acreditada en periódicos de gran circulación, donde por vez primera aparecieron esos poemitas en prosa que ahora saca de nuevo á luz, movido sin duda por el éxito que alcanzaron, ¿qué necesidad tiene de que yo, ni nadie, lo presente al público?

La crítica con su tono severo tampoco sería oportuna. En un proemio no está bien la censura; y el elogio, á poco que se extreme, parece arrancado á las flaquezas de la amistad.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que no decae la moda de los prólogos, y que un libro sin este aditamento sale como desairado. De ellos prescinde el lector las más veces, y temo que así ocurra en esta ocasión; pero como el que hace una visita en casa de cierto fuste, ha de pasar por el recibimiento para entrar en la sala de estrado, el lector gusta de entretenerse algunos segundos, en volver con dedo negligente unas cuantas hojas inútiles, antes de fijarse en el texto que el autor le ofrece.

Y gracias que se ha perdido la costumbre, tan generalizada en el siglo XVI entre nuestros escritores, de poner á contribución á los amigos para

atestar de malos versos lo que podríamos llamar el vestíbulo de sus obras; costumbre que con tanto humor ridiculizó Cervantes, poniendo al frente del *Quijote* las estrafalarias poesías que todos saben.

Ya que usted no ha querido romper con las prácticas establecidas, y por afectuosa deferencia, que le estimo en lo que vale, quiere que mi prosa ocupe las primeras páginas de su libro, voy á participarle, después de haberlo leído con atención, sinceramente mis impresiones.

Empiezo por el título que usted le ha puesto, *Vida Moderna*, llevado probablemente del afán de actualidad que hoy domina entre la gente de pluma. No critico tal denominación; pero, en mi sentir, representa sólo un aspecto del libro. El abanico, la careta, el cotillón, la modelo, el coche, la capa, etc., ciertamente son cosas de nuestra época; pero lo eran igualmente del tiempo de nuestras bisabuelas. Y no hablo ya del minué, que figura también entre los temas, y sólo hemos visto bailar en los teatros, como recuerdo de otra centuria. Justamente lo que á mis ojos da mayor precio á los artículos de usted, es el contraste entre lo pasado y lo presente, la oportuna historia que en breves rasgos nos ofrece de las cosas que trata, haciéndonos notar las mudanzas que ha introducido en ellas la variación de tiempos y costumbres.

Considerados los artículos desde este punto de vista, *El coche* es uno de los más curiosos é interesantes, porque vemos en él las vueltas que el mundo y los carruajes han dado, desde que en 1405 apareció en París la primer carroza sobre so-

pandas, hasta el cómodo *landeau* y la aristocrática victoria, en que ahora se exhiben nuestras bellas y elegantes damas; sin que con esto quiera yo decir que no las haya muy hermosas y distinguidas que no pueden darse ese lujo, y que, sin embargo, nos parecen ángeles, á pie ó en pesetero, por esas calles.

Pero si hay oportuna historia en *El coche*, no le falta ciertamente modernismo, y llama nuestra atención, con interés de actualidad, lo que la especie se ha multiplicado en poco menos de una centuria, llegando hoy á millones el número de vehículos de toda calaña que ruedan por el globo.

La tendencia de la civilización es ponerlo todo al alcance de todos; y por lo que al carruaje se refiere, el problema está en parte resuelto. El operario que, por un perro chico ó grande, toma en su barrio el tranvía para ir á trabajar al otro extremo de Madrid, va más cómodo y más de prisa que el gran Enrique IV de Francia, cuando viajaba en su carroza con cortinillas de cuero, en vez de cristales, para resguardarse de la intemperie. Con el ómnibus y el tranvía, la cultura moderna ha creado los trenes del cuarto estado. Y con todo, como usted oportunamente observa, el pueblo ve y verá siempre con ojeriza el coche del rico, ó del que lo parece. En la mujer educada produce diversa impresión: aristocrática ó plebeya, como carezca de él, siempre será el carruaje el ideal de sus aspiraciones, la visión tenaz de sus ensueños, y aun no faltarán algunas dispuestas á que se las lleve el diablo, con tal de que sea en coche.

Las reflexiones que sugiere á usted el expresa-

do vehículo son ingeniosas y verdaderas. El hombre y el coche, dice usted, se completan: en coche lo llevan á bautizar, en coche á desposarse; á veces, en coche lo pasea por Madrid la justicia, en coche lo conducen al hospital ó á la casa de socorro, y en coche, por último, lo transportan al cementerio.

El cotillón es otro de los que más me gustan; dramatizando la idea, le ha dado usted particular interés. El contraste de la belleza y frescura de las damas al empezar el baile, con la fatiga y ajamiento de sus rostros al terminar el cotillón, es oportuno y bien traído; y no es menos feliz aquel amortiguado resplandor de las bujías, cuya llama, al entrar por los balcones los rayos del sol, oscila pálida como los labios que al principio de la noche tuvieron las tintas de la amapola, triste como los cercos morados que pintan alrededor de los ojos el insomnio y la vela. Añade poesía al cuadro el que, mientras todavía resuenan frases galantes y amorosas citas en los oídos de las bellas, les llegue, al mismo tiempo, como aviso del cielo, la voz de la campana de la vecina iglesia llamando á los fieles á la penitencia y la oración.

Los buñuelos es una pintura de costumbres muy bien hecha. Nótase en ella observación, gracejo y fina sátira.

El abanico, *La capa*, *El palco* y todos los demás son ingeniosos y abundan en rasgos felices. Por regla general, se apodera usted de un tema y, haciendo alarde de viva imaginación, le da mil vueltas, presentando sus diversos aspectos, hasta dejarlo, al parecer, agotado.

Las violetas y *La niebla* son dos idilios llenos de poéticos pensamientos. La niebla dice usted que ha sido la creadora de la musa romántica y la inspiradora de famosos paisistas de la escuela francesa, inglesa y holandesa. No son ellos los únicos. Por raro contraste con la tierra que les dió el sér, nadie supo poetizar los vapores y las brumas como Roelas, y sobre todo Murillo. En sus Concepciones, en sus sueños místicos y en las gloriosas apariciones de sus Santos, empleó las nieblas con arte sumo; ya trémulas y argentinas como las que nacen en los lagos del Norte, ya cálidas y brillantes como el polvo de oro que rodea la Giralda en las tardes de estío. La niebla, según usted—y en ello estamos de acuerdo,—en el Norte inspira lágrimas, y en España refranes por este estilo: «Mañanita de niebla, tarde de paseo.»

La prosa de usted es animada y florida. A veces peca de juvenil exceso de color; pero ya el tiempo se irá encargando de amortiguar las tintas. Un Aristarco notaría en ella ligeros descuidos, hijos, sin duda, de la prisa con que suelen ustedes escribir los periodistas; mas ¿quién se fija en esos lunares ante el ingenio y poética gala de los amenos artículos? Por lo que á mí toca, le repito que me han hecho pasar algunas horas muy agradables. Leyéndolos, parecíame estar viendo en el gabinete de algún museo antiguos medallones, abanicos de estilo Luis XV, tapices con reproducciones de Goya, filigranas, esmaltes y acuarelas. No me extraña que de ellos hayan tomado pie para tan preciosas viñetas los nobles artistas que han cooperado con su reconocido talento al brillo de la publicación.

Para concluir: los artículos de usted me agradan por lo que son en sí, y además, por lo que dejan esperar del que ha demostrado en ellos tan felices dotes de escritor de costumbres.

La más cordial enhorabuena de su afectísimo amigo, etc.

Madrid 23 de Febrero de 1890.

Á PROPÓSITO DE LAS NUEVAS ESTATUAS

ERIGIDAS EN MADRID PARA

SOLEMNIZAR LA MAYORÍA DEL REY

D. ALFONSO XIII

Á PROPÓSITO

DE LAS NUEVAS ESTATUAS

Plácemes merece el Ayuntamiento de Madrid por la feliz idea, ya realizada, de celebrar la mayoría constitucional del Rey erigiendo algunas estatuas en diferentes puntos de la Villa y Corte, aunque algo se podría decir acerca de la elección de personajes para tributarles tal honor.

Madrid es harto pobre de monumentos, y todo lo que tienda á ornamentar calles, plazas y paseos, ha de obtener aplauso y aprobación. Pero, á la verdad, si las nuevas estatuas han de correr la suerte de las anteriormente levantadas, fuera mejor haber dejado en olvido á los agraciados, que exponerlos reproducidos por el arte, no al respeto y admiración de las gentes, sino á la incuria y desdén de la administración municipal, y á la irreverencia y barbarie de cierta golfería, émula de los habitantes del Riff.

¿Exagero acaso? Tómese el lector la molestia de dar conmigo un paseo por los sitios donde el Gobierno, el Municipio ó los particulares hayan emplazado estatuas de personalidades ilustres, y se convencerá del fundamento de mi aseveración.

Empecemos por la de D. Claudio Moyano, á cuya solemne inauguración, no hace mucho tiempo, asistimos.

Al divisar en el ambiente la severa imagen del varón insigne, la impresión es grata. No aparece á nuestros ojos un monumento magnífico; pero en su noble sencillez no carece de elegancia. Acerquémonos, pues, á contemplarlo... Mas ¿qué pintas son esas que manchan la figura?... ¿Ha tenido viruelas?—Son—trabajo cuesta decirlo—las señales de los cantos disparados contra la estatua por los monfíes matritenses.—¿Y ese gran desconchado del basamento?—Es el sitio que ocupaba una plancha de bronce con un bajorrelieve alusivo á los méritos del memorable Ministro. Se conoce que hubo de gustar á algún aficionado á las artes plásticas, y sin más lo arrancó tranquilamente y se lo llevó á su casa.—¿Y ese portillo en la verja?—Ahí había una ligera compuerta, practicable para dar acceso al reducido espacio que rodea el monumento. Desapareció lo mismo que la sólida plancha. Así es mayor la comodidad de los ciudadanos que ahora sestean en torno del pedestal, haciendo del breve recinto, según las circunstancias, dormitorio, merendero y aun kiosco de necesidad. No se puede pedir más en honor del que no tuvo más anhelo que redimir al pueblo de las tinieblas del salvajismo.

Ya que estamos en la explanada de Atocha, avancemos hasta la altura del que fué Museo antropológico del Dr. Velasco, y fijémonos en las dos elegantes estatuas que, á un lado y otro de la escalinata, se ostentan graves y meditabundas en sus amplios sillones. Aunque la materia de que están compuestas no sea precisamente mármol de Paros, ni bronce de Corinto, son por sus condiciones artísticas muy dignas de aprecio. Representa la una al famoso cuanto desgraciado Miguel Servet; la otra al divino Vallés. El Dr. Velasco, considerándolos como apóstoles y precursores, quiso, sin duda, ofrecerlos desde el pórtico de su Museo á la veneración de la posteridad. Por desgracia, el acatamiento que han merecido al ilustrado público de aquellos alrededores, ha sido quedarse sin dedos, sin narices, y hechos pedazos, á pedrada limpia, los libros que tenían en las manos.

Se dirá que eso es falta del Estado, que no se ocupa como debiera en la educación de las ínfimas clases.

Nada contesto á tal exculpación; pero ruego á mi acompañante que, pues lo tenemos tan cerca, entre conmigo un rato en el Jardín Botánico.

Deje para mejor ocasión entretenerse con los nombres técnicos que, escritos en tarjetas, ostentan las plantas, y sigamos adelante hasta la umbrosa y amplia calle que divide en dos partes el ameno jardín, y que decoran las estatuas en mármol de los sabios botanistas Quer, Cavanilles, Lagasca y Clemente.

Desde luego se advierte que son obras de eximios artistas; pero ¡en qué ruinoso abandono se

hallan las pobres esculturas! Seguramente, desde que fueron colocadas donde hoy se encuentran, nadie ha provisto á su limpieza y conservación; y por increíble negligencia y los rigores del clima, una negra y endurecida costra, especie de lepra de moho y verdín, las ha recubierto, y va lenta y progresivamente grieteando y destruyendo la piedra, hasta el punto de que una de las figuras, creo que la de Cavanilles, ha perdido ya una mano, y, sin pronto remedio, dentro de algunos años las cuatro estatuas estarán completamente destruídas.

Los señores directores del Botánico, muy sabios, pero de escaso sentimiento estético, se han esmerado, sin duda, en clasificar y nominar técnicamente las variedades arbóreas.—¡Pues es nada eso de llamar *Ulmus campestris* al olmo común, *Aesculus hippocastanum* al castaño de Indias ó *Tilia platyphylla* al tilo!, etc.;—pero no se les ha movido el alma para gastar cien pesetas al año, en que un marmolista lavase y mantuviese íntegras y en buen estado las bellas é interesantes esculturas. Seguramente, de vivir sus autores, solicitarían de la Dirección del Botánico el permiso de restaurarlas por su cuenta.

Sin detenernos más en el grato jardín, encaminemos nuestros pasos á la calle de Alcalá; y dejando atrás la puerta monumental, hoy aislada á guisa de arco de triunfo, adelantémonos á contemplar la estatua ecuestre de Espartero, es decir, del ídolo del pueblo, de aquél á quien el partido progresista ponía á la altura de los mismos reyes, y una de las Universidades del reino envió la borla de Doctor *in utroque*.

Al ver las marcas impresas por todas partes en caballo y caballero, y lleno de guijarros el pedestal, cualquiera creería que sobre la estatua había caído una granizada de piedras.

Como en Marruecos no se usan imágenes esculpidas, no puede decirse que nuestro pueblo haya heredado de sus hermanos ese modo especial de honrar á muertos ilustres.

El que haya, como yo, vivido algún tiempo en Florencia, debe maravillarse al comparar lo que acontece en Madrid y lo que pasa en la capital toscana, donde, al aire libre y al alcance de la mano, se ven monumentos escultóricos de primer orden. ¿Quién sería capaz en la bella ciudad del Arno de arrojar una piedra contra el Perseo de Benvenuto Cellini, la Judith de Donatello ó el Rapto de las Sabinas de Juan de Bolonia, expuestos á la admiración del pueblo en la abierta *Loggia* de Orgagna?

El arte apasiona poco á los españoles, y el Ayuntamiento no se preocupa gran cosa del ornato público. ¿Cuántos no pasan diariamente, en coche, á caballo, ó á pie, por delante del monumento de Isabel la Católica, cerca del Hipódromo, sin notar siquiera que la prolija ornamentación arábiga del pedestal, toda se está cayendo á pedazos? No es grande, á la verdad, el sentido histórico del famoso grupo, pues no se concibe á la gloriosa Reina acompañada de Gonzalo de Córdoba y el gran Cardenal, y sin que esté á su lado D. Fernando su esposo, que con ella compartía tálamo é imperio, siendo lema de ambos el *Tanto monta*... Pero considerado sólo por el aspecto artístico, no se puede negar que el grupo, por el aire y nobleza de las

figuras, y la vida, la animación del conjunto, así como por representar á la gran Isabel y ser labor de famoso artista, merecía más cuidado y atención por parte de los ediles.

Levantar monumentos, buenos ó malos, para abandonarlos en seguida, y erigir estatuas para que las apedreen los chicos y las vilipendien los grandes, no se ve más que en nuestra cara patria.

Al par que el Ayuntamiento decora la capital con nuevas esculturas, artística representación de españoles ilustres, debiera crear una plaza de Conservador de los monumentos públicos, con celosos agentes á sus órdenes que los vigilasen y custodiaran.

Yo, que en los largos años que habito Madrid he visto á Neptuno perder su tridente y á Cervantes la espada, cuando paso ahora por delante del Museo del Prado, vuelvo temeroso la cara hacia la bella estatua de Velázquez, obra del laureado Marinas, y no me tranquilizo, hasta que no veo en las manos del gran pintor la paleta y el tiento.

Mayor peligro corre aún el clásico grupo de Daoiz y Velarde, creación del insigne Solá, con poco acierto emplazado, recientemente, á corta distancia de la Cárcel Modelo y cerca de la Moncloa. Si en el casco de la población tan mal trato reciben las estatuas, y en la misma Plaza de la Villa se roban, sin que nadie lo estorbe, las letras metálicas de la inscripción del monumento á Don Alvaro de Bazán, ¿qué no acontecerá en las afueras, donde andan á la que salta vagos y rateros, y campan por sus respetos Rinconetes y Cortadillos?

(Publicado en la Revista *Gente Vieja*.)

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL PÚBLICO Y SOLEMNE
CERTAMEN ARTÍSTICO-LITERARIO CELEBRADO
EN CÓRDOBA LA NOCHE DEL 19 DE JUNIO DE 1886

EN HONOR Á LA MEMORIA DE

D. ANGEL DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

SEÑORAS Y SEÑORES:

Faltaría á los más sencillos deberes de la cortesía, y también á los generosos impulsos de mi alma, profundamente conmovida, si no me levantase á rendiros el homenaje de la inmensa gratitud que os debo, por esta brillante y patriótica solemnidad, como hijo y heredero del ilustre cordobés á quien está consagrada.

Nunca he sentido, como en la presente ocasión, no poseer la seductora magia de la elocuencia. Sólo entonces podría manifestaros los varios afectos que esta noche me agitan y conmueven; los dulces y melancólicos recuerdos que la voz de vuestros laureados poetas ha despertado en mi alma; las íntimas satisfacciones que en ella ha producido este noble certamen de las letras y de las artes, presidido, como las antiguas cortes de amor, por la discreción y por la hermosura.

Lo digo sinceramente: nunca sentí más halagado mi corazón, que al ver tan brillante y numeroso concurso, aquí congregado y unido con el mismo entusiasmo, por el mismo deseo de glorificar al hijo predilecto de esta ciudad insigne, la cual no fué sólo para él cariñosa madre, sino fecundo manantial de excelsa inspiración.

Y á la verdad, que bien merecía Angel Saavedra, como le llamáis familiarmente, estos expresivos honores, testimonio de vuestra admiración, no menos que de vuestro cariño; pues si los lauros del escritor son timbres de vuestra gloria, el hombre puede decirse que os pertenecía en cuerpo y alma.

La índole de su genio era esencialmente cordobesa, y cualquiera que lea con atención sus obras poéticas, pronto echará de ver que es de la misma patria de Séneca, Lucano, Juan de Mena y Góngora: la misma viveza y esplendor en las imágenes, la misma riqueza en las descripciones, la misma pompa en el lenguaje; llevándoles, sin embargo, de ventaja, merced á su buen gusto ingénito, y también al fundamento verdaderamente clásico de su educación literaria, el no haber incurrido en los errores y extravíos, con que afearon sus obras aquellos grandes poetas.

Córdoba era la ciudad querida de su corazón, la que él ponía sobre todas las demás. A ella le ligaban los lazos del hogar y de la familia; ella había sido la encantada región de los más felices días de su juventud; y luego, llegada la hora del infortunio, el mágico alcázar de sus poéticos ensueños, la visión luminosa y consoladora, que siempre evocaba en sus tristezas y desventuras.

Frecuentemente lamentaba su decaimiento y los estragos en ella causados por el tiempo y por la fortuna; pero ¿qué importa? no por eso dejaba de amarla, como no dejamos de amar á nuestra madre, aunque las arrugas surquen su rostro y las canas coronen su frente. Y no era, en verdad, que no conociese otra cosa, como ciertos poetas candorosos que no han salido jamás de su aldea, y creen, de buena fe, que aquello es lo mejor del mundo. Saavedra había vivido en la grandiosa y opulenta Londres, y residido largo tiempo en la maravillosa capital del Sena, y en la encantadora Nápoles, una de las más bellas ciudades del globo. Pero todas aquellas grandezas, todos aquellos encantos y esplendores no podían borrar en su mente la avasalladora imagen de su ciudad natal, ni entibiar en su pecho el amor que le profesaba: amor que palpita en no pocas de sus producciones poéticas. Hoy mismo ha publicado la prensa de esta capital su oda al *Faro de Malta*, que, aunque os sea conocida, no puedo menos de citar, pues ella corrobora mis palabras del modo más elocuente. Los azares de la política habían obligado á Saavedra á abandonar su patria, y después de varios contratiempos y aventuras, y de haberse visto expuesto á perecer en una tormenta del Mediterráneo, como si la tierra y el mar se conjurasen contra el infeliz proscrito; había, al fin, hallado tranquilo refugio en el hospitalario suelo de la isla de Malta. Tenía la casa que allí habitaba vistas al puerto, y una noche de insomnio, contemplando desde su ventana el eminente faro, *rey invisible con corona de fuego*, se enardece y exalta su imagina-

ción, brotan de su alma armoniosas estancias en que rebosa el sentimiento y vuela la fantasía; y en medio de la emoción que le domina, admirando en las tinieblas aquella visión deslumbradora, surge de improviso en su corazón el recuerdo de su amada Córdoba, y prorrumpe, acabando la poesía, en estos vehementes versos:

«Jamás te olvidaré, jamás; tan sólo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa lumbre
La benéfica llama,
Por la llama y los fúlgidos destellos
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El arcángel dorado que domina
De Córdoba la torre.»

Ya veis si tenía razón al deciros que Saavedra os pertenecía en cuerpo y alma.

Este era el hombre; ahondemos un poco más en el poeta.

Córdoba, su historia, sus leyendas y tradiciones son el fundamento de sus más bellos poemas, el aliento creador que dió vida á *El Moro Expósito* y á *Don Álvaro*, acaso sus dos obras más importantes, y, seguramente, las que le conquistaron el cetro de la poesía romántica española.

En *El Moro Expósito*, su mágico numen evoca la esplendorosa corte de los Homeyas del siglo x, las glorias del invicto Almanzor, los maravillosos palacios de Sahara, y las zambras y festejos que se celebraban en sus deliciosos jardines; y sobre aquel fondo luminoso, lleno de matices orientales, se goza en presentarnos un tipo celestial de cor-

dobesa, á Kerima, en quien reúne y compendia todos los dones y hechizos de sus paisanas: bondad, discreción, bizarría, y con las más acendradas virtudes, el brío del corazón y el encanto de la hermosura. No se dirá que el poeta se quedaba corto, cuando se trataba de idealizar á las hijas de su noble tierra.

Ya comprenderéis que no es mi objeto, ni ahora sería oportuno, entrar en prolijos análisis de sus obras: basta á mi propósito indicaros el sello patrio que las caracteriza.

Si de *El Moro Expósito* pasamos á *Don Álvaro*, poema dramático que parece ideado por Shakespeare y sentido y versificado por Calderón, cuya musa dijérase haberle prestado sus más halagüeños colores, sus más brillantes atavíos, una leyenda cordobesa es igualmente móvil y fundamento de tan hermosa creación. Todos la conocéis, y, mejor que yo, pudiérais decir si tienen sabor local los regocijados y característicos cuadros del mesón de Hornachuelos y de la portería del convento de los Ángeles, dignos ambos del pincel flamenco por su pintoresco realismo. A no dudarlo, sabéis de memoria los embelesadores versos del drama, y nunca habréis presenciado, sin honda ansiedad, las terribles y patéticas escenas con que su acción se desenlaza, entre los ásperos riscos y medrosas soledades que rodean aquel poético santuario de vuestra tierra. Córdoba es, pues, el origen de los mayores triunfos de Saavedra, y á ella consagraba su genio y su gloria.

Pero aun bajando á más modestas esferas, y considerando bajo otros aspectos aquella brillante

personalidad, siempre resulta esencialmente cordobesa. La oportunidad en el decir, y la pintoresca locución y gracia nativa para referir sucesos, contar anécdotas, lances y aventuras, en que sobresalen los cordobeses sobre todas las provincias de España, nadie las poseía como él; en este género no tenía rival. Entre sabios ó ignorantes, en familiares tertulias como en elegantes saraos, veíase igualmente rodeado de obsequiosas distinciones, gozándose todos en su amenísima conversación, llena siempre de agudezas y felices frases, sin dejar un momento de ser natural y sencilla: porque Saavedra, en quien no había ni asomo de énfasis ó presunción, diferenciábase de otros hombres de talento, en que no embarazaba jamás á sus oyentes con el peso de su superioridad; más bien, poniéndose al nivel de los interlocutores, por humildes que fueran, si dejaba correr su matizada palabra, también oía á los demás con benévola atención y les contestaba con deferencia. Es verdad que nadie, como él, tenía lo que se llama don de gentes.

Al hablar de su talento de narrador, me asalta un recuerdo, que tal vez no carece de oportunidad, ya que he entrado en este terreno. Era la época de su embajada en París. La corte imperial solía trasladarse en el otoño á la magnífica residencia de Compiegne, donde se celebraban suntuosas fiestas y brillantes cacerías. A ellas era naturalmente invitado el Cuerpo diplomático, y lo eran también, entre otras personas privilegiadas, reputados artistas y famosos literatos. De los convidados, unos lo estaban á pasar varios días en la

residencia imperial; otros, la mayor parte, venían de París para asistir á alguna fiesta determinada, y luego se volvían á sus casas, en trenes especiales para el caso dispuestos.

Los saraos del castillo, en que alternaban los bailes, los conciertos y las representaciones escénicas, eran de lo más espléndido que imaginarse puede. Pero á esas agitadas noches de gran bullicio y concurrencia, sucedían otras, que servían de descanso á la corte, más tranquilas y sosegadas. En ellas eran pocos y escogidos los que formaban la sociedad del Emperador y su augusta consorte. Siendo el círculo más íntimo y estrecho, prescindíase algún tanto de la etiqueta oficial; y aquellas reuniones, donde no faltaban hechiceras damas y hombres muy distinguidos, tomaban un carácter de elegante familiaridad, que les daba especial encanto. Nada, en estas noches, de cómicos ó cantantes asalariados. Entre damas jóvenes y discretas, literatos y hombres de mundo, no habían de faltar recursos para pasar la velada del modo más agradable y divertido. Y, en efecto, todos se prestaban de buen grado á lucir sus aptitudes y habilidades. Se ponían charadas en acción, se declamaban versos, se proponían enigmas y juegos de palabras, y, lo más entretenido, se contaban cuentos graciosos ó espeluznantes. Pero en este género de talento pocos igualaban, y ninguno sobrepujaba al Duque de Rivas. Y eso que, en aquellas reuniones, solía verse á narradores tan gallardos y agudos como un Próspero Merimée y otros novelistas de no menos crédito. Verdad que una cosa es la reflexiva pluma y otra la palabra improvisada. Y

como aquel don de contar que poseía el Duque, era conocido de muchos de los allí presentes, y nuestra esclarecida cuanto infortunada compatriota, la Emperatriz Eugenia, se complacía grandemente en escuchar á su amigo, no era extraño que en aquellas ocasiones se fijasen en él las miradas, ni que alguna aristocrática dama, cuando no la misma Emperatriz, se le acercase y le rogara que, ya que también sabía hacerlo, les refiriese algún lance ó curiosa aventura de su variada existencia, ó bien alguna leyenda ó tradición española. No era posible resistir á tal demanda. Y Saavedra, que hablaba con sumo desembarazo la lengua de Molière, apelando al arsenal de su prodigiosa memoria, y también á su fecunda inventiva; con cuentos fantásticos ó dramáticos, y á veces cómicos, sazonados, por supuesto, con su sal y su pimienta, aunque sin faltar jamás á la mesura y conveniente decoro, durante largo espacio, tenía pendiente de sus labios al selecto concurso.

El Duque de Rivas no se contentó con ser gran poeta y hombre incomparable de sociedad. Como vuestro inmortal Pablo de Céspedes, á quien llamaron Rafael español en Italia, que al par de pintor egregio, fué notable escultor, distinguido arquitecto, erudito historiador y elegante poeta; Saavedra, dotado de carácter flexible y clara inteligencia; con vasta ilustración, y sintiendo siempre en su pecho la llama del patriotismo, se lanzó con ardor á otros empeños, y de ellos salió igualmente con aplauso y con gloria. Fué bizarrísimo militar y derramó su sangre en los campos de batalla por la independencia de su patria; cultivó con éxito la

pintura, aunque en ella no descollase como en la poesía; desempeñó con honra los más elevados cargos de la nación; brilló en los Parlamentos y las Academias, y, como gallardo y concienzudo historiador, logró ceñir á sus sienes los lauros de los Melos y los Moncadas.

Por lo que á mí toca, si no tuve la dicha de nacer en vuestro suelo, ni de heredar con el nombre que llevo el numen poético del que me dió el sér, heredé, sin embargo, su afición á las letras y su gran amor á esta tierra privilegiada. Y ¿cómo no sentirse cautivado por su peregrina historia, su maravillosa Mezquita y sus gloriosos recuerdos? No es, ciertamente, la Córdoba de hoy, la opulenta metrópoli del siglo x; no bulle por sus calles y plazas aquella activa población, de más de medio millón de almas; no es como entonces, por el esplendor de las ciencias y de las artes, la Atenas de Occidente, ni posee bibliotecas de quinientos mil volúmenes (y eso que en aquella época no era conocida la imprenta), ni seiscientas mezquitas, ni novecientos baños públicos; ni son hoy, como fueron, las alhajas de sus orífices, encanto de los harenes ó preciado ornamento de templos y palacios; ni acuden solícitos mercaderes, de todas partes, á buscar sus alcatifas de púrpura, sus tejidos de seda, y aquellos vistosos cueros estampados, cuya fama subsiste aún en las naciones extranjeras. Pero si en el curso de los siglos fué á Córdoba tan adversa y despiadada la inconstante fortuna, no pudo quitaros esa fértil y pintoresca sierra que os corona de flores y os abriga en su falda, ni los feraces campos, ni el majestuoso río, ni la dis-

creción y peregrino donaire de vuestras mujeres, ni el valor y nobleza de vuestras almas, ni la aprobada aptitud para todo linaje de artes y ciencias, ni el numen poético de que habéis dado en la presente noche muestra tan señalada. Y si en esta generosa tierra, desde el tiempo de los romanos prendieron siempre las semillas de la civilización, y en ocasiones dieron portentosos frutos, ¿cómo creer que en la época de renacimiento en que vivimos, por el vapor y la electricidad renovado el mundo, Córdoba, que tantos gérmenes de prosperidad y cultura encierra en su seno, y que tal entusiasmo demuestra por sus preclaros hijos, no ha de volver á elevarse al puesto que le corresponde entre las ciudades más ricas y florecientes?

No debo abusar más de tanta benevolencia como me habéis dispensado, y voy á terminar. Pero no lo haré sin rendir antes, á nombre de mi hermano el Marqués de Viana, que me acompaña, y en el mío propio, un tributo de simpatía y agradecimiento á las bellas y elegantes damas, que con tanta distinción y gentileza han presidido este certamen; sin felicitar cordialmente á los poetas y prosistas laureados; sin reiterar, por último, los sentimientos de nuestra viva gratitud á la benemérita Sociedad Económica, á su digno Presidente, á la ilustrada prensa cordobesa, y á todos los que, directa ó indirectamente, han contribuído al esplendor de esta gloriosa solemnidad, cuyo recuerdo quedará eternamente grabado en nuestro corazón.

PRÓLOGO

Á LAS

OBRAS COMPLETAS DE D. ANGEL DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

(Colección de Escritores Castellanos)

ADVERTENCIA

Cuando el distinguido Académico, ilustrado editor de la *Colección de Escritores Castellanos*, me expresó su deseo de incluir en ella las obras completas de mi padre, D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas, le dí desde luego mi consentimiento, como propietario de las mismas. Me comprometí, además, á añadir á la elegante biografía del Duque, escrita por el célebre Pastor Díaz, que sólo llegó en ella al año de 1842, una reseña del resto de su vida, que, para esplendor de las letras, se dilató hasta Junio de 1865, y á escribir un prólogo general referente á todas sus obras, con breves observaciones para ilustración del lector.

En 1894 salió á luz el primer tomo, con el prólogo y la biografía por mí completada, y luego, en los años desde entonces transcurridos, sólo han salido cinco tomos más, faltando todavía que publicar buena parte de los escritos del genial poeta. Y como, al paso que va la edición, no es probable que yo le vea el fin, y mi labor literaria resulta casi desconocida, relegada al primer tomo de unas obras completas, sin completar, que pocos querrán adquirir aislado, decídome á reproducir aquí los mencionados prólogo y reseña: el primero, porque en él se rectifican errores en que, á mi juicio, han incurrido algunos críticos, al tratar del autor de *Don Alvaro;* y la segunda, porque da á conocer lo más notable de su provechosa vida, en los veintitrés años que siguieron al bello trabajo biográfico del Sr. Pastor Díaz.

PROLOGO

Esta es la tercera vez que salen á luz, con el calificativo de completas, las obras de D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas. La edición de 1854 y 55, aunque llena de erratas, hecha con los materiales que el Duque había proporcionado, y en el orden que él mismo los dispuso, contiene, á la verdad, con leves omisiones, cuanto produjo de notable su excelso numen.

Llegado á la madurez de juicio que dan el estudio y los años, no era ya Rivas en aquella época el apasionado secuaz de ninguno de los dos sistemas, que sucesivamente habían cautivado su alma, contribuyendo ambos á hermosear y engrandecer su nativo ingenio. Y depuesta la infundada ojeriza (verdad que los tiempos eran muy otros), con que

en 1833 miraba las composiciones poéticas de su juventud, por haberse en ellas sujetado al entonces llamado gusto clásico, tuvo el buen acuerdo de incluir la mejor parte de las mismas en la referida publicación. De no haber obrado tan discretamente, nosotros, en quien serían hoy verdadero anacronismo tales prevenciones de escuela, las hubiéramos comprendido sin vacilar en la presente colección; que á un poeta, como el nuestro, que florece en una época de transición, y representa mudanzas de gusto y de doctrina estética, hay que presentarlo á la posteridad completo, tal como fué en vida, para que pueda formarse idea cabal de su personalidad literaria.

Aparte de esa consideración, entre aquellas poesías, las hay muy dignas de aprecio y que fuera por demás injusto relegar al olvido. En las amatorias, y particularmente en las dedicadas á *Olimpia,* como dice el ilustre Académico Sr. Valera, «todo es verdad, todo está vivamente sentido y primorosa y fácilmente expresado (1).»

Las odas que le inspiró la guerra de la Independencia, bastarían por sí solas para acreditarle de poeta; y si no logró en ellas, como observan sus críticos, el vuelo de Quintana ó el cincel de Gallego, ya dejó ver las peregrinas dotes que, por diverso rumbo, habían de conquistarle igual ó mayor renombre. Acrece el interés de esos cantos la juvenil edad del autor, y el haber nacido en el bu-

(1) Estudio biográfico, publicado en la revista *El Ateneo* en Diciembre de 1888 y en Enero y Febrero de 1889.

llicio de los campamentos, bajo la móvil tienda, y hasta en los hospitales de sangre, pues, como es sabido, D. Angel derramó la suya en aquella gloriosa epopeya.

Por lo que toca al teatro, no quiso el Duque de Rivas que figurase en la citada edición ninguna de las tragedias que compuso en la juventud, cuando seguía las huellas de Alfieri y de los clásicos franceses. De igual preterición fué objeto *El Parador de Bailén*, juguete cómico, escrito en posteriores tiempos, recibido con poca benevolencia por la crítica, y no tenido por el propio autor en grande estima. En nuestro sentir, el Duque se juzgó con demasiada severidad. Seguramente la mayor parte de aquellas tragedias, ensayos de su mocedad, no se pueden poner en parangón con el teatro de su segunda época; pero entre ellas hay dos, *Lanuza* y *Arias Gonzalo*, que por consideraciones diversas deben figurar en una colección como la presente. La primera, si bien obra de circunstancias y de poco valor como poema histórico, no carece de situaciones de efecto, ni su estilo, aunque á veces algo declamatorio, de rasgos de sincera inspiración. Además, y no es su menor aliciente para el crítico y el biógrafo, nos descubre la fiebre de liberalismo que agitaba al joven poeta, cuando más sumiso parecía á los estrechos cánones de los preceptistas; así como, cuando se hizo romántico, y se desenvolvió su espíritu en la atmósfera de la libertad literaria, sus ideas políticas cambiaron en dirección opuesta, convirtiéndose el fogoso liberal del año 20 en el ultra-conservador del Estamento de Próceres, ó de las otras asambleas á que perte-

neció sucesivamente. *Lanuza*, por la índole de su argumento y las pasiones políticas que halagaba con sus invectivas contra los tiranos y sus alardes patrióticos, se representó con éxito ruidoso en todos los teatros de España, y alcanzó por aquellos tiempos inmensa popularidad.

Muy superior es *Arias Gonzalo*, y en nuestro concepto la mejor de las tragedias del Duque. Escrita en la Isla de Malta, cuando su autor empezaba á sentir el influjo de las nuevas ideas, y ya en la madurez de su talento, nótase en ella más brío, más arranque y más personalidad que en las anteriores. El asunto está bien concebido, y la acción dramática, aunque tal vez poca para cinco actos, encerrada con habilidad dentro de las unidades clásicas, marcha naturalmente á su desenlace, despertando á cada paso creciente interés. No sabemos el efecto que produciría en las tablas (tenemos entendido que no llegó á representarse); pero no es posible leerla, especialmente los dos actos últimos, sin profunda emoción. ¡Qué pasiones tan nobles! ¡Qué lucha de afectos tan bien sentida y tan bien expresada! Y ¡qué soplo de heroísmo y de grandeza medioeval en toda la obra! Los caracteres, particularmente el del protagonista, vigorosamente trazados; la versificación, en general, sobria y robusta; el estilo, lleno de viveza y de fuerza expresiva.

No acertamos á comprender por qué su autor trató esta obra con tanto desdén, y cómo ha yacido hasta aquí ignorada, pudiendo, en su género, figurar con honor entre las mejores del Duque de Rivas.

En cuanto á *El Parador de Bailén*, comedia ligera y festiva, si no de muy subido valor, tampoco es despreciable; y como no le faltan situaciones cómicas, y el diálogo es chispeante y fácil, y la lengua está manejada con maestría, no opinamos que sea «una farsa poco digna de la pluma de tan gran poeta (1),» ni que deba, por lo tanto, segregarse del resto de sus obras.

La edición de Barcelona, hecha en 1885, fuera de las bellas ilustraciones que la decoran, y de la inclusión, entre las poesías, del romance *La Nochebuena en París y Madrid el año* 1857, no publicado hasta entonces, fué sólo una reproducción de la de 1854 y 55, aunque todavía más incorrecta; y á pesar de las exornaciones y lujo aparente, en realidad pobre y mezquina. Pocas son las páginas en que el texto no se halle desfigurado con alguna ó varias erratas, siendo frecuente hallar versos estropeados y pasajes que no se entienden ó resultan ridículos. Y por encerrar en dos tomos, con la única mira de ahorrar papel, el material que en la anterior edición ocupaba cinco, la parte de versos está impresa á dos columnas, y la de prosa á tres, con tipo de letra tan diminuto, esta última, que pocos podrán leerla sin cristales de aumento: en suma, una edición de pacotilla.

La que ahora ofrecemos al público en la *Colección de Escritores Castellanos* no va ornamentada con los primores del lápiz y del buril; pero en cambio hemos procurado que salga más limpia y correcta

(1) Cañete en su estudio biográfico, tomo XVI de la *Colección de Escritores Castellanos*.

que las anteriores, y pueda servir de modelo á las que vengan después.

Además de la pureza del texto, el que la compare con las antecedentes hallará en la nuestra notables diferencias. La hemos aligerado de dos prólogos, que nos ha parecido inútil reproducir, y, por otra parte, la hemos enriquecido con valiosos aumentos; tales son: una reseña de la vida del Duque, desde el año de 1842 (donde termina la biografía que escribió de él Pastor Díaz) hasta su fallecimiento, ocurrido en 1865; la inclusión, en la parte lírica, de un lindo madrigal dedicado á su esposa, y de alguna otra poesía, que no figuraban antes en sus obras; la mayor amplitud dada á su teatro con la publicación de las olvidadas tragedias *Lanuza* y *Arias Gonzalo*, y de la comedia *El Parador de Bailén;* y, por último, la inserción, al lado de los discursos académicos, de las más notables de sus arengas políticas. El proceder que hemos seguido requiere alguna explicación.

En la referida edición de 1854 y 55 se incluyeron varios prefacios: uno general y comprensivo de todas las obras del Duque, debido á la pluma del ilustre Académico Sr. Cañete; y ciñéndose á alguno de los géneros en que se ejercitó el poeta, ó bien á algún escrito en particular, otros de Galiano, Ochoa, Hartzenbusch, Pacheco (sin contar el muy erudito y elegante con que el mismo Duque ilustró sus *Romances Históricos*). Todos son dignos de los esclarecidos nombres que los suscriben; pero el tiempo no pasa en vano, y por diversas circunstancias hay dos de ellos que en esta Colección carecerían de oportunidad. El del se-

ñor Cañete, corregido, reformado y agrandado hasta convertirse en el excelente estudio biográfico publicado en 1884 (1), quedó desde entonces obscurecido y virtualmente desechado por su mismo autor; y el muy notable de D. Antonio Alcalá Galiano, con que salió á luz en París *El Moro Expósito*, en 1834, es más bien una sabrosa lección de elevada crítica literaria acerca de la debatida cuestión de clásicos y románticos, sin interés de actualidad, que un análisis del poema, del cual apenas habla. Ambos quedan, pues, suprimidos (2). Los demás, aunque no alcancen gran novedad en sus juicios, y aun contengan apreciaciones muy controvertibles, los hemos respetado como testimonio de afecto y admiración al poeta.

También hemos reproducido, una vez más, la animada biografía del Duque escrita por el señor Pastor Díaz. Pero como ésta fué publicada el año 1842, y el Duque no falleció hasta 1865, abarcando esas fechas un largo período de veintitrés años, durante el cual se vió mezclado en importantes acontecimientos, prestó nuevos servicios á su patria y llegó al apogeo de su gloria literaria; nosotros, reuniendo datos, evocando recuerdos, y apoyándonos en la autoridad de renombrados críticos,

(1) *Colección de Escritores Castellanos*, ya citada.

(2) A pesar de lo que decimos, el prólogo se publicó con el poema en el tomo III, pues nos asaltó el temor de que si nosotros lo suprimíamos, nadie recogiera tan interesante pieza literaria, y quedase al fin olvidada.

para no ser tachados de parcialidad al apreciar sus obras, hemos tratado, no de competir con su esclarecido biógrafo, sino meramente de reseñar el último tercio de su noble vida.

Después de la biografía citada, otras se han escrito, y no de escaso mérito, á la verdad: la ya mencionada del Sr. Cañete; la del Sr. Valera, interesantísima por el íntimo conocimiento que tenía del Duque, con quien había vivido varios años en Nápoles, y también por el genial estilo con que el autor de *Pepita Jiménez* lo describe y caracteriza; la del erudito Sr. Vidart, estudio discreto y bien hablado, como todos los suyos, en que no faltan personales recuerdos, ni oportunas reflexiones políticas y literarias. Sin contar otros trabajos de poca entidad, hay además el muy apreciable del distinguido crítico francés M. Charles de Mazade (1), y los discursos necrológicos que los Sres. Marqués de Valmar y Amador de los Ríos leyeron en sus respectivas Academias, la Española y la de Nobles Artes de San Fernando.

En medio de esta riqueza crítica y biográfica, no hemos vacilado en escoger desde luego la obra de Pastor Díaz, la cual hemos considerado siempre, en cuanto á los hechos que en ella se narran, como una especie de autobiografía. Vamos á explicarnos. El Duque no dejó, como algunos sin fundamento suponen, memorias escritas, por más que hablase alguna vez de escribirlas. Además de que su natural no propendía al misterio, y al que

(1) *Revue des Deux Mondes*, 15 Janvier 1846.

traza estos renglones no se lo hubiera tenido oculto, hemos examinado escrupulosamente todos sus papeles, y no hemos hallado nada que justifique tal creencia. Sí recordamos, á pesar del tiempo transcurrido, que allá por los años de 1841, cuando el Sr. Pastor Díaz se dirigió al Duque pidiéndole noticias y datos para escribir su biografía, éste le envió un voluminoso manuscrito, especie de libro de memorias, relato fiel de las vicisitudes de su azarosa vida. Lo que el manuscrito contenía, embebido está en la obra de su biógrafo, de quien son naturalmente los juicios políticos y la crítica literaria. Bien se echa de ver la mano del Duque en la gráfica narración de ciertos episodios. Es preciso que á uno le hayan sucedido las cosas para contarlas de manera tan expresiva. Pero, desde entonces, no sabemos que se cuidase de tomar notas sobre nada de lo que presenciaba ó le acontecía. Eso sí: en su feliz memoria lo guardaba todo, hechos, imágenes, fechas, juicios é impresiones; de aquí el encanto de su conversación, á que tanto interés prestaban la anécdota y el recuerdo.

Por los motivos expuestos, así como por ser los otros estudios más bien semblanzas y especulaciones críticas que biografías verdaderas, nos hemos decidido por el trabajo del Sr. Pastor Díaz. Sin que esto quiera decir que aceptamos en todo sus puntos de vista, ó nos parezcan siempre acertadas las opiniones que emite, y aun contraponiéndoles alguna vez, en notas, los juicios de otros escritores.

¡Cosa extraña! Conviniendo todos en su méri-

to sobresaliente, no hay entre los biógrafos del Duque dos que aprecien del mismo modo sus obras.

A tal extremo llegan las divergencias, que donde unos encuentran defectos, otros descubren bellezas de primer orden. Tal sucede con el desenlace de la épica leyenda *El Moro Expósito*, motivo de censura para el Sr. Pastor Díaz y otros críticos, y de extremado elogio para el Sr. Cañete. *Don Álvaro*, el más celebrado de los dramas del Duque, es objeto de iguales diferencias. Pastor Díaz, Cañete, Valera, convinininiendo todos en que es la obra más importante del moderno teatro español, y encomiando con entusiasmo las bellezas que lo avaloran, difieren completamente al apreciar su tendencia moral y fundamento filosófico. Donde Pastor Díaz, Mazade y otros sólo ven la reproducción del fatalismo griego, no siendo á sus ojos D. Álvaro más que un nuevo Edipo, predestinado para hacer la desgracia de una familia, Cañete halla una idea profundamente cristiana, desarrollada con singular acierto en una acción grandiosa, producida por el choque de pasiones violentas, pero humanas y verdaderas, en que las desgracias son lógica consecuencia de nuestros voluntarios errores (1).

Valera no se acomoda con tal explicación. La falta de D. Álvaro tratando de robar á su novia, cuya mano (á juicio del ingenioso escritor) tan sin razón le niega el Marqués de Calatrava, es á sus

(1) *Colección de Escritores Castellanos*, tomo XVI.

ojos pecado venial, y no halla en culpa tan leve motivo para que el cielo se desencadene contra aquellos infelices. «Todo caballero (dice), no siendo un mandria y estando tan fina y entrañablemente enamorado, hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias, salvo el caso de una virtud sublime, que se puede poner como modelo ideal y no como precepto corriente... Todas las desventuras de D. Álvaro no ocurrieron, ni tuvo el poeta intención de que ocurriesen, sino de resultas de un acaso funesto: el disparo de la pistola que da muerte al Marqués de Calatrava. Lo demás es un encadenamiento de consecuencias naturales (1).»

En efecto: nada tiene que ver con el funesto determinismo que lleva inexorablemente á los héroes de los dramas y novelas naturalistas, hoy en boga, á todo linaje de crímenes y abominaciones. En medio de las desgracias y horrores que forman la trama del poema, el alma humana, como observa el Sr. Valera, queda limpia, grande y hermosa.

No es de extrañar que un drama como el *Don Alvaro*, cuyo argümento entraña el arduo problema de la libertad moral de los actos humanos, dé margen á los críticos para tan varias especulaciones, según el punto de vista en que cada cual se coloca. El público, ese no se mete en filosofías, ni le importan, y aplaude la obra con furor, porque le gustan sus cuadros populares, le embelesan sus versos, y las terribles desventuras de D. Álvaro y

(1) Estudio biográfico citado.

Doña Leonor le interesan y le conmueven profundamente.

En esto de la diversidad de opiniones acerca de sus tendencias y alcance moral, el *Don Alvaro* ha corrido la suerte de otros famosos dramas, y aun de obras de otra especie, honor del ingenio humano. ¿Cuánto no se ha dicho sobre el *Hamlet?* ¿A qué diversos juicios y explicaciones no ha dado lugar el *Fausto* de Goethe, sobre todo en su segunda parte? Y ciñéndonos á nuestra patria, la historia del *ingenioso hidalgo*, tan comprensible para todo el mundo, ¿de cuántas sutiles lucubraciones y especiosos comentos no ha sido objeto entre propios y extraños? Con las creaciones del ingenio, que sorprenden y cautivan nuestro ánimo, y cuyo fondo psicológico nos afanamos en sondear, nos suele suceder lo que en la contemplación nocturna, á la trémula llama de las bujías, de ciertos retratos antiguos que excitan nuestra curiosidad, ó nos atraen por la belleza artística: á poco de fijar con alguna insistencia la vista en ellos, parécenos que las figuras se mueven, que sus ojos nos observan malignos, que sus bocas se contraen con sardónica risa, y nuestra ofuscada imaginación encuentra efectos, actitudes y expresiones, en que ni siquiera soñó el pintor al copiar el modelo y dar á su tabla el vigor de la vida.

No cumple á nuestro propósito formular un juicio sobre el *Don Alvaro*, ni en ningún caso lo intentaríamos, temerosos de que se nos tachase de parciales. Mas prescindiendo de las encontradas opiniones de que hemos hecho mención, y creyendo que no faltaba razón al Sr. Cañete, al afirmar

que las intuiciones del genio son superiores á los propósitos mismos del hombre (1), opinamos que si hay lección moral en el drama, cualquiera que ella sea, proviene naturalmente de la esencia del argumento elegido por el poeta, y de la verdad con que pone en lucha las pasiones humanas; pero sin que se propusiese, *a priori*, llevar al teatro problemas psicológicos ó sociales, como es hoy frecuente en la dramaturgia al uso, donde tantas extravagancias y tantos ripios acumula el afán de lo hondo. ¡Cuántas veces le oímos burlarse, con su natural gracejo, de las reconditeces y transcendencias que algunos descubrían en su famoso drama! Esta hermosa creación fué hija del movimiento literario que avasallaba entonces los espíritus en toda Europa. Saavedra quiso escribir un drama romántico, y al romper con la escuela pseudoclásica, cuyos cánones tanto tiempo le sirvieron de guía, poeta esencialmente español, no quiso dejarse arrastrar por un extranjerismo exagerado, convirtiéndose, al abandonar la imitación de Racine ó de Alfieri, en humilde secuaz de Alfredo de Vigny ó de Víctor Hugo; y buscando el venero de la inspiración dramática en sus propias afecciones y creencias, en los recuerdos de la patria y de los lugares frecuentados por él en sus juveniles años, fijóse al cabo en una tradición andaluza, que había oído referir de niño á una antigua criada de su madre, y forjando sobre aquella base la trágica fábula del *Don Alvaro*, y revistiéndola de los esplen-

(1) *Colección de Escritores Castellanos*, tomo XVI.

dores de la musa calderoniana, formó, sin duda, un drama romántico; pero el más español y también el más popular de cuantos hemos visto en la escena.

No ya sólo en cuestiones de doctrina, sino hasta en puntos de hecho difieren los mencionados críticos del *Don Alvaro*. El Marqués de Valmar, en su discurso necrológico ya citado, tratando de investigar cuáles fueron los impulsos generadores del drama en el alma del poeta, sentó no ser casi dudoso que el Duque de Rivas se había inspirado en la novela de Próspero Mérimée, *Les âmes du Purgatoire*, publicada más de un año antes de la representación del *Don Alvaro*, tomando de ella particularmente «el pensamiento de emplear la afrenta de una bofetada, como medio de exasperar á un monje, hasta el extremo de hacerle olvidar la mansedumbre evangélica y pelear con el hermano de la mujer que había amado.» El Sr. Cañete, en un curioso apéndice á su estudio biográfico del Duque, demuestra de un modo concluyente la falta de base de la afirmación del Marqués. Mérimée empezó á publicar su novela en *La Revue des Deux Mondes* del 15 de Agosto de 1834, y el *Don Alvaro*, aunque es verdad que se estrenó en Madrid el 22 de Marzo de 1835, no lo es menos que su autor lo compuso durante su residencia en Tours, hacia el año de 1832. De un modo análogo se expresa el Sr. Valera (1), y aun asegura que Próspero Mérimée tuvo en su poder algún tiempo el manuscrito del *Don Alvaro*, antes de publicar su

(1) Estudio biográfico citado.

novela. Podría replicarse, sin embargo, que el Duque hizo importantes alteraciones en su drama para darlo al teatro. Es verdad, lo enmendó ó retocó en algunos puntos. Además, todo él estaba escrito en prosa, y lo versificó en parte; pero no puede admitirse, cualesquiera que fuesen las reformas realizadas por el autor, que, antes de intentarlas, su drama careciese de la escena capital, justamente de aquélla en que estriba el desenlace, y que se le ocurriese añadirla sólo por haber leído la novela de Mérimée. Fuera de que el lance en sí no era nuevo, ni había para qué ir á pedirlo prestado á una novela extranjera. En buena crítica, la cuestión vale poco; pero justo es dar á cada cual lo suyo.

Si de tan encontrados juicios ha sido objeto el *Don Álvaro*, ¿qué diremos de *El Desengaño en un Sueño?* Según Cañete, es «la más original y encumbrada obra poética del Duque,» en la cual ha logrado realizar «el drama filosófico del Mediodía, profundo en su esencia, como el del Norte; brillante y lozano en su aspecto, como el sol ardiente que nos ilumina.» Abundando en este modo de sentir, dice el Marqués de Valmar: «Esta obra es la que tiene carácter más universal entre todas las del Duque de Rivas... *El Desengaño en un Sueño*, con ser su entonación calderoniana, no está lejos de la inspiración septentrional, y no desdeciría, por cierto, entre las mejores producciones de Goethe y de Lord Byron (1).»

Oigamos ahora á D. Juan Valera:

(1) Discurso necrológico sobre el Duque de Rivas.

«Es un dolor que este mismo Duque de Rivas que escribe el *Don Álvaro*, escriba en 1842 un drama que lo contradice, lleno de espíritu sofístico y verdaderamente pesimista y fatalista: hablo de *El Desengaño en un Sueño*... El Duque quiso hacer algo como una comedia de magia y de grande aparato, por lo serio; pero mientras que en *Don Álvaro* se dejó llevar de su instinto natural sano, é hizo una obra simpática, aquí se dejó llevar, sin caer en la cuenta, de teorías pesimistas á la moda de entonces, de un catolicismo viciado que humilla al sér humano más de lo que prescribe la ortodoxia, é hizo una obra falsa que no puede interesar.»

No ocultaremos que nos parecen más ajustados á la verdad los juicios de los Sres. Cañete y Valmar. El Sr. Valera, que tanto sabe y con tanta gracia y color escribe, olvida en su crítica extremada aquella máxima de las escuelas: *Qui nimis probat, nihil probat*, y prescinde de que en esta obra singular del Duque de Rivas, lo de menos es lo real, y lo importante el sueño, grandiosa alegoría, en magníficos cuadros, de las pasiones del hombre y sus insaciables deseos. Es claro que, mirádo todo á la fría luz de la razón, lo de la Astrología judiciaria es un desatino que no comprendemos hoy cómo ha podido sostenerse tanto tiempo en el mundo, y otro lo de la magia, en que ya nadie cree; y que Marcolán, en vez de entregarse á sus artes diabólicas y tener á su hijo aburriéndose en un islote desierto, por miedo de lo que había leído en las estrellas, debió haberle educado en la sociedad de sus semejantes, enseñándole á

moderar el ímpetu de sus pasiones, á refrenar sus torpes instintos; y defendiéndole contra sí propio y contra los demás, guiarle con paternal solicitud por entre las sirtes y escollos del mar de la vida. Pero el lector, ó el espectador, no lo considera bajo ese aspecto, ni busca, como dicen nuestros vecinos los franceses, *midi à quatorze heures:* comprende, desde luego, que se trata de una leyenda fantástica, y, sin esfuerzo, se pone en la situación de los personajes y en el punto de vista del poeta. Ni creemos que el Duque se dejó arrastrar por la moda, ni menos influir por «un catolicismo viciado.» Encontró el asunto, lo halló bueno para una alegoría dramática de las pasiones humanas, y sin prejuicio ni extraño influjo, por natural impulso y amor al arte, emprendió su obra, prodigando en ella, cual en ninguna, los tesoros de su rica vena. No es aventurado afirmar que como poeta esplendoroso y castizo, no rayó nunca á mayor altura. Y todo esto sin que padeciese lo más mínimo su sér moral é intelectual, ni dejase de ser *the healthiest of men*, que Carlyle aplicaba á Walter Scott y Valera al Duque. Ni nos parece justo tampoco tacharle de poco sincero al escribir *El Desengaño en un Sueño*. No parece sino que no pueden pintarse las desgracias ajenas, porque uno posea un temperamento risueño, goce de buena salud y no le maltrate la fortuna. La observación, la reflexión y el sentimiento pertenecen á todos, y, además, el mundo de los poetas es el mundo de las ficciones.

Ya hemos dicho, al señalar las contrapuestas opiniones á que ha dado margen *El Desengaño*, que nos inclinábamos á las manifestadas por los

Sres. Marqués de Valmar y Cañete, muy semejantes.

Lo que no nos parece bastante motivado, es la gran extrañeza que muestra el Marqués de que el Duque de Rivas hubiera tenido una inspiración filosófica, asegurando con insistencia que la facultad de filosofar había estado hasta entonces dormida en su mente (1). No nos es lícito dudar del alto concepto en que el Sr. de Cueto tenía á su cuñado como poeta; pero la especie se ha repetido sin atenuación por los que gustan de encontrarse los juicios hechos, en lugar de formarlos por sí propios; y como es susceptible de interpretaciones, que seguramente no estuvieron en la mente del Marqués, vamos á dedicarle algunas palabras.

Ciertamente el Duque no se proponía en sus dramas probar tesis, como es hoy costumbre hacerlo, ni le ofuscaban, según observa discretamente el Sr. Valera, un filosofismo racionalista ni una exagerada piedad (2); pero declarar en absoluto que la facultad filosófica estaba escondida en su mente, es extremar demasiado las cosas y sentar una aseveración muy poco conforme con la realidad.

Al presentarlo como un poeta completamente divorciado de la filosofía, parece como que se hace de él un versificador huero, sin elevación, profundidad ni substancia. Nada menos exacto. No hay más que fijarse en *El Moro Expósito*, la más importante de sus leyendas épicas, donde la in-

(1) Carta al señor Conde de Morphi.—*Ilustración Española y Americana*, Diciembre de 1875.

(2) Estudio biográfico citado.

tención moral y filosófica es evidente; ó en el *Don Alvaro*, donde el hombre está tan profundamente estudiado y comprendido, es decir, en sus dos obras capitales, escritas antes de *El Desengaño en un Sueño*, ó en la leyenda *El Aniversario*, escrita después, ó en el romance *El Solemne Desengaño*, ó en alguna de sus poesías líricas, por ejemplo, *El Canto de la Vejez*, para convencerse de lo infundado y gratuito de semejante aserción.

El Sr. Valera, defendiendo el poema del Duque, *El Paso Honroso*, del calificativo de «insignificante,» aplicado por algún crítico á su argumento, dice, con oportuno humorismo, que «para los que buscan siempre en la poesía no sabe qué transcendencias filosóficas, la *Analítica* de Sanz del Río, las *Proposiciones* de Euclides ó el *Deuteronomio*, puestos en verso, serían más á propósito y hasta más amenos (1).»

No necesitamos decir que el Marqués de Valmar, cuyo buen gusto todos conocen, nada tiene de común con esos amigos de lo transcendente á que alude el Sr. Valera. En los mismos elogios que prodiga al Duque, en quien hallaba, sin razón, dormida la facultad filosófica, demuestra que para él es poeta, sea ó no filósofo, el que sabe en sus versos realizar la belleza, en lo cual estamos conformes con el ilustre Académico.

No idéntica, pero sí parecida á la opinión que nos ha movido á la leve protesta que antecede, es la que hallamos consignada en la obra *Nuestro Siglo*, de Otto von Leixner, bastante mal vertida al

(1) Estudio biográfico citado.

castellano, si bien ampliada en lo concerniente á España por la experta pluma del Sr. Menéndez y Pelayo, á quien los editores confiaron cuerdamente esta parte del libro, por ser pobrísima, casi nula, en el original. El insigne crítico bosqueja con el brío que le es peculiar la figura literaria del Duque de Rivas, y después de proclamarle gran poeta, genuinamente español, y de caracterizar con notable acierto la índole de su numen, afirma, á vuelta de justas y espontáneas alabanzas, que sus versos carecen de sentimiento: «brillantes siempre, pero siempre exteriores,» sin lo cual podría conferírsele, sin restricciones, el primer puesto en el moderno Parnaso español. Mucho respetamos las opiniones del sabio Catedrático, honor de las letras españolas; pero aunque sea tímidamente, como aquél que en algún punto se desvía del maestro, hemos de exponer nuestra disconformidad con semejante afirmación, contradicha implícitamente por el juicio que poco después arranca á su sinceridad la serena consideración del *Don Alvaro:* «Inmenso como la vida humana, rompe los moldes comunes de nuestro teatro, aun en la época de su mayor esplendor, y alcanza un desarrollo tan vasto como el que tiene el drama en manos de Shakespeare y de Schiller.» Un autor que de esa manera concibe y desarrolla un drama, no es verosímil que carezca de sentimiento, hasta el punto de ser simplemente un poeta «externo.» La razón por qué *Don Alvaro* no ha envejecido, á pesar de haber pasado la moda de los dramas románticos, no es otra que el espíritu verdaderamente humano que vivifica el poema, y lo hondamente sentidas y vi-

gorosamente expresadas que están las pasiones puestas en juego. Es verdad que el Duque no convertía su pluma en escalpelo, metiéndose, de caso pensado, en obscuros problemas psicológicos, ni le obcecaba la manía de los modernos noveladores naturalistas de hacer de sus héroes documentos humanos, para que los historiógrafos del porvenir puedan reconstituir lo presente; pero cuando el asunto, por su índole especial, requería en su desempeño profundidad y elevación, á fe que entonces ahondaba, y sabía volar, como lo prueban *Don Alvaro*, *El Desengaño en un Sueño*, y entre otras composiciones, aquel precioso romance en que con tanta verdad nos pinta la escondida pasión del Marqués de Lombay por la Emperatriz Isabel, y las ansias y tribulaciones que acongojaban su espíritu. Y ¿quién que lea *El Desterrado*, *El Faro de Malta*, *El Sombrero*, *La Vuelta Deseada*, dirá que estas composiciones carecen de sentimiento? Y si nos fijamos en la parte épica de sus obras, los romances y las leyendas, ¿cómo ha de ver la posteridad un poeta meramente externo, en el que supo infundir en sus versos el alma de la patria?

Tocante al mérito respectivo de los poemas y leyendas, obsérvanse también notables discrepancias entre los críticos: Valera cree de valor más subido *El Paso Honroso* y *La Florinda* que las leyendas, por supuesto exceptuando *El Moro Expósito*. Valmar y Cañete opinan lo contrario. D. Eugenio Ochoa, en el prólogo que escribió á dichas leyendas para la edición de 1854 y 55, estima como la más bella y la más importante la que lleva

por título *Maldonado*, y como la de menos gala y esmero en la forma, aunque le admire el sublime cuadro de la misa, *El Aniversario*. El Sr. Valera es de opuesto sentir: pone la última por las nubes, y le complace poco la que tanto entusiasma al señor Ochoa. Todos esos disentimientos me confirman en la creencia de que, no obstante los veintisiete años transcurridos desde su fallecimiento, la posteridad no ha llegado aún para el Duque de Rivas. Faltan todavía aquel desinterés, aquella integridad de espíritu y serenidad de juicio, tan necesarios para dictar sentencia definitiva sobre el mérito de las obras de un autor.

Los contemporáneos no son buenos jueces. ¡Es tan difícil despojarse de preocupaciones y sentimientos personales! En una cosa están todos acordes: en que era un gran poeta.

A la reseña biográfica con que hemos continuado, sin tratar de igualarla, la obra del Sr. Pastor Díaz, hemos añadido un artículo que titulamos *Notas Póstumas*. Desde que le perdieron las letras patrias, ha crecido la fama del Duque, cuando la de otros que gozaron en vida mayor popularidad ha disminuído. El estreno de *El Desengaño en un Sueño* en el Teatro de Apolo, bajo los auspiciòs del malogrado é inolvidable Rey D. Alfonso XII; la especie de resurrección del *Don Alvaro* y su inmensa boga, sosteniéndose gallardamente en los teatros, sin que logren obscurecerlo las producciones dramáticas de la moderna escuela naturalista; las ovaciones tributadas á la memoria del poeta; los certámenes abiertos para ensalzar su nombre, hechos son cuyo glorioso recuerdo hemos querido

conservar en el mencionado artículo, seguros de que su lectura ha de ser grata á los admiradores del Duque.

Por último, en los apéndices hemos reunido algunas curiosidades literarias referentes al preclaro escritor.

RESEÑA BIOGRÁFICA

DEL

DUQUE DE RIVAS

DESDE 1842 HASTA 1865

RESEÑA BIOGRÁFICA

Cuando en 1842 publicó el Sr. D. Nicomedes Pastor Díaz la elegante biografía que precede, el Duque de Rivas, sin ser ya joven, hallábase lejos todavía del término de su carrera. La parte de su vida que empieza entonces y vamos á reseñar, no es ciertamente tan varia y novelesca como aquella otra en que derramaba su sangre en los combates, ó vagaba proscrito de playa en playa; pero ofrece no menor interés, enlazándose á importantísimos sucesos, y habiendo en ella, como poeta y también como prosista, llegado á su mayor altura.

No le faltaba razón á su ilustre biógrafo, al motejar de bárbara la teoría que sólo ve las lumbreras del ingenio en las tinieblas del infortunio. El Du-

que de Rivas, que, vuelto á la patria, ya en días prósperos y felices, escribía sus *Romances Históricos* y sus mejores obras dramáticas, si se exceptúa el *Don Álvaro;* ocupando más tarde un encumbrado puesto diplomático en la capital más bella de Europa, y con dulces ocios que emplear en sus artes favoritas, alcanzaba como lírico inmarcesibles palmas, y entrando también en arduos y severos estudios, añadía á su renombre de poeta, el de concienzudo y gallardo historiador.

Pero era destino de aquella existencia el ser por la política constantemente disputada á las letras; y aunque creamos fundada la opinión de que era el Duque, antes que todo, poeta y artista, fuerza es confesar que la flexibilidad de su talento, su gran experiencia, su don de gentes, y hasta el encanto de su fácil palabra, le daban particular aptitud para los cargos públicos. No es extraño, pues, que con tanta discreción y acierto desempeñase los diplomáticos, en que los intereses egoístas de partido ceden por lo común el puesto á más amplias y levantadas miras, y donde no hay, por otra parte, que descender á embarazosos pormenores administrativos, con que no se avenía bien la libre condición de su espíritu.

Muy aventajadas pruebas dió el Duque de semejante idoneidad. Y la interesantísima correspondencia que, siendo Embajador en Nápoles, mantuvo con el Gobierno español, desde Agosto de 1847 hasta Junio del 49 (y de la cual, si bien incompleta, hemos hallado copia entre sus papeles), es elocuente testimonio del tacto, celo é inteligente iniciativa con que se condujo, en medio de los

azares y turbulencias que durante dos años tuvieron el trono de Fernando II al borde del abismo.

Sin que sea nuestro objeto historiar aquel período memorable, primer acto de un drama cuyo desenlace, no sabemos si final todavía, habíamos de presenciar veintiún años después, algo de lo más concerniente á la persona y misión de nuestro representante en aquella corte, habremos de recoger de los preciosos documentos citados. Por lo mismo que el Duque no dejó memorias escritas, aunque por alguno se haya creído lo contrario, no estará de más que demos á conocer, siquiera sea ligeramente, esa curiosa fase de su vida pública, en que su elevado carácter, su clara razón, sus nobles convicciones aparecen con singular realce.

Mas cada cosa á su tiempo, y empecemos nuestra narración allí donde el Sr. Pastor Díaz dejó suspensa la suya.

Permaneció el Duque en Sevilla el año de 1842 y parte del 43; y continuando sus tareas literarias y artísticas, compuso la festiva comedia de costumbres *El Parador de Bailén* y el drama fantástico *El Desengaño en un Sueño*, obras de distinto mérito y muy diversa índole, con las cuales, haciendo un alarde de sus ricas dotes y felices aptitudes para los géneros más opuestos, se despidió para siempre del teatro.

Por razones que comprenderán nuestros lectores, hemos de ser muy parcos en apreciaciones literarias: tal vez, además del talento, nos faltase la imparcialidad debida; y en caso de no faltarnos, los elogios, por justos que fuesen, en nuestra pluma podrían parecer apasionados. Así, habremos

de contentarnos, por punto general, con el sencillo papel de narradores, recurriendo, para estimar las obras del Duque, á la autoridad de los ilustres escritores que de ellas han tratado, y cuyos juicios, cuando más, confirmaremos con ligeras amplificaciones.

No se mostró la crítica muy benévola con *El Parador de Bailén*, ni tampoco su autor debía de tenerla en mucho aprecio, cuando se abstuvo de incluirla en la edición de sus *Obras Completas* de 1854-55. La comedia no es, en verdad, de gran importancia, y peca, tal vez, por la crudeza de algunos efectos; mas no le faltan, ciertamente, vida, movimiento, alegría y fáciles diálogos, salpicados de chistes y agudezas. Sea cualquiera su valor intrínseco, no deja de ser curioso que pertenezca á la misma época en que el autor creó su drama fantástico *El Desengaño en un Sueño*, y que sean ambas obras, como las dos notas extremas del extenso diapasón que podía recorrer su privilegiada musa.

A esa flexibilidad de ingenio juntaba el Duque la grande espontaneidad con que escribía, la cual era causa de que no siempre madurase lo suficiente sus planes. Ni, por otra parte, se proponía sistemáticamente desarrollar tesis en el teatro, como es hoy costumbre hacerlo: buscaba pasiones, caracteres, lances cómicos ó dramáticos; y si sus producciones escénicas encierran, á veces, un alto pensamiento que las domina, ó se deduce de ellas moral enseñanza, más bien que efecto de una idea preconcebida, ó consecuencia de afanosas meditaciones, es hijo del asunto elegido con objeto de

divertir ó conmover, más que de instruir ó reformar, y del natural y lógico desarrollo de los caracteres y de la acción. Sin que por ello se entienda que no comprendiese la verdadera importancia de sus obras, escritas algunas con marcada intención filosófica, y todo en ellas conspirando á determinado fin; pero no daba tormento á la historia, á las costumbres y los sentimientos humanos, ó á su propia fantasía, con la mira de aparecer transcendental y profundo. En esto semejábase también á nuestros grandes dramáticos de los siglos XVI y XVII, con quienes tantas analogías guardaba, los cuales, si creaban comedias como *El Condenado por Desconfiado* ó *La Vida es Sueño*, otras muchas compusieron, atentos sólo á divertir honestamente á los espectadores con fábulas interesantes, sin objeto moral determinado.

De todas las concepciones dramáticas del Duque, *El Desengaño en un Sueño*, si no la más original, es sin duda la de más alcance filosófico y mayor vuelo poético. Lisardo personifica la humanidad; su corazón insaciable busca la dicha en la satisfacción de sus codiciosos deseos y arrebatadas pasiones: mientras más logra, más anhela; y, á medida que avanza, en vez de hallar la felicidad, va labrando su irremediable desventura. Llega á un punto en que, espantado de su mísera situación, quisiera retroceder; pero detrás no ha dejado más que ruínas, lágrimas y sangre. ¿Quién puede desandar el camino de la vida? Tal es la idea capital del poema, que el autor desenvuelve en una serie de admirables cuadros, llenos de verdad, de sentimiento y de alta poesía.

Por dificultades que no lo hubieran sido en país más próspero ó de más amor al arte que el nuestro, y acaso también por falta de actores, *El Desengaño en un Sueño* no llegó nunca á representarse, y ¿quién sabe si alcanzará un día los honores de la escena? (1).

También por aquella época el Duque de Rivas, que siempre encontró sumo placer en el cultivo de la pintura (arte en el cual, si mero aficionado, no dejó ciertamente de distinguirse), pintó cuatro cuadros de asunto religioso, muy dignos de aprecio, para el coro de la Catedral de Sevilla, y algunos retratos.

A mediados del año 1843, intereses particulares le obligaron á dejar la Andalucía y trasladarse á Madrid, cuando, volviéndose á obscurecer el horizonte político, amenazaban nuevas borrascas. Sabidos son los sucesos que turbaron muy luego la tranquilidad pública, y el estado lastimoso en que se vió la capital de la Monarquía.

El Duque, durante aquellas angustiosas circunstancias, como leal y buen caballero, se consagró al servicio personal de la Reina niña, y se estableció en Palacio con otros Grandes, que no querían perder de vista á S. M. en aquellos días de tribulación é incertidumbre.

Triunfó la coalición de los partidos progresista

(1) Los alcanzó al fin, cinco años después de escrita esta reseña, en el Teatro de Apolo, con las circunstancias que referimos en el artículo *Notas póstumas*, inserto en el primer tomo de las Obras del Duque. *(Colección de Escritores Castellanos.)*

y moderado (que de largo viene la costumbre de unirse en España opuestas banderías para derrocar los poderes existentes), y concluída de hecho la regencia del Duque de la Victoria, el Gobierno provisional creyó conveniente rehacer de Real orden el Ayuntamiento de Madrid, y nombró decano del mismo al Duque de Rivas.

Resistióse éste á ocupar un puesto que debía legalmente obtenerse por elección popular; pero en atención á lo grave de las circunstancias lo aceptó al fin, desempeñándolo con patriótico celo y general aprobación.

Disueltas las Cortes, y el Senado en su totalidad, fué en las nuevas elecciones propuesto para el cargo de Senador por varias provincias. El Gobierno lo nombró por la de Córdoba, su ciudad natal, y al mismo tiempo Vicepresidente del alto Cuerpo, donde sostuvo con un excelente discurso el proyecto de ley declarando la mayoría de la Reina.

Por aquel tiempo reconoció el Rey de las Dos Sicilias la legitimidad de Doña Isabel II, enviando á Madrid un Ministro plenipotenciario. Y la Reina, siendo Presidente del Consejo el Sr. González Brabo, se dignó conferir al Duque la Legación de Nápoles.

Deseoso el Gobierno de realzar la misión del nuevo diplomático, mandó aprestar la fragata de guerra *Cristina* para que lo transportase al lugar de su empleo. Pero las ocurrencias de Alicante obligaron al Gobierno á echar mano de aquella nave, y el Duque tuvo que hacer el viaje en un vapor inglés, que, tocando en Malta, le proporcionó el gusto de volver á pisar aquel suelo hospitalario,

donde tan afectuosamente se había visto tratado en tiempos de persecución é infortunio, y de abrazar á sus antiguos y constantes amigos, que lo recibieron con grandes obsequios.

Llegó á Nápoles el 4 de Marzo, y presentó sus credenciales el 11 del mismo, siendo desde el primer momento muy bien acogido por aquel Soberano, por el Cuerpo diplomático y por la aristocracia del país.

Pronto se hizo amigo de sabios y artistas; y los poetas Campagna y Duque de Ventignano, y los eruditos Carlo Troja, Blanch y Volpicella, y el escultor Angelini, y los pintores Morani y Smarguiazzi, no eran por cierto de los que menos frecuentaban su elegante palacio, centro brillante de la mejor sociedad napolitana.

Bajo tales auspicios, en tan suave clima y tan hermosa tierra, y no teniendo, por otra parte, intrincados negocios que exigieran grandes desvelos, ni trabajo material y continuo, se dedicó el Duque con más ardor que nunca á las dulces tareas que tanto amaba, y que, en la fortuna como en la adversidad, parecían el fin primordial de su existencia.

Cogiendo de nuevo los olvidados pinceles, produjo algunos cuadros, no faltos de mérito ciertamente; entre otros, una *Judit* que, por su calorosa entonación y elevado estilo, es acaso el mejor de sus lienzos. En una de las Exposiciones de la Academia de San Fernando, la vimos figurar con honor entre las obras de nuestros primeros artistas, mereciendo justos elogios de las personas competentes.

También por entonces compuso, en nuestro sentir, sus mejores poesías líricas. *El Sol Poniente*, *La Aparición de la Mergelina*, *Fantasía Nocturna* y el *Canto de la Vejez*, pueden sin recelo ponerse en parangón con las más excelsas de los Hugo, los Lamartine y los de Vigny, llevándoles la ventaja de la armoniosa lengua en que están escritas.

Pero la obra que, particularmente, señala esta época de la vida del Duque, es la historia de la *Sublevación de Nápoles, capitaneada por Masanielo*, interesante y dramático cuadro de nuestra dominación en aquel reino, bajo el cetro decadente de Felipe IV.

Dado había anteriormente el Duque, en artículos de costumbres, escritos con singular gracejo, en animadas relaciones de sus viajes, en académicos discursos, y en el erudito proemio de sus *Romances Históricos*, notable muestra de galano, correcto y amenísimo prosador. Pero su corona de poeta era tan brillante, que á su lado todo lo demás palidecía. *La Historia de la Sublevación*, escrita con imparcial criterio, gran copia de datos, atinados juicios, excelente método, y, según el Sr. Hartzenbusch (1), en un estilo «fácil, claro, familiar, pero á veces elevado, enérgico y pintoresco, conforme al asunto conviene,» vino á acreditar al Duque de prosista eximio, y á probar que su talento de historiador no desmerecía de su ingenio de poeta.

(1) En el prólogo con que acompañó el quinto tomo de las *Obras Completas*, del Duque de Rivas, publicadas en 1854 y 1855.

Y ¡cuánta enseñanza encierra para nosotros su interesante libro! El verídico, sangriento drama que con tanta vida, color y relieve nos presenta, es, en pequeño cuadro, la sempiterna historia de las revoluciones; cuadro en que vemos obcecados poderes que mina y pierde el abuso de la propia fuerza; rebeliones populares que tuercen y manchan con espantosos crímenes las causas más justas, y los ímprobos afanes y nuevas desgracias que cuesta volver á su equilibrio y natural armonía los varios elementos sociales, una vez trastornados y confundidos.

El Duque de Rivas, para acabar con las autorizadas palabras del sabio escritor antes citado, «sin empeño en remedar á Tácito, ni á Salustio, ni á Mendoza, ni á ningún otro autor, español ni extranjero, nos ha dado un libro de los mejores que en su línea tenemos en el idioma de Mariana y de Solís.»

Verificado el matrimonio de la Reina con su primo el Infante D. Francisco de Asís, creyó el Duque de su deber venir á España á felicitar personalmente á SS. MM., y, obtenida licencia, se puso en camino el 1.° de Noviembre de 1846, deteniéndose un mes en Roma, donde tuvo la hònra de ser afectuosamente recibido por el bondadoso Pío IX, poco después de su elevación al pontificado.

Llegó á Madrid en el momento de la caída del Ministerio Istúriz, combatido por la fracción puritana, en la que ya se descubrían los gérmenes y tendencias del bando que más tarde, con el nombre de *Unión Liberal*, había de causar tan graves y

peligrosas mudanzas en el estado político de la nación española. Fuéronle ofrecidas al Duque la Presidencia del nuevo Gabinete y la cartera de Estado, con grande empeño de que las aceptara. Pero el Duque, en cuyo corazón el amor á la gloria no se mezclaba con la codicia del mando, y que sabía, además, por experiencia, las amarguras y contrariedades que trae el poder en pueblos como España, rehusó el ofrecimiento con resolución, logrando, no sin esfuerzo, eludir el compromiso. Y los sucesos no tardaron en demostrar con cuánta sensatez había obrado. Entre la azarosa vida de aquel Ministerio, y la alegre y pacífica de las letras y de las artes en un hermoso palacio de la Ribera de Chiaja con vistas al poético golfo, era en verdad notable el contraste. Por fortuna suya no fué Ministro de la Corona, y después de una corta temporada en Sevilla, donde á la sazón se hallaba su familia, volvió el Duque, no cumplida aún la licencia que disfrutaba, á su Legación de Nápoles. Aunque allí no hiciera más que escribir versos ó prosa, servía con ello mejor á su patria, que hubiera podido hacerlo en Madrid, aceptando en aquellas circunstancias la jefatura ministerial con que sus amigos le brindaron.

De regreso en la capital de las Dos Sicilias, dió la última mano á su historia de Masanielo, de que ya hemos hablado, y escribió la famosa leyenda *La Azucena Milagrosa,* dedicada á su caro amigo, el famoso poeta D. José Zorrilla, en obsequiosa correspondencia de la que éste le dedicó, titulada *La Azucena Silvestre.*

El Duque imagina un argumento enteramente

fantástico, sin valerse de tradición ni conseja alguna, ni buscar sus elementos en ninguna crónica; pero sabe, siguiendo en esto el ejemplo de Walter Scott, enlazarlo con arte suma á los más grandes hechos de la historia nacional. Y el sitio de Granada oportunamente traído para arrancar á Garcerán de los brazos de su esposa, y de las dulzuras de su pingüe estado; y el descubrimiento de América, y la conquista de Méjico, á donde va el infortunado Nuño, como aventurero obscuro y con nombre supuesto, en busca de la muerte, al modo que iba D. Álvaro á las guerras de Italia, dan lugar á magníficas descripciones, que suelen tomar el vuelo y arrebato de la oda, cuando el poeta conmemora enardecido los héroes y las hazañas de los tiempos de la primera Isabel y de su glorioso nieto. ¡Con qué vivo entusiasmo exclama:

«¡Hernán Cortés!... Coloso que descuella
Entre los héroes que la fama adula,
Como gigante pino en los jardines
Se alza soberbio entre la humilde murta.
¡Hernán Cortés!... cuyo glorioso nombre
El primer puesto de la historia ocupa!...»

Al considerar después en lo que vinieron á parar aquellas famosas conquistas, ¡con qué amarga tristeza

«De tanta gloria *sus* ardientes ojos
En aquella región el templo buscan!»

y ¡con qué indignación generosa ve consumirse en estériles discordias aquellos pueblos

«Que niños son y adultos se figuran!»

La Azucena, por su índole fantástico-religiosa, el interés de su argumento, las galas del estilo, y hasta por su entonación y gallardía española, lleva en sí, más que otras producciones del Duque, aquel carácter popular que generalmente las distingue.

No es, pues, de extrañar que á pocos meses de publicada *La Azucena* en la *Biblioteca Universal* de D. Angel Fernández de los Ríos, el autor, que era muy aficionado á vagar por calles y plazas observándolo todo, y á pararse en los puestos al aire libre de coplas y romances, hallara en aquéllos su propia obra, si bien con título diferente, aunque análogo, y desfigurada por una mano inhábil, con objeto, sin duda, de encubrir la falsificación. Unicamente por estas circunstancias, hizo el Duque perseguir judicialmente á los autores del plagio, pues si sólo de una reproducción se hubiese tratado, de seguro no entablara nada contra ellos, como jamás dió paso alguno contra los editores que en España, Francia y Bélgica, sin contar con su voluntad, reimprimieron sus obras. Para el Duque no eran las letras motivo de granjería; solamente buscaba en ellas la gloria y el aplauso.

Por desgracia, los serenos horizontes del tranquilo reino de ambas Sicilias comenzaban á obscurecerse. La nueva política inaugurada en Roma, y la fiebre de libertad é independencia que empezó á manifestarse en otros Estados de Italia, no podían menos de producir viva excitación en el más rico, poblado é importante de todos ellos, donde las pasiones de sus habitantes son tan ardientes como el sol que los vivifica, y donde la impresionable muchedumbre pasa inopinadamente, como

sus famosos volcanes, de la calma más apacible á las más violentas conmociones.

Acercábase, pues, el momento en que el Duque arrinconase su lira, abandonara sus pinceles, y en vez de recrear el ánimo en el estudio de revoluciones pasadas, se le angustiase con el horror de las presentes; viendo á cada paso escenas de devastación y de sangre, y al borde del precipicio un trono, que era su anhelo salvar, sin que los medios de que podía disponer guardasen proporción con sus nobles deseos.

Ya desde 1846, con motivo de la reunión en Nápoles del llamado *Congreso de Sabios*, que cada año se juntaba en una de las capitales de Italia, y que, con pretexto de la ciencia, se proponía sólo propagar ideas de emancipación y de reforma, el Duque, en un despacho muy curioso y discreto, había dado la voz de alarma al Gobierno, llamando su atención sobre los graves síntomas que advertía, y emitiendo oportunísimos juicios sobre las aspiraciones y tendencias de los patriotas italianos.

No es posible volver la vista á aquellos sucesos, sin recordar el grande influjo que, en los albores de la revolución, ejerció en los ánimos la escuela católica liberal, donde figuraban hombres de tanto prestigio como Balbo, Cantú, Azeglio, el P. Ventura; sin hacer memoria, particularmente, del célebre abate Gioberti, cuya famosa obra, *Primado moral y político de los italianos*, ejerció verdadera fascinación en todas las clases. Los que no acertaban á concertar en su corazón la fe religiosa y las exigencias del patriotismo, la tomaron por bandera. Hallaban en ella calor todas las aspiraciones,

y se armonizaban todos los intereses. La Iglesia misma parecía contenta del carácter providencial que se reconocía en el Pontificado, y de la alta misión que se adjudicaba al Papa, resolviendo por medio de su arbitraje las más arduas cuestiones, y poniéndolo como poder moderador al frente de una confederación de Estados. Gioberti creía con su utopia remediarlo todo. Desgraciadamente, su obra sólo fué útil para avivar el incendio y dar alas á la revolución.

Preparado estaba, pues, de largo tiempo atrás el terreno, cuando Pío IX, con mejor intención que fortuna, rompiendo con las tradiciones de la Curia romana, emprendió el azaroso camino de las reformas, pareciendo asumir el papel que en el *Primado* le adjudicaba Gioberti. A su generosa iniciativa se conmueve la Península entera, y la ambiciosa casa de Saboya, y hasta el mismo gran Duque de la feliz Toscana, se disponen muy luego á seguir su ejemplo.

En el reino de Nápoles no es menos viva, particularmente en la nobleza y la clase media, el ansia de libertad. El Rey, sin embargo, fiando más de lo que debiera de su propia fuerza, empéñase en desoir el público clamoreo, mostrándose adverso al voto general del país. ¡Desacertado proceder, origen, tal vez, de no pequeñas desventuras!

Para el Duque de Rivas era insostenible la situación de Fernando II, en pugna con la Italia entera, y no se cansaba de repetir á los más fieles amigos del Rey, que la prudencia y la buena política aconsejaban no irritar la opinión con sistemática resistencia, siendo preferible otorgar oportuna-

mente moderadas concesiones, á tener que hacerlas mucho mayores, arrancadas por la violencia en un día de conflicto, con mengua de la autoridad real. Creía, además, que adelantándose el Soberano al deseo de sus pueblos, adquiriría la popularidad y la fuerza, que más que nunca le eran entonces necesarias, para contrarrestar ambiciosas miras de otros Estados.

Mas al par que el Duque se lamentaba en sus comunicaciones oficiales de la obcecación del Monarca, cuidaba de hacer cumplida justicia á sus nobles cualidades, encomiando sinceramente sus rectas intenciones, su incansable celo en promover el bien público, sus sencillas costumbres y humanos sentimientos.

Los motines de Messina y de Reggio, en Septiembre de 1847, fueron las primeras chispas del previsto incendio. Todavía en aquellos alborotos se gritaba: «¡viva el Papa! ¡viva el Rey!»; todavía, otorgando una Constitución, juzgaba nuestro Ministro que era posible encauzar el torrente. Mas la tenacidad del Soberano parecía invencible.

Falsas noticias ó pavorosas especies que á cada paso circulan, acrecen en tanto la común ansiedad; las sociedades secretas no descansan, y sus emisarios recorren el Reino, concitando los ánimos á la rebelión. De día en día se agrava el peligro, es menor el prestigio del trono, mayor el ímpetu revolucionario.

Bajo tan adversos auspicios empieza para aquella Monarquía el año 1848 (de triste recordación en los fastos de Europa), y el 12 de Enero estalla en Palermo una pujante insurrección, siendo re-

chazadas las tropas reales. Al mismo tiempo se notan síntomas alarmantes en las provincias de Salerno y de Reggio.

Los sucesos de Sicilia, cuya gravedad se aumenta por la sospechosa actitud del Encargado de Negocios de la Gran Bretaña, producen honda sensación en la Corte.

Honrado el Duque por la Reina Madre de Nápoles con gran confianza y amistad, y sabiendo el ascendiente que esta señora ejercía en su hijo, acudió á ella, y le explicó con sentido acento la verdadera situación del Reino y los graves peligros á que se exponía la Corona con el sistema adoptado, insistiendo una y otra vez con la augusta señora en que no había ya otro medio de salir de aquella terrible crisis, que otorgar cuanto antes una Constitución. La venerable viuda, abundando en las opiniones del Duque, y viendo con espanto el extremo á que habían llegado las cosas, corrió á buscar á su hijo, y con lágrimas y exhortaciones logró quebrantar su pertinaz resistencia. Perplejo ya el Rey, un íntimo amigo del Duque, á quien S. M. tenía grande afecto y escuchaba con suma deferencia, Mr. Dupont, caballero francés de edad avanzada, naturalizado hacía muchos años en el país, acabó de convencer al Monarca, el cual, si algo tardíamente, entró por fin en el camino de las concesiones.

Fórmase un nuevo Ministerio de personas muy conocidas por sus ideas liberales, y el 29 de Enero de 1848 ven los napolitanos, con vivas muestras de satisfacción, que se había fijado en las esquinas un Real decreto, ofreciendo la suspirada Cons-

titución y las reformas que tanto deseaban. La buena nueva cunde por la ciudad; el Rey es ardorosamente aclamado, y en aquella población que antes parecía, unas veces consternada, otras amenazadora, todo es plácemes y alborozo.

Andaba el Duque por las calles viendo el súbito cambio producido por aquella hoja de papel impreso (hoja que en breve había de barrer el viento de las revoluciones), y al pasar por la calle de Toledo el pueblo le reconoce, le rodea, y saluda al Ministro de España con una salva de aplausos. El dice modestamente en uno de sus despachos: «por ser el representante de una Reina constitucional;» mas acaso fuera también, porque no faltase en aquella muchedumbre, en que se mezclaban y confundían todas las clases, quien supiera y comunicase á los demás la noble conducta del Duque y sus buenos consejos en favor de oportunas concesiones al sentimiento público.

Pocos días después de promulgada la Constitución, que fué recibida con loco entusiasmo y febril alegría, llega á Nápoles el Ministro de Cerdeña, con la noticia de haber Carlos Alberto concedido igualmente un Código político á sus Estados. Y con tal motivo, el pueblo, que se iba aficionando á ruidosas manifestaciones, vuelve á reunirse, y, precedido de un piquete de Guardia nacional, acude á la Plaza de Palacio, donde victorea al Rey, encaminándose luego á las casas de algunos representantes extranjeros, con objeto de darles públicas muestras de simpatía. Después de haber recibido la bendición del Nuncio, y de ser arengada por los Ministros sardo y británico, dirígese la

multitud á la Legación de España, y apiñándose enfrente del Palacio que ocupa en la ribera de Chiaja, prorrumpe en gritos de «¡Viva la reina Isabel! ¡Viva su representante! ¡Viva la España constitucional!» Salió el Duque al balcón y, continuando las aclamaciones, contestó con expresivos saludos. Pero invitado á hablar, una y otra vez, por los manifestantes, les dirigió un breve discurso en italiano (que poseía como el español), en el cual, al mismo tiempo que les felicitaba por las libertades obtenidas, ensalzaba al benéfico Soberano que las había otorgado, acabando con un triple viva, al Rey, á la Constitución y al pueblo napolitano, vítores que repitió la muchedumbre entusiasmada con la arenga del Duque.

Sin duda eran sinceras las palabras del Ministro español; pero estaba muy lejos de dejarse alucinar por aquellos efímeros arrebatos. Y al ver, á poco de promulgada la Constitución, producirse nuevas exigencias, y llenarse la capital de aventureros y agitadores; y al observar las maquinaciones de los *clubs*, el estado anárquico de Sicilia, la amenazadora actitud de Austria y las intrigas de la diplomacia inglesa, desfallecía su ánimo, y previendo los mayores conflictos, dudaba de la solidez y eficacia de las nuevas instituciones. Conocía, no obstante, el amor que la nobleza, en general, y la plebe tenían á Fernando II, la lealtad de sus tropas, el denuedo y disciplina de sus regimientos suizos; y con tales elementos, manejados con habilidad, el Duque creía que el Rey podía sostenerse y sobrenadar en el revuelto oleaje, esperando tiempos mejores.

Hasta entonces había trabajado para que el Soberano diese instituciones representativas y una prudente libertad á sus pueblos; en adelante, todos sus esfuerzos, conformes con las firmes instrucciones que de Madrid recibía, debían encaminarse á evitar que zozobrase aquel trono de gloriosa fundación española, ó se amenguase su esplendor con la pérdida de la Sicilia.

La Reina, para dar mayor autoridad á su Ministro, y más peso á su influencia, desde Febrero de aquel año lo elevó á la categoría de Embajador.

No contaba, ciertamente, el Duque con los grandes recursos que los representantes de otras naciones más poderosas; no tenía á su disposición amenazadoras escuadras; pero ondeaba en el golfo de Nápoles el pabellón español para darle fuerza y prestigio; representaba á una nación relativamente próspera y tranquila, y encontraba apoyo y calor en un Gobierno inteligente y vigoroso, que supo, en uno de los períodos más difíciles y borrascosos de la era moderna, colocar á España á una altura que casi parece un sueño comparada á su actual decadencia (1). Favorecía también los intentos del Duque la recelosa actitud de la Rusia ante los graves acontecimientos de que era teàtro la Península italiana.

Nuestro Embajador, justo es declararlo, sacó todo el partido posible de aquellas circunstancias; y obrando con sumo tacto y destreza, acabó por ser una de las personas más influyentes cerca del Gobierno napolitano, y no, á la verdad, de las que

(1) Esta reseña está escrita en 1872.

menos contribuyeron á sacar á salvo de aquella crisis la integridad de la monarquía.

Mientras se encrespa la insurrección de Sicilia, sin que el Rey, con sobrados medios para vencerla, pueda hacer nada, paralizado por la audaz ingerencia del Ministro inglés, se rompen las hostilidades en Lombardía; y al saberse en Nápoles las ventajas de Carlos Alberto sobre los austriacos (que luego se convirtieron en derrotas), la exaltación de los ánimos raya en delirio, y las manifestaciones políticas diarias y los continuos alborotos dan al cabo en tierra con el Ministerio autor de la Constitución. Otro le sucede, naturalmente más liberal, cuyas primeras determinaciones son: promover la Liga italiana y enviar un contingente de tropas al teatro de la guerra; mas la revolución no se satisface con nada.

El Rey lleva concedido cuanto podía conceder: ya no le queda más que arrojar su corona en medio de las turbas, ó, como rey y caballero, defender sus derechos, los intereses de sus pueblos, la misma Constitución jurada.

La víspera de la solemne apertura de las Cámaras, los clubs, arrogándose poder constituyente, se oponen á la reunión de la de los Pares. Parte de los diputados y la milicia nacional hacen causa común con los alborotadores. Cierra la noche, y sin provocación alguna empiezan los descontentos á levantar en la gran calle de Toledo, y hasta cerca del Alcázar real, formidables barricadas.

Al amanecer del infausto 15 de Mayo, terrible es el aspecto que presenta la ciudad. El Rey todavía procura calmar los ánimos, y trata por medios

suaves de que las calles sean despejadas, para poder con su comitiva ir á abrir el Parlamento. ¡Vanas contemplaciones! Un guardia nacional dispara el fusil contra un centinela de Palacio, que cae muerto. Sólo la disciplina y el vigor de los jefes contienen á la tropa. Nuevos disparos hieren ó matan á otros soldados: la lucha se hace inevitable, y la hermosa ciudad de Nápoles se ve pronto convertida en revuelto campo de batalla. Las admirables tropas del Rey hacen prodigios de valor; los sublevados se defienden con tenacidad desde sus parapetos y casas contiguas; la pelea es cada vez más encarnizada y sangrienta.

El Duque, venciendo mil dificultades y corriendo serios peligros, después de varias infructuosas tentativas, logra penetrar en el regio Alcázar.

Las Reinas y las Princesas están consternadas; el Rey triste, pero sereno. Al ver al Duque, se dirige á él y le dice con sentido acento: «Señor Embajador, bien sabe usted que yo no quería esto: he hecho cuanto he podido por evitarlo. Ni ante Dios, ni ante los hombres, soy responsable de la sangre que se está derramando.»

Á las nueve de la noche llegó un oficial de Estado Mayor á anunciar á S. M. que todo estaba concluído. El Duque, puesto entonces á la cabeza del Cuerpo diplomático, de que era decano, y estaba ya allí reunido, felicitó al Rey por el éxito de la contienda, acabando con estas palabras, que resonaron con aplauso por todas partes: «Señor, que la clemencia de Vuestra Majestad sea más grande que el triunfo alcanzado.»

No necesitaba el Rey de tan noble excitación;

pues de índole muy humana y generosa, era mucho más propenso al perdón que al castigo, como harto lo probó en aquellas circunstancias, dejando impunes á los fautores de tan injustificada rebelión.

Pero acababa de demostrar que era más fuerte de lo que se creía, y la revolución, airada y rencorosa, no podía perdonarle el duro golpe que por su mano había recibido. En la prensa exaltada, dentro y fuera de Italia, y aun en las asambleas políticas, no hubo vil calumnia ni odioso ultraje que, con motivo de aquellos sucesos, no se lanzara contra Fernando II y su dinastía.

Curioso por demás es el despacho que con este motivo escribía el Duque en 8 de Junio de 1848. Permítasenos transcribir algunos sentidos párrafos, no exentos aún de interés, á pesar de los años transcurridos.

«Parece imposible, decía el Duque, que el Soberano que dió generosamente una Constitución á sus pueblos, adelantándose á los demás de esta Península; que el que ha cedido á todo género de exigencias, pudiendo haberlas escarmentado con sus leales tropas; que el que sin atender á la necesidad de sujetar á la rebelde Sicilia, envió sus mejores soldados á combatir en Lombardía; que el que fiel á sus juramentos y á sus compromisos de Rey, de caballero y de cristiano, iba de buenísima fe á abrir el Parlamento y á poner en sus manos la suerte de su corona y de su nación; que el Rey, en fin, de leal y bondadoso carácter, ídolo de Nápoles y de Italia toda en los primeros días de Febrero próximo pasado, sea ahora el objeto del odio universal, el blanco de la general sospe-

cha y el causador de todas las calamidades públicas. ¡Tan desencaminada anda la opinión! ¡Tanto y con tan buen éxito han trabajado los que tienen interés en extraviarla!»

. . . .

. . . .

«La escandalosa sesión de la Cámara de Turín, en que hasta se propuso alzar un monumento que fuese padrón de infamia para el Rey de Nápoles, porque defendió su trono en 15 de Mayo; el constante empeño de los periódicos de Milán, Turín, Florencia y Roma de baldonar el nombre de Fernando II y su dinastía; y los emisarios de los clubs de la alta Italia, que de continuo vienen á esta corte y viajan por estos reinos esparciendo las especies más absurdas y las calumnias más torpes contra este Soberano, harto demuestran que hay un meditado plan para lanzar de este reino á la familia de Borbón.»

. . . .

. . . .

«Empieza á tomar cuerpo la creencia de que Carlos Alberto, á favor de la gloria y renombre que le está dando la guerra, hasta ahora feliz, de Lombardía, desea verse proclamado rey, no sólo del país por cuya independencia trabaja, sino de la Italia toda, desde los Alpes al cabo Passaro, y que él es quien promueve los desórdenes de Roma y los disturbios de Nápoles.»

. . . .

. . . .

«Si el Padre Santo y el Monarca napolitano llegasen á caer, acaso, acaso, en último resultado,

durando la República francesa, pudiera también en toda esta Península ser, al fin, la institución republicana la que prevaleciese.»

Las premisas del hipotético razonamiento del Duque se han realizado. Cayó el Rey de Nápoles y cayó el Papa, como soberano temporal; la república no duró en Francia, pero ha vuelto á parecer al cabo de algunos años. ¡Quién sabe lo que todavía pasará en Italia!

Como se ve por la muestra que hemos dado, en los despachos del Duque, escritos con criterio imparcial y sereno, la figura de Fernando II aparece muy distinta del tirano feroz y sanguinario que, con el nombre de *Rey bomba*, nos pintan los escritores revolucionarios, y nos dan generalmente á conocer los diccionarios enciclopédicos.

Sería prolijo seguir paso á paso al Duque en sus comunicaciones oficiales. Aquellos sucesos no pueden ya impresionar á la generación presente, ni es nuestro objeto trazar un cuadro de la revolución italiana, que resultaría mezquino, tomando por punto de vista el interés parcial de un Estado ó de una dinastía. Vamos, no obstante, á dar á conocer, por lo que tiene de personal, otro curioso despacho, relativo á uno de los acontecimientos más importantes de aquella revolución.

Como si ya no fuesen bastantes de por sí las complicaciones del reino de Nápoles, vienen á aumentarlas los gravísimos sucesos de Roma, que obligan al Papa, no sin riesgo de su sagrada persona, á salir de sus Estados y á buscar un refugio en Gaeta, á donde acude presuroso el Rey con su familia á ofrecerse al venerable Pontífice.

También el Duque se traslada sin dilación á aquella plaza, tanto para tributar el debido homenaje á Su Santidad y confortarle en aquella amargura, como para adquirir noticias de su ilustre amigo D. Francisco Martínez de la Rosa, Embajador español cerca de la Santa Sede, por cuya suerte estaba muy temeroso é inquieto.

Dejemos referir al mismo Duque la interesante entrevista que, en compañía de Mr. de Rayneval, Ministro de Francia en Nápoles, y del Almirante Mr. Baudin, con quienes había hecho el viaje, tuvo con el Padre Santo en la fortaleza napolitana.

«Acogiónos, dice, Su Santidad con vivas muestras de agradecimiento; nos hizo sentar y nos contó con suma bondad y sencillez todas las circunstancias de su precipitada fuga, demostrando ánimo firme y sereno, y hallarse decidido á no deber su restablecimiento á tratos con la revolución. El Almirante francés se expresó en estos términos, acaso demasiado explícitos: «Cuando se sepa en Francia este grave acontecimiento, enviará la República un ejército que reponga á Vuestra Santidad en el trono.» El Ministro Mr. de Rayneval habló más vagamente, aunque siempre en el sentido de que el Papa hallaría decidido apoyo en el Gobierno francés. Yo me limité á asegurar á Su Santidad que causarían profunda sensación en la católica España y en el piadoso corazón de la Reina esta tribulación de la Iglesia y la situación de tan santo Pontífice.

Su Santidad me preguntó con el mayor interés por el Sr. Martínez de la Rosa, y me encargó que cuando tuviese noticia de su paradero se lo avisa-

se por telégrafo. Nos dió su bendición apostólica, y desde allí pasé á ver al Rey, pues cuando me hizo la honra de llevarme en su coche desde el muelle al palacio del Pontífice, me encargó no dejase á Gaeta sin verle.

Encontré á S. M., á la Reina y á los Príncipes acomodados en una modestísima casa, donde me recibieron con la mayor cordialidad, y permanecí con ellos en familiar conversación más de una hora. SS. MM. y AA., aunque muy condolidas de los trabajos y amarguras del Vicario de Cristo, se mostraban gozosas de tenerlo en su reino y de haber recibido su bendición.

A las once de la noche me retiré con Mr. de Rayneval á bordo del vapor de guerra francés *Thénard*, y á las siete de la mañana siguiente fondeamos en Nápoles, donde tuve el gusto de abrazar al señor Martínez de la Rosa, que llegó á poco en un vapor de comercio.»

Sin entrar en las tristes reflexiones á que tanto se presta el interesante documento que antecede, diremos, para concluir con esta parte de nuestra reseña, que después de las gestiones estériles de los Ministros de Francia y de Inglaterra, y de rebajarse los jefes de sus escuadras hasta el punto de izar delante de Palermo la bandera rebelde y saludarla como pabellón reconocido; rechazando el poder insurgente todas las proposiciones, se dejó al fin obrar á las tropas del Rey, y de victoria en victoria, al año justo de haber sido sofocada la rebelión de Nápoles, el general Filangieri entró como triunfador en la capital de la isla.

El mismo día que el Rey recibió la noticia ofi-

cial de la rendición de Palermo, mandó llamar al Duque, que tanto le había alentado y sostenido en la lucha, y después de abrazarle cordialmente, puso en su pecho la Gran Cruz de San Fernando y del Mérito, primera Orden del reino.

Pocos días más tarde llegó á Italia la expedición española, acto político en que tuvo gran parte con sus consejos el Duque. Y abiertas las conferencias de Gaeta, aunque sin participación directa y oficial, contribuyó no poco á sus resoluciones.

El Rey pudo en aquella crisis salvar su corona; pero no asegurar el porvenir de su dinastía contra la ambiciosa política de la casa de Saboya, y el calor y auxilio que prestaron á la revolución los Gobiernos de Francia y de Inglaterra.

Realizada está la obra de la unidad italiana, y ante ella palidecen las memorias que hemos evocado. ¿Quién se acuerda ya de aquella pobre familia real destronada? Pero cuando se penetra friamente en la obscura trama de aquellos sucesos, y se ven las intrigas, las falsedades y las bastardías (1) que se pusieron en juego para llegar á tal fin, se contrista el ánimo al pensar que por semejantes medios puedan engrandecerse y florecer los Estados.

Pasadas aquellas tempestades, volvió el Duque á sus versos y sus pinceles, cuando se vió sorprendido por un negocio inesperado: el proyecto de casamiento del Conde de Montemolín con la Prin-

(1) Véanse las *Memorias* del ex-Almirante Persano.

cesa Carolina. El Rey de Nápoles y la Duquesa de Berry lo habían concertado con tan sigilosa reserva, que ni los Ministros de la Corona, ni aun los otros Príncipes de la familia real, pudieron siquiera sospecharlo. Mas el Duque lo supo inmediatamente, y puso en juego todos sus recursos para oponerse á una alianza que tan vivos recelos debía causar en el Gobierno que representaba. Se avistó con el Rey, y tuvo fuertes aunque respetuosos altercados con S. M.; trabajó con los Ministros, procuró atraerse á los favoritos; pero el negocio estaba concluído, y la llegada del Conde de Montemolín, que se adelantó algunos días, quitó al Duque toda esperanza de impedir ó dilatar el matrimonio.

Transcurridos veintitrés años, apenas podemos hoy comprender la importancia de aquellos sucesos. El Duque, sin embargo, interpretó fielmente los sentimientos del Gabinete español, que, al enterarse de lo que ocurría, envió á Nápoles el vapor de guerra *Castilla*, con orden al Embajador de embarcarse en último caso y regresar á España.

Mucho empeño manifestó el Rey, que honraba al Duque con sincera amistad y gran estimación, en que no saliera de su corte, protestando pública y privadamente que el enlace de su hermana era un asunto puramente de familia, que en nada podía afectar las estrechas relaciones entre ambos reinos, y que en Montemolín no reconocía más que á un Príncipe desgraciado, de ningún modo al pretendiente á una corona. El Duque creyó un deber indeclinable el salir de Nápoles, y lo

verificó el 10 de Julio de 1850, á las doce del día (1).

Los Príncipes, los diplomáticos, los funcionarios públicos, todo Nápoles visitó aquella mañana al Duque. El bote en que se trasladó al vapor *Castilla* iba seguido de una infinidad de lanchas cargadas de gente. Muchas personas subieron á bordo del buque y abrazaron por última vez al amigo con los ojos llenos de lágrimas. La despedida del Duque fué una verdadera ovación.

El vapor *Castilla* tuvo que arribar á Gaeta por

(1) Como prueba del sentimiento con que vió el Rey la partida del Duque, copiamos la siguiente curiosa carta, que le dirigió el Conde de Walewski, á la sazón Ministro de Francia en Nápoles:

«Légation de la République française.—Confidentielle.—Naples le 14 Juillet 1850.—Mon cher Duc: Je crois devoir vous écrire ces deux mots pour vous dire que le Roi est décidé à toutes les démarches qui pourraient amener votre retour ici. S. M. désire que vous ayez connaissance par moi de ses intentions à cet égard; je me suis prêté bien volontiers à ce rôle très officieux de conciliation, et je souhaite très sincèrement qu'il ait pour résultat de vous ramener parmi nous. Vous savez sans doute déja qu'un courrier a été expedié le 7 du courant au Prince Carini, pour lui intimer non seulement de ne pas demander ses passeports, mais encore de tout faire pour rester à Madrid. Le Prince Carini est chargé d'offrir au ministère de S. M. C. et à la Reine Christine des explications que l'on espère ici voir bien accueillies. On vous demande d'y contribuer. On est décidé d'ailleurs de ne pas rester là, etc., etc.—(Firmada.)—*Comte de Walewski.*»

el mal tiempo, y el Duque se trasladó á Roma, donde pasó unos días con su caro amigo Martínez de la Rosa. Allí tuvo la honra de ser varias veces recibido por el Papa, y de que Su Santidad, como una prueba de alta estimación, le confiriera la gran cruz de la *Orden Piana*.

Volvió á tomar el *Castilla* en Civitavecchia, y después de penosa navegación desembarcó en Barcelona, partiendo luego para Madrid.

Retiróse á poco del poder el General Narváez, y la nueva administración brindó al Duque con varios elevados puestos que se negó á aceptar, quedándose desde entonces sin otras funciones que las de Senador, y más entregado á las letras que á la política.

Aunque ya en el ocaso de la vida, haciendo gala de aquella prodigiosa facultad, que el Sr. D. Eugenio Ochoa (1) llamó con feliz expresión *longevidad del ingenio,* escribió el Duque las preciosas leyendas *Maldonado* y *El Aniversario*, en las cuales, según el citado crítico, hay «más calor de imaginación, más sentimiento de la belleza, más poesía y más inspiración que en sus primeras obras, incluso *El moro expósito*, que compuso siendo joven; incluso el poema *Florinda*, fruto más temprano de su fecundo estro. El *Maldonado* (es siempre el señor Ochoa el que habla) nos parece la mejor ideada de las leyendas del autor: todo es allí natural y verdadero, lo que de ningún modo excluye que todo sea poético; muy al contrario. El Almirante Perez de Aldana es una noble y hermosa figura,

(1) Prólogo á las leyendas del Duque.

tipo excelente de la antigua caballerosidad española.»

Séanos permitido añadir que estas producciones, las últimas de su autor, son como la suma y compendio de todos los dones y facultades que caracterizan su excelso numen, tan castizo siempre y tan nacional.

El Sr. Ochoa prefiere *Maldonado* á las otras leyendas, si bien todas le parecen de relevante mérito. Por nuestra parte, reconociendo las bellezas que las demás atesoran, confesamos que *El Aniversario* es, por su índole y asunto, la que más nos agrada; así como creemos que no es posible pintar con más imponente sencillez, ni con más expresivos y adecuados tonos, la terrible escena de aquella extraordinaria misa.

Por aquel tiempo de paz y de sosiego en la vida del Duque, reunía semanalmente, en su elegante palacio de la plazuela de la Concepción Jerónima, á cuanto Madrid encerraba de notable en literatura, artes y política. De esta última, sin embargo, hablábase poco en aquellos brillantes salones; campo neutral en que los hombres de más opuestas tendencias y opiniones aparecían unidos, siquiera un momento, en el común amor á las letras españolas.

¡Cuán dulces y ligeras se deslizaban las horas en aquellas sabrosas tertulias! Ya alguno de nuestros famosos escritores embargaba la atención del escogido concurso con su elegante y erudita prosa; ya era un poeta, de los muy esclarecidos que allí se juntaban, el que tenía suspensos los ánimos recitando gallardamente inspirados versos. Allí escu-

chamos chistosísimas composiciones de Bretón, y muy originales y grandiosos cantos de Tassara, y delicadísimas doloras de Campoamor, y... Mas ¿para qué cansarnos? Baste decir que, si no todos, la mayor parte de nuestros renombrados literatos contribuía al auge y esplendor de aquellas reuniones.

Algunas veces, atraídas por el extraordinario interés de una lectura, ó por la índole amena y festiva de ejercicios de ingenio, que daban á los concurrentes ocasión de lucir el suyo, la noble esposa del Duque y sus bellas hijas asistían también á aquellas pacíficas lides, galardonando con sus aplausos á los justadores.

La presencia de aquellas damas, que con suma gracia y bondad, después de las lecturas, servían el té á los convidados, teniendo para todos expresiones oportunas y amables, daba á los animados salones mayor encanto. Y no sólo las señoras de la casa; otras de fuera, y muy distinguidas por cierto, solían aparecer de improviso en aquellas tertulias. Más de una vez vimos allí á la inolvidable Condesa de Montijo, espejo de aristocráticas damas, tan ilustrada amiga de nuestros más célebres literatos, tan dispuesta siempre á honrar el talento. Y allí también, entre otras beldades, vimos lucir su gentileza y discreción á la hermana del ilustre novelista D. Juan Valera, Sofía Paniega, como entonces la llamábamos, y que fué más tarde, con el título de Duquesa de Malakof, preciado ornamento de la corte de Napoleón III.

Tampoco era extraño hallar en aquellas vela-

das, mezclados con los españoles, escritores extranjeros de gran valía. Entre otros, recordamos al buen amigo del Duque, el insigne Próspero Merimée, profundo conocedor de nuestra historia y de nuestras costumbres, y cuya muerte lloran aún las letras de su patria.

¡Ay! Otros muchos de los que allí concurrían, orgullo de la nuestra, también se eclipsaron para siempre; unos antes, otros después del afectuoso amigo, que tanto los honraba y distinguía.

Aún nos parece estar viendo en un sillón, cerca de la chimenea, y ya agobiado por el peso de los los achaques y los años (aunque todavía destellase en sus ojos la llama de aquel ingenio peregrino, que á cada paso se revelaba en sus dichos y observaciones), al Tirteo español, autor de la elegía *El Dos de Mayo*, al inmortal Gallego; y departiendo aquí y allá, en diferentes grupos, á Galiano, Martínez de la Rosa, Pacheco, Molíns, Vega, Ochoa, González Brabo, Pastor Díaz (biógrafo del Duque), y á tantos otros, no menos preclaros, que sería prolijo enumerar. Todos ellos, representantes, y en parte iniciadores, de una nueva era política y literaria, han desaparecido. No es éste el caso de juzgar la obra común, á que más ó menos contribuyeron. La historia dará razón de sus aciertos y de sus errores. Si el éxito no coronó sus generosos esfuerzos; si no lograron hacer próspera y feliz á la patria, legáronle al menos sus libros, sus versos y el brillo de sus nombres, como aquellos padres de familia que, á falta de bienes de fortuna, dejan á su posteridad honrosos pergaminos é ilustres blasones.

Pero volvamos al Duque, y sigámosle en las nuevas vicisitudes que la suerte le reservaba.

Por desgracia de nuestro país, y por razones de varia índole, que no es ocasión ésta de exponer y apreciar, el partido moderado (de todos los que se disputaban el poder, el de más ilustración y mayores dotes de gobierno) se hallaba trabajado por hondas divisiones, cuando el Gabinete del Conde de San Luis fué llamado á los consejos de la Corona.

Hombres notables, y sin duda de recta intención, componían el nuevo Ministerio; mas, sin otro apoyo que los elementos oficiales, érale adversa la opinión pública, y era, además, fuertemente combatido por las diversas fracciones de la parcialidad moderada, que no reconocían en él su genuína representación. No negaremos que hubo falta de prudencia y sobra de pasión en la sistemática pugna de que fué objeto aquel Gabinete, ni seremos nosotros los que defendamos la exagerada hostilidad que le mostró el alto Cuerpo colegislador; pero hoy, como entonces, lamentamos su ciega obstinación en no retirarse oportunamente.

El Duque de Rivas, aunque apreciador imparcial de las altas cualidades de los Ministros, y unido con fraternal amistad á alguno de ellos, juzgando peligrosa aquella situación, se colocó desde luego entre los opositores, combatiéndola en el Senado con uno de sus más bellos y elocuentes discursos.

Y por cierto que nos viene á las mientes un peregrino rasgo, á que dió motivo aquella elegante oración. No había apenas el Duque acabado de

hablar, y aún resonaban los aplausos de las tribunas, cuando un ujier le trajo un billete del banco Ministerial: abriólo con curiosidad, y vió que era del ministro aludido anteriormente, el cual, olvidándose en aquel momento de la política, y llevado sólo de su amistad y entusiasmo literario, cordialmente felicitaba al Duque por su brillante arenga.

Pero los días de aquel Ministerio estaban contados. Su principal fuerza, como hemos dicho, eran los elementos oficiales, y éstos llegaron también á faltarle. Un general que ocupaba un alto puesto militar, y en quien aquel Gabinete había depositado toda su confianza, so pretexto de pasar una revista de monturas, sacó una mañana la caballería al Campo de Guardias, y pronuncióse con ella en abierta rebelión. Quiso el Gobierno reducir á los sediciosos; pero la estéril jornada de Vicálvaro vino á demostrar lo vano de sus esfuerzos. Entre tanto, la sublevación empezó á tomar las proporciones de un gran alzamiento político. El general O'Donnell, cabeza y brazo del movimiento, lanzó el programa de Manzanares; y los pronunciamientos sucesivos de varias ciudades y provincias, y, sobre todo, la noticia del de Barcelona, recibida oficialmente el 17 de Julio, vencieron al fin la tenacidad de aquel Ministerio, que, ya demasiado tarde, presentó á la Reina su dimisión.

En aquellas difíciles circunstancias, llamó S. M. al teniente general D. Fernando Fernández de Córdova, á quien dió el espinoso encargo de formar un nuevo Gabinete que, sirviendo de medio

de conciliación con los jefes del levantamiento, fuese, por la pureza y prestigio de los hombres que lo compusieran, recibido con aplauso por el país.

Ardua misión echaba el general sobre sus hombros. Antes de lo del Campo de Guardias, un Ministerio compuesto de los elementos disidentes hubiera evitado la revolución; después de aquel acto de violencia, no había más que dos caminos que seguir: ó sofocar la rebelión enérgicamente, si se contaba con medios para ello, ó entenderse desde luego con sus caudillos, sin derramar sangre en vanos intentos de represión. Por desgracia, no se siguió ninguno de estos caminos, y no era ya posible con un mero cambio de Gabinete atajar el incendio. Ni era, por otra parte, el nombre del general Córdova, á quien los liberales miraban entonces con escaso favor, el más á propósito para calmar las pasiones é inspirar confianza.

Sin que le arredrasen tantas dificultades, y animado de los mejores deseos, el general llamó afanoso á varias puertas; y, en honor de la verdad, halló personas muy importantes y bien quistas en la opinión pública, que se prestasen á compartir con él las amarguras del poder en aquellos angustiosos momentos.

El Duque de Rivas había figurado con brillo en la oposición del Senado; sus antecedentes, su carácter y hasta sus conexiones literarias, le hacían simpático á todos los partidos. Era además antiguo amigo del general Córdova, al que tenía particular estima desde la expedición á Italia, que este jefe militar mandó con honra y acierto, siendo el Duque embajador en Nápoles. No era, pues,

extraño que Córdova contara con él para salir airoso de su empeño; y en la tarde del 17 le envió un emisario, rogándole que pasase á la Mayordomía de Palacio, donde el servicio de la Reino exigía su presencia. El Duque acudió á la cita de su amigo; y cuando éste le explicó lo que aquél sospechaba, á saber, que el llamamiento no tenía otro objeto que recurrir á su patriotismo para que aceptase una cartera, llevado de su natural repugnancia al poder, y más en tales circunstancias, trató de rehusar el cargo que se le ofrecía, si bien brindándose á auxiliar al Gobierno en cualquiera otro puesto que se le designase. Pero la Reina intervino en el asunto, y al apelar con lágrimas en los ojos al caballero, para que cooperase á la defensa de su trono en aquellos peligros, al mismo tiempo que llegaba á la real cámara el rumor de las turbas, y desde los abiertos balcones se veía el resplandor del incendio de la casa de la Reina Madre, el Duque no vaciló un momento, y ofreciendo la vida á su soberana, se puso resueltamente á disposición del general Córdova, que al punto lo inscribió en su lista para la cartera de Estado.

¡Terrible noche la del 17 de Julio, y angustiosa situación la del general Córdova! Las autoridades de la anterior administración ocultas ó fugitivas; el Ayuntamiento desorganizado; la ciudad casi desguarnecida de tropas y entregada á miserables turbas, entretenidas impunentemente en hacer pesquisas domiciliarias, ó prender fuego á las casas que les designaban odiosos instigadores. Y entre tanto, el general Córdova, único Ministro, y que

apenas acababa de jurar, teniendo, por una parte, que poner coto á tan criminales excesos, y, por otra, que negociar con diferentes personas de varios matices políticos para formar su Ministerio. Esto, al fin, pudo conseguirlo; pero cuando estaban ya reunidos todos los individuos que iban á componer el Gabinete, el eminente jurisconsulto D. Pedro Gómez de Laserna, adscrito en la combinación al departamento de Marina, hizo presente que le parecía tan extraño verse Ministro de un ramo tan ajeno á sus aficiones, conocimientos y estudios, que, no obstante ser en aquel momento cuestión muy secundaria la repartición de carteras, no podía menos de rogar que por otra cualquiera se le cambiase la que se le había designado. El Duque manifestó serle lo mismo una que otra, y entonces se convino que D. Luis Mayans pasase á Estado, Laserna á Gracia y Justicia y el Duque á Marina. Orillada la dificultad, el general Córdova, fuese plausible modestia, ó temor de que su nombre fuera mirado con recelo por la opinión liberal, propuso que el Duque de Rivas asumiese la Presidencia. Rogó éste encarecidamente que se le dejase de mero Ministro; pero al cabo tuvo que ceder al unánime insistir de sus compañeros, y todos, sin mas dilación, á las seis de la mañana del 18 de Julio de 1854, prestaron juramento en manos de la Reina.

Delibera inmediatamente después el Ministerio, y acuerda rápidamente un programa en que, entre otras cosas, se ofrecía el llamamiento y reposición de los injustamente perseguidos, libertad de imprenta, leyes descentralizadoras, etc., etc. En se-

guida envía á dos personas de su confianza (una de ellas el que esto escribe) á la Imprenta Nacional, para que, á toda prisa, se imprimiera una *Gaceta* extraordinaria con los nombramientos de los nuevos Ministros, y las oportunas declaraciones sobre los buenos propósitos del Gabinete, y el carácter francamente liberal de la política que inauguraba.

Venciendo mil dificultades para reunir los operarios de la Imprenta Nacional, donde también se había introducido el desorden, que ya reinaba en todos los centros administrativos, logróse al fin que la *Gaceta* se estampase, disponiéndose al punto que se fijara en los sitios públicos y se repartiese gratis al pueblo. ¡Inútil tarea! No bien fijada en las esquinas la hoja oficial, era sistemáticamente arrancada, sin dar espacio á que se leyera; y aunque los repartidores por su lado la arrojaban profusamente á la multitud, pocas manos se apoderaban de ella, y la *Gaceta* no llegaba á circular.

Al par que esto sucedía, de las imprentas de ciertos periódicos salían suplementos y papeles volantes, llenos de falsas noticias y de pérfidas sugestiones al pueblo.

El aspecto de Madrid era siniestro y alarmante: todas las casas y tiendas cerradas; grupos de plebe, diversamente armada, en los cuales solía verse á algunas personas de levita, recorrían la población, ó se fortificaban en las viviendas que creían estratégicas, ó se ocupaban, ayudados por pilluelos y mujeres de traza vil, en levantar barricadas. Hasta en las cercanías del Palacio Real osaron

construirlas. Y de algunas buhardillas se hacían disparos, cuyos proyectiles llegaban al mismo Alcázar.

La situación se agravaba por momentos, y el Gobierno carecía absolutamente de los medios de dominarla. Rotos los hilos telegráficos, el general Córdova había despachado correos á las provincias limítrofes, con la orden de que todas las tropas viniesen inmediatamente á la capital; pero aquellas fuerzas no podían llegar en dos ó tres días, y eso en el caso dudoso de que no estuviesen ya pronunciadas. En tan grande apuro, y con 1.800 hombres por toda guarnición en una ciudad de 300.000 almas, el Gabinete comprendió que su misión estaba reducida á velar por la persona de la Reina, poniendo á cubierto su Palacio de alguna sorpresa, y á tener en jaque á las aviesas turbas para salvar á Madrid del pillaje y del incendio, esperando así los sucesos de afuera.

Se levantó un pequeño reducto en el arco de la Armería; se aseguraron convenientemente otros puntos del regio Alcázar, y desde allí se estableció una línea militar hasta el Prado, siendo reforzada la guardia del Principal y colocado un fuerte destacamento en el palacio de Buenavista. Por último, una pequeña columna, al mando de un jefe bravo y entendido, fué destinada á recorrer las principales calles para evitar crímenes y atropellos.

Las tropas, que habían ya experimentado sensibles bajas por los tiros traidoramente disparados desde algunas ventanas y bocacalles, tenazmente hostilizadas en ciertos puntos, tuvieron que de-

fenderse: tronó el cañón, jugó la fusilería y corrió la sangre de unos y de otros.

Más bien á guisa de prisioneros que de gobernantes, los Ministros permanecían en Palacio, de donde no hubieran podido alejarse sin hallar una muerte segura. Y á los apuros de su terrible situación, en que lo de menos era el riesgo de la vida, uníase el ver á la Familia Real doblemente atribulada por el estado de la capital y por el fallecimiento, en aquel mismo día, de uno de los Infantes; haciendo más triste y doloroso el cuadro las mujeres y los niños que habían buscado un refugio en la mansión de los Reyes, y las lúgubres camillas que aparecían de tiempo en tiempo, trayendo heridos á la planta baja de la Armería, convertida en hospital de sangre.

¡Triste es decirlo! Aquel Gabinete, compuesto de hombres de indisputable mérito y acrisolada virtud, que tan generosamente se sacrificaban en aras del bien público, se vió en el más completo abandono. Salvo honrosas excepciones, ni generales, ni magnates, ni capitalistas, ni clase alguna de la sociedad se acercó á prestarle cooperación y auxilio.

Por las noticias que de provincias se recibieron, comprendió el Gobierno que su permanencia en el poder era inútil; y visto el giro de los sucesos, aconsejó á la Reina que llamase sin dilación al General Espartero, pensando que él solo, al extremo que habían llegado las cosas, podría restablecer la paz pública con la popularidad de su nombre y su grande influjo en los partidos avanzados. La opinión de los Ministros obtuvo el beneplácito

de S. M., y en la tarde del 19 se publicó un decreto encomendando al Duque de la Victoria las riendas del Gobierno, si bien, hasta su llegada, debían quedar interinamente en sus puestos los Ministros dimitentes. Sin la menor tardanza se expidió un correo extraordinario con una carta autógrafa de la Reina á dicho personaje, y fué al propio tiempo llamado á la corte el general O'Donnell, que era en aquel momento dueño del ejército.

El nombre del Duque de la Victoria, al menos en Madrid, no calmó los ánimos, como se había creído; mantúvose el pueblo en su actitud hostil, y á cada paso llegaban mensajes y peticiones á Palacio con las más absurdas exigencias. Y como el Ministerio interino no tenía ya ni fuerza moral ni medios materiales de resistir, habiéndose también pronunciado parte de la escasa guarnición con que contaba al empezar su efímera vida, tuvo que ceder á las pretensiones de las juntas revolucionarias; y en la tarde del 20 fueron conferidos al general progresista San Miguel los cargos de Ministro de la Guerra interino y Capitán general de Castilla la Nueva.

El Duque había obrado como leal y como caballero; su conciencia estaba tranquila: la sangre derramada no podía caer sobre su cabeza. En la cuestión política, dado el giro de los sucesos, siguió su Gabinete la única senda salvadora, traspasando el poder al General Espartero; en la de orden público, cubrió el trono y contrarrestó el motín hasta donde alcanzaron sus fuerzas.

No obstante que la conducta del Duque, para

todo espíritu imparcial, fuese más digna de elogio que de censura, sus deudos y amigos le rogaron que se ocultase algunos días, pues en el estado anárquico de Madrid y vivamente excitadas las pasiones, yéndose desde luego á su hogar, se exponía á graves peligros.

Cediendo á tales instancias, se refugió el Duque en la Embajada francesa, donde su amigo el Marqués de Turgot lo recibió con los brazos abiertos. No era solamente el Duque el que se había acogido al pabellón francés, y quiso la caprichosa y á veces maligna fortuna, que allí se encontrase con uno de los Ministros de la situación anterior que él contribuyera á derribar, y que en el mismo asilo ambos se contasen sus recíprocas cuitas.

A los dos ó tres días el Duque dejó la Embajada, y descansando en la serenidad de su conciencia, se paseó descuidado por Madrid, sin que nadie le molestase, ni expresión alguna desagradable viniese á herir sus oídos.

La revolución había tomado tal vuelo, que fueron menester dos años de lamentables excesos é incesantes disturbios, para que al fin cayese vencida, más que por la habilidad y perseverancia del Conde de Lucena, por el grave peso de sus propios desaciertos.

Vuelto el general Narváez al poder, la Reina honró de nuevo al Duque, nombrándole su Embajador cerca de Napoleón III. No era Rivas, ciertamente, un extraño en la maravillosa capital francesa. Precedido de su fama, muy apreciado en el mundo de las letras, como lo demuestran notables artículos de famosos críticos, insertos en las

más importantes revistas de aquel país (1); antiguo amigo del Emperador, y más aún de la Emperatriz, á quien conocía y amaba desde niña, y conservando, además, añejas relaciones con distinguidas familias é ilustres personajes, era natural que el nuevo Embajador alcanzase en París favorable acogida.

Nada diremos de su gestión oficial, por no haber durante su misión ocurrido, que sepamos, cosa que exija particular memoria, y estar ya probado cuán alto rayaba su celo, cuando se trataba de la dignidad y de los intereses de su patria.

Sus Majestades Imperiales le colmaron de obsequios y distinciones. La Emperatriz parecía complacerse en tener á un compatriota de tales prendas en aquella espléndida corte, donde, al par de bellas y aristocráticas damas é ilustres representantes de las más altas jerarquías políticas y sociales, reuníanse también sabios eminentes, grandes literatos y preclaros artistas.

Los que hayan tratado al Duque no ignoran cuán viva era su imaginación, qué feliz su memoria, qué fácil, rica y matizada su palabra. Sin duda alguna, era notable orador de Parlamento; pero en un salón de escogida sociedad, como ingenioso, ameno y variado conversador, tenía pocos rivales.

Bien lo sabía la Emperatriz. Aún recordamos cuando en las cultas y alegres veladas de Compiegne y de Fontainebleau (2), que en ocasiones

(1) En *La Revue des Deux Mondes*, entre otras.

(2) La corte imperial pasaba, como es sabido, algunas temporadas en estas magníficas residencias.

revestían cierto carácter íntimo y familiar, y donde solía lucirse el talento literario ó la aptitud artística, la augusta dama, tan amiga del ingenio y de las narraciones dramáticas ó novelescas, pedía á su compatriota que refiriese algún episodio de su azarosa vida, ó bien alguna interesante leyenda ó tradición española. Y el Duque, apelando á su pronta reminiscencia, y ayudado también de su fecunda inventiva y de su pintoresca locución, tenía por largo espacio embelesado al selecto concurso.

Y no sólo era obsequiado y distinguido en los salones de la corte imperial. En su calidad de aristócrata, fué recibido con igual deferencia por las más encopetadas familias del Faubourg Saint-Germain. A lo cual contribuyó también la antigua amistad del Duque con alguna de ellas, y ser allí muy estimadas sus obras. particularmente la *Historia de la sublevación de Masanielo*, elegantemente traducida por el legitimista Marqués d'Hervey de Saint-Denys, noble de rancio linaje.

Allá en los años de su penosa emigración, el Duque, como nos cuenta su biógrafo el Sr. Pastor Díaz, había buscado en el ejercicio de la pintura recursos que le ayudasen á vivir, en la penuria á que sus viajes y desgracias lo habían reducido. Y al trasladarse, después de la revolución de Julio de 1830, de Orleans á París, acudió con objeto de perfeccionarse en su arte favorito al estudio del célebre Ary Sheffer, donde pintó algún tiempo bajo su dirección. Cambiaron las circunstancias: el obscuro emigrado, D. Angel de Saavedra, tornó á su país, y el gran maestro del arte cristiano, ocupándose más en sus pinturas que en las vi-

cisitudes políticas de España, no volvió á saber de su pobre discípulo.

Habían transcurrido largos años: el desterrado de entonces, ahora Embajador en París, se acordó de su antiguo maestro, y sintiendo vivos deseos de verle, se dirigió una tarde á su domicilio. Ary Sheffer no estaba en casa, y el Duque le dejó una tarjeta. Al recibirla el pintor, no comprendió más sino que un Duque, Embajador, había estado á visitarle, cosa que no podía causarle extrañeza. Mas el antiguo discípulo, no satisfecho con su inútil paso, dando á los pocos días un banquete, envió para él un convite al esclarecido artista. Llegado el día del festín, presentóse Ary Sheffer, que dió expresivas gracias al Embajador por su fina atención. «Querido maestro, le dijo el Duque, hace treinta y tres años, el pobre emigrado D. Ángel de Saavedra halló en usted generosa protección y excelentes consejos; justo es que el Duque de Rivas, ya que no la pueda pagar, reconozca al menos aquella deuda de gratitud.» El venerable anciano, visiblemente conmovido, agradeció mucho al Duque su afectuoso recuerdo.

Pero la movilidad política de España, y el carácter personal de todas las situaciones que en ella crea comunmente el interés egoísta de partido, fueron causa de que, á la subida al poder del general O'Donnell, el Duque dimitiese su cargo. El Emperador, que sintió sinceramente su partida, como testimonio de amistad y aprecio le confirió la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Al poco tiempo de su regreso á España, su salud empezó á alterarse; y aquella robusta constitu-

ción, en la cual parecía que no habían hecho mella ni las gloriosas heridas de su juventud, ni las penalidades, ni los años, al fin se vió avasallada y rendida por la terrible enfermedad que, tras largos padecimientos, lo llevó al sepulcro.

Al hallarse postrado en un sillón, del que no podía levantarse sin ajeno auxilio, él, para quien el movimiento, el aire libre, el trato de las gentes eran la vida, ¡con qué amargura recitaba melancólicas estrofas de su *Canto de la Vejez*, donde con tanta verdad había presentido los tormentos y angustias que entonces le abrumaban!

Los recursos de la ciencia fueron impotentes para curar el mal, aunque á veces lograsen aliviarlo notablemente. Á pesar de lo trabajoso que le era el andar, por tener casi baldadas las piernas, cuando los accesos de dolor cesaban, abría de nuevo su corazón á la esperanza; y galvanizada la materia ruinosa y decadente al influjo de su risueño y siempre juvenil espíritu, volvía á su antigua vida y habituales ocupaciones. Y si bien apoyado en su báculo y cogido al brazo de uno de sus hijos ó de algún amigo, se le veía en el Senado, en las academias, y hasta en teatros y paseos.

En esta última época de su vida, el Duque no volvió á escribir versos; mas como quiera que en *El Romancero de la guerra de Africa* aparece un romance (por cierto el mejor, ó á lo menos el más aplaudido de la colección) suscrito con su nombre, no estará de más que iniciemos á nuestros lectores en el misterio de esa contradicción.

Era el año de 1860. España acababa de dar larga muestra de lo que pueden aún el valor, la ab-

negación, la constancia de sus hijos, cuando, unidos bajo una sola bandera, el amor á la patria los guía. No es ésta ocasión de juzgar la política del Gobierno español con motivo de aquella campaña ¡tan gloriosa, y tan poco fecunda en ventajosos resultados! Cualquiera que sea el concepto que de aquellos sucesos se forme, es lo cierto que nuestra importancia militar creció en la opinión de Europa, y que en España todos, sin distinción de clases ni de partidos, pronunciaban con entusiasmo los nombres de Vad-Ras, Tetuán y Castillejos. Por vez primera, desde que nos alumbró la luz de la razón, veíamos á nuestros compatriotas unidos y conformes. La guerra había levantado el espíritu nacional.

El Marqués de Molíns, en cuyo noble corazón se mezclan y confunden el amor á la patria y el amor á las letras, deseoso de dar al sentimiento público su más durable y expresiva forma, y añadir el prestigio de la poesía á nuestros lauros militares, concibió la feliz idea de publicar el *Romancero de la Guerra de África*. Formando en pocos días el plan de la obra, que debía ser como la historia poética y popular de la campaña, en una de sus brillantes y ya famosas tertulias literarias dió cuenta á sus amigos de tan oportuno proyecto. El pensamiento del Marqués fué acogido con aplauso; y repartidos los asuntos entre los literatos que allí concurrían, cada cual se comprometió á escribir su romance.

Una de las personas que más asiduamente frecuentaban aquellas reuniones, era el Duque de Rivas, y con él contó muy particularmente el Mar-

qués, para que le ayudase á salir airoso de su empresa. Y ¿quién más á propósito que el restaurador de ese género de poesía, esencialmente español, autor insigne de *Los Romances Históricos*, para realzar con su numen, tan castizo y popular, la obra proyectada? El Duque aceptó el compromiso; pero, desgraciadamente, se hallaba entonces en uno de los más acerbos períodos de su terrible dolencia. En vano esperaba un intervalo de reposo en que alzar el vuelo de la inspiración, libre de las torturas de su padecimiento.

Varias veces se puso á escribir el romance que había ofrecido; mas apenas la temblorosa mano trazaba algunos vigorosos versos y su alma de poeta se iba inflamando, venía el dolor á entenebrecer su espíritu, y acababa desesperado por arrojar la pluma. Hubiérase dicho que los ángeles y las furias se disputaban aquella infeliz existencia.

El tiempo corría: casi todos los romances estaban ya escritos, y el infortunado poeta no hallaba momento propicio de dar cima al suyo. El Marqués de Molíns (que con afectuosa solicitud diariamente visitaba al enfermo), temeroso de que pasase la oportunidad del *Romancero* con la tardanza en publicarlo, y viendo que la tarea de su amigo se demoraba indefinidamente, se ofreció con la mejor voluntad, y con sumo placer de parte del Duque, á hacer lo posible por terminarla. Llevóse, en efecto, los borradores que aquél tenía sobre el bufete, y á los dos ó tres días trajo el romance concluído; el cual, con ligeros retoques del Duque, pasó á la imprenta, y de allí á las alabanzas del público.

¿Qué es en este romance del Duque? ¿Qué es lo que pertenece al Marqués de Molíns? La mayor parte de los versos son del Marqués. La entrada, el corte, el movimiento y el espíritu, son del Duque. El Marqués, diestro justador en poéticas lides, y autor también de briosos romances, inspirándose en los *históricos* de su amigo, particularmente en el de *Bailén*, se asimiló su manera y logró hacer un prodigio de imitación. El Duque acabó de ponerle el propio sello con algunos rasgos característicos, y resultó la gallarda composición que todos conocen.

Más ¿qué importa al público saber qué cantidad de inspiración ó de ejecución corresponde á cada uno de los autores? Ninguno de los dos necesita de ese romance, por subido que sea su precio, para asentar sobre él su fama literaria. Dejemos, pues, pasar á la posteridad, unidos por ese bello lazo que tejieron las musas, á los mismos que por tan estrecha y cariñosa amistad lo estuvieron en vida.

Al fallecimiento del Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, la Real Academia Española eligió Director al Duque de Rivas en reemplazo de aquel insigne patricio: honra de tal valor para el agraciado, que no la cambiara por otra alguna.

Parecía como si la política y las letras, previendo que en breve iban á perder á un hijo predilecto, se mostrasen ansiosas por elevarlo á los más altos puestos, por conferirle los más altos honores. Así, en aquella época, fué nombrado también Presidente del Consejo de Estado, cargo que desempeñó desde Noviembre de 1863 hasta igual mes del siguiente año. Al dimitir tan encumbrada ma-

gistratura por no permitirle ya desempeñarla sus crueles padecimientos, la Reina, queriendo poner digno remate á tan noble carrera, le concedió el último galardón que en su bondad podía otorgarle: el Collar del Toisón de Oro (1).

Terminada en la regia Cámara la solemne ceremonia de la investidura, se acercó la Reina al Duque felicitándole con suma benevolencia.

«Señora (contestó el venerable anciano, sin fuerzas para levantarse de su asiento), esto es como la cena que, deba dársele ó no, se concede á los antojos del enfermo desahuciado, del hombre ya moribundo.» ¡Cuánta melancolía y cuánta amargura en esa festiva respuesta!

Fué en adelante su vida un continuado martirio. La acerba enfermedad, como si fuera impotente para vencer de un golpe aquella fuerte constitución, la iba destruyendo paso á paso, lenta, gradualmente. Su cuerpo se demacraba; el dolor trastornaba las articulaciones de sus enflaquecidas manos, y al mismo tiempo funesta hinchazón deformaba sus pies y entumecía sus piernas.

El lecho le causaba horror, y evitábalo cuanto podía. La mayor parte del tiempo lo pasaba postrado en un sillón, rodeado y asistido con afanosa solicitud por su desconsolada familia.

Cuando el mal daba tregua á sus atormentados miembros, ó por acaso despertaba tranquilo del letárgico sueño que á ratos le abrumaba, todavía,

(1) Años antes le había sido ofrecida tan señalada distinción; pero el Duque la rehusó, por motivos políticos.

como iluminado por un rayo celeste, se despejaba su rostro, volvía la serenidad á su frente y hasta la sonrisa á su boca; y en aquellas fugaces ocasiones de momentáneo alivio, aún le escuchamos citar versos de Calderón y de Quevedo, y prorrumpir en frases donosas, que formaban amargo contraste con la aflicción profunda de sus parientes y amigos.

¡Ay! Eran aquéllas las últimas llamaradas de una luz que se extingue. La ciencia humana confesándose vencida, vino la religión á dar vigor, consuelo y esperanza al alma del enfermo; y el 22 de Junio de 1865 entregó á Dios su espíritu, purificado en el dolor y el sufrimiento.

Era el Duque de los pocos hombres que habiendo empleado su existencia en la política y la literatura, campos los dos de rivalidades y disensiones, llegan al término de sus días sin un solo enemigo. No es, pues, de extrañar el unánime sentimiento con que fué recibida la noticia de su muerte.

Sus exequias, celebradas en la iglesia de Santo Tomás, fueron tan modestas, por no decir humildes, como él mismo lo había prevenido. Pero esto no impidió que, además de las Academias y otras Corporaciones á que el finado pertenecía, un inmenso gentío llenase la anchurosa nave del vasto templo. No: aquella multitud no iba á admirar lujosas colgaduras, ni teatrales catafalcos, ni á deleitarse con profanas músicas; acudía silenciosa y recogida á aquellas honras, cual vivo testimonio del sentimiento público. España había perdido un gran patriota, un hijo predilecto, su bardo favorito.

Calientes aún sus respetadas cenizas y vivamente impresionados los ánimos, en la prensa periódica y en animadas reuniones de literatos, artistas y otras personas de viso, se discutieron magníficos proyectos, con el patriótico fin de enaltecer su memoria. Como sucede generalmente en nuestro país, se habló mucho y bien; mas no se hizo nada.

Sólo las Reales Academias Española y de Nobles Artes de San Fernando, que tan dignamente había presidido, dieron solemne y expresivo testimonio del sentimiento que les causara su muerte.

La primera le dedicó ostentosos funerales en la Real Iglesia de San Isidro, y ambas celebraron en su honor dos juntas públicas, que despertaron vivísimo interés y fueron por extremo brillantes y concurridas.

En la segunda de las citadas Corporaciones llevó la palabra uno de sus más doctos miembros, el Sr. D. José Amador de los Ríos, que leyó con general aplauso un elegante discurso, en el cual ensalzó el ingenio y las singulares prendas del que fué su Presidente y compañero, y además constante amigo.

Pero la sesión de la Española tuvo para el público especial atractivo, por la índole esencialmente literaria de este Cuerpo; por deber hablar á su nombre quien, á la fama de elevado crítico y pulcro escritor, reunía la cualidad de hermano político del Duque, y, sobre todo, porque iban á leerse por el ilustre académico Sr. Cañete, que tan bien sabe hacerlo, sublimes versos del egre-

gio poeta que la Academia conmemoraba en aquella solemnidad.

Las más altas damas, la aristocracia, las letras, cuanto Madrid encierra de noble y distinguido, acudió al recinto de la calle de Valverde. No es nuestro objeto, ni aquí fuera oportuno, hacer el análisis del discurso del Sr. De Cueto, obra crítica en la cual hizo resaltar el carácter esencialmente épico que, á su juicio, marca y distingue el numen tan español y popular del Duque de Rivas.

El auditorio oyó complacido los elogios tributados al escritor y al poeta, y con un sentimiento en que se mezclaba á la tristeza el entusiasmo, sus dos composiciones, *El Faro de Malta* y *El Canto de la Vejez*, leídas con expresiva emoción por el académico ya citado, Sr. Cañete.

Desde el templo de Santo Tomás los restos mortales del Duque fueron trasladados por su familia al cercano pueblo de Rivas, y enterrados en la iglesia del pintoresco convento de Mercenarios Descalzos, antigua fundación de su casa, del cual, por la expulsión de los frailes, era poseedor el difunto.

El bello y poético santuario (que tiene abierto al culto la piedad de sus dueños) es famoso en la diócesis de Madrid, por venerarse en él la milagrosa imagen del *Cristo de los Afligidos*.

París, Diciembre de 1872.

UNA CARTA

UNA CARTA

Como remate de la anterior *Reseña Biográfica*, me ha parecido oportuno insertar la siguiente carta, á fin de que las rectificaciones que contiene no se pierdan y olviden en la hoja de un periódico, en tanto que las gratuitas especies, que juzgué necesario rectificar, se perpetúan en un libro.

He aquí la carta, con el encabezamiento que la publicó *La Epoca*:

Una carta del Duque de Rivas.

El digno hijo y heredero del inmortal autor del *Don Álvaro*, nuestro distinguido amigo el señor Duque de Rivas, nos remite la siguiente carta, que

con gusto insertamos, asegurando desde luego que el Sr. Conte no pudo tener intención de presentar al ilustre prócer como capaz de cometer una acción indigna:

«*Excmo. Sr. Marqués de Valdeiglesias.*

Mi distinguido amigo: Leo con interés en su importante periódico las amenísimas *Memorias de un Diplomático;* pero si todo lo que refiere el Sr. Conte es tan exacto como lo que dice del Duque de Rivas, habrá, sin duda, compuesto un libro de grata lectura, pero lo imaginado tendrá en él más parte que lo verdadero.

El Sr. Conte trató muy poco ó nada á mi padre, y las cosas que cuenta de él sólo pudo saberlas de oídas, y, por lo que veo, le llegaron bastante desfiguradas.

Entre otras especies más ó menos gratuitas, hay una que no puedo dejar pasar.

Mi padre no contó nunca á nadie, como escribe el Sr. Conte, que de joven fuese masón, ni que, al pasarle la esportilla de la colecta en una reunión de aquella Sociedad, en vez de poner en ella alguna ofrenda, sustrajese un duro para ir al teatro. ¡Qué disparate!

Lo que mi padre contaba con bastante gracia, ridiculizando las Sociedades secretas, era que dos amigos suyos, cuyos nombres omito, ambos masones, se encontraron en su casa una tarde, después de haber asistido á la sesión de una logia, y hablando de lo que en ella había ocurrido, uno de los compañeros preguntó al otro:

—Y usted, ¿cuánto ha sacado de la esportilla?

—¿Cómo sacado? Yo he echado un duro.

—Pues yo he sacado otro, con el cual pienso ir esta noche al teatro.

Creo que entre lo que relata el Sr. Conte y lo que yo afirmo, que es la verdad, hay alguna diferencia.

¡Mi padre, tan caballero y tan querido de su madre, la Marquesa de Andía, señora rica, que le daba cuanto podía desear, asistir á una logia, y en el momento de la cuestación hurtar un duro para ir al teatro! ¿Cómo ha podido el Sr. Conte acoger tal especie? Es verdad que luego añade, en términos algo crudos, que el Duque urdía tales invenciones para gusto de sus oyentes.

En efecto: mi padre refería sucesos y anécdotas, que bordaba con su feliz imaginación; pero tenía demasiada dignidad y demasiado tacto para decir ó hacer nada que no respondiese á sus sentimientos de delicadeza y de honor.

Gracias anticipadas por la inserción de estas líneas en *La Epoca*, y quedo suyo afectísimo amigo, etc.

23 de Octubre de 1901.»

PRIMERA REPRESENTACIÓN

DEL DRAMA FANTÁSTICO

EL DESENGAÑO EN UN SUEÑO

EL DESENGAÑO EN UN SUEÑO

Acontece con el Duque de Rivas un fenómeno digno de ser señalado. Después de muerto, ha reverdecido su popularidad y tomado mayor vuelo su fama. En esto ha sido más afortunado que otros poetas sus contemporáneos, cuyos nombres, sin dejar de ser ilustres, los va olvidando la presente generación, y cuyas obras, tan aplaudidas ayer, van quedando arrinconadas, fuera del gusto y las tendencias literarias que hoy predominan.

Cosa singular: á esa renovación de celebridad y aumento de gloria del Duque, á más del propio valer, han contribuído eficazmente, con su entusiasmo y amor al arte, un Rey y dos reputados actores: él, D. Alfonso XII; ellos, Vico y Calvo.

Desde que el Duque, á mediados del año de

1842, terminó su drama fantástico *El Desengaño en un Sueño*, deseó, naturalmente, llevarlo á las tablas; mas tropezó con serias dificultades. La mayor de todas, hallar actor de bastante fibra para encargarse del papel de Lisardo. No siendo tampoco leves inconvenientes lo complicado de la tramoya y los considerables gastos que era forzoso hacer, para poner la obra en escena con el boato y magnificencia que su argumento exige.

A fines del citado año del 42, hallándose el Duque en Sevilla, estuvo en tratos por medio de su hermano político, el actual Marqués de Valmar, con el ilustrado comediante D. Juan Lombía, Director á la sazón del teatro de la Cruz, quien, á pesar del calor con que acogió la idea de estrenar en él un drama del Duque de Rivas, después de examinar con detención la obra, se dió por vencido, creyendo imposible salvar los inconvenientes materiales de la ejecución.

Análogas gestiones con el teatro del Príncipe no dieron mejor resultado: el notable actor trágico D. Carlos Latorre, alma de aquel coliseo, no obstante lo tentador que para él era un papel de tanto empeño como el de Lisardo, declaró, á su vez, que no había pulmones que pudieran resistir á cuatro actos de vehemente y casi no interrumpida declamación en la escena.

Pasaron los años; falleció el Duque: luego vinieron los tristes sucesos de 1868, y la ola revolucionaria arrojó al otro lado de los Pirineos á la familia reinante. Iba entre ella un despierto y simpático niño, dulce esperanza de los españoles, á quien Dios reservaba para altos destinos. El tierno

proscrito había aprendido á leer en los *Romances Históricos* del Duque: casi los sabía de memoria, y recitaba gallardamente largos fragmentos de los dedicados á Colón, á Hernán Cortés, á la batalla de Pavía ó á la de Bailén. Dijérase que su noble alma bebía, en la inspiración épica del Duque, el valor, la abnegación, el patriotismo, los altos impulsos que tanto realce dieron á su personalidad en su breve, pero glorioso reinado.

El Príncipe se educó en el extranjero; y en medio de los graves estudios á que le dedicó su solícita madre y él emprendió con afán, sabiendo la suerte que le aguardaba, nunca dejó de recrear su ánimo con los poetas españoles. Zorrilla, Espronceda, el Duque de Rivas, éste sobre todo, eran los autores que más le deleitaban, y cuyas obras solían verse sobre su mesa entre libros de matemáticas y de arte militar.

Era el Príncipe muy aficionado á departir de literatura, y un día que nos hallábamos con S. A. en su gabinete de estudio del palacio de Castilla (1), donde acostumbraba á recibirnos, empezó á hablar de su poeta favorito, y conmemorando sus principales composiciones, de una en otra, recayó la conversación sobre *El Desengaño en un Sueño*. El Príncipe encomió sus versos, y con juvenil entusiasmo nos manifestó su extrañeza de que obra tan notable, escrita para el teatro, nunca se hubiese puesto en escena. Y cuando le exponíamos las dificultades de todo género que lo

(1) Nombre que se dió al hermoso edificio, comprado para su morada en París por la Reina Isabel.

habían impedido, nos replicaba que en Alemania, Francia ó Inglaterra, se habrían allanado seguramente y no habría quedado ignorada del público. «Si alguna vez, añadió, puedo algo, yo procuraré, en honra de las letras castellanas, que tan hermoso drama se represente.» Esto pasaba poco antes de la restauración. El Príncipe proscrito, aclamado Rey por toda España, ocupó el solio; y no obstante los graves negocios del Estado que en aquellas difíciles circunstancias solicitaban su atención, y á los cuales se consagró, demostrando las altas prendas con que Dios le había dotado, todavía hallaba tiempo de recrearse en las letras; y acordándose del generoso propósito concebido en la expatriación, trató de llevarlo á cabo. Facilitó la empresa el distinguido actor D. Antonio Vico, á quien no arredraron dificultades de ningún género, y deseoso de realzar la gloria del poeta y de alcanzar nuevos triunfos en el papel de protagonista, se ofreció á poner la obra en escena en el teatro de Apolo.

Lo que en treinta y tres años no había podido efectuarse, logró la generación actual, merced á la protección del Monarca y al arranque del noble artista, verlo realizado con inusitada pompa el 10 de Diciembre de 1875.

El Desengaño fué muy aplaudido; el público tributó una entusiasta ovación á la memoria del poeta.

La Academia Española se asoció á la solemnidad enviando al teatro de Apolo, para que figurase en la apoteosis con que terminó la función, una elegante y gigantesca corona de laurel verde y dorado, con esta inscripción:

LA ACADEMIA ESPAÑOLA
Á LA GLORIOSA MEMORIA
DE SU ESCLARECIDO DIRECTOR
EL GRAN POETA
DON ANGEL DE SAAVEDRA
DUQUE DE RIVAS.

Que el drama agradó es innegable; pero, no obstante los ruidosos aplausos, seríamos poco sinceros si afirmásemos que obtuvo el gran éxito que se esperaba. La prueba del teatro demostró que la obra, más que verdadero drama, es una espléndida alegoría con admirables cuadros. Como se trata de un sueño, donde los hechos ocurren de improviso sin la preparación y encadenamiento humano de una acción real, los lances sorprenden, las decoraciones deslumbran y los versos encantan; pero las ilusorias desgracias de Lisardo conmueven poco. En nuestro sentir, *El Desengaño en un Sueño*, por su índole de leyenda fantástica, es más á propósito para la lectura que para la representación teatral.

D. Rafael Calvo fué el otro actor, también de grande aliento, que, aumentando la propia fama, contribuyó á mantener viva, y como de actualidad, la del Duque de Rivas. Comprendiendo con certero instinto que el *Don Alvaro* era un drama que no había envejecido, cogió la obra, que estaba casi olvidada, como tantas otras que fueron el encanto de nuestra juventud y la generación presente ya no conoce, y estudiándola á fondo y hallándola apropiada á sus facultades, la puso en escena

en el teatro Español, íntegra, como había salido de las manos del poeta, no hallando racional motivo para los cortes ó supresiones que el convencionalismo teatral había exigido anteriormente. Calvo fué muy aplaudido, y el éxito de *Don Alvaro* superó, si cabe, al que había alcanzado durante la época del romanticismo. Este reestreno fué para el público, que no conocía la obra, ó ya no se acordaba de ella, como una revelación. No se ha escrito drama en España que haya obtenido mayor popularidad. En ciertas funciones, extraordinarias y solemnes, en que fué representado, Zorrilla, Echegaray, Palacio y otros poetas dedicaron á su autor entusiastas versos, leídos en la escena por los actores. No hay más que el *Don Juan Tenorio*, obra de muy diversa índole, que haya alcanzado en las tablas éxito semejante; pero el insigne Zorrilla vive aún para esplendor de las musas (1), y el creador de *Don Alvaro* pertenece ya á la posteridad.

De otros honores póstumos ha sido también objeto el Duque de Rivas. El Ayuntamiento de Madrid, deseoso de enaltecer su memoria y de hacer alarde, al propio tiempo, de espíritu democrático, dió á una de las calles de la capital el nombre de *Angel Saavedra.*

Recientemente, en Córdoba, su patria, el ilustrado Alcalde D. Juan Tejón y Marín, por medio de una sentida y patriótica moción, propuso al Concejo, y éste aceptó por unanimidad, que se le

(1) Vivía, en efecto, cuando se escribió este artículo: ya no existe tampoco.

erigiese un monumento en el nuevo paseo del Campo de la Victoria, que en adelante debería llamarse del Duque de Rivas.

Después del fallecimiento del Duque, sus obras han sido varias veces reimpresas: la *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masanielo*, en la *Biblioteca clásica*; el *Don Alvaro*, en los *Autores dramáticos comtemporáneos*, hermoso libro publicado por el distinguido marino y literato Sr. Novo y Colson (1), y juntas en colección más ó menos completa, han sido reproducidas en la biblioteca de *La Correspondencia de España* y en la edición ilustrada de Barcelona de 1885. Por último, ahora salen de nuevo á luz en la *Colección de Escritores Castellanos*, con las particularidades y circunstancias de que se hace mención en el prólogo general que las acompaña.

Madrid, Febrero de 1890.

(1) No contamos las ediciones fraudulentas que fuera de España se han hecho de algunas de sus obras, de los *Romances Históricos*, por ejemplo, para su venta en la América española.

INDICE

(1) Era el título que llevaba el autor en vida de su padre.

Se acabó de imprimir este libro
en Madrid, en la imprenta
de la Viuda é hijos de
Tello, el día 31 *de*
Julio del año
de 1903.

